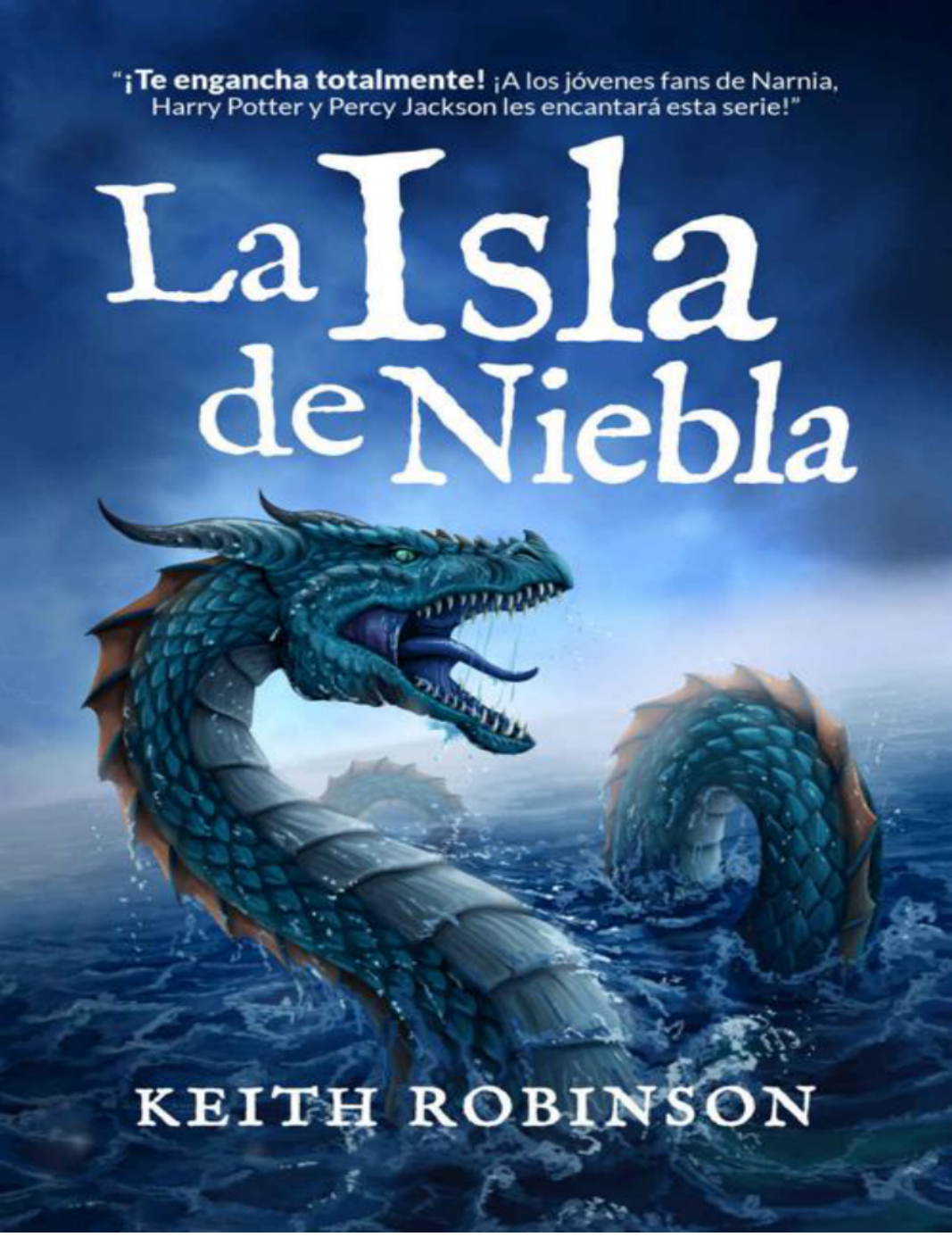
"**¡Te engancha totalmente!** ¡A los jóvenes fans de Narnia, Harry Potter y Percy Jackson les encantará esta serie!"

La Isla de Niebla



KEITH ROBINSON

La Isla de Niebla

Serie La Isla de Niebla 1

© 2023 Keith Robinson

Traducido por Arantza López Cortés

Título original *Island of Fog*, publicado por primera vez en inglés por Unearthly Tales el 24 de abril de 2009

Esta edición del 22 de enero de 2023

Portada diseñada por Keith Robinson

Queda prohibido todo tipo de reproducción total o parcial de este libro sin el permiso por escrito del autor. La única excepción es la utilización de citas cortas en reseñas sobre el libro.

Visita el sitio web del autor:
unearthlytales.com

Contents

Prólogo
1. Un extraño descubrimiento
2. La clase del jueves por la mañana
3. Una idea brillante
4. La balsa
5. Noticias sorprendentes
6. El secreto de Abigail
7. La visitante
8. Cuchicheos de clase
9. Siguiendo a la señorita Simone
10. La mantícora
11. Lo que pasó Ahí Fuera
12. Una tarde tormentosa
13. Un picnic de despedida para Fenton
14. El faro
15. Descubrimientos
16. Transformaciones
17. Ataque en el bosque
18. El agujero de niebla
19. La señorita Simone habla
20. Monstruos en la calle
21. El virus ataca
22. Otra Parte
23. Un último viaje
Próximamente…
Sitio web del autor

Prólogo

La mujer entregó a un miembro del grupo un curioso objeto. Era sorprendentemente ligero, parecía una especie de colmillo o de cuerno, mediría unos treinta centímetros y tenía grabadas unas muescas en espiral.

—Si me necesitáis —dijo— solo tendréis que venir a este acantilado y soplar por el cuerno. Vosotros no oiréis ningún sonido, pero yo os responderé inmediatamente.

Una fuerte ráfaga de viento hizo que la alta hierba azotase las piernas del grupo que se había reunido en el acantilado. Por un momento la niebla era tan densa que la mujer se quedó envuelta en ella y parecía que se la hubiese tragado por completo, aunque solo se encontraba a una corta distancia de ellos. Cuando la niebla se dispersó, ella seguía ahí con su brillante capa de seda verde ondeando al viento.

—Ya os acostumbraréis a la niebla —dijo ella—. Y sed fuertes.

—Sí claro, para ti es fácil decir eso —se quejó uno del grupo—. Yo no estoy seguro de que pueda soportar vivir así

—Es mejor que la otra opción —discutió otro.

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Lo conseguiréis. Basta con que recordéis todo lo que os he dicho. Y ni una sola palabra a los niños, solo hace falta que los observéis a medida que vayan creciendo.

Aun así, algunos del grupo se mostraron inquietos.

—¿Y qué pasa si las cosas no suceden según el plan? ¿Qué pasa si los niños no cambian?

—Ya hemos hablado de esto miles de veces —dijo la mujer—. Mantengamos los dedos cruzados.

Los miró a todos por última vez con sus impresionantes ojos azules.

—Sed fuertes. Os visitaré de vez en cuando para ver qué tal vais. Con un poco de suerte solo tendréis que soportar esta niebla unos ocho años.

Sin más, la mujer les dijo adiós y saltó por el acantilado.

Capítulo 1
Un extraño descubrimiento

Cuando ya habían recorrido la mitad del camino hacia el silencioso bosque, Hal Franklin se detuvo delante de unos arbustos de moras y empezó a rascarse el antebrazo derecho. ¿Por qué le picaba hoy tanto? Se desabrochó el puño de la camisa y, justo cuando iba a enrollarse la manga, Robbie, que estaba más adelantado, le llamó con una voz clara y aguda.

—¡Venga, Hal! ¿Qué estás haciendo?

—Nada —respondió Hal.

Hal se subió la manga y empezó a mirarse el brazo esperando ver la picadura de algún mosquito o la hinchazón producida por hiedra venenosa. Para su sorpresa todo parecía normal y sin embargo le picaba a más no poder. Irritado, se abrochó la manga y apretó el paso, atravesando los arbustos, para alcanzar a su amigo.

Robbie Strickland estaba al pie de una escarpada cuesta paseando impacientemente de un lado para otro. Era un chico alto, delgado, con el pelo moreno revuelto y una nariz puntiaguda. Tenía doce años, igual que Hal, pero le sacaba la cabeza. Robbie llevaba una camisa de cuadros que le colgaba de los hombros como si estuviera enganchada en una percha de alambre, y unos pantalones vaqueros que solo le llegaban hasta sus esqueléticos tobillos.

—¿Tienes pulgas o qué? —preguntó Robbie según Hal se iba acercando.

—No es nada. —Hal se dio cuenta de que otra vez estaba rascándose el brazo—. Sigamos antes de que oscurezca. No quiero atravesar los campos en bici de noche.

Habían dejado las bicis y las mochilas en la explanada que estaba fuera del Bosque Negro, debajo del roble de las ramas alargadas.

Juntos empezaron a subir la resbaladiza pendiente utilizando como peldaños las gruesas raíces de los árboles que sobresalían a su paso. Hal empezó a sudar a pesar de que el aire era bastante fresco.

—¿Y dónde está esa cosa tan maravillosa de la que hablabas? —preguntó Hal jadeando.

—Casi hemos llegado —respondió Robbie alcanzando la cima de la pendiente. Se sacudió las manos y desapareció de la vista por el otro

lado del terraplén.

Cuando Hal llegó a la cumbre, él también se paró para sacudirse la húmeda y fría tierra de las manos. Tenía las rodilleras de los pantalones manchadas de tierra. «Espero que esto merezca la pena», pensó.

Hal siguió a Robbie, resbalándose con los conos y las finas hojas de los pinos, por el otro lado de la pendiente. Robbie, que ya había llegado abajo, estaba rebuscando algo entre los arbustos. Sonrió y levantó un palo largo, luego empezó a andar otra vez apartando a golpes la hiedra venenosa según iba avanzando. No existía ningún sendero a esa profundidad del bosque, pero Robbie se abalanzó entre los árboles sin dudar, con un sentido de la dirección un tanto misterioso.

Hal le seguía de cerca mirando a derecha, izquierda y por encima del hombro de vez en cuando. La luz del día era bastante tenue por toda la isla, incluso en los días de mayor claridad, pero allí en el bosque era mortecina. Unos cúmulos de niebla se movían entre los pinos como si se encontraran solos y perdidos.

Hal se rascó el brazo otra vez. Ahora que lo estaba pensando, le había estado picando un montón últimamente.

Robbie se paró tan de repente que Hal casi se tropezó con él.

—¿Qué…?

—Chsss… —dijo Robbie alzando una mano para que esperase. Se oía el ruido de agua fluyendo más allá de los árboles—. Estamos cerca —dijo Robbie sonriendo, y empezó a andar otra vez aplastando a su paso un montón de setas antes de elegir un camino por el que atravesar la formación rocosa que despuntaba de la tierra.

Agachándose por debajo de unas ramas, Robbie apartó un matojo de brillantes helechos verdes y desapareció. Hal le siguió con cierta dificultad y emergió detrás de él en un descampado de densa niebla, donde un estrecho riachuelo gorgoteaba a lo largo de un surco poco profundo. El agua hacía espuma en una roca lisa y fluía bajo una red de sedientas raíces que sobresalían por encima de la tierra, antes de bajar serpenteando por una suave ladera fuera de la vista. Robbie se encaramó al borde dándose la vuelta para mirar a Hal.

—¿Lo ves? —dijo susurrando.

Hal se paró y escudriñó el descampado. «¿Ver el qué? ¿Algo en el arroyo? ¿En los árboles?». Todo lo que veía era niebla, nada inusual puesto que siempre había niebla en la isla. Por otro lado, no siempre era tan densa en medio del bosque…

Entonces lo vio. Hal parpadeó con sorpresa. Al otro lado del descampado, casi enterrada bajo unos altos helechos, se encontraba la entrada a una especie de cueva. De esta cavidad, de unos tres metros de diámetro, emanaba una densa columna de humo blanco que se

alzaba por entre los árboles.

—¿Qué es eso? —exclamó Hal con un grito sofocado de sorpresa—. ¿Hay fuego bajo tierra?

Hal dio un paso para atravesar el arroyo y mirarlo más de cerca, se imaginó que habría un fuego infernal a bastante profundidad del suelo, en alguna caverna o algún túnel. Apartó los helechos y vio que la entrada parecía la madriguera de un conejo gigante situada en la ladera de una leve cuesta. La abertura se extendía hacia un túnel estrecho y oscuro en forma de embudo y ese túnel era el que eructaba la extraña sustancia de humo denso que se retorcía y ondulaba según iba escapándose por el aire.

De repente Hal se encontró envuelto en una bocanada de esa sustancia que revoloteaba a su alrededor. Dio un salto hacia atrás al suponer que le picarían los ojos y que los pulmones se le llenarían de un vapor agrio. Sin embargo, el humo olía a moho y humedad, era un olor en cierto modo conocido.

Perplejo, siguió con la vista la columna de humo hacia arriba, se fijó en que tomaba forma de hongo y se filtraba a través de las hojas, y sin embargo no dejaba ningún rastro negro de ceniza como el que hubiera dejado el humo de un fuego. Si Robbie había estado allí antes y había visto lo mismo, debía de llevar tiempo ardiendo… y el caso es que no salía calor por el agujero, y el humo ni picaba ni asfixiaba.

Robbie apareció a su lado y plantó un pie en el borde de la gruta provocando que la tierra se desprendiese bajo su peso y se desparramara hacia dentro. Se quedó envuelto en una densa bruma, de rodillas para arriba.

—No es humo. Es niebla. —La voz de Robbie sonó como si estuviese amortiguada.

Desconcertado, Hal se dio cuenta de que su amigo tenía razón.

—¿Es por aquí por donde sale todo? —dijo atónito moviendo la cabeza de un lado a otro.

Eso explicaba muchas cosas. La niebla había sido constante por toda la isla cada día de su vida y ahora sabía por qué.

—¿Crees que si tapamos el agujero la niebla desaparecerá?

—Eso es lo que yo me preguntaba —dijo Robbie apartándose del agujero todo orgulloso. Sus ojos brillaban con entusiasmo—. ¿Te imaginas? ¿Un día sin niebla? ¿Un cielo azul? Venga, vamos a buscar algo para taponar el agujero, ramas, hojas, cualquier cosa valdrá.

—¡Espera! —dijo Hal señalando el suelo embarrado cerca de donde estaban—. ¿Qué es eso?

Alrededor de la boca de la cueva había unas pisadas extrañas, unas huellas grandes que parecían las pezuñas de algún tipo de animal. Robbie empezó a dar vueltas alrededor de las huellas con expresión perpleja.

—¡Qué raro! Ayer no estaban aquí.

—¿Y por qué estabas tú aquí ayer? —preguntó Hal—. ¿No dijiste algo de un bicho nuevo?

—Sí. Encontré una belleza, una mariposa que chupa sangre. ¡Mira! —Le enseñó a Hal un ronchón que le había salido en la pálida y suave piel del interior del brazo—. ¿A que mola?

Hal no pensaba lo mismo. Nunca comprendería por qué su amigo pasaba tanto tiempo acechando en oscuros y espeluznantes bosques, estudiando bichos y plantas.

—Sí, genial. Una mariposa chupasangre, no sabía que existiera tal cosa.

—Y no existe —replicó Robbie satisfecho de sí mismo—. Por eso la capturé en un tarro, para llevarla a casa. Y entonces fue cuando encontré este agujero. Pero como te decía, estas huellas no estaban aquí —dijo frunciendo el ceño.

Hal concluyó que las huellas parecían de gato; tenían forma de almohadillas grandes y redondas, cada una con cuatro incisiones más pequeñas en la parte delantera.

—Lauren tiene un gato —murmuró Robbie.

—¡Qué raro que estés pensando en ella! —dijo Hal mirándole con una sonrisa.

—Es la única de todos nosotros que tiene gato —protestó Robbie poniéndose rojo.

—No creo que lo vaya a tener durante mucho más tiempo —murmuró Hal—. *Biscuit* es de nuestra edad y eso en años gatunos es bastante viejo. —Hal estudió de nuevo las huellas, pensativo—. Aunque estas son demasiado grandes para ser de gato. Supongo que podrían ser del perro de Emily.

Ambos se quedaron mirándolas fijamente en silencio.

—Bueno —dijo Robbie mirando a su alrededor—, imagino que *tendrán* que ser del perro de Emily. Se habrá escapado o algo así y se habrá perdido en el bosque. No hay ningún animal tan grande en toda la isla, a menos que haya venido nadando de Ahí Fuera.

«Ahí Fuera» se denominaba al mundo más allá de la isla. Hal se lo imaginaba como una vasta extensión de tierra, pero Robbie insistía en que sería un conjunto de pequeñas islas como la suya. Puesto que los adultos se negaban a hablar de su antiguo hogar, la imaginación era todo con lo que los chavales contaban.

—Me pregunto por qué estaría olisqueando alrededor de la cueva —dijo Hal.

Hal pensó que probablemente el túnel se prolongaría más adentro, puede que fuera tan profundo que incluso llegara al mismo centro de la tierra. Puede que toda esa niebla que estaba escapándose fuera el vapor de ríos subterráneos que estaban en ebullición por el intenso

calor de alguna actividad volcánica. Hal había leído una vez un libro sobre volcanes, podía imaginarse el ardiente y brillante magma rojo atravesando la parte rocosa a mucha más profundidad, a punto de estallar en un río de lava, engulléndose todo lo que encontrara a su paso…

Un ruido brusco en los arbustos cercanos hizo que los dos chicos se girasen de repente. Hal escudriñó el bosque sin poder ver nada más que la densa vegetación y la lúgubre oscuridad.

—¿Has oído eso? —susurró Hal.

—Sí.

Permanecieron en silencio, observando y escuchando. El bosque era demasiado denso para revelar demasiado. Ya podía haber en ese momento cien pares de ojos mirándolos fijamente desde el manto de la oscuridad, que tampoco se darían cuenta. Por encima del constante burbujeo del cercano arroyo se oía el leve y lejano sonido de un atareado pájaro carpintero. Una rana croó y saltó en el arroyo con un pequeño *¡plof!*

—Bueno, fuera lo que fuese, se ha ido —dijo Robbie suspirando—. Habrá sido el perro de Emily. Venga, vamos a buscar unas ramas para cubrir el agujero. Una vez que tengamos un armazón podremos rellenarlo con hojas y barro.

Los chicos empezaron a buscar por el descampado algo apropiado para hacer el armazón, pero los pinos de esa parte del bosque eran demasiado altos y hasta las ramas más bajas estaban fuera de su alcance.

—Necesitamos encontrar un árbol seco —dijo Hal después de un rato—. Uno al que se le hayan caído algunas ramas. O si no, también podríamos volver otro día con una sierra.

—Podríamos seguir la corriente del arroyo hasta el acantilado —sugirió Robbie frunciendo el ceño—. Los árboles no son tan altos por allí. No tienen espacio para crecer.

Los dos comenzaron a seguir el serpenteante riachuelo, intentando mantenerse lo más cerca posible de la orilla. Pero, con toda la vegetación que sobresalía, tuvieron que desviarse bastante y cuando Hal empezaba ya a pensar que habían perdido el rastro de la corriente, Robbie gritó:

—¡Es por aquí! ¡Acabo de meter el pie en el agua!

Finalmente, el bosque empezó a clarear y los chicos llegaron al borde del acantilado por el que corría un estrecho sendero, sin duda hecho a posta. La niebla ahí era espesa, se tropezaba contra los árboles del borde y encubría los quince metros de caída al mar por el precipicio. El arroyo salía a borbotones desde el bosque y desembocaba al mar por la pendiente. De repente Hal se dio cuenta de dónde estaban.

—¿No es aquí por donde se mató Thomas?

—Sí —dijo Robbie—. Se cayó justo por esa ladera de ahí.

Se acercaron más al borde. Algunas matas de hierba se movían con la suave brisa del mar y algunos árboles se asomaban al borde, desafiantes. Más abajo, visible solamente cuando la niebla se dispersaba durante un breve instante, el profundo mar verde se arremolinaba y formaba espuma sobre las escarpadas rocas. La isla estaba rodeada de ellas, pero algunas veces la niebla era tan densa alrededor de la costa que era imposible verlas incluso desde la playa que había justo al borde del mar.

Hal se imaginó a Thomas Patten, un niño pequeño, pelirrojo, con cara de felicidad, desviándose del camino del acantilado y resbalándose por la ladera para luego despeñarse mortalmente contra las rocas de abajo. Había sucedido hacía seis años, pero el pupitre de Thomas permanecía en clase, vacío, como un recordatorio constante para que los chicos se mantuvieran alejados del acantilado. Nueve pupitres, ocho alumnos.

A Hal le entró un escalofrío y se echó para atrás alegrándose de no haber estado allí en aquel momento.

—¿Qué estaría haciendo?

—Solo tenía seis años —dijo Robbie mirándole extrañado—. Probablemente empezó a vagar por el bosque, se perdió y…

—Sí, todo eso ya lo sé, pero ¿qué es lo que estaba *haciendo*? ¿Jugando en el arroyo? ¿Tal vez intentando ver la cascada?

Hal dudaba de que la cascada fuese tan espectacular. Por lo que él podía ver, la corriente tan solo burbujeaba ladera abajo y se derramaba por el borde en forma de fina lluvia. Pero no podía estar seguro, a menos que se arrastrara hasta allí y se asomase al borde.

—¿Y a dónde fueron sus padres después? —añadió Robbie—. ¿Crees que también saltaron por el acantilado para suicidarse?

Ya habían tenido esa conversación muchas veces. Pero, antes de que Hal pudiese contestar, oyeron un crujido que venía de alguna parte del bosque, seguido de un sonido susurrante.

Hal se quedó paralizado, tenía todos los músculos del cuerpo agarrotados. Entrecerró los ojos buscando cualquier señal de movimiento en los arbustos. Pero no vio ni oyó nada.

—¿Qué es eso? —susurró Robbie—. ¿Crees que es el perro de Emily?

—¡*Wrangler*! ¡*Wraaaangler*! ¡Ven aquí! —gritó Hal llevándose las manos a la boca a modo de megáfono.

Silencio.

—¿Crees que puede ser Abigail, que nos está vacilando? —preguntó Robbie enfadado poniendo los brazos en jarra—. Nos ha estado siguiendo mucho recientemente, sobre todo estas dos últimas

semanas.

Hal sintió una mezcla de alivio y enfado. ¡Claro! Sería algo típico que haría esa mocosa, Abigail Porter, seguirles por todo el bosque nada más que para asustarles.

—¡Abi, piérdete! —dijo Hal mirando con enfado hacia la oscuridad.

Pero no hubo respuesta, así que siguieron con lo que estaban haciendo y se pusieron a buscar unas ramas adecuadas que pudieran cubrir el agujero de niebla.

—Cualquiera pensaría que sería fácil encontrar unas ramas en medio de un bosque —protestó Robbie—. ¡Ah, espera! ¡Aquí hay una!

La rama era larga y frágil debido a la sequedad, pero si tenían cuidado, con un poco de suerte, sobreviviría el camino de vuelta al descampado sin desintegrarse. La echaron a un lado y siguieron buscando más. Después de un rato encontraron otras dos, ambas lo bastante largas como para cubrir el diámetro del agujero, pero no demasiado pesadas para poder arrastrarlas a través del bosque.

Decidieron que necesitaban otra más, así que Hal se subió a un árbol, se encaramó a una rama baja y poco a poco se deslizó por ella hasta el final. La rama se dobló con su peso lo suficiente como para que Robbie pudiera alcanzarla desde abajo y agarrarla. Entonces Hal se bajó de un salto y juntos empezaron a tirar de la rama hasta que se rompió y se desplomó en el suelo entre una lluvia de hojas marrones y rojas.

—Con esta bastará —dijo Hal secándose el sudor de la frente.

Robbie agarró una de las ramas más pesadas por el extremo grueso y astillado y empezó a andar arrastrándola por la tierra. Según iba andando, la rama no hacía más que engancharse en los arbustos, pero él puso todo su empeño y enseguida desapareció por el bosque. Hal se colocó los extremos de dos de las ramas más delgadas bajo las axilas para acarrear el peso y se fue tras Robbie. Uno de los dos tendría que volver a por la cuarta rama.

Para cuando llegaron al descampado estaban sin aliento. Arrastraron las ramas por el arroyo, hacia donde estaba el agujero de niebla y se desplomaron en el suelo para descansar. Después de un rato Robbie se puso de pie.

—Échame una mano —le dijo a Hal.

Trabajaron juntos para poder poner la rama más gruesa atravesada sobre el agujero, incluso dieron patadas a algunos helechos para quitarlos del medio. La rama era lo suficientemente larga para alcanzar el otro lado del agujero con facilidad, pero por sí sola no era obstáculo suficiente como para que la niebla dejase de salir.

—Ya pongo yo estas dos ramas sobre el agujero —dijo Robbie—, si vas tú a buscar la otra.

—Sí, tú a lo fácil —respondió Hal alzando la mirada al cielo.

Hal se marchó siguiendo las huellas de las ramas que habían arrastrado para no perderse. El bosque parecía incluso más silencioso y solitario sin Robbie a su lado, y se preguntó cómo Abigail podría soportar seguirles a distancia, suponiendo que fuese ella. O, puede que no fuese ella y fuera Fenton. Fenton era un chico grande, gordito y rechoncho, pero también corpulento, a quien Hal no se imaginaba teniendo miedo de estar solo en el bosque.

Por otro lado, puede que hubiesen acertado desde el principio y fuese *Wrangler*, el fiel perro *collie* de Emily, el que estuviese merodeando suelto.

Mientras Hal recogía la cuarta rama y se dirigía al descampado, le surgió una inquietante duda. *Wrangler* era un perro viejo y robusto, pero no era lo bastante grande como para dejar huellas del tamaño que habían visto al lado del agujero de niebla. Y, si en realidad era *Wrangler* el que estaba por ahí, ¿por qué no había venido donde ellos a saludarles?

Hal aceleró el paso. Era imposible que ningún otro animal de semejante tamaño estuviera acechando en el bosque… ¿verdad? Todos ellos habían permanecido en la isla durante doce años, a esas alturas seguro que se habrían tenido que cruzar con un animal tan grande.

Cuando Hal llegó al descampado se encontró a Robbie sentado en una roca con las rodillas tocando la barbilla, meciéndose hacia atrás y hacia delante. Había puesto las tres ramas atravesadas sobre el agujero. La niebla apenas perdía fuerza y una cuarta rama seguro que tampoco ayudaría mucho, pero daría a los chicos una estructura sólida sobre la que construir. Seguro que lo conseguirían rellenando los huecos con ramas más pequeñas, hojas y helechos.

Hal arrastró la rama más cerca.

—¿Me vas a ayudar o qué? —jadeó.

Robbie no dijo nada, así que Hal acabó solo el trabajo con un último impulso. Dio un paso atrás y se sacudió las manos asintiendo con satisfacción.

—Ahora viene la parte divertida…

Se alejó un poco, se quedó mirando a Robbie y entonces fue cuando se dio cuenta de que pasaba algo raro. Su amigo estaba ahí sentado y parecía triste y avergonzado. Su camisa estaba tan hecha trizas que se podía ver su pálido y huesudo cuerpo.

Hal se le quedó mirando en silencio.

—No sé lo que me ha pasado —dijo Robbie encogiendo los hombros—. Primero estaba peleándome con esa rama y de repente, no sé, yo…

—Tú, ¿qué? —dijo Hal esperando desconcertado.

—La rama se enganchó, y me tropecé con ella, y me enfadé y… y

luego… No sé, de repente me sentí más fuerte y levanté la rama como si fuera un simple palo y la lancé hacia el agujero. —Robbie movió la cabeza de un lado a otro—. Ni siquiera creía en mi propia fuerza, ¿sabes? Me caí de espaldas en los helechos y me quedé ahí sentado atónito. Entonces me di cuenta de que tenía la camisa hecha jirones, hasta se me saltó el botón de los vaqueros.

—Robbie —dijo Hal sintiéndose incómodo—, ¿qué te pasó? ¿Perdiste los estribos o qué?

—No, yo… bueno, no creo. —Robbie frunció el ceño—. Igual sí. Me encabrité un poco, me arañé con un montón de pinchos y luego la estúpida rama no se movía y…

Hal se quedó mirando a su amigo, trastornado por la incertidumbre que veía en su cara. ¿Estaba Robbie volviéndose loco? ¿Quién podía enfadarse tanto como para rasgarse la camisa así? Le colgaba a jirones, los botones habían desaparecido y las mangas estaban rasgadas en toda su longitud. ¡Menuda rabieta había tenido que ser!

—¡Recuérdame que no me enfade nunca contigo! —dijo Hal intentando sonreír. Robbie pareció animarse y el momento embarazoso se dio por terminado—. Por cierto, Robbie, tu madre te va a matar cuando llegues a casa.

Se dieron la vuelta para acabar lo que habían empezado. Lo duro ya estaba hecho, ahora venía la parte divertida, rellenar todos los huecos y parar la niebla para siempre.

Algo extraño salió en estampida desde el bosque hacia donde ellos estaban. Se oyeron chasquidos de ramas, roces de hojas y chapoteos en charcos. Luego, un silencio total y durante ese silencio a Hal le pareció oír una respiración áspera. Había algo justo ahí, en las sombras, observándolos desde detrás de los arbustos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué sitio es este? —dijo una voz aflautada en la penumbra.

La voz era tan extraña y desconocida que a Hal casi le dio un susto de muerte. Notó que Robbie le estaba agarrando.

—¡Eh, vosotros! —Se acercó la extraña voz—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

A unos pocos metros, delante de los sorprendidos chicos, apareció una cara desde detrás de un arbusto. Parecía flotar en la oscuridad llevando consigo un abultado cuerpo que Hal no lograba identificar. Pero la cara se veía con claridad y no era humana, era una especie de animal. Tenía unos brillantes ojos azules que parecían estar fijados a una oscura cara roja y lo que parecían cientos de colmillos afilados como cuchillas, alineados en una enorme boca.

Robbie se giró y se fue corriendo. Hal corrió zumbando detrás de él, rezando para que su amigo no les acabara extraviando por ahí. Hal

no miró hacia atrás, pero se imaginó a la horripilante criatura preparándose para saltar sobre él en cualquier momento. ¿Era su cálido aliento lo que notaba en el cuello? ¿Un gruñido a escasos centímetros del oído?

El Bosque Negro les pareció un borrón de espinosos matorrales, ramas bajas y chapoteos de barro por todo el camino hasta llegar a las afueras, donde los chicos emergieron en un campo abierto y se toparon con hierba tan alta que les llegaba hasta las rodillas. Giraron la cabeza por encima del hombro para echar un vistazo rápido y no viendo ninguna señal del monstruo, finalmente se desplomaron detrás de un arbusto solitario, jadeando, goteando sudor y casi llorando de alivio.

—¿Qué era eso? —dijo Hal respirando entrecortadamente.

—Ni idea —contestó Robbie con la cara pálida—. Pero me ha dado un susto de muerte. Esa voz y esa cara roja, parecía un gato, pero con ojos humanos y cientos de dientes.

—Sí, esos ojos —asintió Hal con un escalofrío—, tan brillantes y azules…

—Endemoniados —dijo Robbie—. Sea lo que sea, no es algo con lo que quiera quedarme a charlar. ¿Pero cómo ha llegado hasta aquí?

—Eso es lo que nos estaba preguntando —recordó Hal—. Estaba preguntando dónde estaba y cómo había llegado hasta aquí. ¿Crees que deberíamos contárselo a nuestros padres?

Discutieron el asunto largo y tendido y finalmente decidieron no decir nada…, por el momento. Principalmente, porque se suponía que ni siquiera debían estar en el Bosque Negro. Desde la muerte de Thomas Patten, el bosque había quedado fuera de límites, al menos para Hal y para algunos de los demás. A los padres de Robbie no parecía importarles demasiado, pero si los muchachos admitían haber estado ahí, también tendrían que explicar *por qué* habían ido ahí y entonces el asunto del agujero de niebla saldría a la luz.

—Es *nuestro* agujero de niebla —dijo Robbie cerrando los puños—. Lo encontramos nosotros y nosotros lo vamos a tapar. Y cuando la niebla deje de salir y aparezca un cielo azul será a *nosotros* a quienes den las gracias.

«Eso será si tenemos la suerte de volver», pensó Hal echando un vistazo por enésima vez hacia el bosque. Parecía poco probable que pudieran acabar el trabajo si una extraña y aterradora criatura había encontrado morada en el bosque.

Cansados y decepcionados, salieron a hurtadillas por detrás del arbusto y cautelosamente fueron bordeando el perímetro del Bosque Negro, hasta que se encontraron con el roble de las ramas alargadas donde habían dejado las bicis y las mochilas. Los chicos partieron hacia la pradera tan deprisa como les dieron los pedales, con la

desgarrada camisa de Robbie ondeando sobre sus huesudos hombros, como una bandera al viento.

Capítulo 2
La clase del jueves por la mañana

El jueves por la mañana caía una ligera lluvia cuando la madre de Hal llamó a la puerta de su habitación. Este se levantó medio dormido y se asomó a la ventana para contemplar la densa niebla gris. Era una pena que Robbie y él no hubiesen podido acabar de tapar el agujero. Tendrían que volver en algún otro momento para rellenarlo con palos y ramas más pequeñas, después con hojas y helechos y, por último, tal vez cubrirlo todo por encima con barro para taparlo por completo.

De repente Hal se acordó del monstruo de la cara roja del bosque. Presionó la nariz contra el cristal y echó un vistazo al jardín delantero casi esperando ver un par de espeluznantes ojos azules mirándole desde detrás de un árbol o algún arbusto. Pero afortunadamente no había señal de la criatura. Tal vez sólo vivía en el bosque y prefería esconderse ahí, eso explicaría por qué Robbie y él nunca se lo habían encontrado antes.

Hal se vistió y se fue despacio hacia el cuarto de baño, todavía pensando en ello. Se puso delante del espejo, metió la mano en el cubo de agua fría y alisó su corto pelo rubio. Luego se cepilló los dientes con la última pasta de dientes con sabor a menta que quedaba y que había elaborado su madre. No era tan buena como la pasta de dientes de Ahí Fuera, pero las existencias se habían agotado hacía años.

Desde el pasillo se oían los ruidos de su madre trajinando en la cocina. Hal volvió a su habitación, se aseguró de que tenía los libros apropiados en la mochila y se asomó a la sala de estar para comprobar la hora.

Ahí estaba su padre, un hombre enorme, que no se parecía en nada a Hal o a su madre, con el pelo negro, ojos marrones, piel aceitunada, hombros anchos y muy alto. Tenía una barba gruesa y poblada en la que le solían quedar restos de comida. Estaba de pie al lado de la chimenea con el preciado reloj en las manos dándole cuerda, como hacía cada mañana y cada tarde.

—¿Qué hora es, papá?

—Buenos días, Hal —dijo su padre—. Acaban de dar las siete.

Colgó el reloj en la pared, encima de la chimenea, con el mismo

cariño con el que Robbie guardaba sus bichos en los tarros para llevárselos a casa.

En la cocina, la madre de Hal estaba ocupada friendo huevos, tenía rodajas de patatas y cebollas en el fuego. La chimenea de la cocina era incluso más grande que la de la sala de estar y sobre las chispeantes llamas había una pesada estructura de hierro con ganchos para cazuelas y sartenes, un asador que se extendía por toda la chimenea y una pequeña superficie para freír. Encima de la estructura había una enorme campana cubierta de hollín que recogía el humo y lo guiaba por el conducto de la chimenea.

—¡Hola, mamá! —dijo Hal.

Ella le sonrió, tenía la cara colorada y la frente sudorosa. Su largo pelo rubio tenía algunas mechas grises. No era mucho más alta que Hal, era una mujer delgada con ojos verdes y la mirada cansada.

—¿Listo para comer?

Comieron todos juntos, como de costumbre, charlando de cosas sin importancia mientras iban vaciando los platos. El padre de Hal devoró el pan que quedaba y luego se despidió de su mujer con un beso. Se puso una chaqueta larga, se calzó unas botas desgastadas y se marchó hacia la granja. Hal se quedó ayudando a su madre a recoger los platos.

—Sé buen chico —dijo su madre dándole un cubo—. Ve y tráeme algo de agua si no te importa, mi hombro está resentido otra vez.

Cuando Hal salió en medio de la lluvia hizo una mueca al notar la fría humedad calándole la ropa. Apretó el paso y cruzó el jardín hacia la carretera con el rítmico ruido del cubo golpeándole la pierna. Según le había contado su padre, hacía mucho tiempo la carretera principal solía estar repleta de tráfico con coches y motos, y había sido el núcleo de una comunidad próspera en la isla, especialmente en el muelle, donde los viejos escaparates de las tiendas se habían ido desmoronando poco a poco. A Hal le costaba imaginárselo.

En el lado opuesto de la carretera se podía ver la casa de Robbie emergiendo entre la niebla. A pesar de que todos habían tenido la opción de tener casas más grandes, situadas en lugares más idílicos de la isla, hacía unos años que las ocho familias habían acabado viviendo todas juntas en aquel corto tramo de carretera. La vida era más fácil viviendo cerca unos de otros y tenían un arroyo de agua dulce que todos podían compartir.

Hal llegó al estrecho puente peraltado bajo el que discurría la limpia y destellante corriente. Habían montado una estructura de madera con un sistema de polea. Hal colgó el cubo del gancho y lo deslizó en el agua. Las poleas facilitaban mucho la tarea de subir el cubo otra vez, pero llevarlo a casa ya era otro cantar. A medida que iba andando se le iba desparramando el agua por los bordes y el asa se

le incrustaba tanto en la mano por el peso que le hacía daño. ¿Cómo se las arreglaba su madre para hacer aquello tres veces al día? Se alegró de que al menos viviesen tan cerca.

—Hal, ¿dónde está tu abrigo? —le preguntó su madre con el ceño fruncido cuando volvió a casa y dejó el cubo en la cocina—. ¡Vas a pillar un resfriado!

—¡No lo creo! —respondió Hal. Nunca en la vida se había resfriado, ni tampoco ninguno de sus amigos.

Hal se puso una chaqueta, cogió la bolsa de su almuerzo, la metió en su mochila y se marchó a la escuela. El almuerzo no era esencial, puesto que la clase terminaba antes de comer, pero algunos de los compañeros de clase, Hal y Robbie en particular, preferían comer al aire libre, en algún campo o tal vez subidos a un árbol, antes que ir directos a casa y sentarse a una mesa. ¡La comida siempre sabía mejor al aire libre!

Había un camino de tierra bastante trillado que iba desde la carretera principal y atravesaba un campo de maíz, que a su vez estaba rodeado por una desvencijada verja de madera. Puesto que todos los chavales utilizaban el mismo camino, Hal a menudo se encontraba con sus compañeros de clase. A veces iban en bici, pero en días húmedos y embarrados como aquel, era mejor ir andando. Hal adelantó a Emily y a Darcy, que iban juntas, y alcanzó a Robbie.

—¿Llegaste bien a casa ayer? —preguntó Hal.

—Me colé por la ventana de la habitación —asintió Robbie sonriendo—, me cambié de camisa, luego salí por la ventana otra vez y entré por la puerta delantera como si acabase de llegar a casa. Mamá no sospechó nada en absoluto.

—¡Genial!

Llegaron a la cima de la colina y se fueron por la senda que se dirigía a la pradera. Allí se alzaba un recinto comunitario que se usaba ahora como escuela, la punta de su estrecho campanario se hallaba medio escondida por la llovizna y el avejentado revestimiento de madera estaba oscurecido por la humedad.

—Ojalá hubiésemos podido tapar el agujero de niebla —dijo Robbie ensimismado—. Imagínate si nos hubiéramos despertado esta mañana sin niebla, con un cielo azul y un brillante sol amarillo.

—Pero está lloviendo —dijo Hal—. No hubiese habido un cielo azul de todas formas.

—¡Hal! ¡Enano! ¡Venid aquí! —Sonó de repente una voz por detrás.

Hal dejó escapar un lamento.

Los ruidos de unas firmes pisadas llegaron hasta ellos y a continuación una enorme mano agarró a Hal por el hombro.

—¡Te estoy hablando a ti, mequetrefe! ¡Y a ti, larguirucho!

La corpulenta figura de Fenton Bridges se interpuso entre Hal y Robbie separándoles de un empujón. Fenton no era tan alto como Robbie, pero tenía la envergadura de un toro, tenía el pelo corto en punta, los ojos pequeños y la mirada fija. Como siempre, traía consigo un leve olor a sobacos sudados.

—La profesora nos va a hacer un examen hoy —le dijo a Hal fulminándole con la mirada—. Lo que significa que me vas a pasar las respuestas cuando las necesite, ¿verdad?

—¡Cúrratelas tú! —dijo Hal. Unos fuertes dedos le agarraron por detrás del cuello.

—¿Perdona?, creo que no te he oído bien.

—¡Suéltame! —dijo Hal forcejeando. Pero no pudo liberarse de él.

—¡Métete con alguien de tu estatura! —murmuró Robbie entre dientes. Fenton se volvió hacia él de repente, todavía agarrando a Hal del cuello.

—¡Ah, sí! ¿Cómo quién, esqueleto? Enséñame a alguien de mi edad tan grande como yo y me meteré con él.

—¿Por qué no lo intentas Ahí Fuera? —dijo Hal entre dientes—. Probablemente haya cientos de chavales de tu tamaño con los que puedas jugar.

—¡O podrías probar en la pocilga! —dijo Robbie.

Fenton soltó a Hal y lanzó un puñetazo a Robbie golpeándole en toda la barbilla. En un abrir y cerrar de ojos Robbie apareció tumbado en el barro palpándose la cara. Fenton se plantó sobre él con el rostro enrojecido.

—¡Mucho cuidadito, insecto palo! Vuelve a decir algo así y tendrás que ir a pescar tus dientes en ese charco.

—¡Déjale en paz! —gritó Hal—. No voy a ayudarte a copiar, así que ¡piérdete!

Fenton agarró a Hal de la chaqueta y se lo acercó a la cara levantándole casi del suelo.

—¡Y tú ten cuidadito también, retaco! —dijo—. O enseguida te juntarás en el barro con tu flacucho amiguito. —Fenton empujó a Hal con tanta fuerza que este se tambaleó hacia atrás—. ¡Y recuerda, cuando te haga la señal, será mejor que me pases las respuestas o el larguirucho se la carga!

Sin más, Fenton se marchó enojado hacia la escuela. Hal ayudó a Robbie a ponerse de pie.

—¿Estás bien?

—¡Genial! —dijo Robbie secándose las lágrimas de los ojos—. ¿Por qué siempre se tiene que meter con nosotros?

—Porque yo me siento a su lado en clase —se quejó Hal—, y si no hago lo que dice te va a moler a palos.

Hal se giró y vio que Darcy y Emily estaban en el camino

completamente paradas, agarrándose la una a la otra y observándoles a una prudente distancia.

—¡Es horrible! —dijo Emily alzando la voz— ¿Está bien Robbie?

—¡Estoy bien! —gritó Robbie—. No es nada, podéis dejar de mirar ya. —Se sacudió la ropa y se quitó parte del barro del trasero de los pantalones y de las coderas. Luego apresuró el paso hacia la escuela lanzando una mirada a Hal—. ¡Vamos!

La escuela era un edificio pequeño, tenía una amplia sala en un extremo y varias salas más pequeñas en el otro. La señora Hunter, que era la madre de Lauren y también la profesora, utilizaba las salas pequeñas para almacenar utensilios de clase y libros. La sala grande contaba con ventanas en las paredes más amplias y albergaba nueve pequeños pupitres colocados de tres en tres frente a otro más grande que estaba delante. En la pared, por encima de la mesa del profesor, había una pizarra blanca. El reloj situado a su lado anunció que casi eran las ocho justo cuando Hal y Robbie entraron.

Los chicos arrastraron las sillas para sentarse, dejaron caer sus bolsas y mochilas al suelo, abrieron cremalleras, apilaron los libros en los pupitres y abrieron los cuadernos. El pupitre de Hal estaba justo en medio de la clase. A su izquierda se sentaba Robbie, al lado de la ventana, y a su derecha se sentaba Fenton quien le lanzó una fulminante mirada de aviso. La señora Hunter esperaba con una pequeña sonrisa en los labios mientras la clase se acomodaba.

—Y ahora —dijo por fin—, un examen de Historia. Habéis hecho los deberes, ¿verdad?

—Sí —respondió un coro de voces.

Pero Hal oyó un pequeño y nervioso «no» por detrás que procedía de Dewey. «Por lo menos Dewey lo admite», pensó Hal mirando a Fenton con rebeldía.

Este le pilló y le lanzó otra mirada fulminante, luego deslizó su dedo por la garganta de lado a lado en un elocuente gesto y señaló con la cabeza a Robbie de manera significativa.

—¡Oye, Hal! —susurró una voz de chica por encima de su hombro. Era Abigail Porter, que se sentaba detrás de Robbie, al lado de la ventana—. *¡Psst!*

Sin poder ignorarla, Hal le lanzó una mirada.

Ella le dedicó una dulce sonrisa, era una niña pecosa, con el pelo moreno atado en una coleta. Hasta hace poco había llevado el pelo tan largo que le llegaba a la cintura, pero hacía unas dos semanas se lo había cortado bastante, para sorpresa de todos. Ahora no hacía más que enroscárselo en los dedos de una forma de lo más irritante, se tiraba del pelo y se lo ponía delante de la cara haciendo como que se empolvaba la nariz con él.

—¡Oye! —susurró—, que tengo algo que decirte. ¿Podemos quedar

después de clase?

La señora Hunter se acercó justo en ese momento con los papeles del examen. Hal esperó a que se alejara por el pasillo y se giró hacia Abigail.

—No puedo, estoy ocupado —mintió.

—No llevará mucho tiempo —susurró Abigail—. Sólo diez minutos. Tengo que contarte algo.

—Entonces, ¡dímelo ahora!

—¡Vosotros dos, dejad de cuchichear! —exclamó la señora Hunter.

Hal se dio un buen susto, se disculpó entre balbuceos y miró su examen. Con su pulcra escritura de costumbre, la señora Hunter había escrito una serie de preguntas de Historia.

—A ver, chicos —dijo la profesora con voz alta y clara— tenéis media hora. No podéis hablar y solamente podéis mirar hacia abajo.

Durante al menos los siguientes veinte minutos en la clase reinó un silencio absoluto. Hal avanzaba con las preguntas con cierta irritación, se preguntaba para qué le serviría aprender la historia de un mundo que ni siquiera iban a ver. ¿A quién le importaba si un individuo llamado Colombo, o como quiera que se llamase, había descubierto América? ¿De qué les había valido a Hal y a sus amigos? Aun así, se esforzó por contestar bien las preguntas, con algún apuro, tratando de recordar lo que había repasado la noche anterior haciendo los deberes.

Oyó a Fenton aclararse la garganta y decidió no mirar. «Haz como que no lo oyes», pensó consternado.

Fenton carraspeó de nuevo, esta vez más alto. Hal fingió una expresión de concentración total, se inclinó sobre el papel y mordió el lápiz.

Entonces una bola de papel le golpeó la mejilla y Hal parpadeó con sorpresa. Fenton le estaba fulminando con la mirada y le estaba señalando el papel.

Con un suspiro, Hal desdobló el papel y lo leyó:

¡Te la estás buscando colega! ¡Dime la 4, 7, 12, 15 y 24!

Hal comprobó sus propias respuestas. Había llegado a la pregunta diecinueve de un total de treinta. Fenton seguramente las había leído por encima y ahora iba a rellenar algún espacio en blanco. Probablemente sería más fácil escribir las respuestas en el papel y tirárselo otra vez, pero ¿por qué iba a hacerlo?

Pensó largo y tendido en el dilema que tenía. Fenton siempre se estaba metiendo con él, en parte porque se sentaba a su lado, pero también porque Robbie era un objetivo fácil si Hal no hacía lo que Fenton le decía. Hal se sentía siempre mal viendo a su amigo zarandeado y trataba de cumplir en la medida de lo posible.

«¡Díselo a la profesora!», había dicho Emily alguna vez.

«Ya se lo digo yo luego, en casa», había sugerido Lauren.

«¡No digáis nada!», había dicho Hal horrorizado. No sabía qué era peor: correr a donde el profesor a pedir ayuda, o enojar a Fenton incluso más aún.

Así que todo seguía igual y una vez más Hal se encontraba en el mismo dilema: darle a Fenton lo que él quería o negarse y ver a su amigo apaleado después de clase.

Se quedó mirando el papel. Después miró el corpulento perfil de Fenton y vio sus toscos puños. Luego miró a Robbie, que estaba tocándose un pequeño moratón en la barbilla.

Hal dio un suspiro y copió las respuestas en el arrugado trozo de papel que Fenton le había tirado. Tuvo que adelantarse a sus propias preguntas para pensar en la número veinticuatro, pero era fácil. Hizo una bola con la nota de Fenton y tras comprobar que la señora Hunter no estaba mirando, se la lanzó.

Fenton ni siquiera intentó darle las gracias, simplemente desenroscó el papel y copió las respuestas en su hoja.

Después de veinte minutos de examen Emily suspiró en alto, se recostó en su silla y se cruzó de brazos. Junto a ella, justo delante de Hal, Lauren parecía estar atareada intentando rascarse la espalda en un lugar que no podía alcanzar y Darcy, que se sentaba en el tercer pupitre de la primera fila, parecía que se estuviese durmiendo.

Robbie estaba en la inopia mirando a Lauren y golpeándose la barbilla con el lápiz. Cuando se dio cuenta de que Hal le estaba mirando, se puso rojo y miró a otro lado. Detrás de él Abigail parecía estar de lo más aburrida. Estaba medio recostada en el pupitre, con la cabeza apoyada en las manos. Y a su lado, justo detrás de Hal y callado como un muerto, Dewey Morgan estaba todavía escribiendo.

Hal se giró y miró al último pupitre, el noveno, que estaba detrás de Fenton. Ya nadie se sentaba ahí. Antes de que Thomas muriese, cuando todos eran más pequeños, solían intercambiarse los pupitres y cambiarse de compañero, dependiendo de si los amigos se volvían unos plastas o si los enemigos declarados se convertían en amigos. Pero el día que Thomas murió, su pupitre y su silla se habían convertido en una especie de piedra sepulcral, como un monumento a su recuerdo, y a pesar de que se habían cambiado de pupitre varias veces, el suyo permanecía vacío.

—Muy bien, chicos, ¡se ha acabado el tiempo! —dijo la señora Hunter haciendo chirriar la silla en el suelo al levantarse—. ¡Poned los lápices en la mesa por favor!

La profesora comenzó a moverse entre los pupitres para recoger los papeles del examen y la clase aprovechó la oportunidad para estirarse y desentumecerse.

Después, la señora Hunter les mandó una redacción mientras ella corregía los exámenes. Hal bostezaba todo el rato y la mañana iba

pasando lentamente. Fuera, la lluvia había cesado y el gris plomizo se había convertido en una niebla blanca.

—¡Muy bien, Emily! —dijo la señora Hunter con un gesto de aprobación—. Las mejores notas, ¡treinta de treinta!

Emily sonrió y ojeó a sus compañeros toda orgullosa de sí misma.

—Muy bien Lauren también y Hal, no está mal, aparte de unos errores tontos. Abigail, tienes que concentrarte un poco más, unas notas muy bajas. En cuanto a Dewey y Robbie, bueno, sugiero que os llevéis a casa algunos deberes extra y esta vez estudiéis de verdad. Os haré el examen otra vez mañana después de clase.

—¡Oh, señora Hunter! —gritó Robbie con desesperación. Se recostó en la silla y dejó caer los brazos a los lados.

—Y, Fenton —dijo la señora Hunter ahora en un tono más serio. Se le quedó mirando fijamente mientras sostenía su examen—. ¡Solo cuatro bien! o por decirlo de otro modo, ¡veintiséis mal! Estas notas son terribles, pero lo que es peor es que has copiado.

—¡Señora Hunter! —dijo Fenton con un tono que parecía el de un adulto ofendido—. ¿Qué está diciendo?

—La pregunta siete es la que te ha delatado: «¿Cuál es el nombre del gran explorador que descubrió América en 1492?». Ambos, tú y Hal habéis puesto la misma respuesta: «Colombo».

Se produjo un silencio y luego Fenton balbuceó:

—Pero si ¡él ha sido el que me ha copiado! Le vi mirando mi examen y, además, ¿no es esa la respuesta?

—La respuesta es «Colón», no Colombo —dijo la señora Hunter—. Colombo era un personaje de televisión que hacía de detective. Hal, supongo que habrás oído a tu padre hablar de los viejos tiempos y de alguna forma se te ha mezclado el nombre.

Hal encogió los hombros.

—¡Pero señora Hunter! —discutió Fenton— ¿cómo sabe que Hal no es el que me ha copiado a mí?

—¡Basta ya, Fenton! —gritó la señora Hunter—. Te quedarás media hora más después de clase durante toda la semana y volverás a hacer el examen mañana con Robbie y Dewey. ¿Has entendido?

Todo furibundo, Fenton se pasó el resto de la clase fulminando a Hal con la mirada como si todo hubiera sido culpa suya. Por suerte la señora Hunter obligó a Fenton a quedarse en clase durante el recreo, porque si no seguro que el matón le hubiera tirado a Hal al barro y lo hubiera molido a palos.

Cuando por fin se acabó la clase a mediodía, Hal no hacía más que vigilar a Fenton. El tremendo muchacho tenía una mirada de desprecio y un gesto serio que hacía que sus hoscas facciones se torciesen en una terrible mueca. Así que, cuando la señora Hunter le tocó a Fenton en el hombro y se puso a hablar con él en voz baja, Hal

aprovechó la ocasión y agarró a Robbie del brazo.

—¡Venga, vámonos ahora que podemos!

—¡Yo no le tengo miedo! —refunfuñó Robbie según salían al aire frío pero puro.

—¡Pues deberías! Podría molerte a palos si quisiera.

Abigail apareció entre ellos como por arte de magia, de una forma similar a como lo había hecho Fenton antes, pero sin empujarlos con tanta fuerza.

—¡Ay, parece que Fenton va a pegar a cierto flacucho! ¡Será mejor que corras Robbie!

—¡No te metas en lo que no te importa! —contestó Robbie.

—¡Uy qué sensible! —dijo Abigail y le dio un codazo a Hal—. Entonces, ¿puedo hablar contigo un momento, a solas?

—¡Lárgate, Abi, vete a jugar con las chicas! —dijo Hal tras negar con la cabeza y acelerando el paso. Para su fastidio, Abigail empezó a brincar agarrándose del brazo de Hal y de Robbie.

—¡Las chicas son unas aburridas! —dijo ella—, solo quieren hablar del pelo y de los deberes, sobre todo Emily. ¿La oísteis antes, cómo presumía de que había tenido todas las respuestas bien? Los chicos son mucho más interesantes. ¿Qué hacemos? ¿Qué tal si vamos al muelle y construimos una balsa para escaparnos de la isla?

Ambos, Hal y Robbie intentaron desprenderse de ella, pero siguió colgada de ellos riéndose.

—¡Venga! —rogó—. ¡Dejadme ir con vosotros! ¡No os molestaré! Os lo prometo.

—¡Ya nos estás molestando! —dijo Robbie entre dientes—. Abi, ¡piérdete! No te queremos.

Abigail los soltó y se paró.

—¡Qué desagradables! —murmuró—. Pues sí que me importa mucho… Pero Hal, de verdad que te tengo que contar una cosa cuanto antes.

—¿Por qué a mí? —le preguntó Hal por encima del hombro—. ¡Díselo a Darcy o a Emily! A Emily le encantan los cotilleos, cuéntaselo a ella.

Los chicos apretaron el paso, poniendo una distancia considerable entre ellos y Abigail. Ella iba ahora caminando lentamente, observando la zona del campo y ensimismada en sus cosas.

—¡Por fin! —murmuró Robbie—. ¡Qué plasta es! Entre ella y Fenton…

—Últimamente siempre me está dando la tabarra —dijo Hal—. No hace más que decir que tiene que contarme algo. ¿Contarme el qué? ¿Qué puede ser tan importante que no puede venir y decírmelo ya? ¿A qué viene tanto secreto?

—¡Apuesto a que yo lo sé! —dijo Robbie, de repente, con una

sonrisa maliciosa—. ¡Quiere contarte que se ha enamorado de ti!

—¡Piérdete! —dijo Hal dándole un puñetazo en el brazo—. El único que está enamorado aquí eres tú, de Lauren, ¿Por qué no hablas con ella y la preguntas a ver si quiere ir a cazar bichos contigo o algo?

—Sí, seguro —respondió Robbie dándole una patada a una piedra.

Mientras se reía, Hal miró por encima del hombro para ver si Fenton andaba por ahí. Allí estaba a lo lejos, saliendo de la escuela, y parecía atormentado. Al parecer la señora Hunter había tenido una charla seria con él. La madre de Lauren era agradable, pero de vez en cuando tenía la lengua tan afilada que hasta los de la talla de Fenton Bridges se acobardaban. Lo cual estaba bien, porque necesitaba que le bajaran los humos.

Mientras tanto Hal y Robbie habían puesto bastante distancia entre ellos y la escuela, todo lo que debían de hacer ahora era tener cuidado por si acaso Fenton aparecía zumbando detrás de ellos en un arrebato de ira. Así, podrían salir corriendo sin más si fuera necesario.

Abigail, a la que habían visto hacía poco caminando ensimismada, había desaparecido de la vista como si se la hubiera tragado la tierra.

«Una balsa».

Su ingenua y absurda sugerencia de construir una balsa para escapar de la isla resonaba en la mente de Hal. Estaba claro que lo había dicho de broma… pero ¡qué idea más genial!

¡Y si se pudiera hacer!

Capítulo 3
Una idea brillante

—¡Una balsa! —repitió Robbie mirando a Hal con creciente entusiasmo—. ¿De verdad crees que podríamos construir una? ¿Crees que flotaría?

—¡Pues claro que sí! —afirmó Hal—. Zarparemos rumbo hacia Ahí Fuera, de donde vienen nuestros padres y averiguaremos a qué viene tanto secreto. Seguro que es un lugar mucho más grande que esta isla, con un montón de gente y edificios altos y…

De repente se paró acordándose de dónde estaban. Era la hora del recreo de la clase de Matemáticas de los viernes por la mañana, con la señora Hunter, y Hal estaba con Robbie fuera de clase. Hacía una mañana radiante y se podían ver las colinas más cercanas despuntando con claridad por delante de la pura y blanca niebla. La bruma resplandecía tanto con el sol que hacía daño a los ojos y Hal tuvo que entrecerrarlos. Como el día era más seco hoy, Hal, Robbie y algunos otros habían llevado las bicis a la escuela. Todas estaban alineadas en fila contra el costado del edificio, con las ruedas delanteras insertadas en un aparcabicis oxidado.

Hal echó un vistazo rápido a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando. Darcy, Lauren y Emily estaban en un grupito, como de costumbre, mientras que Abigail estaba atareada haciendo rabiar al pequeño Dewey Morgan, le estaba siguiendo por detrás como si fuera su sombra cada vez que iba a algún sitio. Cada poco tiempo él se giraba y le empezaba a gritar para que le dejara en paz y, cada vez, ella se paraba, extendía sus manos y decía: «¿Qué? No estoy haciendo nada».

Mientras tanto, Fenton estaba apoyado en la pared con el ceño fruncido. Estaba hurgándose en la boca con uno de sus rollizos dedos. «Al menos no se está metiendo con Robbie y conmigo», pensó Hal. Pero mucho se temía que eso sucedería más tarde, porque Fenton, Robbie y Dewey tenían que quedarse después de clase para volver a hacer el examen de Historia y sería el momento ideal para que Fenton atacara a Robbie y le diese una paliza con la que seguramente acabaría tirado en el suelo.

Y todo ¿por qué? Porque Hal había accedido a ayudar a copiar a

Fenton. Se juró que no volvería a hacerlo otra vez.

Satisfecho con que nadie les estaba escuchando, Hal se giró hacia Robbie:

—Iremos al viejo almacén y encontraremos los materiales que necesitamos y cogeré prestadas algunas de las herramientas de papá. Seguro que no se dará cuenta.

—¡Empecemos esta tarde! —añadió Robbie, le brillaban los ojos.

—Después de tu castigo —le recordó Hal—. Te esperaré.

—¡Se acabó el recreo, vamos adentro! —gritó la señora Hunter que había aparecido en la entrada.

Todos entraron en fila, las tres chicas primero, luego Dewey, con Abigail pegado a él como si fuera su sombra, y después Hal y Robbie. Por último, entró Fenton arrastrando los pies y todavía con el ceño fruncido.

Los chicos volvieron a sus asientos haciendo ruido con las sillas al arrastrarlas por el suelo. Fenton levantó la mano al instante:

—Pod favod, ¿señora Hunter? ¿Puedo idme a casa, pod favod? Me duelen laz muelaz.

—¡Dios mío, Fenton! —dijo la señora Hunter toda preocupada. Se acercó a su pupitre y se colocó delante de él—. ¿Me dejas ver?

Fenton abrió un poco la boca quejándose con un lastimero «ay», mientras la señora Hunter intentaba ver algo. Ella se quedó observándole durante lo que pareció una eternidad y se aclaró la garganta.

—Eso es, hummm… es un dolor de muelas en toda regla, joven Fenton Bridges. Sí, puedes irte a casa. Tal vez deberías decirle a tu madre que te lleve a ver a la doctora Porter, seguro que tiene algo para el dolor.

Fenton asintió y se puso de pie. Sin decir nada más salió arrastrando los pies, bastante inusual en él, que siempre se movía tan estrepitosamente.

Hal se quedó mirándole atónito, luego se giró hacia Robbie. Robbie estaba encantado.

—¡Pobre chico! —dijo la señora Hunter. Dirigió su mirada a Abigail—. Pero seguro que tu madre puede elaborar alguna infusión que le ayude, ¿verdad, Abigail? Como cuando Darcy se rompió el tobillo hace años. La pomada de la doctora Porter le ayudó con el dolor y en unas pocas semanas ya estaba andando otra vez.

—Mamá siempre está experimentando con pociones y cosas de esas —confirmó Abigail—. La mayoría de ellas huele a rayos, de hecho, son tan apestosas como el aliento de Robbie.

Todos se echaron a reír, excepto Robbie, que se giró y la miró furioso.

—Es verdad —continuó diciendo Abigail extendiendo las manos y

mirando a los de clase—. Sabéis, como cuando pisáis algo que apesta, allí donde pastan las vacas, pues el aliento de Robbie es…

—¡Está bien, ya es suficiente! —interrumpió la señora Hunter—. ¡A trabajar otra vez, chicos! Robbie date la vuelta, no le hagas caso.

Hal no podía parar de sonreír mientras su amigo se giraba hacia delante para prestar atención a la clase. Tenía la cara roja y los ojos llenos de furia. Abigail tenía el talento de sacar a todos de quicio.

Pero entonces Hal se dio cuenta de algo extraño y su sonrisa se desvaneció.

Cuando Robbie se había girado con rabia hacia Abigail, tenía un lápiz en la mano, y ahora ese lápiz estaba partido en dos trozos, roto por la mitad. Robbie también se dio cuenta en ese momento y se quedó mirando el lápiz preguntándose cómo demonios había pasado eso.

Mientras la señora Hunter seguía copiando aburridos problemas de matemáticas en la pizarra blanca con el chirriante rotulador negro, Hal intentó contener un bostezo y empezó a hacer garabatos en su hoja. Hizo unos bocetos de balsas incluyendo pequeños detalles, considerando qué usar para cada componente. Robbie y él necesitarían una plataforma amplia donde sentarse, por lo menos de metro y medio o dos metros y algo atado por debajo para mantenerla a flote. Pero no lograba concebir qué utilizar para hacerla flotar…

—¿Hal?

—¿Q… qué? —dijo Hal sobresaltado levantando los ojos hacia arriba.

La señora Hunter lo miraba expectante. Hal se aclaró la garganta y trasladó su mirada más allá de donde ella se encontraba, intentando fijarse en el problema que estaba en la pizarra. Frunció el ceño como si estuviera tratando de concentrarse.

—¡Qué tonto! —dijo Abigail en voz baja por detrás.

—¡Venga Hal! —dijo la señora Hunter con impaciencia dando golpes con el pie en el suelo—. No estabas prestando atención, ¿verdad? Ya sé que las matemáticas no son la asignatura más interesante del mundo, pero es importante que al menos entiendas lo básico. ¿Alguien sabe la respuesta?

En la fila delantera Emily Stanton levantó la mano con tanto ímpetu que parecía que quisiera tocar el techo.

—Sí, Emily —dijo la señora Hunter.

—Cuarenta y dos —dijo la chica del pelo moreno con tono triunfante—. Es un problema muy fácil, señora Hunter. No sé por qué Hal no lo sabía.

—Ni yo tampoco, Emily —dijo la señora Hunter lanzando una mirada a Hal.

La profesora se volvió hacia la pizarra y empezó con otro

problema. Su voz se fue desvaneciendo como música de fondo a medida que las visiones de una balsa flotaban en la mente de Hal, una balsa meciéndose hacia arriba y hacia abajo con las olas del océano, avanzando paso a paso a través de la niebla y emergiendo en la clara y brillante luz donde el cielo era azul y el sol era deslumbrante. ¡Y en el horizonte se veía tierra! ¿Qué encontrarían en Ahí Fuera? ¿Miles de personas pululando, coches y motocicletas rugiendo por las carreteras? Su padre había indicado que ya no quedaba nada ahí, pero ¿qué quería decir con eso exactamente?

Ese era el problema de los adultos, guardaban muchos secretos. Era como si intentasen olvidar su antigua vida de Ahí Fuera hasta que un adulto u otro mencionaba algo por casualidad sobre cómo solían ser las cosas antes. La madre de Hal, por ejemplo, cuando lavaba la ropa en un cubo de agua caliente con jabón mencionaba «lavadoras» y lo fácil que eran las cosas antes. Y casi todas las mañanas cuando sacaba el agua helada del arroyo y venía a casa con un cubo en cada mano, llegaba con la cara roja del esfuerzo y hacía algún comentario sobre cómo solían menospreciar el «agua corriente».

Así que, ¿qué es lo que había cambiado? Tal vez ahora con una balsa, Robbie y él podrían averiguarlo.

La clase terminó por fin, al menos para aquellos que no tenían que repetir el examen. Como Fenton había logrado librarse, Robbie y Dewey se quedaron solos en clase con la señora Hunter mientras Hal rondaba por la esquina junto al soporte para bicis. Hal vio que Lauren y Darcy se alejaban y se preguntó dónde estaría Abigail.

Entonces, como por arte de magia, ella salió de la escuela y empezó a mirar a su alrededor.

Hal se agachó detrás del aparcabicis. Lo último que le apetecía era que le empezase a dar la tabarra durante la media hora que tenía que estar esperando a Robbie.

Pero luego ella se dirigió hacia donde estaban las bicis. Hal soltó un quejido. ¿Qué estaba haciendo? Solo quedaban dos bicis, la de él y la de Robbie así que no ella tenía ningún motivo para ir ahí.

—¿Hal? —llamó ella.

Hal salió huyendo por detrás del edificio y se fue corriendo campo a través. Cuando estaba a una distancia prudente se dejó caer en la alta hierba y contuvo la respiración. Momentos después apareció Abigail mirando a su alrededor con cara de extrañeza.

—Hal, ¿estás aquí?

Él permaneció quieto y en silencio, observándola entre la hierba. ¡Las cosas que tenía que hacer uno para intentar esquivarla! Ella se quedó allí un rato buscándole y continuó por alrededor de la escuela. Pronto desapareció de su vista.

A través de una de las ventanas, Hal podía ver a Robbie

esforzándose en su examen y detrás de él, a la diminuta figura de Dewey que estaba inclinado sobre su pupitre. Todavía tardarían bastante, así que Hal se echó hacia atrás y se quedó tumbado mirando la niebla.

Estaba todo tan apacible y tranquilo que después de un rato se quedó dormido. Se despertó al oír su nombre, esta vez era Robbie. Hal se incorporó de golpe y miró a su alrededor. No había ni rastro de Abigail, se debía de haber ido a casa. Hal se fue brincando por detrás del edificio hacia el aparcabicis.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Robbie desconcertado—. Sabía que no te habías ido porque tu bici todavía estaba aquí.

—Me quedé dormido —dijo Hal—. ¡Venga vamos!

Sacaron las bicis y se marcharon hacia el sendero que se dirigía a la carretera principal. Pero justo cuando se estaban acercando, Abigail surgió de entre la hierba.

—¡Hola, Hal!

—¡Ignórala! —susurró Robbie—. ¡Pasa de largo!

—Hal, tengo que hablar contigo.

—Está bien, habla —dijo Hal parándose y dejando escapar un suspiro— ¿Qué quieres?

—¡Venga Hal! —dijo Robbie chasqueando la lengua, empezó a ir más lento.

—¡Tú sigue, Robbie! —dijo Abigail sacudiéndose el vestido, se quitó la hierba que tenía en el pelo—. Quiero hablar con Hal a solas.

—Mira, Abi —dijo Hal— estamos ocupados y no tenemos tiempo para estar esperando a que digas lo que tengas que decir. ¡Dilo ya!

—¿Que estáis ocupados? —dijo ella frunciendo el ceño— ¿Haciendo el qué? ¿Puedo ir con vosotros?

—¡Claro que sí, Abi, siempre que puedas alcanzarnos sin tu bici! —dijo Robbie riéndose.

—¡Créeme, podría alcanzaros incluso sin bici! —dijo Abigail arqueando una ceja e inclinando la cabeza hacia un lado con chulería.

—O sea que estás diciendo que tú podrías ir corriendo tan deprisa como lo haríamos nosotros en bici, ¿de verdad? —dijo Robbie resoplando de risa.

—No necesito correr. Pero apuesto a que podría alcanzaros de todas formas.

Hal y Robbie se miraron el uno al otro. Robbie encogió los hombros.

—Ya empieza otra vez, con sus misterios y secretitos, como si supiera algo verdaderamente importante. ¡Como si nos importase!

Abigail se acercó a Hal con los ojos muy abiertos:

—Pero es que sí que sé algo importante —susurró—. Hal dile a tu amigo que se largue para que podamos hablar. Solo bastarán unos

minutos, de verdad, y vas a alucinar.

—¡Venga, Hal, tenemos cosas que hacer, cosas importantes! —dijo Robbie resoplando de nuevo.

Hal se detuvo. Abigail se lo quedó mirando con sus grandes ojos marrones y al instante Hal sintió curiosidad. ¿Qué podría ser tan importante que debía mantenerse en secreto? Y ¿por qué insistía tanto en que tenía que contárselo a *él*? Quizás debería mandar a Robbie por delante para poder escuchar lo que tenía que decirle…

Pero justo en ese momento, como si pudiese leerle la mente, Robbie se rio con burla y dijo:

—Seguro que lo que Abigail tenga que decir es mucho más importante que lo que *nosotros* planeamos hacer, ¿verdad, Hal? Lo que quiero decir es que Abigail siempre tiene algo importante y útil que decir, ¿no es así? La semana pasada nos dijo que a Emily le estaba creciendo el cuello. Y hace unos días nos dijo que Lauren tenía pelo en los dedos. ¿Seguro que quieres pararte a escucharla, Hal?

Dicho así, Hal tenía que admitir que su amigo tenía razón.

—Es todo verdad —dijo Abigail frunciendo el ceño—. Mira, Hal, ya sé que suena raro, pero…

—Mira, Abi —dijo Hal alzando la mano para pararla—, cuando aprendas a dejar de contar mentiras y tomarle el pelo a la gente, tal vez me quede para escuchar lo que tengas que decir. Hasta luego.

Y sin más, los chicos se montaron en las bicis y se fueron juntos dejando a Abigail allí sola.

—Es tan rara —dijo Robbie después de un rato mientras iban pedaleando a lo largo del camino que cruzaba las campas—. A todo esto, ¿cuál es el plan? ¿Ir a por las herramientas antes o qué?

—No, vamos al almacén y veamos lo que podemos encontrar. Podemos llevarlo al embarcadero poco a poco y esconderlo allí.

—Y empezar a construirla mañana —añadió Robbie—. Tenemos todo el fin de semana por delante.

El almacén estaba en un lugar aislado, en una campa más allá de la carretera principal y justo detrás de la casa en la que vivía Dewey Morgan. Aunque el padre de Dewey estaría todavía en la granja, al otro lado de la isla con los demás hombres, su madre, sin duda, estaría en casa y solo tendría que mirar por la ventana de atrás para pillar a Hal y a Robbie marchándose con largos tablones y otros materiales.

Así que tendrían que colarse por detrás, como solían hacer siempre.

Atajaron por las campas y se aproximaron al almacén por detrás, manteniéndolo siempre entre ellos y la casa de Dewey. En la parte de atrás había una pequeña puerta con una sucia ventana. Esa puerta siempre estaba cerrada con llave, igual que la puerta de doble hoja de la parte delantera, pero los chicos no tenían ninguna intención de

reventar la cerradura.

Lo que hicieron fue soltar el marco de la ventana. Era de metal y estaba bastante oxidado y los tornillos que se suponía que estaban allí para sostenerlo en su sitio, atravesaron el delicado y desvencijado marco con facilidad. La ventana se desprendió por partes dejando un reguero de óxido en el umbral de la puerta. Una vez que quitaron el marco, sacaron el cristal del armazón y lo colocaron de pie en la hierba apoyándolo en la pared.

Los chicos se encaramaron a la estrecha abertura y entraron al oscuro y húmedo almacén. Había grandes estantes de metal distribuidos a lo largo de todo el interior y en las baldas se encontraban apiladas innumerables cajas de suministros. Hal y Robbie vagaron por el primer pasillo leyendo las etiquetas de las cajas de plástico. Ahí había útiles escolares como bolis y lápices, cuadernos y celo; junto a eso había montones y montones de ropa de todas las tallas; luego había mantas y sábanas, toallas, toallitas para la cara y todo tipo de accesorios de aseo, como jabones y sales de baño; y en el extremo había platos, cubiertos, cazuelas, sartenes y otros utensilios de cocina. Y todo eso se hallaba en tan solo *un* estante.

—¿Cuántas pastillas de jabón crees que quedan? —dijo Robbie tratando de ver a través de una empañada caja de plástico—. Apuesto a que eso es lo próximo que se nos acaba. Primero fue el champú, luego la pasta de dientes… Una vez calculé que, si una familia gasta un tubo de pasta de dientes al mes, digamos quince tubos al año, y en principio había nueve familias…

—Y hemos estado aquí doce años —añadió Hal.

—… entonces debieron de traer algo así como mil seiscientos tubos. ¿Te imaginas mil seiscientos tubos de pasta de dientes? Aunque ya no queda ninguno.

—Calcularon mal —asintió Hal—. Ahora tenemos que usar un pringue casero. Ni me acuerdo del último tubo que usamos. Debió de ser hace un año.

—Y no olvides, que hemos tenido una familia menos durante los últimos seis años —dijo Robbie—. Habían planeado todo para nueve, pero Thomas murió y sus padres desaparecieron, así que se nos hubiera acabado la pasta de dientes mucho antes si todavía estuviesen con nosotros.

—A lo mejor no suponían que íbamos a estar aquí tanto tiempo —dijo Hal mirando al infinito—. Quiero decir, que mi padre dijo que este almacén antes estaba lleno de rollos y rollos de papel higiénico, pero se acabaron hace un montón de tiempo, cuando éramos pequeños.

—Sí —asintió Robbie—, mi madre dijo que la gente solía tener retretes dentro de casa que eliminaban todo a través de unas tuberías

bajo el suelo hasta unos tanques subterráneos. ¿Te imaginas? Mucho más fácil que tener la letrina portátil en la parte de atrás.

Llegaron a un pasillo que no tenía nada más que latas de comida.

—Mi padre dice que la mayoría de esta comida enlatada está pasada de fecha —dijo Hal—. ¡Qué desperdicio! Dice que llenaron esta estantería de arriba abajo por si nos quedábamos sin productos frescos, pero la agricultura ha ido tan bien que muchos de ellos no se han necesitado y al final se han quedado aquí olvidados.

—Ya estamos aquí —dijo Robbie pasando al lado de un letrero pintado que estaba colocado al final de una estantería—. Materiales de construcción. Mira, hay unos tablones de madera que pueden servir. ¿Crees que podríamos atar algunos y conseguir que flotaran?

Hal se quedó mirando los tablones. Medirían unos dos metros de largo por medio de ancho y parecía que pesaban mucho. Necesitarían por lo menos cinco o seis para hacer una plataforma lo bastante ancha como para poder sentarse y tener espacio suficiente para moverse. ¿Cómo iban a llevar cinco o seis tablones tan pesados hasta el embarcadero? Era un largo camino y tendrían que sortearlo con rapidez atravesando las campas para evitar ser vistos. Dio un suspiro:

—Me pregunto si no deberíamos simplemente llevarnos algo de las casas viejas, las que están cerca del embarcadero. A lo mejor podríamos utilizar una puerta o algo así. —Se fijó en una fila de cubos de plástico gris que estaban en la parte de abajo y se agachó para leer la etiqueta—. Pintura base. Cubos de veinte litros. Y si…

—No necesitamos pintar la balsa —dijo Robbie.

—No, estaba pensando si podríamos usar estos cubos como flotadores. Si los vaciamos y volvemos a poner las tapas deberían funcionar bastante bien, podemos poner, por ejemplo, uno en cada esquina de la plataforma, o más si hiciese falta. —Hal se levantó con un renovado entusiasmo—. Quizás podríamos poner un par de tablones cruzados en la puerta, uno arriba y otro abajo y fijar los cubos a los extremos. Eso haría que la balsa fuese más ancha y así no se balancearía tanto ni se volcaría.

Con el plan tomando forma en su cabeza, Hal empezó a enumerar una lista de cosas para llevarse de allí.

—Dos tablones largos, podremos manejarlos bien si cada uno de nosotros sujeta un extremo y hacemos dos viajes. Cojamos cuatro cubos. Habrá como unos quince aquí, ¿crees que echarán en falta cuatro?

Los cubos de veinte litros pesaban mucho más de lo que Hal se había imaginado. Él y Robbie levantaron con dificultad uno de ellos y consiguieron llevarlo toda la distancia que había hasta la puerta de atrás. Entonces se dieron cuenta de lo complicado que sería alzarlo y pasarlo por la ventana, así que se pusieron a zarandear el oxidado

cerrojo hasta que se soltó. La puerta estaba atrancada, pero cuando la empujaron con los hombros se abrió de golpe formando una nube de polvo.

Después de trasladar fuera los cuatro pesados cubos, quitaron las tapas y vertieron el viscoso líquido crema en un surco. Dejaron los cubos boca abajo para que se escurriesen y entraron otra vez para coger un par de tablones y un trozo largo de cuerda.

Unos quince minutos más tarde se pusieron a la tarea de cerrar otra vez la puerta, después tardaron un tiempo en volver a instalar el cristal y el marco. Se sacudieron las manos y se prepararon para transportar los materiales de su balsa hasta el embarcadero, pero primero volvieron a poner las tapas a los cubos.

—La pintura se secará por los bordes y hará que las tapas se peguen mejor —explicó Hal—. ¡Ayúdame con este tablón!

Se marcharon hacia el embarcadero atravesando las campas, caminando en paralelo a la carretera principal, pero a cierta distancia para permanecer fuera de la vista.

—¡Me estoy muriendo de hambre! —dijo Hal mientras se iban abriendo paso a través de un pequeño grupo de árboles—. Cuando lleguemos al embarcadero será mejor que comamos antes de volver a por el otro tablón.

Una vez que dejaron bien atrás las casas que estaban ocupadas, abandonaron el cobijo de los árboles y se reincorporaron a la carretera principal. Al de unos metros empezaba la cuesta abajo y los chicos ya sabían que el embarcadero estaba cerca. Les llegaron los gritos de las gaviotas por entre la niebla y luego el leve sonido del agua irrumpiendo por la playa de guijarros. El viento arreció y trajo consigo el fresco aroma del océano.

En la costa la niebla siempre parecía más densa. Hal y Robbie apretaron el paso carretera abajo con su tablón. Había una barrera de penumbra por delante, pero enseguida apareció el muelle y se niveló la carretera. El muelle acababa al borde del agua, sin embargo un robusto embarcadero de madera continuaba sobre la turbulenta agua verde. A lo largo de los costados colgaban unos enormes neumáticos negros y colocadas por aquí y por allá había unas cuantas escaleras estrechas de madera. Los neumáticos y las escaleras eran algo que había dejado a Hal perplejo durante años, hasta que su padre le explicó que los barcos solían atracar allí, mucho antes de que la isla quedase desconectada del mundo exterior.

A un lado, una pequeña pasarela de madera se extendía por la orilla cubierta de hierba. Los chicos bajaron un corto tramo de escalones de piedra y caminaron hasta el final.

—¡Aquí valdrá! —dijo Hal dejando caer su extremo del tablón—. Lo dejaremos todo aquí, volveremos mañana y empezaremos a

construir.

Robbie dejó caer también su lado del tablón y la pequeña pasarela retumbó bajo sus pies por el golpe. Se quitaron las mochilas y se sentaron a comer.

Todo estaba tranquilo y apacible, los chicos se acomodaron en el borde de la pasarela con los pies colgando sobre la agitada agua verde, saboreando los bocadillos y bebiendo agua de las botellas de plástico. Hal empezó a comer una manzana, pero le pareció demasiado madura para su gusto así que la lanzó al mar. Las gaviotas acudieron entusiasmadas bajando en picado para ver qué era, sin embargo no parecieron interesadas y se volvieron a ir.

—¿Crees que puede haber un monstruo ahí? —preguntó Hal después de un rato—. Una serpiente de mar, quiero decir.

—¡Sí, hombre! —dijo Robbie conteniendo la risa—. Es tan solo una leyenda para que no nos vayamos demasiado lejos. Tal vez nuestros padres tengan miedo de que nos adentremos tanto nadando entre la niebla que aparezcamos al otro lado donde el cielo es azul.

—O tal vez tengan miedo de que nos perdamos en la niebla —dijo Hal—. Ojalá hubiésemos podido cubrir el agujero del bosque. Seguro que hubiésemos podido ver Ahí Fuera.

—Bueno —dijo Robbie poniéndose de pie—, veremos Ahí Fuera muy pronto. ¡Venga! Vamos a buscar el otro tablón. Luego traeremos los cubos y después tendremos que buscar una puerta que podamos usar, y también cogeremos algunas herramientas y clavos y cosas de esas.

Capítulo 4
La balsa

El sábado fue un día de lo más ajetreado. Hal cogió prestado del garaje de su padre un martillo, una caja de clavos, un paquete triple de cinta aislante y algo más de cuerda y lo embutió todo en su mochila junto con el almuerzo. Después se marchó en su bici en dirección al muelle donde había quedado con Robbie. A mitad de camino se encontró con su amigo por la carretera. Robbie iba tambaleándose por todas partes, intentando dirigir la bici y pedalear al tiempo que trataba de llevar dos pesadas palas de cavar con mangos de madera.

—¿Estos son los remos? —preguntó Hal cogiéndole una pala.

Robbie hizo un gesto afirmativo.

—¿Tienes el martillo y los clavos? ¿Cómo vamos a fijar los cubos a los tablones?

—Ya nos las arreglaremos —dijo Hal—. He traído cinta aislante y un montón de cuerda fina. Ya los ataremos de alguna forma.

La niebla era tan espesa esa mañana que las casas que estaban al lado de la carretera permanecían invisibles hasta que los chicos pasaban justo por delante de los jardines frontales. También hacía frío y Hal llevaba una sudadera gruesa para variar. Robbie, como siempre, no parecía afectado por el frío y llevaba puesta una camisa fina y unos vaqueros que le quedaban demasiado cortos por encima de los tobillos.

Hal y Robbie apoyaron las bicis cerca de los escalones de piedra que bajaban al pequeño embarcadero. Cuando empezaron a trabajar, el agua tenía pinta de estar fría y no invitaba al baño.

Los chicos habían pasado la tarde anterior acarreando los dos tablones, los cuatro cubos vacíos y un gran manojo de cuerda hasta el embarcadero y luego se habían ido a buscar una puerta. Con un montón de casas vacías y tiendas viejas cerca, no había sido un trabajo difícil. Simplemente habían entrado en una y habían descolgado una puerta de las bisagras. Encontraron una puerta robusta con una ventana en forma de diamante en el centro, a la altura de los ojos. El llevarla al embarcadero sí que había sido duro, puesto que pesaba mucho más de lo que se habían imaginado, les pareció que cuanto más

iban avanzando más les iba pesando.

Hal y Robbie se pusieron de cuclillas en la pasarela y colocaron la puerta y los tablones en posición. Planeaban construir la balsa boca abajo, así que primero clavaron los pesados tablones cruzados a lo largo de la parte superior e inferior de la puerta y luego estuvieron un buen rato atando los cubos de plástico. Con la combinación de la cuerda y la cinta aislante impermeable parecía que por fin los cuatro cubos habían quedado bien sujetos. Cuando acabaron, se pusieron de pie y observaron la parte de debajo de su balsa con gran satisfacción.

Ahora tocaba darle la vuelta y meterla en el agua.

—¡Comamos primero! —dijo Hal—. Debe de ser ya la hora del almuerzo.

—Sí, yo me estoy muriendo de hambre —admitió Robbie tocándose el estómago.

Tan pronto como acabaron de comer se pusieron manos a la obra para darle la vuelta a la balsa. Aquello pesaba más de lo que se esperaban. Con dos tablones macizos fijados a la puerta, pesaba incluso más aún, y con lo que parecían kilómetros de cuerda sosteniendo los cubos en su sitio, debía de pesar una tonelada. Por más que lo intentaron no pudieron levantarla en posición vertical para dejarla caer del otro lado. Cuanto más se esforzaba Robbie más colorado se ponía, estaba a punto de estallar. Hal se sentía igual. Tenía la cara roja y le caía el sudor por la frente.

Lo intentaron otra vez, ambos agarrando un extremo y levantando la balsa con todas sus fuerzas. La elevaron hasta la altura de las rodillas, luego enderezaron la espalda, la levantaron hasta la altura de las caderas…, pero de nuevo les fallaron las fuerzas y ya no pudieron lograr que sus cansados brazos la alzasen más arriba.

—¡Déjala caer! —dijo Hal jadeando.

Pero de repente Robbie dejó escapar un grito de frustración y Hal se encontró con que la balsa se le volaba de las manos. La estructura pareció elevarse por sí sola hasta alcanzar una posición vertical, se balanceó un poco y luego se vino abajo del todo. Cayó de golpe en la pasarela con tanto ímpetu que hizo que temblara la plataforma entera. Las gaviotas de alrededor graznaron asustadas.

Hal se quedó boquiabierto mirando a su amigo. Robbie estaba de pie jadeando con los puños apretados y los ojos llenos de furia. En cierta forma parecía más grande, más alto, los hombros más anchos y parecía que la camisa le estaba más estrecha de lo habitual.

—¡Robbie, que…!

—¿Qué pasa? —dijo Robbie mirándole desconcertado.

Y en ese momento Robbie se encogió unas cuantas tallas, fue un cambio lento, imperceptible, que cualquiera se hubiese perdido de no haber estado prestando atención. Su altura disminuyó unos cuantos

centímetros y la camisa le quedó colgando por todas partes. En cuestión de segundos Robbie había vuelto a su estado larguirucho de siempre, parpadeando confuso.

Hal se quedó inmóvil, sin poder articular palabra.

—Tú… tú has visto eso, ¿verdad? —preguntó Robbie poniéndose rojo. Se pasó la mano por el pelo con nerviosismo—. Otra vez me ha pasado algo, puedo sentirlo, como si me hubiese vuelto más grande y fuerte por un segundo.

—¡Sí que lo hiciste! —dijo Hal intentando asimilarlo—. Creo que me estoy volviendo loco. No es posible. De repente te volviste más grande, unos cuantos centímetros más alto y ancho de hombros. Pensé que otra vez ibas a reventar la camisa.

—El otro día en el bosque fue incluso peor —dijo Robbie—. Allí sí que *perdí la cabeza* completamente, me enfadé por la impotencia. Esta vez tan solo quería darle la vuelta a la estúpida balsa, así que lo intenté con todas mis fuerzas.

—Y funcionó. ¡Oye!, si puedes hacer eso cuando quieras, no tendrás nada que temer contra Fenton.

Robbie se quedó con la boca abierta. Luego esbozó una sonrisa.

—¡Eso estaría guay! ¡Podría levantarle y lanzarle al otro lado de la isla!

En ese momento a Hal le empezó a picar el brazo y se rascó todo irritado.

—¡Otra vez, no! Me ha estado picando un montón últimamente, como si me hubiese picado algún bicho, pero no se ve nada.

Los chicos se pusieron a trabajar de nuevo, les costó un gran esfuerzo poner la balsa en el agua. Tenían que empujarla por el costado, que al menos era más fácil que levantarla de un extremo para ponerla en vertical. Primero la ataron con una cuerda y luego tiraron de ella con todas sus fuerzas. Los grandes cubos, que estaban vacíos y atados por debajo de los tablones, se habían aplastado un poco bajo el peso de la balsa, pero parecía que estaban intactos.

Sin embargo, al arrastrar la balsa, los clavos y la cuerda se habían movido, así que los chicos intentaron levantar la pesada estructura lo más que pudieron. Cuando por fin se deslizó y se cayó al agua, hubo un horrible instante en el que pensaron que iba a sumergirse por completo y quedarse hundida para siempre.

Pero rebotó, salió a flote y después se asentó en el agua. Hal tiró de la cuerda para que no se fuera flotando.

—La puerta tiene unos pocos centímetros de margen por debajo, —dijo Hal satisfecho—. Eso es lo que importa. Cuanto más baja esté, menos se balanceará. Mientras no se hunda mucho más cuando nos montemos estará bien.

—Vamos a probarla —dijo Robbie frotándose las manos.

Se sentó en el borde de la pasarela y, cuando Hal acercó la balsa con la cuerda, se deslizó hasta ella. Una vez que la balsa estuvo en posición, golpeando contra uno de los soportes de la pasarela, Robbie la ató. Entonces Hal le pasó las palas y saltó para unirse a su amigo.

—Esto creo que va a funcionar bien —dijo Robbie contemplando el agua de debajo a través de la ventana con forma de diamante—. Si estuviésemos un poco más bajos y la puerta estuviese tocando la superficie, podríamos ver lo que hay bajo el agua.

—Si estuviésemos más bajos, nos mojaríamos —dijo Hal riéndose—. Y, además, el agua está demasiado turbia para ver a suficiente profundidad. Bueno, voy a desatarnos. ¿Estás preparado para empezar a remar?

—¿Nos vamos ahora?

—¿Por qué no? Tenemos toda la tarde.

Y sin decir más, juntos sumergieron las pesadas palas en el agua por los lados opuestos de la balsa y empezaron a remar. Les costó un poco sincronizarse, pero pronto comenzaron a moverse y la balsa se alejó del muelle. Las olas se chocaban contra el lado opuesto de la puerta.

Parecía que la balsa era fácil de manejar. Mientras los chicos navegaban por el agua remando con las palas, Hal echó un vistazo hacia el embarcadero y se sorprendió al observar que ya casi había desaparecido entre la niebla.

Entonces se dio cuenta de que había alguien de pie, como una estatua. Estaba al borde de la carretera, en la cima de los escalones de piedra. Era una chica con el pelo largo oscuro, atado en una coleta. Tenía las manos metidas en los bolsillos de un abrigo negro que le llegaba hasta la rodilla. Llevaba una bufanda roja que le cubría la boca y que le hacía destacar con su brillante colorido entre la penumbra grisácea de la niebla.

—¡Oh, no! —susurró Hal con el corazón encogido—. ¡Es Abigail!

—¡Se va a chivar! —dijo Robbie girando la cabeza bruscamente y frunciendo el ceño.

—¿A dónde vais? —gritó la chica, su voz rebotó en la revoltosa agua verde.

La balsa se alejaba meciéndose. Hal sabía que Robbie se estaba preguntando lo mismo que él. ¿Deberían ignorarla y seguir con lo que estaban haciendo, o deberían intentar incluirla en sus planes y esperar que mantuviera la boca cerrada?

Hal suspiró y decidió que debería decir algo:

—Nos vamos a Ahí Fuera —respondió tratando de bajar la voz para que no se enterara toda la isla.

Abigail no pareció sorprendida. Se apartó la bufanda de la boca:

—¿Y la serpiente de mar?

—No hay serpiente de mar —contestó Robbie.

La balsa siguió alejándose y la densidad de la niebla se hizo más intensa entre ellos y Abigail. Hal intentó aparentar lo mejor que pudo que confiaba en ella, como si fuera su mejor amiga. Tal vez si ella estuviera de su parte se mantendría en silencio, al menos hasta que volvieran.

—Necesitamos que guardes el secreto —gritó—. Ya sabes en qué líos nos meteríamos si nos descubriesen. ¿Podemos confiar en ti?

A esas alturas Abigail era tan solo una débil silueta.

—Obviamente no, si no me lo hubieseis contado antes. —Ya sonaba distante y en ese momento la niebla se la engulló y su incorpórea voz flotó desde la penumbra—. ¡No vayáis a perderos por ahí! Deberíais haber traído cuerda.

—¿Cuerda? —balbuceó Hal confuso—. ¿Qué quiere decir?

—¡Tiene razón! —dijo Robbie dándose una palmada en la frente—. Podíamos haber atado la cuerda al muelle para irla desenroscando según fuéramos avanzando. Así no habría peligro de perdernos.

—Estaré aquí cuando volváis —gritó la voz de Abigail desde lejos—. Y si no estáis de vuelta, digamos, para la semana que viene, iré a pedir ayuda.

—¡Oh, muy graciosa! —murmuró Hal entre dientes.

Hal hundió la pala en el agua y remó con fuerza. Robbie se aturulló intentando mantener el ritmo pero sin conseguirlo, por lo que la balsa acabó dando vueltas. Menos mal que Abigail no podía verlos, pensó Hal; se habría partido de risa.

Cuando se sincronizaron otra vez, la balsa avanzó rápidamente adentrándose más en la grisácea bruma. Era un tipo de niebla diferente a la que estaban acostumbrados en tierra; más densa, más fría, en cierto modo más amenazante. Unos dedos de humo se les acercaron para tocarles, vacilantes y curiosos, y Hal tuvo la extraña sensación de que estaba olisqueándoles del mismo modo que el viejo perro de Emily Stanton olisqueaba las verjas según iba correteando por la carretera.

Remaron en silencio. Hal notaba un frío húmedo y glacial traspasándole por la gruesa sudadera hasta sentirlo en la misma piel. Incluso el mango de madera de la pala se le asemejaba a un chuzo de hielo. A Robbie le castañeaban los dientes.

Hal echó la vista atrás y no pudo evitar dar un respingo. El pequeño embarcadero, la carretera, incluso el muelle, habían desaparecido de la vista, tragados por la penumbra. La isla había desaparecido y alrededor todo estaba en silencio, la niebla lo envolvía todo y la fría agua chocaba contra la balsa. De repente a Hal le entró el pánico y se le cortó la respiración. Le empezó a picar el brazo.

—¿Estás bien? —preguntó Robbie dejando de remar y girándose

hacia él con el ceño fruncido.

—Es que… nos hemos alejado bastante —dijo Hal respirando agitadamente, pero tratando de mantener la calma. Señaló con el dedo hacia la isla—. ¿Cómo demonios vamos a encontrar el camino de vuelta? Robbie, esto es una locura…

—Esto fue idea *tuya* —dijo Robbie alzando las cejas.

—Ya lo sé —respondió Hal—, pero fue una idea estúpida ¿vale? Tenemos que pensarnos esto mejor. Abigail tiene razón, deberíamos haber traído algo de cuerda para que nos hubiera servido de guía a la vuelta. Podríamos perdernos por completo aquí. No se puede ver más que niebla. ¿Cómo sabemos que no estamos yendo en círculos ahora mismo?

Robbie miró a su alrededor en silencio.

En ese momento a Hal le empezó a picar el antebrazo como si un centenar de hormigas le estuviesen mordiendo y casi dejó caer la pala por la urgencia de rascarse. ¡Menudo desastre! Entonces sí que hubieran acabado yendo en círculos con un solo remo.

—O sea que… ¿lo dejamos? —preguntó Robbie mientras seguía contemplando la niebla. Se le notaba un punto de decepción en la voz.

Hal reflexionó. Parecería que habían desperdiciado todo su esfuerzo si solamente volvían remando y no lo volvían a intentar jamás. Pero no había nada de malo en pensar las cosas mejor y regresar más tarde. Además de traer algo de cuerda para guiarse, podrían atar unos cabos a las palas por si acaso se les caían al agua. Así que no sería un completo fracaso si regresaban ahora, siempre y cuando planeasen volver de nuevo mejor preparados.

—Creo que —empezó—, si volvemos y cogemos algo de cuerda, entonces…

Algo por debajo golpeó la balsa.

Hal y Robbie miraron a la vez hacia abajo y luego se miraron el uno al otro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Robbie con nerviosismo—. ¿Una roca? ¿Estamos tocando fondo?

Hal escudriñó el agua ansiosamente pero no vio ninguna roca que sobresaliese. La superficie del océano ondulaba como una sábana tendida al viento, inquietante y silenciosa, excepto donde salpicaba contra los cubos de plástico de la balsa. No *parecía* que fuese tan poco profundo…, pero podría haber rocas ocultas justo debajo de la superficie. ¿Qué pasaría si una desgarrase los flotadores?

—Deberíamos volver —dijo Hal—. Planeemos esto un poco mejor y volvamos otra vez.

—De acuerdo —dijo Robbie. Esta vez Hal detectó un toque de alivio en su voz.

Cambiaron la forma de agarrar las palas y empezaron a remar en

dirección opuesta. De nuevo, tardaron un segundo en sincronizarse y la balsa empezó a girar.

—¡Para! —exclamó Hal—. Quiero decir, no *pares*, pero… tenemos que mantener esta cosa recta si no, no sabremos en qué dirección ir. Espera mientras hago que volvamos a girar un poco…

—Eso es demasiado —dijo Robbie hundiendo su pala en el agua y contrarrestando las paladas de Hal.

—Mira, vamos a remar juntos y así iremos rectos —dijo Hal tras apretar fuertemente los dientes para intentar controlar su temperamento—. Seguro que ya hemos dado la vuelta. Mientras consigamos volver a la isla, nos irá bien; cualquier sitio servirá. Luego podemos seguir por la costa hasta que lleguemos al muelle.

—Vale —asintió Robbie—, siempre que no nos alejemos remando de la isla y nos pasemos de largo completamente.

Algo golpeó la balsa de nuevo por debajo y esa vez notaron que la plataforma se elevaba por un instante. Hal miró hacia abajo y captó un destello blanco a través del panel de cristal. Pero algo atrajo su atención por el costado, rastreó el agua por detrás de su pala.

Hal se quedó boquiabierto y señaló con el dedo.

Un cuerpo en forma de serpiente, gigantesco y lechoso, se deslizó bajo la superficie, rápido y silencioso, haciendo que la pequeña y frágil balsa en la que Hal y Robbie se encogían de miedo pareciera una enanez.

—¡L-la s-serpiente de m-mar! —dijo Hal tartamudeando.

Robbie alzó su pala por encima de la cabeza como si esgrimiéndola ante el monstruo sirviese de algo.

—¡Estamos muertos! —gimoteó.

Se les hizo eterno hasta que toda la longitud de la serpiente pasó ondulando delante de ellos, su grosor fue estrechándose hasta llegar a la punta roma de la cola. La serpiente se deslizó bajo la superficie y una corriente tiró de la balsa haciendo que esta se balancease para arriba y para abajo.

Hal agarró su pala con una mano y se apresuró a buscar un sitio seguro al que aferrarse con la otra. Tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. Estaba temblando de miedo y apenas podía respirar. Se sintió impotente. ¿Qué podían hacer? Esa cosa podía volcarlos de un coletazo o engullírselos de un bocado.

—Tenemos que remar —dijo—. ¿Preparado? Tres, dos, uno, vamos.

Él empezó a remar, pero Robbie estaba paralizado en el sitio, todavía blandiendo su pala por encima de la cabeza.

—¡Robbie, estás pasmado, espabila y rema!

—No puedo.

—¡Sí que puedes! Yo no puedo hacerlo solo…

Robbie murmuró algo entre dientes.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —dijo Hal frunciendo el ceño.

—¡Está volviendo!

De entre la niebla surgió la monstruosa serpiente con su enorme envergadura avanzando ágilmente a través del agua, se dirigía hacia ellos. La serpiente alzó lentamente su inmensa cabeza, tenía unas brillantes escamas blancas del tamaño de puños, unas aletas largas y flácidas que le salían de detrás de la mandíbula y unos ojos amarillos tan grandes como platos. La serpiente se les quedó mirando sin parpadear, sin emoción alguna. Abrió la boca solamente una fracción, lo suficiente como para que una brillante y negra lengua viperina sobresaliese, vibrase y volviera a meterse otra vez.

Robbie empezó a gritar. Se le cayó la pala en la cubierta y al abalanzarse para recogerla se tropezó con su amigo. Hal despertó de su parálisis temporal.

—Robbie, no hay escapatoria…, ten cuidado o se te…

Demasiado tarde. La balsa se inclinó hacia un lado y la pala de Robbie se resbaló de la cubierta y se cayó al agua con un diminuto *¡plof!*, desapareciendo para siempre.

Para entonces la serpiente estaba justo encima de ellos, mirándolos con ojos siniestros. Por su escamada cara corrieron unos riachuelos de agua que salpicaron la balsa. La lengua de la serpiente apareció de nuevo, vibró y esta vez permaneció fuera, como si estuviese degustando el aire. Un asqueroso olor a podrido envolvió a los aterrorizados chicos que retrocedieron aturdidos al oír un penetrante sonido grave y siseante.

—¡Estamos muertos, estamos muertos, estamos muertos! —balbuceaba Robbie con voz ahogada. Tenía la cara tapada con las manos y se mecía hacia delante y hacia atrás.

Mientras miraba fijamente al monstruo, algo extraño se apoderó de Hal. Parte de su miedo se disipó y cierto coraje tomó posesión de él.

—¡Déjanos en paz o te juro que te arrepentirás! —dijo con voz temblorosa hablando a la serpiente.

Sus dedos apretaron la pala con fuerza.

La serpiente se acercó aún más, de alguna forma era capaz de flotar en el agua y al mismo tiempo mantener su cabeza erguida sobre ellos. Las aletas de detrás de su mandíbula colgaban flácidas, chorreando, y en ese momento Hal vio otras aletas a lo largo de su cuerpo, justo por encima de la superficie, moviéndose como un abanico para delante y para atrás. Hal se imaginó la interminable longitud de la serpiente ondulando de lado a lado bajo la superficie, en la tenebrosa profundidad. Se estremeció y deseó poder borrar la repulsiva imagen de su mente.

La serpiente abrió la boca un poco y el apestoso olor a podrido

hizo que Hal retrocediera de asco. Él se giró hacia arriba con toda su fuerza y le dio al monstruo un sonoro sopapo en toda la barbilla con la pala.

A Hal le dio la impresión de que había visto un destello de sorpresa en los inmutables grandes ojos de la serpiente cuando esta se echó para atrás. La serpiente inclinó la cabeza de nuevo y se le quedó observando.

—¡Mira lo que pasa cuando te metes con nosotros! —gritó Hal empezando a calentarse. El pánico dio pie a la ira que bullía en su interior. Notó que le faltaba el aliento. Le quemaba la garganta y sentía un hormigueo por todo el cuerpo—. ¡Ven a por más, gusano!

Para su sorpresa, la serpiente se deslizó bajo la superficie.

Hal escudriñó el agua. Vio destellos blancos, luego sintió un golpe bajo la balsa.

—Nos va a hundir —dijo Hal. Su ira se evaporó de repente y se instaló el horror.

¿Les arrastraría el monstruo hacia abajo y esperaría hasta que se hubiesen ahogado antes de masticarlos? ¿O simplemente se los *tragaría vivos*?

La balsa se elevó y ambos chicos intentaron agarrarse a la cubierta. La pala de Hal, el único remo que les quedaba, se le resbaló de las manos y se deslizó por la cubierta cayendo al agua, *¡plof!*

—Se acabó —masculló Hal entre dientes.

—¡Yo no quiero morir! —gimió Robbie.

La balsa se inclinó un poco hacia un lado, pero continuó alzándose hasta que los cuatro cubos de plástico estuvieron fuera del agua. Ahora Hal podía ver la ancha y plana cabeza del monstruo con su viscosa piel escamada por debajo de la cubierta. La balsa iba tambaleándose según la serpiente iba navegando por el agua.

—¿Qué…? —Hal se quedó boquiabierto.

¿Estaban navegando por el agua? ¿Por qué no les había hundido? ¿Por qué les había levantado y les estaba llevando por la niebla? No tenía ningún sentido.

A menos que les estuviese llevando a su guarida, o lo que quiera que las serpientes de mar llamasen a sus hogares. A lo mejor no tenía hambre todavía. A lo mejor quería dejarlos en su despensa para después. Tal vez encontrarían los esqueletos de otras personas almacenados allí, que había tragado de un bocado y cuyos huesos había escupido.

Robbie estaba gimiendo con los ojos cerrados.

—¡Oye! —dijo Hal dándole un empujón—, que no estamos muertos todavía. Nos está llevando a su guarida. Todavía hay esperanzas.

—No hay salida —dijo Robbie con un gesto negativo—. Estamos acabados. Nunca debimos haber intentado esto.

La serpiente continuó deslizándose por el agua. Parecía saber a dónde se dirigía, aunque la densa niebla no revelaba nada.

Al poco rato la niebla disminuyó y Hal avistó tierra. Entrecerró los ojos y se quedó boquiabierto.

—¡Robbie, Robbie, mira! ¡El muelle!

—¿Qué? —dijo Robbie abriendo los ojos de repente.

Según se iban aproximando al embarcadero, la serpiente disminuyó la velocidad, luego se hundió fuera de la vista al bajar la balsa otra vez al agua. El impulso hizo que la balsa se fuese hacia delante y Hal y Robbie se sentaron en silencio mientras iban flotando el resto del camino hasta el embarcadero. Segundos después se chocaron con uno de los postes y Hal lo alcanzó instintivamente, todavía con la boca abierta.

Cuando Hal miró a su alrededor vio un destello blanco y entonces el agua aumentó de nivel justo cuando unos grandes anillos escamosos irrumpieron en la superficie y el monstruo se giró en círculo.

Los chicos salieron en desbandada hacia el embarcadero y se chocaron entre sí con la prisa de abandonar la balsa. En el momento en que estuvieron a salvo, la serpiente sacó la cabeza fuera del agua otra vez y descendió sobre ellos. Hal y Robbie gritaron y se agacharon, sabiendo que ya era demasiado tarde…

Pero no pasó nada, excepto un ruidoso chapoteo. Hal sintió cómo le salpicaba el agua fría del mar, se levantó y abrió los ojos de repente. ¿A dónde se había ido el monstruo? Allí estaba… deslizándose a través de la niebla, desvaneciéndose en la distancia… con una pequeña y patética balsa ladeada, encaramada en la cabeza. Medio minuto después desapareció entre la penumbra y todo se quedó en calma.

Hal y Robbie se quedaron mirando pasmados en silencio.

Capítulo 5
Noticias sorprendentes

Abigail se acercó corriendo por el embarcadero con la cara pálida.

—¡La serpiente de mar! ¡Esa era la serpiente de mar!

—¡No! ¿De verdad? —dijo Robbie poniéndose de pie—. ¿Cuál, ese monstruo gigante que estaba en el agua y que casi nos come vivos ahora mismo? ¡No me digas!

—¿Estás bien, Hal? —preguntó Abigail ignorando a Robbie y mirando hacia abajo, donde Hal se encontraba sentado—. Parece que vas a vomitar.

Hal resopló, se levantó y por fin dijo algo:

—O sea que ahora ya sabemos que la serpiente de mar existe. Lo que no puedo creerme es que no nos comiera.

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Abigail—. No pude ver nada con la niebla, pero oí gritos… y ¿era Robbie el que chillaba como un crío de cinco años?

—Yo no estaba chillando, solo gritando —dijo Robbie poniéndose rojo—. Hal le dio un golpe en la barbilla a la serpiente, pero luego le arrebató la pala de las manos y la hizo trizas. Así que me enfadé y le lancé la mía. Le di en todo el ojo.

Hal miró de reojo a su amigo con sorpresa y empezó a sonreír.

—¿De verdad? —dijo Abigail incrédulamente—. ¿Y se asustó tanto que decidió traeros de vuelta sanos y salvos?

—Eso es lo que no entiendo —dijo Hal—. ¿Por qué nos traería? ¿Crees que puede ser algún tipo de guardián que debe mantenernos en la isla?

Abigail se giró hacia él y se le quedó mirando con una expresión que Hal no pudo descifrar.

—Podrías tener razón —dijo ella—. Y si eso fuera verdad, ¿por qué? ¿Está ahí para nuestra protección, para que no nos vayamos navegando por la niebla y nos perdamos? ¿O crees que está ahí para mantenernos a todos prisioneros?

—¡Prisioneros! —exclamó Robbie con desdén—. ¿Y a nuestros padres también?

—Eso explicaría por qué no han intentado nunca marcharse —continuó diciendo Abigail mirando fijamente la niebla sobre el

mar—. Sí, quizás todos seamos prisioneros. Se ajusta a otra teoría que tengo.

Robbie se dio la vuelta y movió la cabeza de un lado a otro.

—Tú estás loca —murmuró—. No era más que una serpiente de agua gigante que no tenía hambre. Tuvimos suerte.

—¿Y por eso os trajo de vuelta al embarcadero y se llevó la balsa? —dijo Abigail. Chasqueó la lengua—. Venga Robbie, sé que debes tener un cerebro ahí metido en algún sitio. Intenta usarlo para variar.

A Hal le dio un escalofrío. Tenía los vaqueros mojados y fríos y permanecer allí hablando no ayudaba.

—¡Vámonos! —dijo—. ¡Cuéntame esta teoría tuya, Abi!

—¡No la escuches! —dijo Robbie—. No tiene idea de nada.

Sin embargo, Abigail se mostró contenta:

—¿De verdad quieres oírlo? ¡Vale! —Caminó al lado de Hal dejando a Robbie unos pasos más atrás—. Nosotros nos imaginamos que Ahí Fuera es un sitio enorme lleno de miles de personas viviendo en edificios altos, ¿no? Como en las fotografías que hemos visto. Pero los adultos no suelen hablar de ello y cuando lo hacen, mencionan cosas como gente loca viviendo entre ruinas, como si ya no quedase nada, tan solo un sitio desolado en el que no podríamos vivir nunca. Pues bien, tal vez todo sea una gran mentira para evitar que queramos ir de visita. Y tal vez la serpiente de mar esté ahí por si acaso alguna vez se nos ocurre intentar marcharnos de la isla.

—Pues aún no lo entiendo —dijo Hal—. Si eso es verdad, no explica *por qué* estamos aquí. ¿Por qué se esconden los adultos en esta isla, desconectados del resto del mundo? ¿Y por qué nadie de Ahí Fuera ha venido jamás de visita?

—No lo sé, Hal —dijo Abigail encogiendo los hombros—. Pero podría ser que los adultos no se estén escondiendo a sí mismos, sino que nos estén escondiendo a *nosotros, los niños.* Tal vez no quieran que nadie nos encuentre.

—Eso es una chifladura —dijo Robbie resoplando desde atrás—. ¿Qué es lo que tenemos de especial?

Hal se paró en seco y Robbie se chocó con él. Hal permaneció en silencio y miró a Abigail con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido.

—¿Qué pasa Hal? —preguntó ella.

—Nada —dijo él, mientras le venían a la mente imágenes de Robbie cambiando, volviéndose más fuerte. ¿Contaba eso como especial?

Robbie también estaba frunciendo el ceño, como si acabara de darse cuenta de lo que acababa de decir y hubiese hecho la misma conexión.

—Creo que deberíamos permanecer juntos —dijo Abigail rompiendo el silencio—, y tratar de entender esto de una vez por

todas. Juntos podríamos…

—Ya estamos —dijo Robbie dándole un codazo a Hal—. Toda esta charla de permanecer juntos es simplemente una excusa para poder pasar el rato contigo, Hal. —Pasó rozándola y subió los peldaños a la carretera—. ¡Vámonos!

Abigail y Hal se quedaron atrás.

—Tienes los pantalones mojados —dijo ella con un toque de sorna—. Creo que los dos estabais más asustados de lo que queréis admitir.

—No estábamos… —Hal dejó la frase en el aire notando cómo se le ponía la cara roja—. ¡Oye!, que no nos *meamos* encima, si es eso lo que estás insinuando. Esto es solo agua de mar.

—No importa —dijo Abigail riéndose—. No se lo diré a nadie.

Hal se aguantó las ganas de discutir. Por supuesto le estaba haciendo rabiar, sacándole de quicio, como hacía normalmente. Subieron los escalones de piedra. Robbie ya estaba sentado en su bici, tamborileando con los dedos en el manillar.

—¿Dónde está tu bici? —le preguntó Robbie a Abigail.

—No la he traído —contestó—. Tengo otros medios de transporte.

—¿Como caminar, quieres decir? —dijo Robbie levantando la mirada al cielo en señal de desesperación—. Tú siempre tienes que engrandecer las cosas más de lo que son. Como hace unas semanas cuando dijiste que estabas «sufriendo un cambio importante» con tanto misterio… Todo el mundo se preguntaba qué es lo que podría ser. Y al día siguiente viniste a clase con un nuevo corte de pelo.

—¿Te gusta? —dijo Abigail tirando de la coleta que llevaba por detrás—. Mamá dijo que debería dejármela larga, pero yo le dije que la cortara un trozo. Interfería con mi medio de transporte.

—¿Qué? —exclamó Robbie lanzando las manos al cielo con exasperación—. No tengo *ni idea* de lo que estás hablando y tú tampoco. —Negó con la cabeza y se preparó para pedalear—. ¡Vamos Hal!

—Voy —contestó Hal. Se subió a la bici y se giró hacia Abigail, sintiéndose de repente incómodo por marcharse y dejarla allí—. Bueno, supongo que te veremos el lunes.

—¡Oye!, buen trabajo con la balsa —dijo sonriendo—. ¿Sabes?, eres bastante valiente para ser tan bajito. Incluso aunque te mojaras los pantalones.

—Ya sabes, cuando tienes que ir, tienes que ir —dijo Hal encogiéndose de hombros.

—¡Tienes sentido del humor! —dijo Abigail sonriendo encantada—. Bien por ti.

Con unos dientes blancos perfectos, unas cuantas pecas y unos profundos ojos marrones, Hal pensó que a veces Abigail podía ser una

chica bastante mona. Era una pena que lo fastidiase al ser tan irritante.

En cuanto Hal hizo girar los pedales y empezó a moverse, la sonrisa de Abigail se desvaneció y ella le agarró del brazo.

—¡Hal, espera!

—¡Jolín, venga ya! —exclamó Robbie gruñendo y bajando la cabeza.

Pero Hal se detuvo mirando con sorpresa los dedos blancos que le apretaban el brazo justo por encima del codo.

—Tengo que irme —murmuró.

—Hal, todavía necesito enseñarte algo —dijo Abigail apretándole el brazo aún más—. Algo importante.

Hal esperó con las cejas levantadas. Abigail permaneció mirándole atentamente y él frunció el ceño.

—¿Y bien? Dime.

—Aquí no —dijo lanzando una mirada a Robbie—. Más tarde. Me pasaré por tu casa después de que oscurezca. Cuando todos duerman.

—Más drama —murmuró Robbie.

—Bueno, entonces hasta luego —dijo Abigail aflojando su mano del brazo de Hal. Dio un paso atrás.

Robbie salió disparado y Hal se marchó tras él con los ojos fijos en la carretera. Era una cuesta con bastante pendiente y pedalearon en silencio hasta que alcanzaron la cima. Jadeando, aminoraron la marcha y rodaron los dos juntos a través de la niebla.

A Hal le empezó a picar otra vez el brazo. Sentía como si alguien le hubiese clavado alfileres en la piel y se tambaleó por toda la carretera por la urgencia de rascarse.

—¡Ten cuidado! —gritó Robbie cuando sus ruedas delanteras casi se chocaron.

Hal dio un frenazo y se subió de un tirón la manga de su gruesa sudadera. Entonces se quedó paralizado, abrió los ojos de par en par. Extendiéndose desde el codo hasta la muñeca, le había salido un abultado sarpullido con motas verdes como el color de un pepino. Lo tocó y descubrió que era grueso y duro.

Robbie, se había girado en círculo y estaba volviendo.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Hal se estiró la manga hacia abajo, pero luego se preguntó por qué estaba intentando ocultar el sarpullido a su mejor amigo. Tragó saliva—. Bueno, ¿te acuerdas de ese picor en el brazo?

—Seguro que tienes pulgas —dijo Robbie sonriendo.

—No son pulgas. Mira. —Hal se arremangó una vez más.

La sonrisa de Robbie se desvaneció y se le puso la cara pálida. Miró una y otra vez con detenimiento y señaló el sarpullido.

—Tío, eso no es normal. ¿Qué es eso?

—No lo sé. Me ha estado picando quizás durante una semana ya, no todo el rato. No le di mucha importancia hasta que fuimos al Bosque Negro el otro día. Desde entonces se ha puesto peor. —Hal miró el sarpullido, el corazón le latía con fuerza—. He estado mirándolo, ¿sabes? A ver si tenía una inflamación, una picadura o algo. Pero nunca había visto nada hasta ahora.

—Eso es de lo más raro —dijo Robbie observándolo todavía. Se apartó un poco—. Necesitas ir a ver a la madre de Abi.

Hal se puso a pensar en la peculiar pequeña doctora y sus apestosas pociones caseras. La doctora Porter se preocupaba mucho por ellos y cada cierto tiempo les reunía a todos para darles inyecciones de una cosa u otra. Pero, aunque los adultos padecían resfriados o cualquier otro achaque de vez en cuando, ninguno de los niños de la isla se había puesto enfermo jamás. «Unos sistemas inmunes maravillosos —había dicho siempre la doctora Porter con asombro— chicos, sois muy afortunados».

«O *especiales*», pensó Hal.

Hal palpó el sarpullido con el dedo. No le dolía, pero sentía la piel tensa como si hubiese tenido algo pegajoso en el brazo que se había secado y se había endurecido. ¿Podría ser gangrena? Había leído algo sobre la gangrena en un libro. A alguien que tenía una herida, se le había infectado y la herida se había vuelto de un color raro y olía mal. Hal olisqueó el brazo con cuidado, pero no pudo detectar ningún olor. Aunque el sarpullido sí que tenía un color raro, así que tal vez era el *comienzo* de una infección.

Solo que él no tenía ninguna herida, así que no lo encontró ningún sentido.

—¿Tiene tu madre algo para los picores? —preguntó Robbie—. A mí siempre me están picando los bichos, así que hace tiempo mamá consiguió de la doctora Porter una cosa para los picores. Es una especie de potingue que alivia el picor. ¿Quieres probarlo?

—Vale —aceptó Hal.

Hal paró en la casa de Robbie y esperó mientras su amigo entraba corriendo a buscar el mejunje. Al poco tiempo Robbie volvió con un pequeño tarro que contenía una extraña sustancia morada.

—Te lo puedes quedar —dijo—. Lo he cogido de un tarro grande que tenemos. Espero que te sirva.

—Gracias. ¿Vas a hacer algo mañana?

—Tengo que limpiar mi habitación, antes que nada —dijo Robbie alzando la mirada al cielo—. Igual me quedo en casa y estudio.

Hal sonrió. La idea de estudiar que tenía Robbie era mirar libros sobre bichos.

—Hasta el lunes entonces —dijo Hal, y se marchó en la bici.

Cuando llegó a casa y aparcó la bici fuera, le llegó el olor de algo

delicioso que se estaba cocinando y avanzó deprisa por todo el vestíbulo, le rugía el estómago. Las velas del pasillo parpadearon a su paso camino a la cocina.

—¡Ah! —dijo su madre. Estaba revolviendo una cazuela que colgaba sobre la chimenea—. Ha vuelto el excursionista.

—¿Cómo? —dijo Hal recobrando el aliento— ¿Qué quieres decir? Yo no me he ido de excursión a ningún sitio. Tan solo hemos ido al muelle, eso es todo.

Su madre enarcó una ceja y se le quedó mirando.

—Está bien, no te pongas a la defensiva. Solo quería decir que tú y Robbie habéis salido mucho últimamente.

—¡Ah! Sí. Hemos estado ocupados.

Hal se relajó y se puso al lado del chispeante fuego junto a su madre. Le gustaba la chimenea. No solo se utilizaba para cocinar, sino también para ayudar a calentar la casa y además proporcionaba un reconfortante y parpadeante resplandor naranja.

Su madre sumergió el cazo en el puchero, sacó algo del guiso y se lo puso delante.

—A ver qué te parece.

Hal sopló para enfriarlo y probó con cuidado la cremosa salsa marrón.

—¡Mmm…! —exclamó agarrando la muñeca de su madre para inclinarla y así hacer que un pequeño trozo de carne y cebolla se deslizaran en su boca.

—¿Está bueno? —dijo ella con una risita—. Es gaviota con hierbas y cebollas. Lo tomaremos con pan recién horneado y patatas dentro de poco, cuando tu padre vuelva de la granja. —Se echó a reír—. Hal te estás relamiendo los labios.

—Tengo hambre. No he comido desde el almuerzo.

Sentir el calor del fuego le pareció maravilloso después de la fría niebla. Hal se giró para poder secarse la parte húmeda de sus pantalones mientras su madre estaba atareada poniendo los cuencos en la mesa. Al otro lado de la encimera había una barra de pan recién hecha, seguramente horneada esa misma tarde en la casa de la señora O'Tanner. La madre de Darcy tenía un horno de ladrillo detrás de su casa, construido especialmente, donde horneaba cada dos días para la comunidad de la isla.

Hal esperaba que su padre volviera pronto para que pudieran comer. Todos los hombres trabajaban en la granja que estaba en la zona más alejada de la isla arando el campo, plantando semillas, recogiendo fruta y cultivando hortalizas, mientras cuidaban de las vacas, cabras y ovejas.

—Oye, ¿mamá?

—¿Qué? —dijo ella mientras rebuscaba los cubiertos en un cajón.

—Si se mueren todas las vacas, ¿de dónde sacaremos la leche?

Su madre hizo una pausa y se dio la vuelta arrugando la frente.

—De las cabras, me imagino —dijo con una mueca—. ¿Por qué? ¿Piensas que las vacas se van a morir?

—No, pero…

—No te preocupes, cariño, ya nos las arreglaremos pase lo que pase.

—Pero ¿y las cabras? —insistió Hal—. ¿Qué pasa si también se mueren todas, y los cerdos y las ovejas y los pollos? Entonces, ¿qué?

Ella miró a Hal pensativa durante un rato antes de contestar.

—Me supongo que viviríamos de las gaviotas, del pescado y de las verduras —dijo con una leve sonrisa.

—¿De qué vivíais antes de que papá y tú os mudarais a la isla?

—Pues de lo que quisiésemos, supongo. Lo comprábamos todo en el supermercado.

—¿Qué es un supermercado?

—Un sitio donde se compra comida —dijo la madre de Hal dejando escapar un suspiro.

—¿Qué quieres decir con «comprar comida»?

—Hal, deja de hacer preguntas. Haz algo útil y vete a buscar unas velas al cobertizo.

—Pero…

Al ver la ceja enarcada de su madre, Hal suspiró y se fue al cobertizo que estaba al fondo del jardín. Ya estaba anocheciendo y tras el calor de la cocina, la niebla parecía más fría que nunca.

Hal rebuscó en el cobertizo, que olía a cerrado, hasta que encontró la caja de las velas. No quedaban muchas, pero la madre de Emily seguramente tendría un montón. Mientras que la señora O'Tanner hacía pan para todos, la señora Stanton hacía velas. Hal había observado muchas veces cómo las hacía; los granjeros traían deformes trozos de aceite solidificado que habían extraído de enormes pilas de semillas de soja calentadas y ella recalentaba los trozos y los transformaba en prácticas velas con mechas. A veces incluso añadía agradables aromas.

El padre de Hal decía que los restos de las semillas de soja secas se utilizaban para dar de comer a las vacas. Parecía que en la isla todo servía para algo. Hal se metió cuatro velas largas en el bolsillo, salió del cobertizo, cerró la puerta y volvió a la casa.

Ya en su habitación se puso a observar el extraño potingue morado que le había dado Robbie. Se subió la manga. El sarpullido todavía estaba ahí, sin cambios desde la última vez que lo había mirado, pero parecía que ya no le picaba. Se aplicó una ligera capa del frío mejunje y se preguntó si debería mencionar el sarpullido a su madre. Pero seguro que ella le mandaría directo a la doctora Porter y Abigail

estaría allí, pasando el rato y riéndose mientras le examinaban… Se estremeció y esperó que el potingue le solucionase el problema.

Su padre regresó una hora más tarde.

—He estado plantando cebollas y ajos —dijo con voz estruendosa y alegre—. Todos los años pienso que no va a funcionar, que vamos a tener heladas en invierno… y luego no pasa nunca. Esta niebla no deja de asombrarme, mantiene los inviernos moderados y los veranos agradables. Cuando llegue la primavera tendremos otra buena cosecha.

Sirvieron la cena y los tres se pusieron a comer con apetito, sin más ruido que el crepitar del fuego y el leve golpeteo de los cubiertos en los platos. Pasaron unos buenos diez minutos antes de que Hal suspirase y se pusiese a mirar con deseo la última rebanada de pan que quedaba en la cesta. ¿Le entraría otra?

—¿Y qué has estado haciendo hoy, Hal? —preguntó su padre entre bocado y bocado.

La pregunta parecía inocente, pero a Hal le entró un arrebato de culpa.

—Oh, no mucho. Bajamos al muelle. —Le gustaba ajustarse a la verdad todo lo que podía y simplemente omitía los detalles importantes en vez de mentir.

—No te metiste en el agua, ¿verdad?

—No, demasiado fría —dijo Hal. Era verdad, no se había *metido* en el agua, tan solo habían flotado por la superficie—. ¡Oye, papá!

—Ten cuidado, George —dijo su madre tras alzar la mirada al techo—, hoy está haciendo un montón de preguntas.

—¿De verdad hay una serpiente de mar? —preguntó Hal ignorándola.

—¡Oh sí!, por supuesto —asintió su padre. Entrecerró los ojos, tragó un bocado sin masticarlo y miró a Hal con severidad—. Así que mejor que no estés pensando en irte nadando muy lejos, o te comerá de un bocado. Ya sabes las normas, Hal. Permanece cerca del muelle.

Hal dijo que sí con la cabeza y se estiró para alcanzar el pan, aunque no estaba seguro de si lo quería. Era una forma de desviar la atención de su cara, que se le había puesto colorada.

—Sí, ya sé las normas. Solo tenía curiosidad. Lo que quiero decir es… ¿Por qué está ahí? ¿Ha estado ahí siempre?

—¿Cuál, el muelle?

—No, papá, la serpiente de mar.

Su madre apartó el plato hacia delante y habló primero.

—Si quieres que te diga la verdad, Hal, es bueno que la serpiente esté ahí. Nos protege de la gente de tierra firme.

A Hal no se le había ocurrido pensarlo de esa manera.

—¿O sea que definitivamente hay gente Ahí Fuera? —preguntó.

Sus padres se miraron el uno al otro en silencio.

—Si es que se les puede llamar así —dijo su madre. Tiró del coletero que llevaba puesto y sacudió la cabeza haciendo que los mechones de pelo se precipitasen sobre los hombros. Parecía ensimismada—. Hal, tú cumplirás trece este año. Entiendo que sientas curiosidad por tus orígenes…, curiosidad por aprender acerca del mundo entero. Pero *tú* tienes que entender que estás aquí en esta isla porque la alternativa es demasiado… demasiado horrible de imaginar. No hay vida Ahí Fuera para nosotros.

Hal abrió la boca para hacer otra pregunta, pero su madre levantó la mano para pararle.

—Ninguna más, Hal. Ninguna pregunta más. Ya he dicho demasiado.

«No, no lo has hecho», pensó Hal. Pero suspiró y se recostó en la silla.

—Sin embargo… —dijo su madre en voz baja sin acabar la frase.

Se hizo otro silencio y Hal frunció el ceño. Había algo en el ambiente.

—¿Mamá?

—Tú no quieres ese pan, ¿verdad? —preguntó su padre. Se lo cogió del plato, se lo metió en la boca de golpe y lo masticó con la boca abierta y la cabeza gacha.

Su mujer le lanzó una mirada recriminatoria, luego respiró hondo y se giró hacia Hal:

—Recibiréis una visita el lunes.

—¿Qué quieres decir? —dijo Hal frunciendo el ceño.

—Un visitante. En la escuela. La señora Hunter no estará en la escuela el lunes. Habrá otra persona.

—¿Está enferma la señora Hunter?

—No, no es eso.

Más silencio, aparte del sonido que hacía el padre de Hal tragándose el pan. Tenía migas en la barba.

—¿O sea que se va a tomar un descanso? —supuso Hal—. ¿Quién la va a sustituir? ¿La madre de Darcy otra vez?

—No —dijo su madre—. A esta persona no la conocéis. Es alguien distinta, una visita. Se encargará de la clase durante unos pocos días, hablará con todos vosotros, para iros conociendo.

Desconcertado, Hal miró a su madre, a su padre y vuelta a empezar.

—Mamá, ¿de quién estás hablando?

—De una señorita que se llama Simone. Se puso en contacto con nosotros hoy y dijo que era el momento.

Hal intentó digerir aquella imposible noticia. «Una señorita llamada Simone». Abrió la boca y la cerró unas cuantas veces, pero no

consiguió decir palabra.

—Es impactante, ya lo sé —dijo su madre sonriendo al de un rato— el conocer a alguien nuevo. Seguro que pensabas que no llegaría el día. Pero te gustará. Simone es una señorita muy especial y va a venir mañana a la escuela a hablar con todos vosotros… y a… bueno… —Su voz se apagó y se mostró incómoda.

Hal se la quedó mirando incrédulo.

—Pero, mamá, ¿quieres decir que esta persona ha venido de Ahí Fuera? ¿Pero no decías que todos los de Ahí Fuera estaban locos o algo así? ¡Lo acabas de decir hace un minuto! ¿Cómo puede haber alguien…?

—Simone es diferente —explicó su madre, intercambiando una mirada con su marido, quien todavía estaba masticando—. Te gustará.

Hal empujó la silla hacia atrás arrastrándola por el suelo, se levantó y se puso a andar por la cocina tratando de ordenar sus enmarañados pensamientos. «Una persona que no ha conocido nunca. Un visitante. Que viene a la isla».

—Pero ¿cómo va a venir? ¿En barca? ¡Pero la serpiente de mar la atrapará!

Mientras su padre estaba observando su plato vacío, su madre habló con voz lenta y monótona, como si estuviese recitando un discurso:

—Todo se aclarará, Hal. Simplemente vete a la escuela el lunes como de costumbre y sé educado con Simone. No la apabulles a preguntas. Ella te contará todo lo que necesites saber, cuando esté lista. Ahora busca algo que hacer. —Se levantó y empezó a recoger los platos, luego chasqueó la lengua mirando al marido—. Y George, *por favor,* límpiate esas migas de la barba. Estás ridículo.

Aturdido, Hal caminó por el pasillo arrastrando los pies hasta su habitación. Se preguntó si a Robbie le habrían contado ya las noticias. Podría acercarse hasta su casa y comentárselo, pero ahora mismo solo quería pensar. Se sentó en el borde de la cama dándole vueltas a las cosas.

«Una persona que no había conocido nunca».

Hal estaba tan conmocionado por la noticia que se tumbó en la cama boca arriba y se quedó mirando el techo, una vela parpadeaba en la mesilla de noche.

«Simone. Una persona nueva en la isla. Alguien de Ahí Fuera».

¿Cómo la habían conocido sus padres? ¿Por qué aparecía ahora, después de tanto tiempo? ¿Y qué quiso decir su madre con «era el momento»? ¿El momento de qué?

«Todo se ha vuelto demencial», pensó. Su sarpullido, las sorprendentes muestras de fuerza de Robbie, el agujero de niebla del bosque, la criatura de la cara roja, la serpiente de mar y ahora una

extraña mujer llamada Simone apareciendo por clase el lunes…

A Hal le entró el sueño. Finalmente, se le cerraron los ojos y se durmió. En cierto punto se percató de que su madre había estado zarandeándole suavemente, le había dicho que era tarde y que debería quitarse la ropa y meterse en la cama y que él murmuró dormitando: «Por supuesto, mamá». Pero lo último que recordó es que se había vuelto a dormir.

¡Toc, toc!

Le despertaron unos suaves golpecitos en la ventana, se incorporó. Fuera estaba oscuro y la vela de su mesita de noche se había medio derretido. Durante un segundo Hal se quedó confuso. Todavía estaba vestido, tumbado encima de la cama… ¡ah sí!, se había quedado dormido pensando en… ¡Simone! Sí, había estado repasando todo lo que le había dicho su madre acerca de la nueva profesora…

¡Toc, toc!

Hal se sentó y empezó a parpadear. Entonces vio una cara pálida mirándole a través de la ventana y del susto casi se cayó de la cama.

Era Abigail, estaba fuera con el frío que hacía, en plena noche y con la cara pegada al cristal.

Capítulo 6
El secreto de Abigail

—¡Abre! —dijo Abigail moviendo solo los labios desde el otro lado de la ventana y haciendo un gesto hacia el pestillo.

Detrás de ella, la niebla hacía remolinos en la oscuridad. Hal abrió la ventana y se asomó, la gélida brisa se coló en su habitación.

—¿Qué haces aquí? —susurró—. Es tarde. Y está helando.

Abigail frunció el ceño y se frotó los brazos. Solo llevaba un delgado vestido rojo a pesar de la densa niebla.

—Te dije que vendría esta noche para contarte algo. ¿Te has olvidado?

—¡Oh! —balbuceó Hal—. Sí, he estado un poco distraído.

Abigail alzó la mirada al cielo en una elocuente mueca.

—Sal. Trae una lámpara y nos vemos en el garaje.

—Pero…

Sin decir más, Abigail se fue de puntillas por el camino de gravilla hacia el pequeño edificio que se alzaba en solitario por delante del césped, junto a la carretera. Ella no llevaba linterna así que su figura se desvaneció en la oscuridad casi de inmediato, difuminada por la negra silueta del garaje.

Hal cerró la ventana con un suspiro. Cogió la vela de la mesilla de noche y se movió lentamente hacia la puerta. Al asomarse al pasillo se encontró con más oscuridad y silencio. Su madre y su padre debían de estar ya en la cama, lo que quería decir que era más de medianoche.

Mientras estaba allí de pie, sosteniendo la vela en alto, notó conmocionado que el dorso de su mano izquierda estaba cubierto del mismo sarpullido verde oscuro que su antebrazo. Se quedó boquiabierto. Con la vela temblando, se levantó la manga. El sarpullido, o lo que quiera que fuese, se había extendido rápidamente y ahora abarcaba toda la parte inferior de su brazo. Se había prolongado más allá del codo y casi le había llegado al hombro. No le dolía, pero le picaba, el potingue de Robbie no había servido para nada.

El corazón le iba a mil, Hal sabía que tendría que contárselo a su madre por la mañana, si es que se atrevía a esperar tanto. Quedaba por descontado que tendría que ir a ver a la doctora Porter, ya que

aquello no era un sarpullido normal. Era duro, liso, y escamoso en el centro, donde había empezado.

«Cada cosa a su tiempo».

Armándose de valor, se bajó la manga y se fue de puntillas por el pasillo dejando atrás la sala de estar, la vela parpadeaba. Cogió la lámpara que estaba al lado de la puerta, la encendió y apagó la vela. Con una luz más fuerte para ver mejor el camino, se deslizó por la puerta de entrada y la cerró despacio tras él, luego se fue caminando con el crujido de la gravilla hasta el garaje.

Hal encontró la puerta lateral medio abierta, dentro estaba todo oscuro. Entró y la luz de la lámpara mostró a Abigail. Estaba allí de pie, quieta, en el medio, mirándole con los ojos entrecerrados. ¿No tenía frío con un vestido tan delgado? ¿Dónde estaba su abrigo? ¿Y por qué no llevaba una linterna?

Abigail esbozó una sonrisa.

—Entra, siéntate —dijo, como si le estuviese invitando a su casa. Le señaló un cubo de veinte litros que estaba del revés—. Ahí tienes asiento. Quiero enseñarte algo.

Desconcertado, Hal posó la lámpara en el suelo y se acomodó en el cubo, que se movió unos pocos centímetros bajo su peso causando unos rasponazos horrendos. Se estremeció de la impresión y miró hacia la puerta. ¿Qué diría su padre si le pillara ahí en plena noche?

¡Y con una chica!

Abigail parecía cansada, pero sus ojos brillaban con la luz. Ella se quedó observándole y dirigió la mirada hacia su mano izquierda. Demasiado tarde, Hal se acababa de acordar del sarpullido verde que, al lado de la lámpara, destacaba radiante e innegable. Avergonzado, escondió la mano detrás de la espalda. Pero Abigail ya lo había visto.

—¿Qué es esa cosa verde?

Hal se devanó los sesos buscando una explicación plausible. ¿Pintura verde? ¿Una mancha de verdín? Pero no valdría de nada; tendría que contárselo. Se iba a enterar por la mañana de todas formas. Levantó la mano para que lo viera.

—Es un sarpullido o algo así. No es hiedra venenosa ni ninguna mordedura de insecto que haya visto antes. Igual es una reacción alérgica a algo. Voy a tener que ir a ver a tu madre por la mañana para que me dé algún tratamiento.

Esperó a que empezara a burlarse de él. Ese era el tipo de cosas que le encantaban a Abigail. Probablemente le tomaría el pelo durante toda la noche y en días posteriores. Pero en vez de eso, ella asintió con interés y una expresión seria.

—Ya me había dado cuenta de que te has estado rascando el brazo en la escuela y ahora ya sé por qué. Así es como empezó lo mío.

—¿Quieres decir… tú también tienes un sarpullido? —dijo Hal

parpadeando con asombro.

—Ya no. Y tampoco era todo verde como ese. Lo mío simplemente picaba. Es relacionado con esto lo que voy a enseñarte. ¿Estás preparado?

—Hummm… claro.

—Muy bien —dijo Abigail tragando saliva—. ¿Prometes que no saldrás del garaje gritando de pánico y que no despertarás a tus padres?

Hal asintió con la cabeza, le empezó a embargar un sentimiento de desasosiego.

Abigail se giró. Su vestido rojo estaba rasgado a la altura de los omoplatos, era un corte vertical irregular de unos veinte centímetros, justo en el medio. Su coleta colgaba lo suficientemente abajo como para taparlo, pero no del todo.

—¿Estás listo? —preguntó Abigail otra vez por encima del hombro. Sonaba nerviosa.

—Supongo.

Abigail extendió los brazos a ambos lados. Con la luz de la lámpara parecía algo espeluznante, puesta ahí de pie dándole la espalda con los pies juntos y los brazos estirados.

La raja del vestido se abrió y se dobló hacia los lados mientras unas alas como las de dos insectos gigantes brotaron directamente de su espalda.

Hal se oyó a sí mismo gemir cuando los transparentes apéndices, finos como hojas de papel, se extendieron hacia afuera emitiendo un zumbido con una vibrante energía. Crecieron hasta alcanzar un metro de largo, se estiraron y se hicieron cada vez más y más finos. La luz de la lámpara dejaba ver una red de finas y casi imperceptibles venas capilares.

Hal observaba alucinado mientras Abigail se giraba y le sonreía. Sus alas zumbaron y se volvieron borrosas por el rápido movimiento. Entonces Abigail se elevó del suelo.

Revoloteó moviéndose arriba y abajo. El fuerte y constante zumbido le recordaba a Hal a un colibrí. Abigail se dio la vuelta entera, luego miró hacia arriba y frunció el ceño. Era un techo a dos aguas, pero las vigas eran muy bajas. Se dejó caer levemente hacia el suelo y sus alas se quedaron quietas.

—Mis alas son muy delicadas —explicó, señalando las vigas—, mejor no volar mucho por aquí dentro.

Hal no hacía más que mirarla con la boca abierta.

Abigail se giró y demostró cómo las alas podían encogerse y desaparecer a través del corte de su vestido. Se hundieron en la carne como si su piel fuera líquida. En un segundo habían desaparecido dejando una piel lisa e inmaculada, tan solo visible a través del

agujero de su vestido.

—Es como magia —dijo volviéndose de frente hacia él de nuevo—. Pero nunca sé muy bien cuando voy a utilizarlas, así que he tenido que hacer agujeros en un montón de ropa para que mis alas puedan salir y extenderse. Y para que nadie me pregunte por qué tengo un agujero en la espalda de mi vestido, llevo puesto un suéter o un abrigo por encima que puedo quitarme y llevar conmigo mientras estoy volando. Hasta he tenido que empezar a lavar mi ropa en casa para que mi madre no se entere. —Abigail soltó una risita—. Ella está encantada, se piensa que me estoy convirtiendo en una mujercita responsable.

Hal estaba embobado mirándola, todavía sin ser capaz de pronunciar palabra. Cuando miró hacia abajo, al delgado vestido rojo de Abigail, esta se abrazó a sí misma y se arrodilló en el suelo ruborizándose de repente.

—¡Brrr, qué frío! —balbuceó—. Es un incordio cargar con el abrigo, así que no lo traje esta noche. El caso es que realmente no siento el frío cuando estoy volando. Es como si fuera distinta, de alguna forma, más calurosa por dentro ¿sabes?

Hal no lo sabía.

—También puedo ver mejor —continuó Abigail—. Cuando hago crecer mis alas es como si mi visión se iluminase. Toda la oscuridad de fuera se hace menos intensa y puedo ver cosas, como árboles y arbustos, como si estuviesen iluminados por una linterna que no tengo.

Se produjo una larga pausa.

—Bueno —dijo Abigail finalmente—, pues ese es mi secreto. Ahora… ¿cuál es el tuyo, Hal?

—¿Q-q-qué? —balbuceó Hal—. Yo no tengo ninguno.

—Claro que lo tienes. Tienes piel verde y escamosa. Eso significa que te estás convirtiendo en algo. Venga, enséñame lo que eres.

—No sé lo que… —dijo Hal mirando fijamente el dorso de su mano—. Es tan solo un sarpullido.

—No es solo un sarpullido —insistió Abigail—. Es *piel*. La piel escamosa de la criatura que sea en la que te estás convirtiendo.

—¿Qué?

—No te preocupes —dijo Abigail riéndose—. Si tu magia es como la mía, te puedes transformar cuando quieras. —Frunció los labios y se le quedó mirando—. Pero igual no sabes lo que eres todavía. Mis alas no aparecieron de la noche a la mañana. Empezaron con un picor en la espalda y yo no hacía más que intentar ver qué era en el espejo. Una mañana me desperté y vi un par de llagas rojas. Quise contárselo a mi madre enseguida, pero justo esa mañana se había ido pronto. Luego las llagas… bueno, como que se abrieron, y ahí estaban… dos

alas. Eran pequeñas y al principio estaban plegadas, como colgando y desprendían una especie de cosa pegajosa, pero definitivamente, eran alas.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Hal horrorizado.

—Me entró el pánico. Empecé a correr por toda la casa gritando con estas cosas mojadas horrorosas aleteando en mi espalda. Menos mal que mi madre había salido. Pero después de un rato me calmé y simplemente me quedé mirándolas en el espejo durante siglos. Se me quedó el cuello tieso de tanto girarme. Después de un rato, se secaron o algo así y se endurecieron, parecían alas de verdad.

»Bueno. —Se encogió de hombros—. De alguna forma sabía que debían de estar ahí… formando parte de mí ¿sabes? Me di cuenta de que esto era parte del secreto. De por qué estamos aquí en la isla. —Se inclinó hacia delante y se quedó mirando a Hal con sus grandes ojos marrones—. Hal, ¿no te das cuenta? Somos unos frikis.

—No digas eso —dijo Hal recobrando el aliento—. *Tú* puede que lo seas, pero yo no. —Observó el dorso de su mano izquierda—. Esto es un estúpido sarpullido y nada más.

—¿A quién estás intentando convencer, Hal? —dijo Abigail tras soltar una carcajada y mover la cabeza de un lado a otro—. Mira, acéptalo: todos nosotros formamos parte de un experimento. ¿Viste la reacción de la señora Hunter cuando inspeccionó lo del dolor de muelas de Fenton? Él también está empezando a cambiar. ¿Y qué me dices de Lauren? ¿No me digas que no la has visto intentando rascarse la espalda todo el rato? Seguro que a ella también le van a salir alas y además una vez vi cómo se le alargaban los dedos y les salían pelo cuando intentaba rascarse. Y luego está el cuello de Emily…

Abigail dejó de hablar y extendió las manos. Miró de modo implorante a Hal como si estuviese buscando su aprobación.

«Y Robbie —pensó Hal—. La impresionante fuerza de Robbie y su camisa hecha trizas…».

Pero la idea de convertirse en otra cosa, en algo inhumano, le aterrorizaba; y si aceptaba que los demás estaban cambiando, tendría que aceptar que *él* también estaba cambiando.

—De eso nada —replicó Hal—. Fenton tiene un dolor de muelas, eso es todo. Lauren seguramente habrá tocado hiedra venenosa o algo así. ¿Y tú piensas que a Emily se le *alargó* el cuello un buen día? ¡Tú estás loca, Abigail!

—¿Ah sí? Tú has visto mis alas, Hal. ¿Cómo explicas eso?

—No puedo. Pero no todo el mundo es un friki solo porque *tú* lo seas. No quieres ser la única, así que ves cosas que no existen. Pero yo no soy un friki, Abi, ni tampoco lo son Fenton, Lauren o Emily.

«Aunque Robbie sí lo es», le decía a Hal una voz por dentro.

Abigail se inclinó hacia delante y le miró fijamente, sus palabras

fluyeron con rapidez y facilidad, como si las hubiese estado dando vueltas antes en su mente un millón de veces:

—Cuando a Fenton le entró el dolor de muelas y se fue de clase, fue a ver a mi madre. Para cuando llegué a casa ya se había ido, pero mamá estaba toda acelerada y emocionada por algo. No quería decir el por qué. Se puso a rebuscar en un cajón y encontró lo que parecía un viejo cuerno o un colmillo hueco. Luego se marchó. Estuvo fuera bastante tiempo. Y esta noche me ha dicho que una desconocida va a venir a la escuela el lunes. Creo que mamá fue a ver a esta desconocida para contarle lo del dolor de muelas de Fenton.

Hal negaba con la cabeza continuamente, murmurando que le daba igual.

—Apuesto a que esta visitante que va a llegar el lunes —perseveró ella—, esta persona llamada Simone…, apuesto a que es una científica o algo así, una doctora como mi madre y va a hacernos todo tipo de pruebas raras. Lo tengo todo pensado. Los adultos están venga decirnos que el mundo está en ruinas y que nosotros somos todo lo que queda…, pero yo creo que nos han tenido escondidos en una isla remota como un experimento.

»Sé cómo piensan los médicos. Si son como mi mamá, para ellos no somos más que unos objetos curiosos. ¿Te acuerdas cuando la señora Hunter nos hizo diseccionar aquellas ranas para que pudiésemos ver cómo eran por dentro? Pues bien, nosotros somos como esas ranas. Nos han cambiado de alguna forma y ahora Simone va a examinarnos a conciencia, a meternos agujas y…

—¡Cállate! —gritó Hal poniéndose de pie de repente.

—¡Chisss…! —exclamó Abigail retrocediendo alarmada—. Vas a despertar a tus padres.

—¡Lárgate ya, Abigail! —dijo Hal señalándola con el dedo y retrocediendo hasta la puerta—. No sé qué es lo que te pasa a ti, pero a mí no me pasa nada. ¡Piérdete!

—Mira, deberíamos mantenernos unidos —dijo ella suspirando—. Los dos somos monstruos y deberíamos juntarnos y asegurarnos de que…

Hal soltó una patada y le dio con tanta fuerza al cubo de plástico que se desplazó por el suelo y rebotó contra la pared.

—¡No! ¡No es verdad! Yo no tengo más que un sarpullido. Tu madre seguramente tendrá algo para tratarlo, iré a verla por la mañana y…

—No, Hal, no lo hagas —dijo Abigail tomando impulso y avanzando hacia él—. Si se lo cuentas a mi madre, se lo contará a Simone. No tienes cura. Y yo tampoco, ni Fenton, ni ninguno de los otros cuando empiecen a cambiar. Esto es lo que somos.

—Esto es lo que *tú* eres —gritó Hal retrocediendo—. ¡Aléjate de

mí!

—Hal… —dijo Abigail extendiendo las manos hacia él.

—¡Vete a casa!

—Hal, no le cuentes esto a mi madre, o a tus padres. No se lo cuentes a nadie. Están esperando a que cambiemos. Por eso han avisado a Simone, para ver si ya nos hemos convertido en unos monstruos frikis. Ella *sabe* que estamos cambiando. Lo ha estado esperando hace tiempo. Mantengámonos en silencio hasta que sepamos qué pasa. De lo contrario nos enviaran a algún laboratorio donde…

—¡Lárgate de aquí! —gritó Hal.

De hecho, fue él quien avanzó hacia la puerta. La abrió con fuerza y se tambaleó hacia la oscuridad corriendo por el césped. Se le saltaron las lágrimas y, avergonzado, se las quitó con la mano. Hal corrió hacia la parte lateral de la casa, se encaramó a la verja que estaba al fondo del jardín y corrió a trompicones hacia el campo que había más allá.

Corrió sin parar, jadeando, tropezándose con la hierba alta y levantándose otra vez para seguir corriendo. Se frotó con fuerza el sarpullido que tenía en el dorso de la mano.

—¡Desaparece, desaparece, desaparece!

Finalmente, Hal se paró y se inclinó hacia delante con las manos en las rodillas jadeando. Su cálido aliento se desprendió por el aire formando una columna de vaho mientras intentaba recomponerse. Al final se dejó caer sobre la hierba y se tumbó boca arriba contemplando la niebla pasar, se quedó mirando fijamente el brumoso y brillante espacio donde se encontraba la luna. Un búho ululó por allí cerca.

«Yo no soy ningún friki», pensó con terquedad.

El rocío de la hierba empezó a calarle la ropa, se incorporó. Lleno de cansancio, empezó a ponerse de pie… y se quedó boquiabierto. Se quedó mirando fijamente las manos, primero la izquierda, después la derecha, las giró una y otra vez.

El sarpullido había desaparecido.

«Como por arte de magia, primero lo ves y luego no lo ves».

La luz de la luna era débil, pero lo suficientemente intensa para que Hal pudiese contemplar con sorpresa y alivio que su mano estaba limpia de sarpullido alguno. Estudió con detenimiento la piel blanquecina, suspiró y se frotó los ojos, estaba exhausto.

Pensó en Abigail. Le había llamado friki, pero ¡él no era un friki!

«El chico lagartija —se burlaba de él una voz interior—. Abigail tiene alas y puede volar, Robbie tiene una fuerza extraordinaria y ¿qué es lo que tiene el pequeño Hal? ¡Piel de lagartija!».

Hal se puso de pie y caminó haciendo grandes esfuerzos hasta casa.

La puerta lateral del garaje estaba cerrada. La entreabrió y miró dentro.

La lámpara permanecía donde él la había dejado, brillando intensamente en medio del suelo. Pero el recinto estaba vacío. Hal cerró la puerta y se quedó observando la niebla. ¿Debería ir a buscar a Abigail? Se le vino a la mente una ridícula imagen de ella revoloteando en el aire como una libélula.

Moviendo la cabeza de un lado a otro, Hal cogió la lámpara, se coló en casa, se desvistió, se metió en la cama y finalmente se quedó dormido.

****

A la mañana siguiente Hal se despertó tarde.

—Pensaba que ibas a estar durmiendo todo el día —dijo su madre cuando él entró en la cocina y empezó a hacerse una tortilla—. ¿Estás bien? Pareces cansado. A ver, déjame que lo haga yo antes de que te quemes.

Poco después de desayunar Hal se fue pitando a casa de Robbie y llamó a la puerta. Contestó la señora Strickland. Era una mujer enorme, más grande que su marido y su hijo juntos.

—Buenos días, Hal. Lo siento, pero Robbie está ordenando su cuarto esta mañana. Sin distracciones hasta que acabe. Puedes volver a la tarde si quieres.

—Igual sí —dijo Hal—. Tan solo me preguntaba si… si él ya sabía la noticia.

—¿Lo de Simone quieres decir? —La señora Strickland hizo un gesto afirmativo—. Sí, Simone dejó claro que todos deberíamos saberlo de inmediato, para que vosotros estuvieseis preparados para conocerla el lunes. —Frunció el ceño y salió al umbral de la casa cerrando la puerta tras ella—. ¿Hal, tú le has notado algo raro a Robbie últimamente? —preguntó bajando la voz.

—¿Qué? —dijo Hal sintiéndose incómodo de repente—. ¿Raro? ¿En qué sentido?

—Pues, no sé, cualquier cosa. Tú eres su mejor amigo, Hal. Si alguien iba a notar algo raro, serías tú.

«No se lo cuentes a nadie». La advertencia de Abigail resonó en su mente y dudó por un instante.

—Robbie siempre es raro —dijo por fin—, examina bichos y plantas. Lo que sería raro es que dejara de ser raro.

—Ya —dijo la señora Strickland, sin parecer demasiado

convencida.

—Tengo que irme —exclamó Hal girándose para marcharse—. Dígale que ya le veré mañana.

Hal se dirigió a casa mirando de refilón hacia la carretera según cruzaba al otro lado. Como siempre, la espesa y húmeda niebla no le dejaba ver más allá de unas cuantas casas, desde las que oscilaban débiles resplandores naranja procedentes de las salas de estar y las cocinas.

Para su sorpresa, descubrió a Fenton en el puente.

El enorme muchacho había sacado agua del arroyo utilizando la polea y tenía un cubo a sus pies, pero Fenton estaba apoyado en el muro de piedra y estaba mirando fijamente el arroyo, aparentemente ensimismado.

Mientras Hal le observaba desde el medio de la carretera, Fenton hizo algo extraño. Se inclinó más hacia delante y frunció los labios. Entonces un chorro de agua salió de su boca trazando un arco con la misma fluidez y transparencia como si saliera de una regadera. No duró mucho, no más de un segundo, y luego Fenton se relajó y se separó del muro.

«Estará mirando a ver a que distancia puede escupir», pensó Hal…, solo que el matón había escupido mucha más agua de la que parecía posible.

Para el asombro de Hal, Fenton se inclinó otra vez y de su boca brotó otro chorro de agua clara, exactamente como antes, y eso que no había bebido de ninguna botella que Hal pudiera ver.

Atónito, Hal se quedó parado en medio de la carretera y observó cómo Fenton escupió agua dos veces más sin siquiera beber una sola vez de una botella, ni del cubo, para llenar sus rollizos mofletes. ¿De dónde le salía tanta agua?

En ese momento Fenton giró la cabeza de repente y se encontró con Hal. El inmenso muchacho dio unas zancadas hacia él con el ceño completamente fruncido.

Enraizado en el sitio, Hal estaba esperando recibir una paliza por haberle, de alguna forma, metido en un lío en la escuela… ¿o sería Robbie el que recibiría la paliza? En cualquier caso, Hal tenía demasiada curiosidad sobre el truco de Fenton de escupir agua como para buscar la protección del hogar. Así que esperó, preguntándose si alguien estaría observándoles desde las ventanas de la casa de al lado.

—Eh, renacuajo —dijo Fenton mientras se acercaba—. ¿Qué estás mirando?

—No estoy seguro —murmuró Hal—. No tiene etiqueta.

—Te debo una paliza, renacuajo —dijo Fenton parándose a pocos centímetros de Hal y echándole todo su mal aliento en la cara—. ¿O se la doy a Robbie? Te dejo que decidas tú, aquí y ahora.

Un gran puño apareció de repente junto al ojo izquierdo de Hal.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Hal, intentando ignorar la amenaza—. Es un truco genial, escupir agua así. ¿Cómo lo haces?

—Con que espiándome ¿eh? —dijo Fenton fulminándole con la mirada y enrojeciendo de ira—. Eso se merece un par de puñetazos más. ¿Así que quién los va a recibir, tú o Robbie?

Entonces Hal frunció el ceño. Por un instante le había parecido ver… pero no, no podía ser.

—¿Qué tal el dolor de muelas?

Dos manos enormes agarraron la delantera de la camisa de Hal y tiraron hacia arriba. Hal se quedó de puntillas notando como se le había subido la camisa y se le había quedado el estómago expuesto al aire helado. Se le saltó un botón.

—Deja de perder el tiempo, retaco. Contesta a mi pregunta ahora mismo o si no os daré una paliza a los dos. ¿Quién va a ser?

Hal no pudo evitar darse cuenta de que los dientes del gran muchacho habían tomado una forma extraña, como de animal, con afilados incisivos y caninos que parecían colmillos. No eran precisamente largos, tenían una forma diferente, pero eran fáciles de distinguir a esa distancia, sobre todo cuando Fenton los estaba mostrando como si fuera un perro.

Y según estaba ahí gruñendo, los ojos de Fenton parecieron adquirir un fulgor rojizo. De repente le empezó a brotar agua transparente por las comisuras de su boca, le caía por la barbilla como si acabara de salirle una gotera.

Con un respingo, Hal intentó liberarse y se encontró con que le tenía agarrado con una fuerza increíble. El matón tenía la fuerza de diez hombres.

«Como Robbie —pensó Hal—, Robbie también se vuelve forzudo, solo que a él no se le cae la baba por todas partes, ni se le ponen los ojos rojos».

—¡Suéltame! —gritó Hal—. ¡Déjame en paz!

—¿Me vas a obligar tú?

A Hal le empezó a picar la piel, le quemaba la garganta. Sintió que algo se le removía por dentro del pecho, como si algo que había estado adormilado se despertase importunado por el altercado. Si fuera posible tomarse una dosis mágica de fuerza y coraje, eso es precisamente lo que se sentiría. Reconoció la misma sensación que había experimentado en la balsa cuando desafió a la serpiente, como si pudiese enfrentarse a cualquier cosa sin importarle el tamaño.

Fenton frunció el ceño de repente, le miró de arriba abajo y le soltó. Retrocedió unos pasos y se quedó mirando la camisa mojada que se le había empapado por completo. Su mirada fulminante había desaparecido y ahora parecía confuso.

—¿Qué… qué me está pasando?

La poderosa sensación que Hal había sentido dentro del pecho disminuyó en un instante y de repente se sintió vacío. Se pasó la mano por el pelo.

—Fenton, deberíamos hablar. Abi me contó cosas anoche y me enseñó algo que no te lo vas a creer. Yo no me creí todo lo que me contó, hasta ahora. Necesitamos…

—¿Abi te contó cosas? —dijo Fenton, su voz destilaba cierto desprecio—. Te ha estado llenando la cabeza de basura, ¿eh? ¿Y quieres que yo lo *escuche*? ¿Tú crees que yo soy tonto?

«Bastante tonto, sí», pensó Hal.

Pero debió de parecer que en realidad sí que lo estaba pensando porque Fenton le dio un empujón en el pecho que le dejó tambaleándose.

—Bueno, puesto que no contestaste a mi pregunta, ambos tú y Robbie vais a cobrar. Estate alerta porque os va a caer una buena cuando menos os lo esperéis.

Con una inesperada y espeluznante sonrisa repleta de puntiagudos dientes, Fenton se giró y se largó con pasos firmes. Se fue a buscar el cubo de agua al lado del puente y desapareció entre la niebla.

Capítulo 7
La visitante

El lunes por la mañana el sol proyectaba un brumoso resplandor a través de la niebla. Hal devoró su desayuno y salió corriendo a por la bici con la mochila cargada de libros y el almuerzo.

«¿Qué libros debería llevar? —había preguntado a su madre mientras iba de un lado para otro—. ¿Qué asignaturas dará Simone hoy?».

«*Señorita* Simone para ti, jovencito —había dicho su madre señalándole con el dedo—. Y si yo fuera tú, me llevaría *todos* los libros por si acaso».

Y así es como se marchó, cargado con el sobrepeso. Hal había salido pronto, pero al parecer también lo habían hecho otros de clase a juzgar por la cantidad de huellas de ruedas recientes que había por el camino. Estaba tan nervioso que casi se le había olvidado la amenaza de Fenton del día anterior. Pero lo que no podía olvidar era su extravagante forma de escupir; aquello era algo que tendría que mencionar a Abigail y a Robbie a la primera ocasión. Eso es si Abigail todavía le hablaba después de la forma en que él le había gritado la noche anterior.

Mientras sentía el aire fresco en los pulmones, Hal pedaleó a toda velocidad a lo largo del camino hasta la cima de la colina. Cuando cruzó la cumbre y empezó a descender por el otro lado, emergió el edificio de la escuela que, por una vez, parecía radiante y alegre con el resplandor del sol. Incluso el pináculo de la torre se encontraba completamente visible, lo cual era un raro acontecimiento. Por toda la pradera había unos cúmulos de niebla que destacaban contra el fondo blanco puro del cielo.

A pesar de la leve niebla, aquella mañana cuando el padre de Hal salió afuera y olió el aire había fruncido el ceño:

«Va a haber tormenta —dijo con un gesto afirmativo—. Nos llegará al anochecer».

Pareció tan seguro que Hal no tuvo ninguna duda de que así sería. Sin embargo, parecía imposible que un tiempo tan radiante se volviera tan adverso.

Hal insertó la rueda delantera de su bici en la parrilla junto con las

otras bicis, siete para ser exactos, lo que significaba que Abigail también había traído la suya. Se paró un momento junto a la puerta que daba a la clase y miró con detenimiento por el pequeño panel de cristal.

Fenton lanzó una bola de papel a Dewey. Al rebotarle en la cara, Dewey dio un brinco del susto y Fenton soltó una carcajada. Emily estaba de pie moviendo los brazos con entusiasmo charlando con Lauren y Darcy, mientras que Robbie las escuchaba disimuladamente desde su pupitre que estaba al otro lado, junto a la ventana. Hal vio la cara de Robbie y se echó a reír; Robbie no estaba interesado en la conversación; estaba observando a Lauren ensimismado.

Abigail estaba sentada en su pupitre justo detrás de Robbie mirando por la ventana. Parecía que todos habían llegado unos minutos antes esa mañana y Hal, a pesar de la prisa que se había dado, era el último en llegar. La señorita Simone todavía no había aparecido.

Hal abrió la puerta de golpe y entró despacio. En el momento en que Emily le vio, abandonó la historia que estaba contando:

—Hal, ¿has oído las noticias? ¡Vamos a tener una nueva profesora esta mañana!

Hal asintió y se giró hacia Lauren:

—Entonces, ¿qué es lo que pasa, Lauren? ¿No va a enseñarnos más tu madre? Algo debe de haberte contado de esta tal Simone.

—Yo no sé mucho más que vosotros —dijo en voz baja—, excepto que mamá dijo que no sabía qué iba a pasar a partir de ahora. Al parecer todo depende de Simone.

Todos se quedaron callados. Luego Emily frunció el ceño y echó un rápido vistazo por la ventana como para comprobar que podía hablar sin tapujos:

—Yo creo que deberíamos investigar esto —propuso—. Creo que deberíamos formar un club o algo y hacer planes para averiguar qué es lo que está pasando aquí.

—¿Formar un club? —dijo Robbie resoplando de la risa—. ¿Hacer planes? Y me imagino que tú serías la encargada, mangoneándonos a todos como siempre, *organizando* las cosas.

—Yo soy una buena organizadora, y lo sabes —sostuvo Emily levantándose ruborizada—. Yo soy la que organiza la mayoría de las cosas, ¿no es verdad?, los juegos, las marchas, incluso las ¡excursiones de clase! Yo soy la persona mejor dotada para…

—¡Corta el rollo, Emily! —replicó Fenton—. Y tú también, Robbie, delgaducho imbécil. No olvides lo que te he dicho antes. Vas a cobrar.

—¿Se te ha pasado ya el dolor de muelas, Fenton? —dijo Abigail girándose hacia él sonriendo—. Es una pena. Me gustabas más cuando estabas callado, sobre todo cuando te marchaste pronto a casa.

—Cuidadito, cara de peca —dijo Fenton poniéndose rojo y frunciendo el ceño.

—¡Fenton Bridges! —exclamó Abigail fingiendo cara de horror—. ¡Dios mío! ¿Qué has dicho? —Alzó la mirada al techo—. Mi madre me contó que lloraste como un crío cuando fuiste a verla por el dolor de muelas. «¡Aaay, me duele taaanto!», decías quejándote. Mamá dijo que casi te desmayas.

—¡Mentirosa! —gritó Fenton dando una patada a una silla. Estaba temblando de rabia. Empezó a ir a por ella—. Si no fueras una chica, te daría un puñetazo ahora mismo. Pero ya me las pagarás, seas chica o no. Tú espera…

Hal se interpuso delante de Fenton para bloquearle el paso. Durante un segundo pareció que nadie se atrevía ni a respirar, aunque Hal estaba seguro de que todos podían oír los latidos de su corazón retumbando por las paredes.

—¡Déjala en paz! —exclamó Hal con firmeza—. Si quieres pegar a alguien, pégame a mí. A ver qué pasa.

Fenton abrió la boca y la cerró, pero no logró articular palabra. Su cara se volvió de un curioso tono morado y empezó a palpitarle una vena en la frente. Parecía que estaba hirviendo por dentro, como un volcán a punto de erupción. Por fin explotó dejando salir un torrente de improperios. Todos se encogieron, pero Hal se llevó la peor parte cuando Fenton avanzó hacia él hasta que sus caras estuvieron a tan solo unos centímetros de distancia.

Hal se mantuvo firme y dejó que la furia le resbalase como si fuera una ráfaga de viento. Unos días antes nunca se hubiese atrevido a bloquearle el paso a Fenton, desde luego no por Abigail. Pero las cosas habían cambiado. *Él* había cambiado, al menos por dentro. Había sentido algo revolviéndosele desde muy adentro cuando se había enfrentado a Fenton el día anterior junto al puente, y había notado la misma sensación en la balsa cuando se enfrentó a la serpiente. Había algo *dentro* de él, algo fuerte y poderoso y parecía que estaba dispuesto a emerger solo cuando se enfrentaba al peligro. Ahora se preguntaba si sucedería otra vez.

Fenton acabó finalmente su perorata, se quedó jadeando y temblando, tenía la cara retorcida de rabia.

—Y tú vas a recibir el doble; no, el *triple* que Robbie. Tú espérate.

—Esperaré —confirmó Hal—. Cuando estés listo, llámame.

Fenton se giró, golpeó la silla de Hal, la mandó volando y se fue con paso firme hacia su pupitre.

Hal cogió su silla y se sentó intentando actuar como si no hubiera pasado nada. Pero el corazón todavía le daba vuelcos en el pecho y se sentía un poco inestable. Con un poco de suerte nadie lo notaría si se sentaba un momento y esperaba a que se le calmasen los nervios.

—Bueno —dijo Emily con una vocecita—, a todo esto, ¿dónde estábamos? Ah, sí, estábamos hablando de formar un club.

—Lo estabas hablando *tú* —masculló Robbie.

—A lo mejor averiguamos todo lo que queremos saber cuando llegue la señorita Simone —dijo Darcy jugueteando con sus rizados mechones rubios—. A lo mejor por eso está aquí…, para contarnos por qué vivimos en esta isla tan deprimente, alejados del resto del mundo. A lo mejor ella nos explica qué es lo que les pasó al señor y a la señora Patten cuando el pequeño Thomas se mató hace seis años.

—Ojalá consigamos algunas respuestas —dijo Lauren—. Estamos a punto de cumplir trece años. ¡Creo que tenemos derecho a saber la verdad!

Todos asintieron con la cabeza y demostraron estar de acuerdo entre murmullos. Dewey Morgan, sin decir ni pío como siempre, daba golpecitos nerviosos en su pupitre con el lápiz mientras un sombrío silencio se apoderaba de la clase una vez más. Al instante, Dewey se dio cuenta de que el ruido que estaba haciendo era demasiado evidente y paró.

—Cuéntales lo que Robbie y tú hicisteis el sábado —dijo Abigail mirando a Hal. Tenía otra vez esa mirada pícara y burlona en los ojos.

Todos a la vez miraron a Hal, luego a Robbie.

—¿Qué? —demandó Emily—. ¿Qué hicisteis? Contadlo ya.

Hal llamó la atención de Robbie y le preguntó con la mirada: «¿quieres contarlo tú o lo cuento yo?».

Robbie se aclaró la garganta y se lanzó de lleno a contar la historia con entusiasmo, explicando como él y Hal habían construido una balsa y habían ido entre la niebla por el agua. Se oyeron muchos gritos sofocados, incluso Fenton cambió la cara cuando Robbie empezó a adornar un poco la historia.

—Allí estábamos, azotados por las olas, con el agua del mar salpicándonos la cara y agarrándonos a la balsa con todas nuestras fuerzas. Remamos todo lo que pudimos, pero la corriente nos arrastró a kilómetros de la isla. Pensamos que íbamos a volcar.

Dewey, Emily, Darcy y Lauren se habían acercado poco a poco bordeando los pupitres con los ojos como platos.

—¿Y luego qué? —preguntó Lauren comiéndose las uñas.

Cuando Robbie siguió contando lo de la escurridiza masa bajo el agua, Hal miró a Abigail. Ella estaba escuchando a Robbie con una leve sonrisa y moviendo la cabeza de un lado a otro de vez en cuando.

—… Y le aticé un golpe con mi pala —dijo Robbie. Se puso de pie y movió los brazos con teatralidad—. Me salpicó entero con la sangre que le salía de la barbilla, pero no me importó, en lo único que pensaba era en salvarnos a Hal, a mí y a la balsa. Pero entonces el monstruo se hundió bajo el agua y adivinad ¿qué? Empezó a

transportarnos por el agua…

—¡Viene alguien! —susurró Dewey justo en ese momento.

—… Sí, estaría bien comer beicon por cambiar —interrumpió Emily cambiando de tema—, pero no me gusta pensar en tener que matar a los pobres cerdos…

Se abrió la puerta de clase y una mujer apareció en la entrada. Tenía el pelo rubio y brillante y llevaba una amplia y envolvente capa verde oscura de un material sedoso que le llegaba tan abajo que incluso tocaba el suelo. Sus ojos eran de un azul deslumbrante y su piel de un color dorado por el sol como la de los bañistas que Hal había visto en la valiosa colección de postales de su padre de Ahí Fuera.

Hal se quedó boquiabierto. ¿Se había iluminado el aula de repente?

—¡Buenos días, chicos! —dijo la extraña con voz alta y clara.

Hal no sabía calcular cuántos años tendría, se trataba claramente de una persona adulta, pero mucho más joven que sus padres.

—Me llamo Simone. Encantada de conoceros a todos. —Caminó hasta la mesa del profesor sin que sus pies hicieran el más leve ruido bajo la capa—. Los que estáis todavía de pie, sentaos, por favor, y empezaremos.

Darcy y Lauren regresaron a sus asientos y Emily se giró hacia el frente. La señorita Simone miró a su alrededor y asintió con la cabeza.

—Muy bien. Estáis todos. —Miró hacia el noveno pupitre, donde Thomas Patten solía sentarse, pero su expresión no dejó nada que entrever.

La señorita Simone pareció ir flotando hacia la esquina donde estaba el perchero. Una vez allí se desató la lazada que tenía atada al cuello y con un movimiento circular se quitó la sedosa capa verde oscura y la colgó cuidadosamente de un gancho. Hal estaba cautivado por el extraño vestido que llevaba debajo y que le llegaba a la altura de las rodillas; era una prenda hecha de retazos de tela verde y gris entretejida y adornada con cientos de pequeñas perlas. El vestido le estaba ceñido por la cintura y alrededor de las piernas le colgaban segmentos en forma de pétalos. Sin la capa puesta, Hal pudo ver que tenía los pies descalzos.

Hal no estaba seguro de si era su vestido, su melena rubia cayendo por los hombros o sus deslumbrantes ojos azules lo que encontraba tan fascinante. Miró a su alrededor y vio que Robbie, Dewey y Fenton estaban observando a la recién llegada con los ojos abiertos de par en par. No podía ver las expresiones de las chicas de la fila de delante, pero Abigail tenía el ceño fruncido y el labio inferior asomando. ¿Estaba celosa? ¿Sospechaba de ella?

—Bueno —dijo la señorita Simone mientras tomaba asiento—,

empezaremos con las presentaciones. Tal vez podríais decirme vuestros nombres por orden. Empieza tú, querida.

Emily sonrió, obviamente encantada por haber sido elegida la primera para empezar. Se aclaró la garganta:

—Emily Stanton, señorita. Encantada de conocerla.

La señorita Simone sonrió e hizo un gesto afirmativo, luego dirigió la mirada a la chica del medio.

—Lauren Hunter —dijo con una vocecita.

—Darcy O'Tanner —dijo la siguiente.

Después siguió con la segunda fila.

—Hummm… Robbie Strickland.

La mirada de la señorita Simone se posó en Hal.

—H-Hal Franklin —dijo, y se maldijo mentalmente por tartamudear.

—Fenton Bridges. —Llegó el tono desafiante del matón, casi como si estuviese pensando en poner a prueba a la recién llegada, para ver hasta dónde podía aguantar. Pero la señorita Simone continúo con Abigail sin hacer ninguna pausa.

—Abigail Porter —dijo con voz monótona.

—Dewey Morgan —anunció finalmente el pequeño muchacho que estaba detrás de Hal.

—Gracias —dijo la señorita Simone sonriendo satisfecha—. Intentaré esforzarme por recordar quién es quién. —Tomó un respiro—. A vuestros padres ya los conozco, por supuesto; los conocí hace mucho tiempo, antes de que nacierais. Abigail, sentí mucho lo que pasó con tu padre.

Hal se quedó helado y notó que los demás compañeros de clase se habían quedado atónitos también. Nadie *nunca* hablaba sobre el padre de Abigail. Una cosa era mencionar a Thomas Patten y a sus padres porque todos habían desaparecido sin dejar rastro, pero el señor Porter había dejado atrás una mujer desconsolada y una hija a la que ni siquiera había llegado a conocer.

—Todos vosotros deberíais estar muy orgullosos de vuestros padres —continuó la señorita Simone, aparentemente sin darse cuenta de que había tocado un tema tabú—. Son personas emprendedoras. No ha sido fácil adaptarse a la vida de la isla sin las comodidades a las que estaban acostumbrados en el viejo mundo.

—¿Comodidades? —preguntó Dewey.

Hal se imaginó que el chico estaba más confuso por lo que significaba la palabra que por el tipo de comodidades a las que la señorita Simone se refería. Ella asintió y sonrió.

—Agua corriente. Vehículos motorizados de transporte. Electricidad.

Hal había oído antes esa última palabra muchas veces. Sus padres

la habían mencionado en el pasado, pero él nunca había comprendido muy bien lo que era. Sabía que tenía algo que ver con cables.

—¿Qué es la electricidad exactamente? —preguntó.

—Considéralo como una fuerza vital —dijo la visitante con suavidad—. En el viejo mundo suministraba vida a las máquinas. Vuestros padres solían tener todo tipo de máquinas por casa como cocinas, frigoríficos, hornos microondas, televisores, sistemas musicales…, la lista es interminable.

La señorita Simone hizo una pausa. El único sonido perceptible era el de Dewey dando golpecitos con el lápiz en la mesa.

—Lamentablemente, desde la destrucción del viejo mundo y la posterior reclusión en esta isla, vuestros padres han tenido que prescindir de la electricidad. Esto ha necesitado un cambio enorme en su estilo de vida, porque por supuesto el viejo mundo había disfrutado del poder de la electricidad durante unos cien años.

—¿Qué es lo que pasó Ahí Fuera? —preguntó Emily.

—Una catástrofe —dijo la señorita Simone abatida, apoyando los codos en la mesa—. Un virus mortal creado por el hombre. La mayoría de la gente murió y aquellos que sobrevivieron… bueno, están enfermos en otro sentido.

—¡Un virus! —dijo Lauren con un grito sofocado.

—¿Creado por el hombre? —añadió Darcy—. ¿Qué hombre?

La señorita Simone rozó el suelo con la silla al levantarse y empezó a pasear alrededor de la clase sin hacer ruido puesto que llevaba los pies descalzos. Los chicos giraron la cabeza para seguirla con la mirada.

—No se trata de un solo hombre —dijo—, lo que quiero decir es la humanidad en sí, aunque ninguno lo ha confesado. Probablemente fueron terroristas que perdieron el control. Los gobiernos de todo el mundo organizaron refugios para que los ricos y las personas importantes escapasen del virus, que se transmitía por el aire, mientras que millones de ciudadanos normales tuvieron que sobrevivir por sí mismos.

»No tenía cura y la mayoría sucumbió al mortal virus al de una hora de contagiarse. Aquellos que todavía no se habían contagiado intentaron huir de las ciudades y escapar hacia el campo y las montañas. Así que, como podéis imaginar, hubo evacuaciones en masa con la gente corriendo literalmente para salvar la vida.

Hal no podía imaginarse tal cosa. Tan solo había conocido en su vida a un reducido grupo de personas y la idea de millones de gente junta le sobrepasaba a pesar de las numerosas fotos que había visto mientras crecía.

La señorita Simone se paró al final de la clase.

—El continente está muy cerca y hay una gran ciudad, lo que

queda de ella. También fue evacuada, pero no antes de que mucha, mucha gente muriera. Luego estaban aquellos que se infectaron pero no murieron, en su lugar se quedaron desfigurados, con unas cicatrices horribles. Debieron de padecer fuertes dolores y molestias, seguramente aún los estén padeciendo, si es que queda alguno vivo.

Hal se dio cuenta de que Abigail lo estaba mirando y él se la quedó observando también.

La extraña mujer se giró para mirar por la ventana.

—Vuestros padres estaban entre los pocos que lograron escapar por completo del virus, y eso es porque mi gente ya les había seleccionado y habían hecho planes para protegerlos antes de que se extendiera el virus. Les escondimos aquí en la isla mientras el mundo se desmoronaba. Logramos que el aire fuera seguro.

Hal abrió la boca para preguntar qué es lo que quería decir con lo de hacer el aire seguro cuando Emily se le adelantó.

—¿Su gente ya les había *seleccionado*? ¿Qué quiere decir? ¿Seleccionado para qué?

—¿Y quiénes son *su gente*? —preguntó Robbie.

—Mi gente vive en un lugar secreto al que el virus no puede llegar… —continuó diciendo la señorita Simone mirando por la ventana—. Pero nosotros tenemos nuestros propios problemas, aunque a distinta escala. No entraré en eso ahora, pero digamos que la solución a nuestro problema tiene que ver con que nuestra gente trabaje junto con un grupo de la vuestra. Ya habíamos elegido a diez parejas que no tenían niños en vuestro mundo y estábamos en el proceso de comenzar el proyecto cuando apareció el virus, y nuestros planes tuvieron que acelerarse. Lamentablemente el virus nos puso a todos en una situación difícil, pero tampoco entraré en eso ahora.

—¿Diez parejas sin niños? —dijo Emily repitiendo las palabras de la extraña.

—Vuestros padres —dijo la señorita Simone mirándola—. No tenían niños cuando los conocí hace catorce años, ni los tenían cuando los traje aquí a la isla un año después. —Frunció el ceño—. Pero no quiero entrar en todo eso ahora…

—¿Pero *diez* parejas? —insistió Emily—. Siempre hubo solo nueve. Ocho desde que se fue Thomas.

—Sí, una lástima lo de los Patten —confirmó la visitante—. Y la otra pareja, la décima, abandonaron casi al principio, antes de que nacierais.

—¿Por qué? —preguntó Emily.

—En otro momento, Emily —dijo la señorita Simone dejando escapar un suspiro—. Lo que importa, chicos, es que vosotros estáis aquí en esta isla por una muy buena razón, y creo que vamos a ver algunas novedades importantes durante los próximos días. Y para eso

necesito vuestra cooperación.

Los chicos no dijeron ni una palabra más. Parecía que todos habían dejado de respirar. La señorita Simone sonrió y dio unas palmadas.

—A ver, lo que voy a hacer es hablar con cada uno de vosotros en privado y, mientras tanto, el resto puede hacer algún trabajo de clase. Me gustaría que escribierais sobre un chico o una chica que tiene poderes mágicos. Eso os mantendrá ocupados.

Silencio.

—Así que, por favor, sacad lápiz y papel —dijo la señorita Simone tras fruncir el ceño.

Todos echaron mano de las bolsas y mochilas y empezaron a buscar a cámara lenta lápices, bolis y cuadernos.

—¿Señorita Simone? —llamó Abigail. Hal la miró y notó que tenía una expresión de desafío que conocía demasiado bien.

—Sí, ¿qué quieres, querida?

—Solo quería saber algo: ¿Cómo es que el virus todavía sigue Ahí Fuera? Quiero decir que después de doce, o trece años o los que sea…, parece mucho tiempo para que un virus todavía esté por ahí. Y si se transmite por el aire, bueno, ¿cómo es que no nos hemos contagiado? Dijo que el continente estaba bastante cerca.

Hubo un largo silencio antes de que la señorita Simone respondiera:

—El virus se transmite fácilmente por el aire. La mayoría de los virus muere al de unas horas si no tiene portador, pero este es distinto. De alguna forma logra sobrevivir flotando con la brisa, algunas veces se posa como el polvo y luego vuela otra vez por el aire, como pequeñas esporas inactivas que se desplazan por el mundo esperando pacientemente nuevos portadores humanos.

»Está a nuestro alrededor —continuó la señorita Simone girándose para mirar por la ventana otra vez—. Pero la niebla que veis fuera es como una manta protectora que cubre la isla. Filtra el aire y destruye el virus que llega hasta aquí.

Todos se giraron al unísono para mirar por la ventana. La niebla se movía en cúmulos por la hierba, dejando pasar algunos rayos de sol por aquí y por allá. ¿O sea que la niebla era lo que los mantenía vivos? A Hal le dio un escalofrío de pensar en el daño que él y Robbie podrían haber causado si hubiesen conseguido tapar el agujero de la niebla. Ahora todo cobraba sentido, la serpiente bloqueándoles el camino hacia tierra firme, el monstruo de la cara roja protegiendo el agujero de niebla… Excepto que había una cosa que no encajaba: ¿por qué el monstruo de la cara roja parecía no saber dónde estaba, ni cómo había llegado hasta ahí?

—¿O sea que el virus todavía está en el aire? —preguntó Abigail entrecerrando los ojos—. ¿Cómo es que usted ha podido evitarlo

cuando tantos otros han muerto?

La señorita Simone le lanzó una mirada fulminante.

—Abigail Porter —murmuró—, tu madre es una doctora. Ya veo de dónde te viene la curiosidad científica. Es una lástima que tu padre no la escuchase.

Todos se pusieron tensos otra vez con la mención del padre de Abigail. Hal examinó su cara con detenimiento y vio como apretaba las mandíbulas y se le ensanchaban las fosas nasales. Tenía las manos puestas sobre la mesa y las cerró lentamente formando puños. La señorita Simone se acercó al pupitre de Abigail.

—No sé lo que la doctora Porter te habrá contado sobre tu padre, Abigail, pero deberías saber que no se adaptó muy bien a la vida de la isla. Desde el principio intentó convencer a otros para que volvieran con él a tierra firme, para ver si el virus había desaparecido, justo como tú lo estás sugiriendo ahora mismo. Al final, el señor Franklin y el señor Bridges fueron con él, vestidos con unos trajes protectores especiales y unas máscaras de oxígeno.

Hal se sobresaltó al oír su nombre y miró a Fenton. Este le miró un momento y luego miró a otro lado. Hal intentó imaginarse a los tres adultos vestidos con extraños trajes y máscaras aventurándose por el agua a través de la niebla. ¿Cómo lo habían hecho? ¿En barco? ¿Balsa?

—El virus no fue lo que mató a tu padre, Abigail —dijo la señorita Simone desafiándola con la mirada—, sino los supervivientes. Cuando la gente se ve reducida a escarbar como animales para sobrevivir, rodeados de cadáveres por todas partes, algunos de ellos, sus propios seres queridos… lo último que quieren ver es a un grupo de, lo que les parecería, científicos merodeando por ahí examinando su obra. Como es lógico, los supervivientes les atacaron. Con saña. El señor Franklin y el señor Bridges tuvieron suerte de escapar con vida.

Mientras regresaba al frente de la clase, Abigail se la quedó mirando boquiabierta. Tenía lágrimas en los ojos.

—Tomemos un descanso —dijo la señorita Simone en voz baja—. Salid fuera y hablad entre vosotros durante diez minutos. Tomad un poco de aire fresco. Esto es mucho que asimilar, y quiero asegurarme de que digerís todo lo que os he contado antes de seguir adelante.

Tras una pausa, empezó el ruido de sillas a medida que los compañeros de clase se ponían de pie y salían en fila.

—Esto es horrible —susurró Darcy.

—Por lo menos aquí estamos a salvo —replicó Emily con un escalofrío—. Mientras dure esta niebla, estaremos bien.

Hal encontró a Robbie y le llevó a un lado.

—El agujero de niebla —dijo en voz baja—, si se supone que esta niebla hace que el aire esté limpio, pues, ¡podríamos haber matado a

todos si hubiésemos tapado el agujero!

—Sí, así que tal vez el monstruo de la cara roja del bosque sea un guardián después de todo —dijo Robbie. Frunció el ceño—. Aunque dijo unas cosas muy raras, como cuando se preguntaba cómo había llegado hasta allí. Pero seguro que es un guardián que está ahí para evitar que tapemos el agujero.

—Eso mismo pensé yo —afirmó Hal—. Y la serpiente de mar está allí para protegernos también, para evitar que nos vayamos de la isla. Todo empieza a tener sentido.

—No, no lo tiene —dijo Abigail en voz baja desde detrás. Hal y Robbie se giraron hacia ella. Tenía los ojos rojos y parecía enfadada—. *Nada* tiene sentido.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Hal.

—Lo que no nos ha dicho —dijo Abigail señalando con el dedo hacia la escuela—, es por qué su gente eligió a nuestros padres y los escondió en esta isla. Y no nos ha dicho por qué cada pareja solo tuvo un bebé, no dos bebés, ni tres, sino exactamente *uno*. ¿Por qué no tener ninguno? ¿No pensáis que es raro, que cada pareja tuviese exactamente un bebé, con el mundo desmoronándose a su alrededor?

»Y siempre me he preguntado por qué nuestros padres esperaron tanto para tener niños. Lo calculé; todos tenían alrededor de treinta años cuando nacimos, y todos nacimos el mismo año, casi el mismo mes. Todos tenemos exactamente doce años, con unas pocas semanas de diferencia. ¿No os parece mucha coincidencia? —Paró para tomar aliento y miró por encima del hombro—. ¿Y quién es ella en realidad? ¿De dónde viene? ¿Por qué habla de *su* gente y de *nuestra* gente como si fueren diferentes? ¿Os disteis cuenta de que mencionó *su* mundo y *nuestro* mundo? ¿Y qué tiene que ver todo esto con lo que nos está pasando?

Abigail miró a Hal, después a Robbie y vuelta a empezar, con la barbilla prominente y los labios fruncidos y luego dijo:

—Por lo que a mí respecta nada de esto tiene sentido. Pero voy a encontrarlo.

Capítulo 8
Cuchicheos de clase

A pesar de la claridad del día, un frío helador le traspasó la ropa a Hal mientras este trataba de digerir las palabras de Abigail.

—Tenemos que elaborar un plan —susurró Abigail—, necesitamos averiguar qué es lo que realmente pasa aquí y la mejor forma de hacerlo es seguir a la señorita Simone hoy, cuando salga de clase, y ver a dónde va. A lo mejor va a Ahí Fuera en bote, y si es así, eso probará que el aire está bien y que todo es mentira.

—Me parece bien —respondió Hal asintiendo.

—Ah, vaya. Así que, de repente, ¿Abi es colega nuestra? —dijo Robbie—. Abi, no necesitamos que vengas con nosotros y…

—Cállate, Robbie —interrumpió Abigail con una mirada fulminante—. Tenemos cosas importantes que hacer y es mejor que estemos juntos. Lo llevo diciendo todo el tiempo. —Luego se calmó y sonrió a Hal con timidez—. Además, Hal y yo tenemos un secreto. Necesitamos trabajar en equipo.

Robbie se giró al instante, miró desconcertado a Hal, pero se rio.

—¡Así que yo tenía razón! ¡Tú y Abi estáis enamorados!

—¡Baja la voz! —dijo Hal todo avergonzado agarrándole del brazo—. Eso no es lo que quiere decir. No estamos… mira, estuvimos hablando el sábado por la noche y…

—¿El sábado por la noche? —dijo Robbie con una amplia sonrisa—. ¡Ajá! ¿Os habéis visto en secreto?

—Oh, cállate Robbie —dijo de nuevo Abigail alzando la mirada al cielo.

Se quedaron callados; Robbie con una mueca de haber descubierto un sucio secretillo y Abigail toda sonrojada. Hal, un poco colorado también, miró a ver qué estaban haciendo los otros compañeros de clase.

Darcy, Lauren y Emily estaban enfrascadas en una conversación otra vez, nada nuevo. Se hallaban en corrillo, con las cabezas muy juntas, como si estuviesen discutiendo algo importante. Tal vez lo era. A lo mejor a todas les había salido el mismo extraño sarpullido que a Hal. O quizás todas podían producir alas al instante.

Fenton estaba arrancando puñados de hierba y lanzándole briznas

a Dewey, quien estaba mirando fijamente al cielo. Mientras Hal observaba, Fenton lo miró e hizo un elocuente gesto con el dedo deslizándolo por el cuello de lado a lado.

Abigail se acercó a Hal y tiró del brazo del Robbie.

—Venid para acá vosotros dos —dijo ella—. Hal y yo tenemos un secreto, pero a donde va Hal también va el delgaducho de Robbie, así que supongo que somos un equipo.

—No necesitamos que tú… —se encendió Robbie de repente.

—Dejad de discutir, vosotros dos —dijo Hal—. Elaboremos un plan.

—Vale —asintió Abigail—, después de clase seguiremos a la señorita Simone para ver a dónde va. Luego tenemos que buscar una forma de abandonar la isla. Los tres. Construiremos otra balsa si hace falta y esta vez ataremos una cuerda al embarcadero, como yo sugerí, para que podamos encontrar el camino de vuelta a través de la niebla. *Si* es que decidimos volver, claro. A lo mejor nos encontramos con que Ahí Fuera está despejado y soleado y no hay ningún virus. ¡Imaginaos! ¡Un mundo sin niebla!

Hal y Robbie se intercambiaron una mirada de complicidad.

—A todo esto —dijo Hal—, nosotros encontramos un agujero en el bosque del que sale la niebla. Empezamos a taparlo, pero nos interrumpió un monstruo con cara roja.

—¿Qué? —Abigail se les quedó mirando con la boca abierta.

Robbie empezó a contar la historia con todo tipo de detalles, pero Abigail le cortó y sugirió que la contase Hal.

—Quiero la verdad —dijo—, no cuentos de hadas.

Así que Hal contó la historia a pesar de la decepción de Robbie. Cuando acabó, Abigail parecía pensativa.

—Eso es muy interesante. Y Simone dijo que la niebla es lo que limpia el aire. Me gustaría ver este agujero. ¿Podéis llevarme a verlo?

—Es peligroso —dijo Hal—. El monstruo…

—Espera —dijo Robbie frunciendo el ceño—, habíamos decidido que el monstruo era solo un guardián, así que seguramente no sea peligroso. Igual que la serpiente de mar; podría habernos comido de un bocado si hubiese querido, y en vez de eso nos escoltó hasta la isla. A lo mejor estos monstruos son las mascotas de la señorita Simone, y están tan domesticados como el perro de Emily.

—En cuyo caso —continuó Abigail—, si nos encontramos con el monstruo de la cara roja en el bosque, no nos hará daño. Tan solo intentará asustarnos. Definitivamente quiero ver este agujero. Tenéis que enseñarme dónde está, ¿vale? Pero primero tenemos que seguir a Simone y ver a dónde va. Ah, y también creo que deberíamos entrar en el faro. Si podemos subir hasta arriba, a lo mejor podemos mirar por encima de la niebla y observar el continente.

—¿Y para qué vas a subir hasta el faro? ¿Por qué no volar entre la niebla desde aquí mismo? —dijo Hal frunciendo el ceño.

Demasiado tarde, Hal acababa de recordar que Robbie no sabía nada del secreto de Abigail. Pero Robbie tan solo dejó escapar una risa sarcástica.

—Sí, *volaremos*. Será más fácil que entrar en el recinto del faro, atravesar la verja cerrada con candado y la alambrada que tiene por arriba y luego forzar la puerta de entrada al faro. Sí, echemos todos a volar por el cielo.

En ese momento a Hal se le ocurrió algo. Robbie estaba bromeando sobre atravesar verjas con candados y sólidas puertas de roble cuando justo él era la persona que seguramente podría hacer tales cosas. Hal no podía dejar de sonreír para sus adentros. Abigail podía volar y Robbie podía derribar puertas, y ninguno de ellos sabía el secreto del otro. Se oyó una voz que venía del edificio de la escuela.

—¿Podríais volver dentro por favor? Gracias.

—Luego hablamos —dijo Abigail con el gesto fruncido.

Una vez que todos habían vuelto a clase y se habían acomodado en sus asientos, la señorita Simone se sentó en el borde de su mesa.

—Estoy segura de que tenéis un montón de preguntas. Pero todo se aclarará dentro de unos días. Primero tengo que asegurarme de una cosa, así que quiero hablar con todos vosotros, de uno en uno. Emily, ven conmigo. El resto empezad con la redacción, en silencio, por favor.

La señorita Simone pasó junto al pupitre de Hal quien captó un ligero olor a mar, una especie de tufillo a sal o algas. Tras ella brincaba Emily con la barbilla en alto, como si hubiese sido seleccionada para un trabajo importante. Las dos desaparecieron por la parte trasera de la clase y Hal oyó el chirrido de otra de las puertas del corto pasillo. La señorita Simone había llevado a Emily al pequeño despacho; se oyó un ligero clic cuando se cerró la puerta tras ellas.

Todos intercambiaron miradas entre sí preguntándose qué hacer.

—Mejor que nos pongamos a hacer la redacción —susurró Darcy— o por lo menos a hacer como que estamos en ello. Seguro que ni le importa lo que escribamos. No parece demasiado interesada, ¿no?

—Por otro lado —dijo Dewey desde detrás— ¿qué pasa si *sí* está interesada en lo que escribamos y nos metemos en un lío por no hacer lo que nos han mandado? No sabemos cómo es, a lo mejor tiene un temperamento horrible.

Tras una breve discusión decidieron que lo mejor sería aparentar que al menos estaban escribiendo, aunque era difícil concentrarse con todo lo que acababan de saber.

Hal notó que algo pequeño y ligero le había golpeado el brazo y automáticamente miró a Robbie. Pero Robbie tenía la mirada fija en el

papel de su redacción, en el que había escrito cuatro líneas. Hal se volvió hacia Abigail, quien señaló con la cabeza al suelo, cerca de él, donde había aterrizado una pequeña bola de papel. Se agachó para recogerla, la desdobló y leyó:

Casi metes la pata al hablarle a Robbie de mí. Pero supongo que será mejor contárselo ¿no? ¿Sabe él lo de tu sarpullido? He notado que ya no lo tienes. ¿Lo hiciste desaparecer tú mismo?

Hal se quedó mirando el mensaje un tiempo, luego se giró hacia ella. Estaba sentada mirándole con la cabeza inclinada hacia un lado. Al de un rato Hal escribió una respuesta:

El sarpullido se desvaneció. Robbie también tiene un secreto, así que, sí, mejor que hablemos todos.

Hal enroscó el papel y se lo lanzó para devolvérselo. Se oyeron pasos detrás de él y volvió a poner su atención en la redacción mientras Emily volvía brincando a su pupitre. Se escuchó la voz de la señorita Simone por detrás:

—Ahora Lauren, por favor.

Lauren se levantó y toda nerviosa se fue hacia la parte trasera de la clase. Hal vio cómo ella y la señorita Simone desaparecían por el pasillo.

—¡Psst! —llamó Robbie, se inclinó hacia delante y le dio un golpecito a Emily en el hombro con el lápiz—. ¿Qué ha pasado? ¿De qué habéis hablado?

Emily se giró lentamente con gesto de sorpresa. Todos habían dejado de escribir para escucharla.

—Fue muy raro —dijo—. Me preguntó a ver si había experimentado algo extraño últimamente. Me preguntó de una forma muy inquisitiva, como si me estuviera poniendo a prueba.

—¿Y? —exigió Fenton.

—Y nada —dijo Emily encogiendo los hombros—. No sé de qué estaba hablando. Le pregunté a ver qué tipo de cosas extrañas y dijo algo de «cambios físicos inesperados». Pensé que eso era un poco personal.

—¿Le dijiste que no era asunto suyo? —dijo Darcy tras soltar una risita nerviosa.

Pero Hal se perdió lo que Emily dijo después, ya que se giró para mirar primero a Robbie y luego a Abigail. Ellos a su vez se le quedaron mirando también. «Cambios físicos». Así que Abigail tenía razón. La señorita Simone sabía que les estaba sucediendo algo.

Abigail escribió algo y pasó la nota a Hal sin tratar siquiera de ocultarlo.

—¡Oh! ¡Mirad a los tortolitos, escribiéndose mensajitos de amor! —anunció Fenton inmediatamente con voz chillona.

—Cállate, gordinflón —dijo Abigail— ¿Qué tal tu dolor de muelas?

¿Le vas a contar a la señorita Simone lo de tus colmillos?

Fenton cerró la boca y se dio la vuelta. Abigail había doblado por la mitad la última nota que había escrito. Hal la desdobló y leyó:

¡No le digas ni una palabra sobre mis alas, o sobre tu sarpullido! Al menos hasta que sepamos lo que está pasando.

Hal se dio cuenta de que Robbie le estaba mirando y decidió darle un aviso similar. Escribió una nota en un nuevo trozo de papel:

No le cuentes a la señorita Simone que te pones más grande y más fuerte. Guarda el secreto por ahora.

Mientras Robbie leía la nota, Lauren regresó y se oyó la voz de la señorita Simone.

—¿Darcy?

Reinó el silencio mientras Darcy se iba de clase.

—¡Ey! —susurró Abigail— ¿Hay alguien que esté experimentando estos cambios físicos que la señorita Simone ha mencionado? Lo digo en serio. Fenton, a ti te han cambiado los dientes; ahora los tienes todos afilados. Los he visto.

—¿De verdad? —preguntó Emily—. ¡A ver!

—Sí, enséñanoslos —dijo Dewey.

Fenton lanzó una mirada fulminante a Emily, luego a Dewey, se puso rojo de la rabia.

—Ah, ¿sí? ¿Queréis verlos? —preguntó Fenton enfadado—. Pues mirad bien. —Y enseñó los dientes con una sobrecogedora mueca que puso al descubierto tanto los dientes de arriba como los de abajo para que todos pudieran verlos.

Todos se quedaron mirando a Fenton en silencio durante un rato. Sus colmillos eran más afilados y más largos de lo normal, casi como los de un perro. Finalmente, Fenton cerró la boca y se dio la vuelta.

—¿Alguien más? —preguntó Abigail—. ¿Qué tal tú, Dewey? ¿Tienes algún secreto que quieras compartir?

—No —dijo Dewey negando vigorosamente.

—Eh tú, mandona —llamó Abigail girándose hacia Emily. Yo sé que *tú* sí tienes un secreto.

—¿Yo? —dijo Emily alzando las cejas—. ¿Qué quieres decir? Yo no tengo nada que ocultar.

—¿Me estás diciendo que no lo has notado? —insistió Abigail con los ojos entrecerrados—, yo lo he notado y estoy dos filas más atrás. He visto como…

—Abi —la interrumpió Hal, hizo un gesto negativo.

Abigail se le quedó mirando confusa y tras una pausa frunció los labios y asintió.

Emily parecía perpleja, Hal estaba convencido de que no tenía ni idea de su secreto, si es que en realidad tenía alguno. Desde luego en ese mismo momento no parecía distinta para nada, pero claro,

tampoco Robbie ni Abigail. Sus transformaciones eran momentáneas. Fenton era el único cuyo cambio físico parecía permanente.

¿Qué había dicho Abigail de Lauren? ¿Algo de unos dedos peludos? Hal se esforzó por mirar, pero Lauren estaba sentada justo delante y no se le veían las manos. Aunque sus dedos seguramente estaban normales, de lo contrario todos lo habrían notado. Así que, si a Lauren le salían pelos en los dedos, sería solo por poco tiempo. ¿Sabría ella lo que le estaba pasando?

—¿Y tú, Lauren? —preguntó Hal.

Lauren pareció incomodarse, como si se hubiese estado temiendo la pregunta. Se giró lentamente y miró a los de clase. Era increíble cómo se parecía a su madre, tenían el mismo pelo moreno ondulado, nariz respingona y hoyuelos diminutos. Solo que Lauren tenía doce años y era mucho más mona. No era de extrañar que Robbie estuviese tan fascinado con ella.

—Hummm… puede ser —dijo—, pero no quiero hablar de ello. Me da vergüenza.

—¡Lo sabía! —dijo Abigail inclinándose hacia delante con los ojos resplandecientes—. Lauren, no diré nada hasta que estés lista, pero creo que tampoco deberías decírselo a la señorita Simone. No le contaste nada ¿verdad?

Lauren negó con la cabeza, obviamente avergonzada tan solo de pensarlo. Abigail asintió, parecía satisfecha consigo misma.

—Bien. Guardemos silencio hasta que sepamos qué es lo que sucede aquí. Haced como que no pasa nada.

Se produjo un silencio hasta que habló Fenton:

—Para ti es muy fácil decir eso, Abigail —dijo Fenton gruñendo—. Todos saben que yo tengo los dientes afilados y puntiagudos, incluyendo la señora Hunter y seguramente también la señorita Simone. Yo no puedo ocultarlo.

—¿Te duelen? —preguntó Lauren.

—Antes sí, pero ahora no tanto —dijo Fenton encogiéndose de hombros—. Un día me sentía bien y al otro apenas podía hablar porque estaba venga morderme las mejillas por dentro. Ahora están bien, lo único que parecen raros.

—Y se te cae la saliva todo el rato —dijo Hal—. ¿Crees que tiene que ver con eso?

Fenton se miró la camisa. Tenía unas cuantas gotas encima. Se enfadó, pero no dijo nada.

Darcy volvió a clase:

—Ha pedido que seas el siguiente, Robbie —susurró.

Robbie abrió los ojos de par en par. Tragó saliva y luego se levantó y se dirigió al fondo de la clase.

Abigail llamó a Darcy en voz baja:

—¿Ha mencionado algo sobre extraños cambios físicos?

Darcy dijo que sí con la cabeza y se giró en su silla para mirar a los de clase.

—Le dije que sí, por supuesto. Después de todo tengo doce años. Pero ella dijo no, *otros* cambios… cambios «inusuales». Le dije que no sabía de qué me estaba hablando.

Puesto que Darcy se había perdido la conversación más reciente que habían tenido, Emily enseguida le puso al corriente.

—Vale —dijo Darcy pareciendo confusa—, sabemos que a Fenton le está pasando algo en los dientes. Pero Lauren, ¿a ti también te pasa algo? ¿Y a ti, Emily?

—Ya hablamos más tarde… —dijo Emily encogiendo los hombros—, a solas entre nosotras.

Darcy hizo un gesto afirmativo. Luego miró a Hal con una chispa de diversión en los ojos:

—¿Y tú, Hal? ¿Algún extraño secreto? ¿Te estás haciendo más alto, por casualidad? Abigail, ¿a lo mejor tú te estás volviendo menos pesada y más respetuosa y considerada? ¿Y Dewey? Bueno, no, Dewey está bien como es. Es un angelito —le sonrió con cariño.

—Eres muy graciosa, Darcy —dijo Abigail alzando la mirada al techo—. Tú, Lauren y Emily estáis siempre juntas en corrillo últimamente, cuchicheando secretitos por aquí y por allá. No deberíais tener secretos con el resto de nosotros en un momento tan importante como éste. Deberíamos contarnos todos lo que sabemos.

—Ah, ¿sí? —dijo Emily con interés— ¿Nos vas a contar tú todos tus secretos entonces, Abigail? Tú, Hal y Robbie sois tan reservados como nosotras. De hecho, creo que tú y Hal os traéis algo entre manos.

Se oyeron unas risitas por toda la clase.

No se dijo nada más durante un largo rato. Robbie volvió por fin todo ruborizado. Señaló con la cabeza a Hal:

—Te toca.

Hal se levantó y se dirigió al fondo de la clase. Llegó al corto pasillo y encontró la puerta del pequeño despacho abierta.

—Entra —dijo la señorita Simone desde dentro.

El despacho era diminuto, no más de dos metros de ancho por tres de largo. Tenía un escritorio pegado a la pared y una balda de libros debajo de la pequeña ventana. La señorita Simone estaba sentada en una silla de oficina y se giró en ella cuando entró Hal.

—Siéntate.

Hal se sentó en la silla de invitados. Había unas cuantas cosas encima del escritorio: un conjunto de bandejas atestadas de papeles en una esquina y un bote con lapiceros y un bloc de notas en el medio. Pero a la señorita Simone parecía que no le había hecho falta tomar

notas. Ella se acomodó en su silla y se quedó mirando a Hal con sus deslumbrantes ojos azules.

—Dime, Hal. Sé que tienes algo que contarme.

—¿Yo?

—Claro que sí —dijo la señorita Simone—, cuéntame lo que te está pasando.

—¿Señorita? —Hal se la quedó mirando, fingiendo estar confuso.

—Venga, Hal. Lo sé todo. No puedes guardar el secreto para siempre. Solo quiero que lo admitas y que confíes en mí. Es el primer paso para un futuro mejor. Tengo las manos atadas hasta que todos vosotros confiéis en mí y me contéis acerca de los cambios físicos que estáis experimentando.

Hal tragó saliva. ¿Sabía lo de su sarpullido? Pero ¿cómo era posible? Lo había mantenido en secreto, a excepción de Robbie y Abigail. Y ahí estaba ella, aparecida de la nada, diciendo que lo sabía todo sobre él y su sarpullido.

Tal vez ella lo sabía porque en cierta forma *ella* lo había causado.

—Señorita Simone —dijo pausadamente—. No sé a qué se refiere. ¿Qué cambios físicos? ¿Quiere decir hacerse mayor? Cumpliré trece este año y he crecido casi tres centímetros en los dos últimos meses…

—Hal —dijo ella inclinándose hacia delante. Hal captó de nuevo el aroma del océano—, todas las chicas me han contado sus secretos, Robbie también. El caso es que Robbie me ha contado tu secreto. Solo quiero que me lo cuentes *tú*. O que me lo enseñes si prefieres.

De repente Hal sintió un torbellino de furia emergiendo desde muy adentro. Notó que se estaba poniendo rojo. ¡Aquella mujer era una mentirosa! Dudaba mucho que ninguna de las chicas hubiese revelado nada a la señorita Simone y sabía con absoluta certeza que Robbie tampoco lo había hecho. Le estaba poniendo a prueba, echándose un farol con la esperanza de que hablara. Pues bien, acababa de meter la pata hasta el zancarrón. Ahora ya sabía que Abigail tenía razón, no podían confiar en ella.

Hal logró contener su furia, y la angustia de tener que rascarse el brazo izquierdo, que le había empezado a picar en un momento de lo más inoportuno. Rezó para que el sarpullido no se le extendiera por todo el brazo y le llegara al dorso de la mano. Cruzó los brazos lentamente por si acaso y fingió estar pensando.

—Ahora que lo pienso —dijo—, hay algo extraño que sí que me está pasando.

—¿Sí? —dijo la señorita Simone abriendo los ojos de par en par.

Hal echó un vistazo por encima del hombro y luego se inclinó hacia delante. La señorita Simone se inclinó también hacia delante con ojos resplandecientes y expectantes. Hal bajó la voz hasta el punto de emitir un susurro:

—Creo que siento un flechazo por Abigail. Odio admitirlo, pero es muy simpática una vez que la conoces. Y… creo que a ella también le gusto. —Encogió los hombros—. Es muy extraño, ¿verdad? Nunca me lo hubiera imaginado.

La señorita Simone se lo quedó mirando fijamente durante lo que pareció un siglo y luego se reclinó en su asiento.

—Manda venir a Fenton si no te importa —dijo entre dientes.

Mientras regresaba a su pupitre a Hal le quemaba la garganta y le picaba el brazo entero. Sintió que el sarpullido se le extendía hasta el hombro y le atravesaba la espalda. «Ahora no, ahora no», pensó. Se miró el dorso de la mano, temiendo encontrarse con la piel verde y abultada ahí mismo, a plena vista de todos, pero estaba normal, al menos por ahora.

—Fenton, eres el siguiente —dijo frotándose la dolorida garganta.

Hal se desplomó en su asiento. Fenton caminó haciendo grandes esfuerzos hasta el fondo de la clase y desapareció por la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Abigail toda preocupada.

Hal abrió la boca para responder, pero notó un repentino y ardiente dolor en lo más profundo de su garganta, se inclinó hacia delante y empezó a toser como si se hubiera atragantado con una guindilla. En ese instante apareció un breve destello amarillo delante de su cara y Lauren, que estaba sentada justo delante de él, se puso de pie de un salto con un grito de dolor.

Hal se frotó la garganta. El dolor había desaparecido, pero quedaba un olor a humo en el ambiente. De repente se dio cuenta del silencio que había. Todos le estaban mirando.

—Debo de estar pillando algo —murmuró—. Lauren, ¿te he escupido o algo? Creo que tenía algo en la garganta…

—¡Mi silla está toda quemada! —dijo ella con los ojos abiertos como platos—. Mira, está toda ennegrecida por los bordes.

—Te salió fuego por la boca —dijo Robbie mirándole con asombro.

—¡Chsss…! —susurró Abigail. Frunció el ceño mirando a Lauren y a los demás—. Esto es justo lo que la señorita Simone está buscando. A Hal le pasa algo raro y a mí también. A ti también Lauren y también a Emily. Y sabemos que a Fenton también. Nos queda Robbie, Dewey y Darcy.

Todos miraron primero a Robbie, luego a Dewey y después a Darcy. Pero, aunque a Robbie se le notó una ligera mueca de entendimiento, los otros dos solo se encogieron de hombros con gesto perplejo.

—Esto es de locos —dijo Emily—, a mí no me pasa nada. Abigail, cuéntanos todo lo que sepas.

—Aquí no —dijo Abigail—. Más tarde. Pero tendrá que esperar porque Hal, Robbie y yo tenemos planes después de clase. Vamos a

seguir a la señorita Simone para ver a dónde va. Pero Emily, si de verdad quieres ayudar, ¿tal vez podrías organizar una misión?

Emily se animó de repente. Hal sonrió para sus adentros. Era gracioso cómo Abigail sabía exactamente qué palabras elegir para que otros hiciesen lo que ella quería.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Emily.

Pero Fenton regresó en ese momento:

—Te toca, Abi.

Con un suspiro, Abigail se levantó y se fue caminando despacio hasta el fondo de la clase. Fenton volvió a su asiento todo abatido.

—¿Me he perdido algo?

Lauren le contó al instante, en voz baja, cómo Hal le había chamuscado el respaldo de la silla. Señaló los bordes ennegrecidos y Fenton se quedó atónito.

—Nunca me dijiste que pudieras hacer eso —le dijo Robbie a Hal un poco molesto.

—No sabía que pudiera hacerlo —admitió Hal. Miró a su alrededor—. Me salió una especie de sarpullido hace tiempo. Viene y va, pero no me pareció nada importante. Pensé que me había picado un insecto o algo. Pero ahora… no sé. Y esto… —Señaló con la mano la silla de Lauren—. ¿Lo de chamuscar su silla? Eso, pues, es nuevo para mí. Creo que si pudiese echar fuego por la boca me habría dado cuenta antes.

Después de eso, no se dijo mucho más.

Cuando Abigail volvió a clase, parecía triunfante. Le dio un toquecito a Dewey en el hombro con el dedo:

—Te toca —dijo—. Que no se te ocurra decir nada de *nada*, ¿entiendes?

Dewey asintió con la cabeza y desapareció. Emily se acercó a Abigail.

—Entonces… ¿decías que tenías una misión que querías que yo organizara?

—Sí.

Abigail miró a su alrededor, Hal casi podía ver los engranajes de su cerebro dando vueltas. Luego, ella se inclinó hacia Emily y le susurró algo al oído durante al menos medio minuto. Emily escuchó atentamente y al final asintió.

—Yo me encargo —dijo como dándose importancia.

No pasó mucho tiempo antes de que Dewey emergiera del despacho, con la señorita Simone justo detrás de él. Dewey volvió a su asiento con un aspecto un poco nervioso y bastante pálido. Mientras la señorita Simone pasaba por su lado y se dirigía al frente de la clase, Abigail lanzó a Dewey una mirada inquisitiva. Este le respondió con una leve sonrisa y levantó el pulgar.

La señorita Simone parecía disgustada:

—Seguid con vuestras redacciones —dijo, y se dirigió al perchero para coger su sedosa capa verde. Mientras se la colocaba en los hombros y se ataba la lazada al cuello, miró el reloj. Solo había pasado media mañana—. Puesto que hoy no tenéis nada que contarme, seguiremos mañana. Llevad vuestras redacciones a casa y acabadlas para mañana.

La señorita Simone saludó secamente con la cabeza, se apartó el pelo hacia atrás y se marchó por la puerta delantera de la clase. Una vez más se hizo un silencio total, y todos corrieron a mirar por las ventanas.

—Ahí va —dijo Emily señalando con el dedo.

La extraña se movía con paso acelerado por la pradera, con la capa ondeando en la leve brisa que se había levantado. Cúmulos de niebla flotaban entre ella y la escuela, y en un instante había desaparecido.

Abigail se dio la vuelta:

—Rápido, Hal, Robbie, vamos. Emily, te dejo aquí al cargo, ¿vale? Os veo a todos mañana.

Abigail se fue corriendo de clase por la puerta trasera y Hal apretó el paso para alcanzarla, seguido de Robbie. Los tres cogieron las bicis de la parrilla y pedalearon dando la vuelta al edificio hasta el otro lado intentando localizar a la señorita Simone. Pero la niebla ya se la había tragado.

—Se fue por ahí —dijo Robbie señalando con el dedo—. Sigámosla. Deprisa, antes de que la perdamos por completo.

Capítulo 9
Siguiendo a la señorita Simone

Hal, Robbie y Abigail pedalearon por la alta hierba de la pradera dirigiéndose hacia lo que, ellos se imaginaron, era la dirección que había tomado la señorita Simone. Hacía un día radiante cuando Hal había salido de casa esa mañana, pero desde entonces el cielo se había ensombrecido hasta alcanzar un triste tono gris oscuro y la niebla se había vuelto más densa. Ráfagas de viento azotaban la hierba y se colaban entre los árboles que se alzaban al borde de la pradera contigua. Su padre había augurado tormenta y parecía que iba a tener razón.

Justo cuando Hal pensaba que habían perdido a la señorita Simone entre la niebla o que tal vez habían pasado pedaleando por su lado, apareció una figura borrosa justo delante de ellos, a su izquierda. Los tres disminuyeron el ritmo hasta ir a paso de tortuga sin decir nada, observando en silencio sin más.

La señorita Simone se movía deprisa con la sedosa capa ondeando al viento y los dorados mechones volando sueltos. Sin embargo, los ciclistas tenían que pararse cada dos por tres para evitar alcanzarla.

—Nos verá si mira para atrás —susurró Hal al de un rato—, deberíamos ir andando con las bicis.

—Sí —concurrió Robbie—, nos quedaremos lo suficientemente atrás como para que esté casi perdida entre la niebla, de modo que casi no podamos verla. Así, si mira para atrás, con un poco de suerte ella tampoco nos verá.

—¿Es imaginación mía, —dijo Abigail mirando a su alrededor—, o ha espesado la niebla desde que salimos de la escuela?

—Va a haber tormenta —dijo Hal—, no sé si tiene algo que ver con la niebla, pero papá dijo que iba a haber tormenta esta noche. Ya se está levantado el viento. Vamos, la señorita Simone ha desaparecido otra vez.

—Y dejemos de hablar por si nos oye —susurró Abigail.

Los chicos caminaron en silencio empujando las bicis por la alta hierba, escuchando el hipnotizador ruido de las cadenas dando vueltas alrededor de los piñones de las marchas. Salieron de la pradera y empezaron a adentrarse en un campo más inhóspito, lleno de paja

seca y algún matorral desperdigado.

A lo largo del trayecto podían vislumbrar a la señorita Simone a unos cuantos metros, aunque Hal juró que la distancia cada vez se hacía más corta. La niebla parecía haber espesado incluso más aún y, sin pensarlo, aumentaron el paso para mantener a la forastera a la vista.

Hubo un momento en el que tuvieron que pararse en seco porque un banco de niebla se despejó a un lado y puso a la señorita Simone al descubierto, justo cuando pasaba con sumo cuidado a través de un seto. Ella estaba a tan solo unos metros y solamente habría tenido que girar la cabeza para verlos ahí de pie observándola.

Sin embargo, ella continuó atravesando el seto y Hal dejó escapar un suspiro de alivio:

—Casi nos pilla —susurró—. ¿Hacia dónde vamos?

—Hacia el acantilado —dijo Robbie frunciendo el ceño—. Estoy seguro de que el acantilado está por aquí y si vamos un poco hacia la izquierda, acabaremos en el Bosque Negro.

Los muchachos siguieron abriéndose paso entre la niebla llenos de expectación. ¿Les guiaría la extraña mujer hacia un bote? ¿Se iría navegando a Ahí Fuera sin ponerse un traje protector?

Cuando les llegó el olor a agua salada y un fuerte y persistente viento les empezó a sacudir la ropa y el pelo, supieron que estaban cerca de la orilla de la isla. Delante, la figura borrosa de la señorita Simone se desvanecía una y otra vez con su capa y su melena ondulando al viento.

Para entonces el paseo se había convertido en una dura caminata, Hal movía ya los pies de forma automática, primero un pie y luego el otro. Casi ni se dio cuenta de que la visitante por fin había dejado de andar y él había seguido caminando, hasta que Robbie le tiró para atrás.

La señorita Simone se había parado justo al borde del precipicio donde la alta hierba ya se acababa y daba lugar a un muro de niebla. Robbie había acertado. Pero no tenía sentido; ¿cómo había podido ella arrimar un bote hasta allí arriba?

Abigail se inclinó para acercarse a Hal y susurró:

—¿Qué está haciendo? —El cálido aliento de ella le hizo cosquillas a Hal en su fría oreja—. ¿Está buscando un bote?

—Tal vez —contestó Hal susurrando también—, pero no veo ninguno.

Esperaron en silencio mientras la visitante permanecía ahí en el acantilado, mirando hacia abajo. Se chupó un dedo y lo sostuvo en alto.

—Está comprobando la dirección del viento —señaló Robbie.

—Tal vez esté… —empezó a decir Abigail.

Entonces la señorita Simone se lanzó por el acantilado.

Abigail ahogó un grito cuando la extraña mujer se inclinó hacia delante con las rodillas dobladas. Cuando alcanzó una posición horizontal, se dio impulso con las piernas para separarse del acantilado y se lanzó hacia delante de una forma tan grácil como la de un pájaro, con los brazos extendidos y la sedosa capa verde ondeando al viento tras ella.

Se había esfumado.

Durante un momento de aturdimiento nadie se movió ni dijo nada. Luego Hal tiró su bici al suelo y corrió por la hierba hasta el borde del acantilado. Al asomarse para buscar a la señorita Simone, se levantó una ráfaga de aire que le sacudió el pelo.

Abajo, a unos quince o veinte metros, el mar se batía contra la pared del acantilado formando remolinos verdes con espuma blanca y burbujas justo donde se mezclaba otra vez con las nuevas olas. No parecía que hubiese rocas peligrosas en esa parte, pero lanzarse en picado desde aquella altura parecía bastante peligroso. ¿Qué habría pasado si el viento la hubiese empujado contra la pared del precipicio o si se hubiese estrellado contra ella bajo el agua? ¿Y si hubiera habido una corriente que la hubiese arrastrado cada vez más abajo hasta ahogarla?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Abigail corriendo al lado de Hal—. ¿Ha salido por algún lado?

A Hal le costó un poco recuperar la voz:

—D…debe de tener un bote por ahí, entre la niebla. Debe de haberse ido nadando hasta él. Pero ¡qué valor, tirarse del acantilado así!

—Está mal del coco —dijo Robbie tras dejar escapar un silbido.

—Ojalá no hubiese tanta niebla —se quejó Abigail—. Podríamos haberla visto nadar, incluso ver su bote.

—Si es así como se va de la isla —dijo Hal—, me pregunto cómo *llegó* a ella antes. ¿Alguien vio la dirección por la que vino esta mañana? No pudo haber escalado el acantilado por aquí. Debió de llegar a la isla desde algún otro sitio. Pero entonces… ¿por qué no volver por el mismo camino? No tiene sentido.

—Nada tiene sentido —dijo Abigail suspirando—. Vamos, esto ha sido una pérdida de tiempo. Enseñadme el agujero de niebla. Robbie, ¿no dijiste que el Bosque Negro está por aquí?

—No está lejos —confirmó Robbie—. Pero, mejor que dejemos las bicis y las bolsas aquí. El camino se complica más adelante.

Robbie dejó caer la mochila junto a su bici, que estaba apoyada en el suelo, y caminó deprisa a lo largo del acantilado desviándose un poco hacia adentro. La niebla se lo tragó.

—¿Ya sabe a dónde va? —preguntó Abigail.

—Conoce la isla mejor que nadie —dijo Hal lanzando su mochila junto a la de Robbie—. Tiene un buen sentido de la dirección. Tendrías que verle en el bosque, lo ataja como si pudiera *oler* el camino.

Abigail se quitó la mochila también y juntos desfilaron por la superficie del acantilado cubierta de hierba. Luego subieron por una cuesta donde el terreno se hacía más rocoso. Los arbustos crecían de forma aleatoria y escondidos entre la alta hierba había pequeños hoyos que a menudo les hacían perder el equilibrio. De vez en cuando se encontraban con algunos conejos que se quedaban inmóviles mirándolos fijamente, con los ojos muy abiertos y los hocicos temblorosos y después echaban a correr perdiéndose en la penumbra.

Abigail se enfundó las manos en los bolsillos y encogió los hombros para hacer frente al viento, mientras que a Hal se le iban entumeciendo lentamente los dedos, las orejas y la nariz. Debería haberse puesto un jersey o un abrigo, pero, por otro lado, no había entrado dentro de sus planes el paseo por el ventoso acantilado cuando salió de casa esa mañana. Al menos, al ir a paso ligero, Hal había entrado en calor y Abigail también, a juzgar por sus coloradas mejillas y su rosada nariz.

Pero por muy deprisa que caminasen, Robbie aún lograba permanecer por delante, fuera de la vista.

—¿Robbie? —llamó Hal después de un rato— ¿Dónde estás?

—¿Dónde estás? —Se oyó un débil eco en el viento—. ¿Estás por ahí?

No parecía que Robbie estuviese muy lejos. Si se despejaba la niebla seguramente estaría ahí mismo, a diez o doce metros trepando por las rocas como Hal y Abigail.

El serpenteante camino que iba cuesta arriba y cuesta abajo se alargaba. A Hal le habría gustado que fuera más llano para que hubiesen podido traer las bicis y así evitar el camino de vuelta. Entonces le rugió el estómago, lo que le recordó que tenía el almuerzo en la mochila que había dejado con las bicis. Ojalá hubiese podido hincarle el diente a un sándwich en ese momento, suspiró e intentó pensar en otra cosa.

—Abi —dijo después de un rato—, ¿cómo lo haces para… controlar tus alas? ¿Cómo haces para que aparezcan y desaparezcan cuando quieres?

Abigail, que también estaba enfrascada en sus propios pensamientos, pareció espabilarse de repente.

—¿Qué? Ah, bueno, pues me imagino que es como aprender a andar en bici. Es fácil una vez que sabes cómo, y luego no puedes *no* hacerlo, si entiendes lo que quiero decir. Es igual que nadar, una vez que descubres cómo hacerlo, lo haces sin pensar. —Miró a Hal y

frunció el ceño—. Tú debes saber cómo controlar tus escamas ya ¿no? Tenías ese ronchón en la mano cuando nos vimos el sábado por la noche y ahora ya no está. Debiste hacerlo desaparecer.

—Pues, realmente no —admitió Hal—. Bueno, supongo que debí de desear que se fuera de alguna forma, pero solo por casualidad. O debió de ser coincidencia que desapareciera justo cuando deseé que se fuera…

—No fue coincidencia Hal —dijo Abigail tras intentar sofocar la risa—. Así es como empieza. Lo que quiera que seas, te aparece de repente, va creciendo como un grano o un sarpullido y cuando se pone muy mal te enfadas y le dices que se vaya. Y lo hace. Pero después vuelve, incluso aún más deprisa, y antes de que te des cuenta, eres un monstruo.

—Un monstruo —dijo Hal dejando de andar.

Ella continuó caminando durante un momento antes de darse cuenta de que él se había parado. Luego se dio la vuelta y le miró.

—Era broma. ¿Tú crees que yo soy un monstruo?

—No —dijo Hal haciendo un gesto negativo—, tú eres una chica con alas.

—Soy un *hada* —dijo Abigail con una media sonrisa y un ligero brillo en los ojos. Dio unos pasos a un lado y se apoyó en una inmensa roca—. Por lo menos eso es lo que creo. Al principio estuve mirando en un viejo libro de naturaleza, pero no pude encontrar nada que se pareciera ni lo más remoto a mí. No existe una chica con alas como tal, o por lo menos es lo que decía el libro. Luego me acordé de una historia que solía contarme mi madre cuando era pequeña, sobre El Hada de los Dientes, una dama mágica con alas que recoge los dientes de leche, como el ratoncito Pérez.

—Sí, ya —dijo Hal con una sonrisa. Luego frunció el ceño— ¿Tú crees que eres el Hada de los Dientes?

—No, pero me dio la idea de buscar en libros de cuentos de hadas, en vez de naturaleza. Encontré uno titulado *Seres Fantásticos.* Tenía todo tipo de criaturas extrañas y encontré algo similar al Hada de los Dientes, una persona mágica con alas que emiten un zumbido, solo que más pequeña, no mucho más grande que tu mano.

Hal la miró con sorpresa.

—Lo único que —continuó Abigail—, en la primera página de introducción decía que todas esas criaturas eran «seres míticos mágicos», o «criaturas de la imaginación…» que por supuesto yo no lo soy. —Miró al cielo un momento—. A menos que, también puede ser que nada de esto sea real y estemos todos en un sueño.

El viento sacudió su coleta. Se encogió de nuevo intentando taparse la nariz con el abrigo.

—Sigamos andando —dijo ella—, seguro que Robbie ya ha llegado

al bosque.

Continuaron subiendo y se encontraron en otro campo de hierba. El camino era un poco más fácil y los dos fueron un poco más deprisa.

—Así que, —dijo Hal— ¿crees que eres un hada de las de ese libro de seres fantásticos? Yo leí una vez un libro donde había hadas.

—¿De verdad? —dijo Abigail mirándole sorprendida. ¿Dónde lo encontraste?

—En los estantes de la escuela. Tú has estado mirando en la sección de consultas, pero hay un montón de libros en la balda de «Literatura Fantástica» que contienen criaturas mágicas, son más bien historias en vez de dibujos y descripciones.

—Por eso yo no los he encontrado nunca —dijo Abigail—, no suelo leer nada más que libros de consulta. No le veo el sentido a las historias inventadas. Prefiero aprender sobre la vida real.

—Eres muy rara —dijo Hal frunciendo el ceño—, pero Robbie es igual. Ha leído todos los libros que hay sobre bichos.

Abigail sonrió mientras caminaban juntos. La oscuridad se cernía por delante. Por fin se estaban aproximando al Bosque Negro.

—Así que —dijo ella—, el caso es que me empecé a cuestionar si no sería yo un hada, a pesar de que todos los libros dicen que en realidad no existen. A lo mejor los libros están mal. Y si yo soy un hada, entonces tú, ¿qué eres? ¿Y todos los demás? ¿Acaso somos todos lo que se conoce como «seres fantásticos»?

—Eso es una locura —dijo Hal. Pero tuvo que admitir que ya no podía estar seguro de nada—. Oye, te iba a preguntar una cosa: ¿por qué no vuelas por encima de la niebla o sobre el agua hasta el continente?

—No puedo —respondió Abigail—, creo que la niebla afecta a mi modo de vuelo. Puedo volar cerca del suelo durante una hora más o menos, pero si intento coger altura empiezo a pesar mucho y me canso. Y me pone un poco nerviosa volar por encima del agua.

Hal y Abigail se pararon a la entrada del Bosque Negro y observaron con detenimiento. La niebla parecía ser más ligera por allí, era casi como si los árboles actuasen de filtro para no dejar pasar tanta densidad. No obstante, en su lugar existía una oscura y siniestra quietud, como si el bosque estuviera en alerta, escuchando por si venían intrusos. En cierta forma, los campos abiertos llenos de fría y densa niebla ya no parecían tan terribles.

—¿Dónde está Robbie? —preguntó Abigail como si Hal lo supiera.

Hal encogió los hombros.

—¿Robbie? —llamó él a todo volumen.

Silencio.

—Supongo que podríamos buscar el camino nosotros mismos —dijo Hal tras dejar escapar un suspiro—. Está el sendero del

acantilado que podríamos seguir, pero sería más rápido atajar aquí por el bosque. Nos encontraríamos con un arroyo y el agujero de niebla está cerca, en un descampado.

—Vayamos por el camino más corto —dijo Abigail tiritando—. Seguramente alcanzaremos pronto a Robbie.

Hal tomó aliento y se metió de lleno en el bosque, con Abigail siguiéndole de cerca. Nada le parecía familiar, pero estaba convencido de que no podría equivocarse mucho mientras fuera más o menos recto.

—¡Robbie! —gritó—. ¡Espéranos!

Abigail no dijo nada mientras seguía a Hal a través de la densa vegetación. Se oyeron chasquidos de ramas y crujidos de hojas. Los arbustos emitieron unos susurros y se movieron agitándose. Se oyó el chapoteo de un charco de barro al ser pisado y un rumiante se cruzó justo por delante del pie de Hal y se fue corriendo. A Hal le recordó al monstruo de la cara roja y se preguntó si no estarían cometiendo un error al vagar por el bosque con ese ser suelto por ahí. Por otro lado, era solo un guardián después de todo, y seguro que ya se habría alertado de su presencia cuando él se había puesto a llamar a gritos a Robbie. Se maldijo mentalmente. Por eso su amigo no le había contestado… ¡Había tenido más sentido común!

—Creo que nuestros padres tienen miedo de nosotros —susurró Abigail.

—¿Miedo? —susurró Hal a su vez. Señaló el camino alrededor de un grupo de arbustos espinosos—. ¿Cómo que miedo?

—Bueno, piensa en ello. Estamos atrapados aquí en esta isla. —Abigail gesticuló con las manos intentando abarcar el espacio más amplio posible—. Yo siempre he tenido la teoría de que los adultos se estaban inventando historias de que Ahí Fuera era un sitio acabado al que no querríamos ir ni de visita. Creo que intentan mantenernos aquí por lo que somos. Quieren tenernos aquí para experimentar con nosotros, pero saben que podríamos escapar si realmente quisiéramos, así que se inventan todas estas historias de enfermedades y cosas así. Intentan hacernos creer que nos quieren y que están intentando protegernos, cuando en realidad nos están mintiendo y nos tienen prisioneros aquí.

—Pero…

Hal se tropezó al tratar de pasar por encima de un árbol caído y se le quedó enganchada la camisa. La cabeza le daba vueltas. Seguro que sus padres no le habían estado mintiendo durante toda su vida, ¿no?

Abigail había encontrado un sitio mejor por el que cruzar el árbol caído y apareció junto a Hal mientras este se tiraba de la camisa para desengancharla.

—Mira, si supiéramos la verdad, nos enfadaríamos, intentaríamos

escapar, y tal vez incluso les atacaríamos. ¡Imagina lo que tú podrías hacer con tu aliento de fuego! Así que están ocultándonos cosas, intentando averiguar si estamos cambiando sin descubrirse ellos ni contarnos la verdad.

El silencio que se produjo después fue incómodo. Hal empezó a caminar otra vez por el bosque pensando detenidamente.

—¿Y qué crees que pasará si nuestros padres descubren que estamos cambiando?

—Lo mismo que le pasó a Thomas —dijo Abigail solemnemente—, sus padres se deshicieron de él.

—Mira, eso es una estupidez —replicó Hal empezando a enfadarse—. Thomas se cayó por el acantilado y nada más. Estás paranoica, Abi. Venga, vamos a buscar el agujero de niebla, a ver si nos deja el monstruo. Pero apuesto a que no. Seguro que nos ahuyenta.

Hal marchó con decisión por el bosque como si supiera exactamente por dónde iba.

Justo en ese momento se oyó un grito.

Los dos se pararon en seco y Abigail se agarró al brazo de Hal. Fue un grito prolongado, lleno de terror, originado en lo más profundo del bosque. Hal estaba convencido de que era Robbie el que estaba gritando, pero nunca le había oído gritar así, por lo que no podía estar seguro del todo. El grito había empezado en un tono alto, después cambió lentamente, se volvió grave y desolado y luego profundo y atronador. Otra voz se unió a la contienda, era una voz salvaje y asilvestrada y totalmente inhumana.

Le siguieron un revuelo de sonidos: arbustos moviéndose, ramas partiéndose, jadeos, rugidos profundos y gruñidos. Los sonidos crecieron, acercándose hacia donde Hal y Abigail se habían quedado paralizados.

Una figura ensombrecida apareció a la vista corriendo a toda velocidad en la oscuridad del bosque. Unos arbustos salieron disparados y la sombra desapareció durante un instante, luego reapareció mucho más cerca. Era grande… más grande que Robbie. Salió en estampida atravesando enmarañadas matas de vegetación, directa hacia donde estaban Hal y Abigail. Instintivamente, ellos se pusieron a cubierto tras un árbol y se quedaron agachados allí temblando de miedo.

La enorme figura pasó tambaleándose, levantando una lluvia de hojas y ramas. Hal sintió un repelús cuando vio el pelo moreno y los voluminosos brazos y hombros que le sobrecargaban, era la figura de un hombre al menos tres veces más alto que él. Hal retrocedió un poco, agachó la cabeza y sintió una ráfaga de aire cuando el monstruo pasó a tan solo medio metro de ellos dando fuertes pisadas. Después

desapareció de la vista y los sonidos de sus enormes pisadas todavía pudieron oírse durante otro medio minuto más antes de debilitarse en la distancia.

Tras un largo silencio, Hal recuperó el aliento:

—Se ha ido —dijo intentando disimular el temblor de su voz—. Lo que quiera que fuese eso, se ha ido.

Lentamente, Hal liberó el brazo que Abigail le tenía atenazado y se encontró a escasos centímetros de su pálida cara. El labio inferior de ella tembló cuando intentó hablar:

—E-e-eso ha estado demasiado cerca.

—¿Estás bien? —preguntó Hal. Le había empezado a picar el brazo.

Abigail se separó y se puso de pie, parecía enfadada.

—Pues claro que estoy bien.

—Vale, bueno. —Hal miró en la dirección hacia la que se habían estado dirigiendo, la dirección de la que el monstruo había salido corriendo despavorido—. Estoy algo confuso. Ese no era el monstruo de la cara roja… lo que quiere decir que debía de ser Robbie.

—¿Robbie?

Abigail pareció tan sorprendida que Hal se habría echado a reír si la situación no hubiera sido tan seria. A él le comenzó a palpitar el corazón con fuerza y le invadió una sensación punzante por los hombros.

—Tiene estos momentos de asombrosa fuerza —explicó Hal—, ese es su secreto. Una vez reventó la camisa. Creo que le ha debido de asustar algo y se ha transformado en… en esa cosa que ha pasado corriendo.

—Pero ¿qué es lo que le asustó? ¿El monstruo de la cara roja?

Hal y Abigail se quedaron en silencio escuchando. Oyeron un leve ruido de arbustos moviéndose a un costado, alguien se estaba acercando a ellos, acechándoles sigilosamente.

—Vámonos —susurró Hal, poniendo sus manos en los hombros de Abigail con firmeza para que diera la vuelta—. Robbie es tres veces más grande que nosotros, pero aun así echó a correr. Vamos.

Empezaron a retroceder por donde habían venido, pero el camino estaba bloqueado.

Una gran criatura, parecida a un gato, estaba allí sentada lamiéndose la pezuña. Hal había visto fotos de leones y ese era tan grande y fuerte como uno de ellos, pero aquel tenía el pelaje rojo y una larga melena carmesí. Su cara ancha era el cruce entre un león y un hombre, pero sus ojos eran sin lugar a duda humanos, eran grandes y azules, llenos de una malicia escalofriante.

El monstruo sonrió y al estirársele los labios dejó al descubierto más dientes de los que Hal jamás había visto en su vida, eran afilados

como cuchillas y finos como agujas, y estaban colocados en tres filas letales.

Pero lo más aterrador de todo era su cola. Cuando el monstruo bostezó y se puso de pie, un largo apéndice como el de un escorpión, de color rojo brillante y blindado se elevó ante ellos, se arqueó sobre la cabeza de la criatura y les apuntó desde lo alto. En su extremo había una trémula bola de largas y finas púas y en el medio sobresalía un gran aguijón negro rezumando un veneno amarillo.

Capítulo 10
La mantícora

El monstruo de pelo rojo se hallaba delante de Hal y Abigail. Su cola de escorpión, arqueada sobre la cabeza, los apuntaba desde arriba oscilando de un lado a otro como una cobra que estuviese eligiendo el momento adecuado para atacar.

El pelaje de la criatura estaba limpio y brillante, pero aquel bicho apestaba a carne podrida.

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo con una voz aflautada que contenía una nota de desprecio—. ¡Mira quién está aquí!

A pesar del miedo que tenía, Hal no pudo evitar fijarse en cómo los flexibles labios negros de la criatura, sin lugar a duda inhumanos, vocalizaban hábilmente cada palabra.

—Corre —Abigail le estaba diciendo a Hal al oído.

Ya se lo había dicho una media docena de veces, pero él no estaba prestando atención. Hal retrocedió un paso cuando ella le tiró de la camisa desde atrás.

—Si corres —dijo el monstruo como si le estuviese leyendo el pensamiento a Hal—, no llegarás muy lejos, así que ni lo intentes.

La criatura se estiró y bostezó, poniendo al descubierto sus tres filas de dientes, luego sacudió su acorazada cola. Las púas del extremo vibraron de forma alarmante.

—Es una mantícora —susurró Abigail hincándole las uñas a Hal en el brazo—. Corre antes de que…

La criatura dio tres pasos rápidos hacia delante y acercó su rostro a pocos centímetros del de Hal. Podía arrancarle la cara de un bocado fácilmente. O podía abalanzarse sobre él, mantenerle sujeto y hacerle pedazos. A Hal mientras tanto, el olor putrefacto de su cálido aliento le estaba dando náuseas. Era allí de donde venía el olor a carne podrida, era como si el monstruo hubiese estado comiendo roedores y tuviera trozos de carne incrustados entre los dientes.

La mantícora miró por encima del hombro de Hal:

—¿Cómo te llamas, niña?

Hal se sorprendió a sí mismo al moverse hacia un lado para proteger a Abigail de los ojos del monstruo. Se puso justo delante de él, lo que le hizo sentirse como un enano ante su ancha cara leonina y

sus potentes y musculosas patas delanteras.

La criatura se disgustó profundamente.

—Déjame verte, chica.

—Quédate ahí —Hal le dijo a Abigail.

Pero, Abigail se asomó vacilante agarrándole a Hal aún del brazo. Hal sintió un hormigueo familiar que le empezó a recorrer la piel.

—Así está mucho mejor —gruñó la criatura. Se la quedó mirando con los ojos entrecerrados—. Abigail, ¿verdad?

Por un momento pareció que el tiempo se había detenido. La mención del nombre de Abigail dejó a Hal tan aturdido que se giró hacia ella sintiéndose casi traicionado. ¿*Conocía* ella a ese ser? Pero, a juzgar por la expresión de Abigail, ella estaba tan sorprendida como él.

La mantícora asintió con la cabeza mostrándose pensativa. Su cola se retiró lentamente de la vista.

—Sí, ya me acuerdo de ti. La hija de la doctora Porter. —Miró a Hal—. Aunque de tu nombre no me acuerdo. ¿Barry? ¿Harry? ¿Howard?

—Hal —dijo con voz ronca.

—Haaaal, sí. ¿Y quién era tu amigo? ¿El que estaba aquí antes?

—¿Te refieres a Robbie?

—Robbie, sí. Ahora recuerdo —dijo abriendo más sus azules ojos.

—¿Quién *eres* tú? —exigió Abigail— ¿Cómo sabes nuestros nombres?

El monstruo empezó a dar vueltas alrededor de ellos en un pequeño círculo, era tan reducido que les rozaba con su masa muscular al pasar. Su nariz seguía de cerca a la punta de su larga cola de escorpión, como si estuviera acechándose a sí mismo.

—Yo solía vivir aquí —dijo—, me caí por el precipicio a las afueras del bosque.

A Hal se le cortó la respiración.

—¿Thomas? —dijo Abigail con un grito sofocado.

—Yo *era* Thomas, hace mucho tiempo —dijo el monstruo continuando con su pequeño paseo.

Las grandes huellas que quedaron en la tierra eran las mismas huellas felinas que Hal y Robbie habían visto cerca del agujero de niebla.

La mantícora, que ya no era un ser impersonal sino el mismísimo Thomas Patten, aquel niño pequeño y pelirrojo, les examinó de arriba abajo. Luego Thomas se sentó y enrolló la cola delante de él. Las púas del extremo se habían relajado y el aguijón había desaparecido de la vista.

—No me acuerdo de mucho. Yo estaba persiguiendo a una marmota en el jardín trasero… me sentí extraño y cambié, me

convertí en algún tipo de animal… Mi madre chilló al verme y yo corrí hacia el bosque. —Hizo una pausa, tenía la mirada lejana—. Ella fue detrás de mí, gritando. Yo seguí corriendo, me perdí, hasta que por fin vi por delante la luz del día y corrí hacia ella… fuera del bosque y derecho hacia el acantilado. Me caí al agua.

—¡No te chocaste contra las rocas! —exclamó Hal—. Todos dijeron que te habías golpeado con las rocas y que habías muerto. Pero las *esquivaste*.

—Sí, pero entonces algo me agarró de un pie y me tiró hacia el fondo —dijo Thomas moviendo las comisuras de los labios hacia abajo—, pataleé y tragué agua, pero me fui hacia abajo y todo se oscureció… Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en el bosque, tumbado al lado de un estanque. Y la niebla había desaparecido.

A Hal se le ocurrieron miles de preguntas que hacerle, pero antes de que pudiera decidirse por una, Thomas se puso a olisquear y a mirar a su alrededor con el ceño fruncido.

—Y ahora estoy aquí de vuelta, otra vez. Una noche me fui a dormir a mi guarida y a la mañana siguiente me desperté en este viejo bosque. Me costó un poco darme cuenta de dónde estaba.

Hal sintió un rayo de esperanza.

—Thomas Patten —dijo todavía sin poder creérselo—. ¡O sea que tú cambiaste también! *Todos* estamos cambiando…, pero tú cambiaste ¡hace años!

—Y eres una mantícora —dijo Abigail casi sin aliento.

—Sí, soy una mantícora —dijo Thomas mirándolos a los dos de arriba abajo—. Y no he comido nada decente en una semana.

—Una mantícora —repitió Hal asimilándolo—. Pues no he oído nunca hablar de ellas. Pero es curioso, tienes el pelaje rojo y tú *siempre* tuviste el pelo rojo, incluso cuando eras…

—¿Humano? —terminó Thomas. Se lamió los labios. Su cola empezó a desenroscarse y las púas se enderezaron una vez más.

—Bueno, sí —continuó Hal— obviamente, no ese color rojo, era un rojo más anaranjado que otra cosa…

Se paró al darse cuenta de que estaba hablando demasiado. Hal tenía la incómoda y certera impresión de que algo había cambiado en el ambiente. La sensación de hormigueo le recorrió desde los hombros hasta la parte baja de la espalda.

Abigail le apretó el brazo y se aclaró la garganta:

—Bueno, nos alegramos de haberte visto otra vez, Thomas. Será mejor que nos vayamos. Te traeremos comida, montones de comida. Nos iremos a casa ahora mismo, a ver lo que encontramos, y volveremos dentro de una hora o dos. ¿Vale?

Thomas posó la mirada sobre ella y lentamente empezó a esbozar

una sonrisa.

—Y luego pensaremos lo que vamos a hacer —añadió Hal. Miró a Abigail por encima del hombro—. Bueno, venga, Abi. Vamos a…

—Vosotros no vais a ningún sitio —dijo la mantícora. Levantó la cola sobre su cabeza y la bola de espinas vibró. El brillante aguijón negro emergió una vez más—. Mirad, no es nada personal, pero es que tengo que comer. Tengo que comer *como es debido,* ¿entendéis? Los roedores no son suficiente para mí. Ahora soy una mantícora y lo he sido desde que tenía seis años. Me lo he pasado bien recordando viejos tiempos, pero lo único que quiero ahora es degustar una buena comida y retirarme a mi guarida. —Guiñó uno de sus ojos azules—. Pero os prometo que no sentiréis nada. Os trataré bien, primero os paralizaré y luego os aguijonearé, así no será tan doloroso.

La bola de púas se hinchó.

—Thomas, no hagas bromas —dijo Hal empujando a Abigail detrás de él y retrocediendo al mismo tiempo—. No estoy seguro de si estás bromeando con nosotros o no, pero… vamos, tú no harías eso, ¿verdad?

La mantícora emitió un gruñido de repente, un profundo gruñido gutural revestido de un suave lloriqueo, como si dos voces separadas estuvieran compartiendo el mismo espacio; una, furiosa y salvaje y la otra, desesperada e indefensa. Hal y Abigail se tambalearon hacia atrás de horror. Entonces la cola se agitó y docenas de finos dardos volaron por el aire hacia ellos.

Abigail gritó.

Hal se dejó llevar por el instinto y levantó las manos. Las espinas, con las puntas cargadas de veneno, se le clavaron en los brazos, el pecho y las piernas. Durante un instante Hal notó un dolor ardiente y después se le adormecieron las extremidades. Se dio cuenta de que Abigail se había mareado y se había caído a su lado.

A Hal se le nubló la vista y se le doblaron las rodillas. Se desplomó sobre el frío y húmedo suelo, se giró sobre la espalda y vio cómo las copas de los árboles daban vueltas en lo alto. El luminoso cielo blanco le hacía daño en los ojos.

Entonces la mantícora se inclinó sobre él con su cálido y putrefacto aliento mostrando las tres filas de dientes relucientes por la saliva. Una lengua larga y roja surgió de sus enormes fauces y se movió de un lado a otro de la boca.

Los gritos de Abigail se habían convertido en gemidos. Hal intentó centrar su atención en ella. Estaba tumbada boca arriba, tenía la cabeza girada hacia él, los párpados caídos y le caía saliva por la mejilla.

Una inmensa pata le oprimió a Hal en el hombro y se le hincaron unas garras.

Hal gritó.

Algo sobrevoló por encima de la cabeza de la mantícora. Era la bola de espinas de la que sobresalía el lustroso aguijón negro. Este se enderezó, se alargó y un glóbulo de espeso líquido amarillo empezó a brotar en su punta. Paralizado, Hal observó cómo la gota colgaba durante un instante, se tambaleaba y se desprendía. Notó un escozor agudo en la cara.

—Esto no dolerá —dijo Thomas suavemente.

Por un instante se pudo apreciar un destello de angustia en sus azules ojos, como si estuviese sacrificando a un adorado cerdito en un momento de necesidad. Luego su mirada se endureció.

El mortal aguijón descendió.

Hal dio un grito y empezó a dar porrazos con las manos, las notó más pesadas, como si tuvieran carga extra. Acertó con uno de los golpes. La mantícora gimió y se alejó de un salto. De repente Hal se había liberado, no obstante, se le nubló la vista otra vez. Se giró sobre el estómago, puso las manos en la húmeda tierra e intentó levantarse, pero le vencieron las piernas y se desplomó.

Hal se sintió raro. Le picaba la mejilla, se le nublaba la vista una y otra vez y notó que sus manos y sus brazos eran pesados, grandes, potentes. Se quedó quieto un segundo, movió la cabeza de un lado a otro y se quedó mirando perplejo.

Sus manos eran enormes, tenían largos dedos y uñas en forma de garra. Los antebrazos y los bíceps se le estaban abultando, hinchando, y entonces las mangas de la camisa se le reventaron y se le quedaron colgando de los hombros hechas jirones. Por debajo se le marcaban músculos que ni siquiera sabía que tenía. Se le oscureció la piel a un, ya familiar, verde pepino y se le formaron unas escamas duras. Le salió un borde prominente a lo largo del antebrazo que le recorría los codos hacia los hombros. Notó que la extraña sensación iba crispando toda su espalda como una ola, oyó un sonido de desgarro y sintió el aire frío en la piel al tiempo que su andrajosa camisa se caía al suelo. El hormigueo descendió hacia sus piernas, se le rajaron los vaqueros. Se le reventaron los zapatos y le crecieron unos enormes pies con zarpas.

Invadido por el pánico y totalmente confuso, Hal miró hacia arriba y vio a Thomas que retrocedía sangrando con un corte en la cara. Parecía furioso.

Entonces Hal se levantó y se fue corriendo hacia el monstruo con un ansia incontrolable de desgarrarlo con sus propias manos. Thomas se dio la vuelta y escapó soltando un aullido. Hal corrió tambaleándose tras él a cuatro patas, atravesando los arbustos como si no estuviesen ahí y echando humo por la boca.

Fue un momento extraño, como si lo estuviese soñando. A Hal le

pareció que su mente se había trasplantado en el cuerpo de otra cosa, una criatura grande y poderosa con escamas verdes en la piel y enormes garras en los pies. No parecía afectarle que estuviera cruzando por medio de espinosos arbustos; la mantícora los sorteaba a toda velocidad intentando quitárselo de encima, pero Hal se precipitaba a través de ellos con el único propósito de darle un bocado en su rojo y peludo trasero y partirlo en dos.

Hal se paró de repente, sin aliento. La mantícora huyó corriendo, echando la vista atrás una vez más antes de desaparecer por completo.

Solo y mareado, Hal giró el cuello para intentar verse a sí mismo. Lo que vio fue el cuerpo de un reptil verde oscuro de unos siete metros de longitud, el cuerpo de un dragón, justo como el que aparecía en las portadas de los innumerables libros que había leído al cabo de los años. Tenía la piel dura, llena de escamas, como acorazada y con unos bordes prominentes que le sobresalían de los brazos y los hombros. En la parte de arriba de la espalda tenía unos trozos de hueso que le recorrían toda la espina como un muro de piedra hasta el extremo mismo de la cola, que era un pesado garrote con punta de flecha.

¿Cómo sería su cara? Intentó mirarse la nariz y vio un largo hocico romo con las fosas nasales dilatadas en la punta. Al intentar tocarla perdió el equilibrio hacia delante y se cayó de bruces. Las hojas caídas de los árboles volaron a su alrededor.

Hal se quedó allí tumbado un momento con el corazón desbocado entre calientes humaredas de vapor saliéndole de los orificios nasales. Luego levantó una mano y la miró de cerca. Realmente no era una mano, era más bien un pie, aunque tenía un rudimentario pulgar. Era un animal de cuatro patas. Le invadió el pánico. ¡No podía quedarse así! ¡No podía ir a casa así, pareciendo un dragón! A sus padres les daría algo.

Al intentar ponerse de pie, sintió el peso de dos o tres personas en su espalda y estaba seguro de que sus piernas no podrían cargar con todo el peso. Sin embargo lo hicieron, y con bastante facilidad; sintió que incluso podría hasta saltar un par de metros hacia arriba si quisiera. Lo intentó, alzó la cabeza, estiró el cuello, flexionó sus potentes piernas traseras y durante un segundo sintió que estaba a ocho o nueve metros del suelo. Luego se vino abajo con tal golpe que se le hundieron los pies hasta los tobillos en la mullida tierra.

Hal se quedó allí agachado en medio del bosque y esperó a que el corazón se le calmase. Notó un picor en la pata trasera y, sin darle demasiada importancia, fue a rascarse con la pata delantera, pero perdió otra vez el equilibrio y casi acabó en el suelo. Luego se dio cuenta de que no era una picadura sino una especie de espina. Lo miró de cerca. Era una de las púas de la mantícora, estaba partida pero

firmemente incrustada en la carne. También había otras; podía sentirlas. ¿Habían penetrado su coraza? No, las púas se le habían clavado en su blanda y rosada piel humana antes de cambiar y su nueva piel simplemente se había formado a su alrededor.

Hal intentó sacarse las púas, pero sus nuevos dedos de dragón eran demasiado grandes y torpes. Intentó extraérselas con los dientes, pero eso todavía le resultó más difícil. Gruñó de rabia y sus cuerdas vocales emitieron un profundo y estruendoso sonido que no se parecía a nada que hubiese oído antes.

A pesar de la conmoción de su transformación, Hal se sentía bien. Es más, se sentía genial. El veneno que antes le había derrotado parecía haber perdido su efecto y lo único que le molestaba ahora eran las púas. Eran como diminutas y fastidiosas astillas, aunque le habían parecido mucho más grandes cuando la mantícora las había estado meneando.

Pero claro, en aquel momento Hal tan solo era un pequeño muchacho. Ahora era un dragón de seis metros. Si se ponía de pie en una postura cómoda, su cabeza quedaba a metro y medio del suelo más o menos, así que no había mucha diferencia en comparación con su cuerpo humano. La cresta de su espalda era unos cuantos centímetros más alta, tal vez quedaría a dos metros o dos metros y medio del suelo, era más alto que el más alto de los hombres. Por tanto era de un tamaño bastante considerable, no como uno de esos monstruos gigantes que había visto en los libros, pero aun así, más grande que nada con lo que se había encontrado antes.

Si extendía sus alas podría…

¡Alas!

Giró la cabeza hacia atrás y miró de nuevo. Las alas se desplegaron en su espalda como si estuvieran controladas por una parte separada de su cerebro, se abrieron y se extendieron produciendo un peculiar sonido, similar al del cuero. Hal se quedó boquiabierto. Era curioso cómo no se había dado cuenta antes, era como si su mente no hubiera estado preparada para comprender aquello todavía. Pero… ¿funcionaban? Se preguntó qué tendría que hacer para moverlas y de nuevo, como por arte de magia, se pusieron a aletear con suavidad, captaron el aire y causaron una brisa lo suficientemente fuerte como para mover unos arbustos cercanos.

Atónito, extendió sus alas tan alto como pudo. Se movieron justo como él quería y eso que no tenía ni idea de cómo las estaba controlando. «De la misma forma que mueves los dedos del pie —pensó—. Se hace de forma espontánea».

Al desplegarlas hacia arriba, las alas parecían brazos esqueléticos de triple articulación con largos y delgados dedos entre los que se estiraban finas membranas de piel. Ahora era dos veces más alto que

un hombre normal, casi triplicaba su baja estatura normal.

Le invadió el pánico de nuevo. ¿Conseguiría ser humano otra vez? ¿Tendría que quedarse así para siempre? Empezó a dar vueltas en círculo con la respiración entrecortada. Su cola golpeó como un látigo todo lo que había a su alrededor destrozando varios arbustos a su paso.

Pero entonces se acordó de las alas de Abigail. Ella podía hacerlas aparecer y desaparecer a su antojo, simplemente se doblaban y se fusionaban con su piel cuando ya no las necesitaba. A lo mejor Hal podría volver a cambiar cuando quisiese…

¡Abigail!

La habían alcanzado las púas y yacía sola en el bosque.

Hal corrió entre los arbustos. Le resultó fácil volver por donde había venido, tan solo tenía que seguir los matorrales aplastados y las ramas rotas de los árboles. ¡Desde luego había dejado huella! Corrió a toda velocidad por el bosque y encontró algo azul oscuro, colgado en un arbusto.

Eran sus vaqueros que estaban hechos jirones. Igual que sus calzoncillos, sus calcetines y su camisa. Hasta sus zapatillas deportivas estaban reventadas y aplastadas en el barro. Ese era el sitio donde había sufrido la transformación. Pero ¿dónde estaba Abigail?

Mientras se desplazaba entre los arbustos, le invadió el temor. Primero había desaparecido Robbie y ahora Abigail.

—¡Abi! —gritó. Pero cuando surgió un profundo rugido de su boca, se dio cuenta de que era incapaz de producir sonidos humanos. Eso sí que iba a complicar las cosas.

Hal se vino abajo y se llevó las manos, las enormes garras, a la cara. ¿Qué iba a hacer? No podía ir andando a casa siendo un dragón, y si intentaba cambiar a su forma humana, ¡estaría desnudo! No sabía qué opción era la peor o cuál provocaría más exclamaciones de sorpresa en sus padres.

Se supuso que ir de dragón sería peor. Pero también…

¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Debería preocuparse por que Robbie y Abigail habían desaparecido?, o ¿por que se les había comido una mantícora?, o ¿por que él ahora era un dragón?, o ¿por que tendría que volver a casa desnudo?

Dejó escapar un gemido de desesperación.

Un zumbido llego hasta sus oídos y se puso a buscar de dónde procedía.

—¿Abi? —llamó poniéndose de pie. Su voz sonó como un gruñido enfadado.

El zumbido se oyó más cerca y Abigail apareció entre unos pinos sobrevolando a pocos metros del suelo y a cierta distancia. Se había quitado el abrigo y lo tenía firmemente sujeto contra el pecho. Parecía

que sus alas hubiesen perforado la espalda de su blusa. Hal fue corriendo a su lado.

—¡Ah, estás bien!

Abigail chilló y se marchó zumbando. Demasiado tarde, Hal se dio cuenta de su error. Decidió quedarse quieto y mantener su gran bocaza de dragón cerrada en vez de correr hacia la pobre chica rugiendo como un monstruo.

Al de un rato Abigail volvió a aparecer guardando una prudente distancia. Sobrevoló por su alrededor y le observó durante un momento, pensativa. Hal se quedó quieto intentando parecer lo más inofensivo posible.

«¿Cómo hace un dragón para parecer inofensivo?».

—¿Estás bien, Hal?

Abigail habló con voz baja y temblorosa, pero Hal la entendió. Aunque él era un dragón, y parecía solo poder hablar con rugidos y gruñidos, podía oírla y entenderla como siempre. Él asintió con la cabeza.

Abigail pareció satisfecha y se aproximó con cautela. Aterrizó con suavidad y sus alas dejaron de moverse. Pero Hal se dio cuenta de que no las había plegado, por si acaso.

—Vaya —dijo ella—, desde luego has mostrado tu verdadera naturaleza. Me asustaste a mí y asustaste a la mantícora también. ¿Recuerdas haberle golpeado en la cara? ¡Le mandaste a tomar vientos!

Hal intentó soltar una carcajada, pero su voz sonó como un gruñido con resuello. Abigail se acercó un poco más.

—Se me clavaron un par de púas, pero tú te llevaste la mayor parte. Aun así, me sentí mareada y lo veía todo borroso. Cuando te fuiste a perseguir a la mantícora, me saqué las púas y me quedé allí tumbada un rato. El efecto del veneno desapareció. Solo era para que no pudiésemos correr.

—Sí, mientras nos atacaba con el aguijón —contestó Hal acordándose de la repugnante punta negra de la que goteaba el veneno amarillo.

—No he entendido una palabra de lo que has dicho, pero creo que tú si puedes entenderme ¿verdad? —dijo Abigail levantando las cejas.

Hal afirmó con la cabeza.

—Demuéstralo. Si puedes entenderme, mueve la cola.

Hal levantó la cola y la agitó en el aire. Se dio cuenta de que lo había hecho sin pensar, como si hubiese tenido una cola toda su vida.

—¡Guay! —murmuró Abigail. Suspiró mostrándose aliviada—. Ahora necesitamos buscar a Robbie. Seguramente esté corriendo en círculos preguntándose por qué se ha convertido en un enorme ogro peludo. Tenemos que encontrarle y hacer que volváis a vuestra forma

humana. No podéis ir a casa así; tus padres se morirían del susto ¿vale?

Hal hizo un gesto afirmativo, de repente se sintió como si estuviese actuando en una obra de teatro de la escuela en la que hacía el papel de un enorme perro obediente.

Abigail le observó durante un momento con los ojos muy abiertos. Luego sonrió mostrándose un poco nerviosa:

—Recuérdame que no te haga rabiar nunca más.

Capítulo 11
Lo que pasó Ahí Fuera

Abigail examinó la ropa de Hal, que estaba tirada en el suelo toda hecha jirones. Recogió la camisa y frunció el ceño.

—Supongo que esto podría servir. Podrías atártela a la cintura cuando cambies otra vez.

—Salgamos del bosque primero —dijo Hal, preguntándose si los dragones eran capaces de ruborizarse.

Pero, como era de esperar, sus palabras resultaron ser una serie de gruñidos y rugidos. Suspiró con impaciencia, lo que hizo que saliera vapor de sus dilatadas fosas nasales.

Hal marchó con paso firme por el bosque en la dirección por la que habían venido. Abigail zumbaba por detrás, cerca de él, comentando de vez en cuando cómo su enorme y voluminoso cuerpo de reptil se balanceaba al andar, o cómo su cola se sacudía de un lado a otro aplastando los arbustos. Cuando hizo un comentario acerca de sus constantes flatulencias, Hal resopló ya harto.

—Solo era una observación —dijo Abigail riendo. Sobrevoló por encima de su cabeza para colocarse delante de él y voló de espaldas durante unos pocos metros—. Mira, no es culpa tuya. Solo eres un dragón.

Hal no supo muy bien cómo interpretar eso, así que lo dejó pasar.

Al salir del bosque, se topó con una densa niebla y una fuerte brisa y continuó la ruta de vuelta hacia las bicis aplastando toda la hierba según pasaba. Abigail zumbaba a su lado, volando arriba y abajo y dando vueltas en círculo como si tuviese demasiada energía acumulada.

—¿Por qué no cambias detrás de esos arbustos? —sugirió Abigail aterrizando de puntillas y señalando hacia un enmarañado grupo de arbustos espinosos—. Así no puedes ir en bici a casa.

Hal se movió, arrastrando los pies, detrás de los arbustos con sentimientos encontrados. Quería ser normal otra vez, o mejor dicho, quería saber que *podía* ser normal otra vez, pero la idea de correr desnudo, por ahí perdido, no le atraía lo más mínimo, sobre todo teniendo a Abigail a su alrededor. Se giró en círculo detrás de los arbustos, aplastando los hierbajos y la hiedra venenosa, mientras

pensaba en la preocupante situación en la que se hallaba. Sus acorazados pies de reptil eran inmunes a las ortigas, pero las aplastó y las cubrió de tierra por si acaso. Posiblemente se alegraría de haber tomado esa precaución cuando volviese a su enclenque estado humano normal. Eso es si lograba cambiar.

—¿Has acabado? —llamó Abigail impaciente—. Pareces un perro gigante dando vueltas en círculo de esa forma. —Echó un vistazo por encima de su hombro y observó sus delicadas alas. Se encogieron fuera de la vista rápidamente—. ¿Ves? —dijo girándose hacia Hal—, eso es todo lo que tienes que hacer. Solo tienes que imaginarte de vuelta a tu estado normal.

«Seguro, parece fácil», pensó Hal.

Lo intentó, pero no pasó nada. Se imaginó a sí mismo allí de pie, un chico humano normal de doce años con el pelo rubio y corto. Pero por mucho que se concentró, por mucho que se imaginó a sí mismo escondido detrás del arbusto, no notó ningún cambio. Empezó a entrarle el pánico. ¿Se quedaría así para siempre? ¿Qué harían sus padres con él? ¿Le darían la espalda? ¿Qué pasaría si los otros adultos le perseguían, le intentaban echar, o lo que es peor, intentaban matarle? ¿No era eso lo que la gente hacía normalmente con los dragones?

Hal se estremeció, cerró los ojos con fuerza e intentó despejar su mente. Estaba siendo irracional. La señorita Simone esperaba que todos los demás cambiasen, ¿no? Eso quería decir que los otros adultos también lo esperaban… por lo que no sería una sorpresa tan grande si aparecía en la puerta de su casa como un dragón de siete metros.

Pero, por otro lado… cuando un buen día Thomas se había transformado en una mantícora, ¿le habían perseguido sus padres por el bosque llevados por la angustia y el miedo con la intención de echarle? ¿O habían intentado calmarle para traerle a casa? Y cuando Thomas se había caído al agua desde el acantilado y algo le había agarrado del pie y le había tirado hacia abajo…

—Desde luego como dragón tienes una pinta ridícula —dijo Abigail de repente, en tono burlón—. Mírate, ahí de pie detrás de un arbusto con tu estúpida y larga cola asomando por un lado y tus horribles alas asomando por arriba. ¡Pero qué feo!

Hal se la quedó mirando desconcertado.

—Y encima no puedes ni caminar derecho —continuó Abigail— y tu estúpida y gorda barriga se mueve como la gelatina y hueles a…

Dolido y avergonzado, Hal se encogió cada vez más, deseando poder hacerse lo suficientemente pequeño como para lograr esconder su humillante cuerpo de reptil detrás del arbusto. Le dio un escalofrío y sintió diversos tirones en los músculos. ¿Cómo podía decir tales

cosas? Justo cuando pensaba que se estaba convirtiendo en una chica tan maja, tenía que fastidiarlo todo haciéndole rabiar en un momento tan traumático de su vida. Le daban ganas de darle un puñetazo en la cara, fuera chica o no. ¿Por qué le había dejado venir con él? Cerró los puños y gritó:

—¡Cállate! Tú también pareces una estúpida con tus… con tus…

Se llevó la mano a la boca. Sus palabras se habían oído con total y humana claridad y no con el rugido gutural de un dragón. Sorprendido y asustado, empezó a tantearse poco a poco y descubrió que había vuelto a su estado normal: dos piernas, dos brazos, piel pálida y ninguna cola. Y ninguna prenda de vestir.

Miró por encima de los arbustos a Abigail. Ella se encontraba a una distancia prudencial y tenía una mueca de arrogancia.

—Ya sabía yo que eso funcionaría. No hay nada como un buen insulto para hacerte desear ser otra persona. Aquí tienes tu camisa, ¡atrápala!

Automáticamente Hal se estiró para alcanzar la camisa que le había lanzado y entonces se dio cuenta. Esa chica se pasaba de listilla, pero sin duda sus insultos habían resuelto el problema y le habían devuelto a su estado normal.

Sin su pesada coraza de dragón empezó a sentir el gélido aire en la piel, empezó a dar saltos y a frotarse los brazos. Pisó un pincho, hizo un gesto de dolor, y al segundo se acordó de la hiedra venenosa que había pisoteado y se puso a mirar por si había puesto el pie encima de ella. Para su sorpresa, encontró bastantes púas de mantícora tiradas en el suelo que debían de habérsele salido de la piel al cambiar. Los dolorosos granitos de los brazos, el pecho y las piernas le recordaron donde le habían alcanzado, pero ya no parecían más que leves picaduras de mosquito. Notó un resquemor en la mejilla por el veneno que le había caído del aguijón de la mantícora.

Se oyó el crujir de algunas ramas al otro lado de los arbustos y Hal se puso tenso.

—¿Abi?

—¿Has acabado ya?

—¡No!

Hal examinó su andrajosa camisa. Las mangas estaban sujetas, eso sí, desgarradas desde el hombro hasta el puño, pero al menos podía atarse la camisa a la cintura. Se la colocó lo mejor que pudo y, temblando de frío, salió de detrás de los arbustos.

—Estás ridículo —dijo Abigail mirándole de arriba abajo intentando no reírse.

—Considérate afortunada de que a ti solo te salgan alas.

—Coge mi abrigo. Yo no puedo usarlo cuando vuelo de todas formas —dijo Abigail riéndose.

—Es un abrigo de chica —dijo Hal con desagrado. Pero se lo quitó de las manos cuando ella se encogió de hombros y empezó a darse la vuelta.

Se puso el abrigo y se dio prisa en alcanzarla ignorando la desagradable sensación que le producía la larga hierba entre los dedos de los pies. Eso lo podía aguantar. Sin embargo, tal y como se temía, el terreno rocoso que había por delante parecía imposible de sortear con los pies descalzos. Todo consternado, se quedó mirando las piedras sueltas que dificultaban el camino.

—Yo no puedo pasar por ahí —se quejó—. Tendré que transformarme en dragón otra vez.

—O podría llevarte yo —dijo Abigail.

—Sí, seguro.

Sin decir más, Abigail desplegó las alas, se echó a volar con un zumbido y en un santiamén se colocó detrás de él. De repente Hal se encontró fuertemente sujeto por debajo de los brazos. Notó la fría mejilla de Abigail contra su oreja.

—Veamos si esto funciona.

Por un momento aquello no parecía tener resultado. Era de esperar, pensó Hal, pesaba mucho para ella. Pero de repente, sus pies se separaron del suelo y fue transportado de forma segura por encima de las afiladas piedras y rocas.

Al ir volando acortaron bastante el trayecto, enseguida dejaron atrás el terreno rocoso y volvieron otra vez a la alta hierba. Más adelante algunos arbustos se asomaban entre la niebla.

—Gracias —murmuró Hal cuando Abigail le bajó con bastante brusquedad.

—De nada —contestó Abigail jadeando. Tenía la cara colorada, hizo una pausa para recuperar el aliento—. Me parece que las hadas no están diseñadas para llevar pasajeros —dijo frotándose los hombros.

—Lo has hecho genial —dijo Hal. Se sentía como si quisiera darle una palmadita en la espalda o algo así, pero en vez de eso, se quedó quieto y esperó a que se recuperase—. Las bicis están más o menos por ahí, —añadió señalando con el dedo.

La niebla era tan densa que les costó un poco encontrarlas. Cuando por fin se orientaron, se tropezaron con ellas y dieron gracias de poder al fin echar mano de sus mochilas y tomar el almuerzo. Hal tenía un grueso sándwich de huevo y una manzana, pero primero tomó un largo sorbo de su botella de agua. Luego empezó con el sándwich mientras Abigail miraba sospechosamente su propia manzana antes de darle un bocado con cierto recelo.

La bici de Robbie parecía haber desaparecido, así como su mochila.

—Parece que nos ha abandonado —dijo Abigail mientras masticaba—. ¡Qué arrastrado! Era de esperar que se largara y nos dejara tirados.

Pero Hal conocía bien a Robbie.

—No nos ha abandonado —dijo tras tragarse de golpe una cuarta parte del sándwich—. Lo que pasa es que seguramente esté, ya sabes, avergonzado porque no tiene nada que ponerse. Por lo menos yo tengo tu abrigo.

—Y un pañal —añadió Abigail con una risita.

—¡Robbie! ¿Dónde estás? —gritó Hal hacia la niebla.

—Seguramente se haya ido a casa —dijo Abigail—, mejor que nos vayamos.

Cogieron las bicis, lanzaron las mochilas sobre los sillines y empezaron a caminar. Mientras Hal acababa su sándwich y Abigail continuaba masticando ruidosamente su manzana, los engranajes de las bicis emitían un suave tic-tac de fondo.

—O sea que Robbie es un ogro —dijo Hal por fin—. ¿También has visto ogros en tu libro?

—Sí —confirmó Abigail—. Supongo que eso es precisamente lo que es. Un enorme, atolondrado y descerebrado ogro. No me extraña que sea tan bobo.

Hal miró fijamente hacia la niebla. No podía ver más allá de veinte pasos por delante. Una gélida brisa azotaba la colina y Hal tenía tanto frío en los brazos que se le puso la carne de gallina. Abigail tiró el troncho de su manzana y se montó en la bici.

—Tengo frío. Mejor que vayamos en bici.

De repente miró a Hal con una sonrisa pícara. Hizo crecer sus alas por el agujero de la espalda de su blusa y, con un vibrante zumbido, se levantó del sillín agarrada del manillar y avanzó sin pedalear hacia la niebla, propulsada por el zumbido de sus alas.

—Oye, eso no vale —se quejó Hal pedaleando furiosamente para mantenerse a su altura. Las rugosas bandas de los pedales le hacían daño en los pies descalzos—. Mira, mejor que te adelantes y ya nos vemos mañana. ¿Quieres tu abrigo?

—Quédatelo —dijo Abigail—, ya me lo devolverás otro día. ¡Adiós!

Abigail desapareció en la tiniebla y Hal se preguntó cómo sabría por dónde tenía que ir. Tal vez no lo supiera. Hal pedaleó solo, y de repente se sintió exhausto. La transformación en dragón le había dejado completamente agotado y ahora, por culpa de la niebla, estaba seguro de que se había desviado del camino. Pero no importaba demasiado; la carretera principal atravesaba toda la isla, iba desde el muelle que estaba en un extremo, hasta el faro que estaba en el otro. Mientras encontrase la carretera, podría seguirla hasta casa.

Y, en efecto, acabó dando con la conocida carretera, aunque

mucho más lejos de lo que había esperado, justo al otro lado, cerca del faro. Giró y se dirigió a casa agradeciendo la superficie asfaltada después de tanta hierba alta.

Temblando de frío y con los nervios destrozados, por fin pudo ver un débil resplandor entre la niebla. Después, la oscura silueta cuadrada de su casa fue tomando forma. La luz provenía del fuego de la chimenea y de la lámpara de aceite de la cocina.

Hal se apeó de la bici y la empujó rodeando la casa hasta el otro lado. Su padre estaría fuera en la granja, pero su madre estaría en casa, a menos que estuviese visitando a alguna de las otras madres. Avanzó deprisa por detrás hasta la ventana de su habitación. Fuera, el día era tan gris y deprimente que su cuarto estaba casi a oscuras. Deslizó la ventana hacia arriba, se encaramó sobre el alféizar y se coló dentro.

Cuando acabó de vestirse, una vez concluida la interminable búsqueda de otro par de zapatos, volvió a salir por la ventana, se montó en la bici y empezó a hacer ruido por el sendero del jardín, haciéndose notar como si acabase de llegar de clase.

—¡Ya he vuelto! —gritó lanzando su mochila en el suelo de la entrada. Caminó despacio hacia la cocina. Pero su madre no estaba allí.

—Dios mío, Hal —voceó su madre desde la sala de estar—, ¿por qué no gritas un poco más?

Hal encontró a su madre sentada en el sofá mirando unas viejas fotografías que guardaba en una caja de zapatos. Ella frunció el ceño al verle entrar.

—¿Por qué llevas puestos esos zapatos viejos? ¿Qué les pasa a las deportivas que llevabas esta mañana?

—Ya no me valen —dijo Hal dejándose caer en la butaca—. Me estaban un poco pequeñas así que las tiré.

—¿O sea que te llevaste un par de recambio a la escuela?

—¿De qué son esas fotos, mamá?

—No cambies de tema. ¿Te llevaste otro par a la escuela para cambiarte?

Hal empezó a asentir lentamente con la cabeza, luego cambió de idea y la movió de un lado a otro haciendo un gesto negativo. Iba a tener que contar una mentira.

—No, Robbie me prestó estos. La señorita Simone nos dejó salir pronto y fuimos a casa de Robbie, y mientras estaba allí me empezaron a doler los pies así que me dejó unos de los suyos.

Su madre dejó las fotos y Hal se temió que le iba a seguir interrogando más. Pero en vez de eso, le preguntó por la señorita Simone.

—¿Qué tal fue hoy?

Se pasaron la siguiente media hora hablando sobre la enigmática visitante. Hal explicó en detalle todo lo que les contó de Ahí Fuera y cuando llegó a la parte en la que los tres adultos habían cruzado al continente para ver si la presencia del virus todavía estaba en el ambiente, su madre se mostró triste y asintió levemente.

—Fue terrible —dijo mirando al suelo de madera.

Se produjo un silencio, Hal podía oír el chisporroteo del fuego. Por fin, su madre asintió de nuevo.

—Simone lo tenía todo pensado. Encontró esta isla y quería comprarla, dijo que tenía fondos ilimitados… pero se decidió que el proceso sería demasiado complicado y llevaría mucho tiempo, incluso si conseguía los derechos. Las autoridades harían demasiadas preguntas. Así que, en vez de eso, compró todas las propiedades de la isla bajo diferentes nombres.

La madre de Hal soltó una carcajada, hizo un gesto de desconcierto y se pasó ambas manos por el pelo.

—Ofreció a los residentes tanto dinero que no pudieron rechazarlo. Bueno, por lo menos la mayoría no lo hicieron. Algunos habían vivido aquí toda su vida y no podían hacerse a la idea de empezar en otro sitio, por mucho dinero que les pagasen. Pero Simone logró convencerles de alguna forma. No sé cómo demonios lo hizo, pero un día convocó una reunión y nos dijo que todo estaba arreglado. «Seis meses», nos dijo. Para entonces todos se habrían ido de la isla y nosotros podríamos mudarnos a ella.

»En aquel tiempo todo parecía bastante sencillo. Había diez parejas metidas en el proyecto, incluyendo tu padre y yo, y durante los siguientes meses, todos vendimos nuestras propiedades, o dimos aviso a los arrendadores para poder mudarnos a la isla. Dejamos nuestros trabajos. Eso era lo bueno de todo, ¿sabes?, no solo íbamos a vivir en una isla donde podíamos elegir la propiedad que quisiésemos gratis, sino que también nos iban a pagar un modesto salario. Para toda la vida. Y no teníamos que dar un palo al agua.

Aunque Hal tenía un conocimiento escaso de Ahí Fuera, reconoció que su madre le estaba hablando de una oportunidad única en la vida. Podía percibirlo en su voz y en el modo en que movió ligeramente la cabeza con incredulidad.

—Si alguna otra persona nos hubiese dicho que podríamos jubilarnos de nuestros empleos y vivir en una isla durante el resto de nuestras vidas mientras cobrábamos todos los meses… bueno, nos habríamos echado a reír. Pero Simone es una persona muy persuasiva y nos enseñó unas cuantas cosas que nos dejaron boquiabiertos. Cosas que pertenecían al mundo de los sueños.

—¿Qué cosas? —preguntó Hal.

—No importa —respondió su madre sonriendo—. Lo importante es

que estábamos convencidos. Convencidos más allá de toda duda de que esta mujer era alguien muy especial y de que todo lo que nos estaba contando era verdad. Y… tienes que entenderlo, Hal… —Lo miró a la cara con los ojos llorosos y le cogió la mano—. Diez parejas. Éramos «los elegidos», Hal. Todos teníamos más o menos la misma edad y ninguno teníamos niños. Nosotras estábamos en los comienzos de la treintena y se nos estaba acabando el tiempo.

—¿Acabando el tiempo? —dijo Hal recorriéndole un escalofrío por la espalda.

—Sí. Verás, por la razón que fuera, ninguno de nosotros había tenido la suerte de tener hijos. Simone nos eligió por eso, porque no teníamos niños y porque se nos estaba acabando el tiempo. Porque queríamos hijos y estábamos desesperados. Así que cuando Simone nos ofreció un tratamiento especial…

Su voz se desvaneció, pero las palabras resonaron en la cabeza de Hal.

—Así que, claro, todos estuvimos de acuerdo con el proyecto. Se nos explicó todo de forma minuciosa y no fue una decisión que tomamos a la ligera. Pero, Hal… una isla prácticamente privada en la que criarte, una pequeña comunidad con otros niños de tu edad, seguridad financiera de por vida… y por supuesto el hecho de que, de haber sido de otro modo, no hubieses nacido. ¿Lo entiendes?

Parecía estar buscando su aprobación de alguna forma, como si estuviese suplicándole que dijera «sí, está bien, lo entiendo». ¿Se sentía culpable?

Como si estuviese escuchando sus pensamientos, ella le atrajo hacia sí y le abrazó con fuerza. Hal se sintió muy incómodo. Siempre se había sentido cercano a su madre y los abrazos entre ellos eran frecuentes, pero esto era otra cosa. Algo distinto e inusual.

Su madre recobró su compostura, se secó los ojos y continuó en el mismo tono sosegado de antes:

—Todo estaba yendo bien. Nos mudamos a la isla y comenzamos a sentirnos como en casa. Era encantador, tan tranquilo, como si todas nuestras preocupaciones se hubiesen quedado atrás. Se podía ver el continente con toda claridad desde aquí, ¿sabes?, cuando no había niebla, por supuesto. En un día despejado se podían ver diminutos coches brillando con la luz del sol mientras circulaban por la carretera de la costa. Pero todo estaba lo bastante alejado como para no poder oír nada, excepto tal vez de noche, entonces se podía escuchar alguna esporádica sirena de policía en la distancia, algún helicóptero sobrevolando, ese tipo de cosas.

Hal era incapaz de imaginarse los sonidos a los que se estaba refiriendo.

—Y luego atacó el virus —continuó ella con voz cansada—. Todo

se fastidió. Lo escuchamos en las noticias, vimos reportajes de televisión de ciudades situadas más al interior. Se estaba extendiendo por todo el país. Todavía no había alcanzado la costa este, pero lo haría. Fue horrible. Pareció que todos nuestros sueños se habían hecho añicos, aquella vida, tal y como la conocíamos, había acabado. Nos solíamos juntar todos y nos pasábamos una noche tras otra llorando. Los hombres eran fuertes, nos decían que todo saldría bien, pero todos sabíamos que solo era cuestión de tiempo hasta que el virus nos alcanzase aquí en la isla. Y entonces… y entonces Simone nos salvó.

En ese momento se oyó un ruido en la ventana y ambos miraron hacia ella sorprendidos. Fuera, la niebla no dejaba ver nada más que las largas ramas colgantes de un sauce llorón moviéndose agitadamente con la fuerza del viento.

—Simone vino a vernos y nos dijo que no nos preocupásemos —continuó la madre de Hal—. Ella tenía una solución. Dijo que el proyecto seguiría adelante, pero nos advirtió que el estilo de vida sería muy diferente del que se había planeado. Les dijo a los hombres que fueran a la ciudad y consiguieran camiones, nos dio un montón de dinero y sugirió que contratásemos ayuda, ¡como si alguien estuviera dispuesto a ayudarnos en un momento como ese! Pero tenía razón, sorprendentemente había gente dispuesta a sacarse un dinero rápido a cambio de hacer viajes de ida y vuelta a la isla conduciendo un camión. —Movió la cabeza de un lado a otro en un gesto de incredulidad—. Incluso con la muerte acechando por todas partes, la gente quiere conseguir un dinero fácil.

—¿Qué había en los camiones? —preguntó Hal, aunque ya sabía la respuesta.

—Comida —respondió su madre—. Suministros. Todo lo que se nos ocurrió. Simone nos dijo que pensásemos en las cosas esenciales que necesitaríamos para sobrevivir en la isla sin tener que volver jamás al continente. Dijo que podríamos vivir de la tierra y que ella nos enseñaría cómo ser autosuficientes, pero dijo que sería más fácil para nosotros si tuviéramos suministros también. Nosotros preguntamos: «¿Para cuánto? ¿Un mes? ¿Seis meses?». Simone nos dijo que para ocho años.

—¡Ocho años! —exclamó Hal.

Lo divertido era que Hal eso ya lo sabía. Había visto el almacén en el viejo cobertizo, había calculado que había suficiente para una década. Pero oír la historia contada era otra cosa. La confirmación oficial de que sus padres habían *planeado* en realidad estar recluidos en la isla durante ocho años o más, le había resultado chocante, por muy preparado que él pensase estar para escucharlo.

—Eso es lo que Simone pensó que tardaría —dijo su madre. Antes de que Hal pudiera preguntar cuánto tardaría el *qué*, ella se apresuró a

seguir—. De todos modos, luego llegó la niebla. Apareció de la noche a la mañana. Y poco después, no había ni señal de televisión, ni radio, ni nada. Ni electricidad tampoco. Ni teléfonos. Nuestros móviles no funcionaban. Nada funcionaba. Estábamos sumidos en el silencio y fuera había esta niebla callada y densa. Simone dijo que estaba ahí para filtrar el aire, para evitar que el virus nos alcanzase, pero el efecto adverso que causó es que las corrientes eléctricas y las frecuencias de radio dejaron de funcionar. «No importa —nos dijo Simone—. Todo dejará de funcionar pronto de todas formas».

La madre de Hal forzó una sonrisa:

—Ella no es que fuese muy delicada al señalar que nuestro mundo estaba a punto de acabarse.

—¿Y eso fue lo último que visteis del mundo? —preguntó Hal.

—Para la mayoría de nosotros, sí. Aunque hubo una pareja que no pudo soportarlo. Los Osborne. Al de unas pocas semanas de estar completamente aislados del mundo, quisieron abandonar la isla y ver qué era lo que estaba pasando. Todos intentamos que entrasen en razón. Incluso subimos a lo alto del faro, que sobresale por encima de la niebla, y desde el que se puede ver el continente, pero era imposible saber lo que estaba pasando. Todo parecía tranquilo por allí. Así que los Osborne se llevaron unas cuantas cosas y se marcharon. Dijeron que volverían.

—Pero nunca lo hicieron —añadió Hal.

—Con lo cual nos quedamos nueve parejas —corroboró su madre—. Seguimos con el proyecto. —Llegado a este punto, hizo un gesto con la mano como para restarle importancia a los detalles—. Bueno, el caso es que meses más tarde estábamos todas en estado.

—¿En estado de qué?

La madre de Hal soltó una carcajada y le tiró de la mano.

—De *vosotros*, tonto. Todas estábamos en estado de gestación, por fin íbamos a tener hijos. Fue maravilloso cuando lo supimos, pero triste al mismo tiempo porque sabíamos que nuestras familias estaban todavía ahí fuera. ¿Estarían vivos? ¿Muertos? No teníamos ni idea y apenas podíamos soportarlo. El señor Porter al final no pudo aguantar más, necesitaba saber lo que pasaba, así que se puso un traje protector, se montó en la barca y se fue al continente. Tu padre fue con él y con el señor Bridges. Fue horrible para los que nos quedamos aquí, esperando ansiosamente a que regresaran los tres.

—Pero solo volvieron dos —murmuró Hal pensando en la pobre madre de Abigail.

—Es verdad. Solo regresaron dos. No volvimos a ver al señor Porter.

Se produjo un largo silencio. Fuera el viento empezaba a arreciar otra vez. Estaba llegando la tormenta.

Capítulo 12
Una tarde tormentosa

La madre de Hal empezó a guardar las fotos en la caja de zapatos organizándolas en ordenadas pilas.

—Desde que llegó la niebla no hemos visto el sol, ni el cielo azul —dijo—. Al principio fue terrible, vivir sin electricidad. Hasta se cortó el agua porque las bombas no funcionaban. Aunque nos dimos cuenta de que las baterías todavía estaban cargadas, así que hicimos uso de los coches durante un tiempo. Hasta que se nos acabó la gasolina. —Dejó escapar un suspiro—. Ni electricidad, ni agua corriente… y ni siquiera sol.

»Todo estaba tan húmedo. No podía hacer nada con el pelo, y en cuanto a la piel… —Se echó a reír y luego hizo un gesto recriminatorio—. Fíjate, yo preocupándome por el estado de mi pelo y de mi piel cuando tú no has visto el sol en la vida. Llegará el día en el que sentirás su calor en la cara, Hal, y tu piel irá poco a poco adquiriendo un agradable bronceado. Todos deberemos tener cuidado al principio y usar protector solar… —Su voz se desvaneció, parecía pensativa—. Pero todo eso vendrá después. ¿Qué más os contó la señorita Simone?

Hal tuvo que hacer un esfuerzo para volver al presente, pensó un momento y eligió sus palabras con cuidado.

—Nos preguntó a ver si estábamos cambiando. Nos llamó uno por uno al despacho y nos pidió que le contáramos cualquier cosa rara que estuviera pasando.

Su madre se le quedó mirando con una expresión que no dejaba entrever nada.

—¿Y?

—¿Y qué? —preguntó Hal, sintiéndose de repente como si se estuviera enfrentando a un gran enemigo.

Ese era el proyecto de Simone, fuera lo que fuese aquello, y él no se fiaba de la misteriosa forastera. Todavía no, desde luego. Pero al parecer su madre sí y todo lo que la contase llegaría a oídos de Simone tarde o temprano.

«Ten cuidado con lo que dices», le avisaba la voz de Abigail en su cabeza.

—¿Estás… cambiando de alguna forma? —presionó su madre.

—¿Como en qué? —dijo Hal poniendo su mejor cara de desconcierto.

Su madre se quedó como una estatua, con una mano dentro de la caja de zapatos y la otra sosteniendo un pequeño puñado de fotos.

—Hal —dijo después de un rato. Pero luego titubeó. Al final dejó el resto de las fotos en la caja y se pasó la mano por el pelo—. Hal, si te está pasando algo, o si te pasara algo en el futuro… tú me lo contarías, ¿verdad? O a la señorita Simone.

—Mamá, ¿de qué estás hablando? —dijo Hal inclinándose hacia delante.

Algo en el fuego de la chimenea explotó y saltó una chispa. Se apagó en el suelo y se convirtió en una pequeña mota negra de carbón. La madre de Hal se levantó para atizar el fuego. Lo avivó con un largo atizador de hierro forjado como si estuviese intentando arponear un pez.

—Sabemos lo de los dientes de Fenton —dijo ella dándole la espalda—, está cambiando, Hal. Ese es el tipo de cosas que tenemos que saber. Es importante.

—Pero ¿por qué? —Hal esperó a que su madre respondiese, pero no dijo nada—. Mamá, ¿qué le va a pasar a Fenton ahora que tiene los dientes todos afilados y puntiagudos?

Ella siguió atizando el fuego, se agachó para echar un leño partido por la mitad de la pequeña pila de troncos.

—Se marchará. Él y sus padres se mudarán a otro sitio.

Aturdido, Hal se quedó sin palabras durante un largo rato. Luego tragó saliva.

—¿Un sitio mejor? O… o ¿una prisión? ¿Un laboratorio?

Su madre se dio la vuelta, su cara era la viva estampa de la sorpresa. Todavía tenía el atizador en la mano y salía un hilillo de humo de la ardiente punta. Si alguien hubiese entrado en ese momento habría pensado que ella le estaba atacando.

—Hal, pero ¿de dónde…? ¿por qué…?

Ella hizo una mueca de incredulidad, volvió a colocar el atizador en el costado de la chimenea y regresó al sofá donde juntó las manos, entrelazó los dedos y se quedó mirando a Hal fijamente durante un rato.

—¿Una *prisión*? ¿De dónde has sacado eso? Fenton se mudará a un sitio bonito, donde brilla el sol. Es lo que todos hemos estado esperando, Hal. Los cambios hace tiempo que se deberían haber producido. Deberíamos habernos ido de esta miserable isla hace años. —Dejó escapar un suspiro—. Thomas fue el primero en cambiar, cuando tenía seis años. Fue toda una sorpresa, y eso que lo estábamos medio esperando. Unos ocho años, nos dijeron, y él cambió a los seis.

Pero todo salió horriblemente mal; se escapó, se cayó por el acantilado y se mató contra las rocas.

Hal abrió la boca para expresar su desacuerdo, pero la cerró otra vez.

«Deja que hable».

—El señor y la señora Patten no pudieron soportar la pérdida, no podían seguir viviendo aquí. Decidieron correr el riesgo y marchar al continente, así que cogieron el bote y se fueron. No les volvimos a ver. Desde entonces os hemos vigilado a todos de cerca, esperando ver si alguno más estaba a punto de cambiar…, pero los años transcurrieron y no pasaba nada. Ahora tenéis todos doce años y nos estamos quedando sin suministros. Algunas cosas ya se han agotado, ya sabes, como la pasta de dientes, el jabón… y los zapatos se agotarán pronto también, sobre todo si se te siguen quedando pequeños tan deprisa.

La ventana volvió a hacer ruido debido a un golpe de viento. Una corriente de aire se coló por el marco haciendo que se moviesen las cortinas. Ambos, Hal y su madre escucharon como el viento azotaba el sauce llorón que estaba fuera, en el jardín. Antes habían visto cómo el viento arrastraba con su fuerza las largas ramas, pero ya no podían ver nada; la niebla presionaba contra el cristal como si estuviera intentando ahogar la casa.

El viento aminoró, una calma temporal, y la madre de Hal deslizó la caja de fotos en la balda de la mesita de centro.

—No tendría que haberte contado nada de esto —dijo encogiendo los hombros—. Todos los padres acordamos no decir nada, para que no hubiera alguien en tu clase que supiera más que los otros y eso acarrease problemas. Así que, para no confundir las cosas, acordamos no decir nada y mantener lo que sabíamos en secreto. Pero ahora que Fenton está sufriendo cambios… bueno, necesitamos saber si él es el único que está experimentando cambios o si *todos* vosotros también.

Hal asintió con la cabeza.

Su madre esperó, con una ceja levantada.

Pero Hal seguía sin decir nada. Él quería contarle: «¡Yo soy un dragón! ¡Abigail es un hada! ¡Robbie es un ogro!». Pero luego ¿qué? Obviamente, eran unos extraños fenómenos de la naturaleza, o algún tipo de experimento horrible. En cualquier caso, con toda seguridad, les encerrarían y les examinarían durante el resto de sus vidas, o lo que es peor, les sacrificarían como a animales enfermos. Pero, en realidad ¿permitiría su madre tal cosa? Y, ¿le mentiría así?

—¿Hal?

El problema es que ni siquiera ella conocía toda la verdad. Su madre se pensaba que Thomas se había matado contra las rocas, pero él había sobrevivido a pesar de que algo había tirado de él bajo el agua y casi se había ahogado. ¿Sabía esto la señorita Simone? Thomas

dijo que se había despertado cerca de un lago y que había vivido como una mantícora durante seis años, con un cielo azul y un sol brillante. No había ningún lago en la isla, así que el mar debió arrastrarle hasta Ahí Fuera, quizá hasta alguna ensenada o cala de la costa. Eso explicaría lo del cielo azul y el sol brillante, pero eso también querría decir que el virus había desaparecido, o que no había existido nunca en un principio.

Lo que quería decir que la señorita Simone estaba mintiendo sobre el virus.

Pero, por otro lado, Hal y sus amigos tenían excelentes sistemas inmunitarios, o eso es lo que la doctora Porter les había dicho siempre. Jamás habían tenido resfriados, sarampión, o varicela…, así que tal vez a Thomas simplemente no le había afectado el virus.

—Hal, ¿en qué estás pensando, cariño?

Hal se concentró en su madre. ¿Se lo contaba o no? Él *quería* hacerlo, pero entonces traicionaría a sus amigos. Y había tantas cosas que no cuadraban. Necesitaba hablar con Robbie y con Abigail primero, contarles todo lo que había dicho su madre y votar sobre el próximo paso a dar. Hal apretó los dientes haciendo un gesto negativo.

—Nada, mamá. A menos que puedas contarme *¿por qué* se supone que todos estamos cambiando?

—Es demasiado para asimilarlo, Hal —dijo frunciendo el ceño—. Algunos de vosotros puede que no… quiero decir, sería terrible si solo algunos de vosotros… bueno, lo que quiero decir es, a veces es mejor no saber…

—No importa —dijo Hal poniéndose de pie. Se fue hacia la puerta ofendido lanzándole una mirada de enfado—. Tú no eres la única que puede guardar secretos, mamá.

—¡Hal! No me hables así. Vuelve aquí.

—Voy a casa de Robbie —anunció Hal intentando contener el temblor de su voz.

Ignorando las protestas de su madre, cogió el abrigo, dio un portazo al salir y echó a correr por la carretera.

Cuando llegó a casa de Robbie y llamó a la puerta, el viento no cesaba de sacudir su abrigo. Todavía no era muy tarde, pero el cielo se había oscurecido hasta adquirir un tono gris sucio y la niebla se retorcía y giraba con el viento como si estuviese confusa. Todavía no había lluvia, pero estaba de camino.

—Hal —dijo la señora Strickland al abrir la puerta—, me sorprende que salgas con este tiempo. ¿Sabes que va a haber tormenta?

—Sí, solo quería quedarme un rato —dijo Hal encogiendo los hombros.

Robbie apareció por detrás de su madre. Parecía totalmente

normal, no había señal del ogro monstruoso en el que se había convertido esa misma tarde.

—¡Hal! Vamos, entra.

Mientras la señora Strickland se hacía a un lado, Robbie se giró y encabezó el camino por el vestíbulo rumbo a su habitación. Cerró la puerta con suavidad y se giró hacia Hal con los ojos brillantes.

—Cambié. Vamos que cambié por completo.

—Ya lo sé —replicó Hal asintiendo—, te vi. Casi me atropellas.

—¿De verdad? —dijo Robbie mirándole fijamente y arrugando la frente.

Hal se hundió en un viejo sillón que había en la esquina y se quedó mirando el estante que estaba encima de la cama sin hacer de Robbie. Había unos pequeños frascos alineados en la balda, cada uno contenía trozos de hierba y hojas secas. Hal sabía que algunos de esos frascos tenían insectos vivos en el interior; las tapas se habían perforado para permitir que entrase el aire y los indefensos insectos no se asfixiaran.

A Hal le vino una extraña visión a la mente en ese momento: «ocho niños atrapados en inmensos tarros siendo examinados por científicos de largas batas blancas». Algunos de los niños no hacían más que cambiar en extraños monstruos y esto causaba un considerable entusiasmo entre el personal del laboratorio.

—¿Tú sabías que eras un ogro? —preguntó Hal.

—¿Un qué? —Robbie se sentó al borde de la cama y distraídamente empezó a enredarse el enmarañado pelo—. Mira, yo no sé lo que pasó con exactitud. Lo único que recuerdo es que iba caminando por el bosque solo. Tú y Abi estabais hablando por detrás, entre la niebla, y yo no quería interrumpir. —Le guiñó el ojo a Hal de forma elocuente—. Caminé durante unos cinco minutos, oí un ruido y me giré. Y ahí estaba esta… esta…

—Mantícora —dijo Hal amablemente—. Abi dice que es una mantícora. Lo ha leído en un libro.

Robbie se mostró un poco perplejo, pero aceptó la información de todas formas.

—Bueno, el caso es que cuando levantó su cola y vi aquellas púas, grité y… bueno, yo…

—¿Corriste?

—No, la embestí.

—¿Qué?

—Ya lo sé. Estoy loco —asintió Robbie dándole la razón y poniéndose colorado—. No sé qué me pasó. Yo solo… solo quería correr y arremeter contra ella, ¿sabes?

Hal recordó un sentimiento similar cuando se estaba transformando en dragón.

—Recuerdo haber pensado lo estúpido que era —continuó

Robbie—. ¡Como si yo pudiera enfrentarme a algo así! Pero ahí estaba yo, golpeándola con unos puños que no eran míos. Unos puños grandes y peludos. Y la mantícora ya no parecía tan grande, así que la golpeé una y otra vez. Y bueno, cargó contra mí con su cola y me clavó un montón de púas. ¡Y cómo dolían!

—Y tanto —confirmó Hal.

—Así que me di la vuelta, eché a correr y seguí corriendo hasta que encontré las bicis. Pensé que os vería por allí, pero no estabais.

—Pasaste corriendo por nuestro lado —dijo Hal extendiendo las manos.

—¿De verdad? Bueno, estaba confuso. Pensé que estaríais esperando junto a las bicis. De todos modos, os estuve llamando y luego pensé: «Eh, ¿dónde está mi ropa?».

—Y tuviste la horrible idea de que Abi te vería desnudo y te marchaste —dijo Hal echándose a reír en silencio.

—Sí —dijo Robbie estremeciéndose—. No sé muy bien qué es lo que pasó hoy, pero solo sabía que tenía que marcharme y rápido.

—Y volviste a casa y trepaste por la ventana de la habitación.

Robbie hizo un gesto afirmativo y se le empezó a dibujar una sonrisa burlona.

—Me puse algo de ropa y entré en la cocina tranquilamente. Le pegué un susto de muerte a mi madre porque no me oyó entrar por la puerta de casa.

—Por eso yo salí otra vez por la ventana —murmuró Hal—, me monté otra vez en la bici y pedaleé hasta la entrada principal como si acabara de llegar a casa.

—Espera un momento —dijo Robbie mostrándose confuso—, ¿tú también perdiste la ropa? Pero ¿por qué…? —De repente se le iluminó la cara—. Tú también cambiaste ¿a que sí?

Hal se metió de lleno en su relato, y reveló cómo Abigail se había pasado por su casa bastante tarde el sábado por la noche y le había mostrado sus alas. A Robbie casi se le salieron los ojos de las órbitas al enterarse de que ella podía volar.

—¡No estaba bromeando! —exclamó Robbie sorprendido—. Cuando ella dijo que podría seguirnos incluso sin su bici, ¡lo decía de verdad!

—Sí —afirmó Hal—. Le gusta mucho hacernos rabiar y tomarnos el pelo, pero no todo son faroles. Y también es muy juiciosa. Ella piensa que todos somos unos frikis y que la señorita Simone quiere llevarnos de aquí y experimentar con nosotros. Lo cierto es que yo estoy empezando a creerla. Hay un par de cosas que no cuadran, como lo de que Thomas se mató en las rocas. No se mató en absoluto. Pero hasta mi madre cree que se murió, lo que significa que los adultos deben creer lo mismo…, eso quiere decir que o todos supusieron que estaba

muerto, o la señorita Simone mintió y les *dijo* que estaba muerto.

Hal hizo una pausa durante un momento, estaba sin aliento.

—Y, de todos modos, ¿ella de dónde viene? Nos cuenta que hay un virus Ahí Fuera y que todavía es peligroso respirar el aire, pero ella debe vivir allí. —Se acordó de algo—. A no ser que viva en otro mundo completamente distinto como dio a entender en clase. —Hal dejó escapar un suspiro—. Nada tiene sentido. Ah, pero tengo que contarte algunas cosas, cosas que mi madre acaba de decirme…

Durante los siguientes diez minutos Hal relató lo que su madre le había contado. Robbie escuchó atentamente sin decir una sola palabra.

Cuando Hal terminó, Robbie se dejó caer para atrás en la cama y se quedó allí tumbado mirando al techo. Se produjo un largo silencio. Después de un rato se aclaró la garganta.

—Así que, esto… tú eres un dragón, ¿no?

—Y tú eres un ogro —dijo Hal.

Se produjo otro largo silencio.

—Y Abigail es un hada —dijo Robbie en voz baja— ¿Y los demás?

—Pues, no he tenido tiempo de pensar en ello —dijo Hal levemente sorprendido—. Están pasando demasiadas cosas. Oye, ¿qué deberíamos hacer ahora? Abigail sugirió montarnos en una balsa otra vez y marcharnos a Ahí Fuera. Ya sabes, atando una cuerda al embarcadero para que podamos encontrar el camino de vuelta.

—Yo no creo que eso funcione —dijo Robbie con un suspiro—. No creo que la serpiente de mar nos deje. Si es que está ahí para vigilarnos, no nos va a dejar ir muy lejos ¿no? Yo creo que deberíamos abandonar esa idea y tapar el agujero de donde viene la niebla.

—Bueno —dijo Hal lentamente—, a mí también me gusta más esa idea. Pero ¿qué pasa con la mantícora? ¿Y si nos ataca de nuevo? Puede que nos coja por sorpresa la próxima vez. Y aunque cambiemos y logremos quitárnosla de encima, será otro montón de ropa derechito a la basura. ¿Y si… y si es verdad eso de que la niebla filtra el aire y nos mantiene a salvo del virus?

Pero Robbie pareció no oír esa última parte. Se incorporó y empezó a tamborilear distraídamente con el dedo sobre la nariz.

—¿Y si le contamos a la señorita Simone o a nuestros padres lo de la mantícora? A lo mejor se deshacen de ella y la disparan con esos largos rifles con los que cazan.

A Hal le vino una horrible idea en ese momento:

—Si matan a la mantícora… y luego la asan…, nos estaríamos comiendo a Thomas Patten de cena.

—¡Qué asco! —gritó Robbie, y le lanzó una almohada a Hal.

Se produjo otro largo silencio.

—De todos modos —continuó Hal—, si nuestros padres van al

Bosque Negro a cazar, podrían encontrar nuestras ropas todas hechas jirones.

—Y entonces empezarían a hacernos más preguntas incómodas —asintió Robbie. Hizo una mueca de dolor—. ¡Tiene que haber *algo* que podamos hacer!

—Bueno, Abigail también sugirió entrar en el faro.

—Sí, quiere subir hasta arriba para ver si se puede observar algo por encima de la niebla —añadió Robbie.

—Y sí que se puede —dijo Hal cada vez más entusiasmado—, mi madre me lo dijo. Si podemos subir hasta arriba del todo y situarnos por encima de la niebla, podríamos en efecto ver Ahí Fuera. Y si podemos ver Ahí Fuera, entonces igual podríamos descubrir gente andando por ahí. Si todo parece normal, bueno, entonces sabremos que la señorita Simone y todos nuestros padres nos están mintiendo. Pero si vemos a un montón de gente loca corriendo por ahí, entonces…

—Entonces la señorita Simone podría estar contando la verdad —acabó Robbie.

A Hal le estaba empezando a doler la cabeza.

—Tú sabes que las mantícoras, los dragones, los ogros y las hadas no existen, ¿verdad? —Viendo la expresión de desconcierto de Robbie, Hal continuó—: Sí, es cierto, todas son criaturas fantásticas, nada más que mito y folklore.

—Pero… son reales —dijo Robbie.

—Bueno. Tan reales como esa mariposa chupasangre que encontraste. Esa es otra de las cosas que no existen, según todos los libros de fauna que he leído. —Hal gimió—. Yo ya no puedo pensar más.

Afuera algo salió volando, dando un golpe, y los dos miraron a la vez. No había mucho que ver; la habitación de Robbie daba al jardín de atrás, pero la niebla era tan densa y oscura que ni siquiera podían ver los arbustos ni los árboles circundantes, tan solo un banco de nubes que se deslizaba deprisa por la hierba.

El rugido de un trueno sonó en la distancia.

—Guay, no hemos tenido truenos hace siglos —dijo Hal sonriendo a Robbie.

—A mamá se le van a poner los pelos de punta —dijo Robbie—. Odia las tormentas.

La lluvia empezó de repente a salpicar la ventana y Hal se preguntó si debería irse a casa antes de que empezara a llover de verdad o esperar a ver si los padres de Robbie le ofrecían quedarse a cenar. Miró el reloj de la pared y frunció el ceño.

—Está parado —dijo Robbie siguiendo su mirada—. Se me olvidó darle cuerda. Espera voy a la sala a mirar qué hora es.

—Oye —llamó Hal cuando Robbie llegaba a la puerta—, ¿crees que podría quedarme a cenar? Después podríamos contemplar la tormenta y hablar toda la noche, si no, tendré que irme antes de que fuera empiece el chaparrón.

Robbie hizo un gesto afirmativo y desapareció de la habitación. Volvió un minuto más tarde sonriendo y dijo que se podía quedar, luego descolgó el reloj de la pared. Le dio cuerda y lo puso en hora a las cuatro y cuarto.

—¿Tan pronto es? —preguntó Hal sorprendido—, parece que sea más tarde. Han pasado ya tantas cosas y está tan oscuro.

—Sí. Vamos, observaremos la tormenta desde el porche de atrás.

Se dirigieron a la parte de atrás donde había un porche cubierto con tela metálica. El porche ocupaba el ángulo de la esquina formado por la casa construida en ele. El tejado lo habían extendido de forma que el porche quedaba completamente protegido de la lluvia.

Se sentaron en unas delgadas sillas de cara al jardín, y se quedaron mirando el césped. La visibilidad era muy escasa, no había mucho que ver, excepto por el espectáculo que ofrecía la niebla moviéndose con rapidez y las grandes y esporádicas gotas de lluvia que salpicaban la hierba. Hubo un par de brillantes relámpagos, y después un trueno retumbó con estruendo.

—Se está acercando —dijo Hal.

El familiar y húmedo olor a tormenta se coló por la tela. Fuertes ráfagas de viento tiraban a Hal del pelo. Entonces la lluvia empezó a caer con fuerza y otro brillante relámpago alumbró la niebla haciendo que esta adquiriera un fantasmagórico resplandor blanco.

—Guay —dijo Robbie por encima del sonido de la lluvia—, aunque no me gustaría estar ahí fuera. Nos calaríamos al instante.

La lluvia caía ahora con tanta fuerza que el borde del porche se había vuelto de un negro brillante y les empezaron a salpicar las enormes gotas. Hal y Robbie echaron las sillas hacia atrás para que no les alcanzasen.

Los truenos retumbaban y languidecían lentamente. De repente vieron un relámpago y el estallido del trueno retumbó con tanta fuerza que sacudió el porche y dejó a los chicos casi sordos. Ellos gritaron de emoción.

La madre de Robbie se asomó por la puerta:

—¿Hal? Tu madre sabe que estas aquí ¿verdad?

—Sí, señora Strickland —respondió Hal.

—Bueno, vale. La cena estará lista pronto —dijo ella y desapareció metiéndose dentro de nuevo.

Otro cegador relámpago iluminó el jardín y el consiguiente trueno retumbó una vez más. El viento se volvió huracanado mientras la niebla se retorcía y daba vueltas como si estuviese realizando algún

tipo de extraña pirueta de humo en el césped. Era fascinante, sobre todo, con los rayos relampagueando cada pocos segundos.

Parecía imposible, pero la lluvia cayó incluso con más fuerza desplazándose de lado con la fuerza del viento, afortunadamente lejos del porche, si no, los chicos se hubiesen visto forzados a retirarse dentro. El tejado tembló y una de las tejas se desprendió de repente y se resbaló, chocó con el canalón y se dio vuelta al caer. Aterrizó en la fangosa hierba con un *¡plof!* Aunque Hal no podía ver más allá de la niebla, podía oír claramente los árboles agitándose al fondo del jardín. Y por delante de la casa un cubo de metal iba deslizándose por la superficie asfaltada de la calle.

Entonces Hal oyó gritos y miró por alrededor.

—¿Has oído eso? —voceó tratando de hacerse oír por encima del ruido del viento y la lluvia.

Robbie contestó algo, pero en ese momento un trueno retumbó y Hal no pudo oír lo que dijo. Los chicos se miraron el uno al otro con los ojos como platos y escucharon atentamente.

Se oyeron más gritos, era la voz de una mujer, seguida de un número de voces más bajas y graves. Hal no podía descifrar nada de lo que estaban diciendo. Tal vez la tormenta estaba causando estragos en la casa de alguien. Desde luego era una tormenta de lo más salvaje.

Inmediatamente después se oyeron ruidos de jadeos, resoplidos y fuertes pisadas en los charcos del empapado césped.

Hal se inclinó hacia delante en su silla, intentando ver algo entre la tumultuosa niebla y las placas de lluvia. Y entonces una figura ensombrecida emergió de entre la niebla. Se detuvo lentamente y se quedó de pie, inquieta, al fondo del jardín.

—¡Mira! —dijo Robbie señalando con el dedo.

—Ya lo veo —respondió Hal entrecerrando los ojos—. ¿Qué es eso? ¿Un caballo?

Mientras los rayos relampagueaban, los chicos pudieron ver que se trataba de una figura grande y, a primera vista, parecía un caballo con un hombre o una mujer en la grupa encorvado hacia delante, como encogiéndose de la lluvia. ¿Sería tal vez uno de los hombres volviendo de la granja? Pero había algo raro, ojalá los relámpagos volvieran a brillar otra vez.

—¡Oh! —exclamó Hal aturdido cuando un destello de luz alumbró el jardín durante medio segundo. Durante ese breve momento se vio la silueta del caballo y el jinete, uno al lado del otro, una forma elegante y poderosa trotando por el fondo del jardín.

Solo que no era un caballo y un jinete.

—¡Un centauro! —gritó Robbie todo entusiasmado poniéndose de pie—. ¡Mira! ¡Un hombre con cuerpo de caballo!

«O un caballo con cabeza de hombre», pensó Hal distraído mirando

fijamente la oscuridad.

El cielo nocturno se alumbró otra vez y la criatura, el centauro, miró a su alrededor furtivamente. Era una figura robusta cuyos flancos negros empapados por la lluvia brillaban con el repentino resplandor del parpadeante relámpago. Se oyeron más gritos, más cerca esa vez. El centauro giró su cabeza humana y pudieron ver el vaho que emanaba con sus jadeos.

La noche se sumió otra vez en una brumosa oscuridad, pero el centauro parecía conservar los residuos de la energía descargada y su cuerpo brillaba con una débil luminiscencia. Se alzó y tras un pataleo y chapoteo de cascos salió galopando hacia el bosque.

Asombrado, Hal solo pudo seguirle en silencio con la mirada. Robbie se giró hacia él con la cara iluminada de emoción, pero antes de que pudiera decir algo, Hal señaló otra vez con el dedo hacia la niebla.

—¡Mira!

Había aparecido una mujer corriendo detrás del centauro, con una larga túnica ondulando al viento. Sus movimientos parecían extrañamente inconexos por el efecto intermitente del relámpago que la atrapó en varias poses corriendo por el césped. De repente su voz atravesó la martilleante lluvia y el tempestuoso viento.

—¡Por aquí! ¡Puedo olerlo!

Era la señorita Simone que tenía su largo cabello rubio empapado, pegado a los hombros, y la cara reluciente por la lluvia. En un instante desapareció y tras ella llegó lo que parecía un gran grupo de niños, pero no eran más que seis, ocho o tal vez diez, todos ellos corpulentos y fuertes, gruñían y de vez en cuando gritaban con voces profundas y guturales.

Hal y Robbie les observaron cruzar el jardín en estampida. Luego desaparecieron y los truenos no dejaron ya oír ningún otro sonido. Pasaron varios minutos antes de que Hal hablase. Se acercó a Robbie y susurró lo más alto que pudo para hacerse oír por encima de la tormenta temiendo que los padres de Robbie pudieran oírle.

—¡Robbie, dime que tú también has visto todo eso!

—Un centauro —confirmó Robbie con los ojos muy abiertos—, siendo perseguido por la señorita Simone y…y…

—Y un grupo de gente bajita —acabó Hal perplejo—. No podía verlos muy bien, pero eran demasiado bajitos para ser adultos y demasiado altos y fuertes para ser ninguno de nosotros.

—Y eran demasiados —convino Robbie—, conté diez por lo menos.

Se quedaron mirando la intermitente oscuridad una vez más, esperando que algún otro ser saliera al descubierto. A Hal le vino a la mente la imagen de la mantícora surgiendo de la niebla con la cara sonriente y su terrible cola arqueada oscilando sobre la cabeza con las

púas erizadas.

Sintió un escalofrío y de repente se dio cuenta de que no había nada que impidiese a la criatura salir del Bosque Negro y merodear por toda la isla. ¿Y si estaba acechando en los arbustos cercanos en ese momento? O lo que es peor, ¿y si luego se abalanzaba sobre él de camino a casa?

—¿De dónde crees que venía? —preguntó Robbie de repente.

—¿Cuál? ¿La mantícora? —dijo Hal parpadeando.

—No, el centauro —dijo Robbie mostrándose perplejo—, y toda esa extraña gente bajita.

—Del mismo sitio del que vino la mantícora probablemente —dijo Hal encogiendo los hombros—. Del mismo sitio del que vino la señorita Simone esta mañana y al que fue después de la escuela. Tenemos que subir al faro. Creo que ese es el plan más seguro. Haremos eso primero y ya hablaremos de tapar el agujero de niebla.

—Mañana en cuanto salgamos de clase —aceptó Robbie.

Capítulo 13
Un picnic de despedida para Fenton

A la mañana siguiente Hal llegó a la escuela a las ocho en punto, después de haber padecido durante todo el desayuno las extrañas miradas de sus padres. En varias ocasiones el uno o el otro habían empezado a decir algo y luego se habían callado y habían continuado comiendo en silencio. Hal supuso que estaban intentando preguntarle acerca de los cambios físicos, pero se habían visto incapaces de formular la pregunta.

Resultaba raro que no le preguntasen abiertamente: «¿Te estás convirtiendo en un monstruo?». Pero, por otro lado, igual creían que estaba contando la verdad y que no estaba sufriendo transformaciones raras. ¿Cómo se supone que reaccionaría un chico normal de doce años a una pregunta así si no sabía nada de dragones, mantícoras, ogros ni hadas?

Mientras se dirigía a la escuela, sumido en sus pensamientos, Hal se dio cuenta de que el proyecto de la señorita Simone llevaba consigo un alto grado de incertidumbre. Para la mayoría de ellos, los cambios habían empezado a producirse más tarde de lo esperado, a excepción de Thomas, lo que tal vez habría llevado a pensar a la señorita Simone y a los demás padres que el proyecto no iba bien. Si el cambio físico de Fenton se consideraba *un éxito* y la señorita Simone le iba a llevar a algún sitio, ¿qué pasaría con el resto de ellos si nunca cambiaban? Se supuso que no pasaría nada en absoluto, simplemente se quedarían en la isla para siempre, tratando de que las provisiones les duraran el mayor tiempo posible y condenados a no ver nunca un cielo azul.

Así que, ¿albergaban sus padres la esperanza de que él cambiase para poder mudarse al sitio ese al que Fenton se dirigía? Su madre había dicho que era un sitio agradable, con sol y cielo azul; «un sitio mejor», había dicho. Pero ¿y si la señorita Simone había mentido también sobre eso? ¿Y si no existía tal sitio? ¿Y si la señorita Simone tan solo quería mantener la farsa hasta que los chavales empezaran a cambiar y luego deshacerse de los padres y robar a los chicos para experimentar con ellos?

Hal sintió un escalofrío al venirle a la mente imágenes de médicos con batas blancas, de pie al otro lado de unas cristaleras, escribiendo

notas en sus carpetas y asintiendo entre sí mientras Hal se veía a sí mismo transformándose en dragón…

Con la cabeza llena de lúgubres pensamientos, llegó por fin a la escuela. La señorita Simone ya estaba allí y observó a Hal con ojos de halcón mientras entró a clase y se fue hacia su asiento. La mayoría había llegado ya y estaban sentados en silencio en sus pupitres. La presencia de la señorita Simone eliminó toda posibilidad de conversación, así que Hal se conformó con unas cuantas miradas silenciosas entre él, Robbie y Abigail. Dewey y Darcy se presentaron unos instantes después y tras el ruido de sus sillas al sentarse, reinó el silencio absoluto en la clase.

Entonces la señorita Simone habló, su voz era bastante agradable, pero sus ojos tenían una mirada fría y severa:

—Buenos días a todos. Confío en que hayáis acabado los deberes ¿verdad? Recogeré vuestras redacciones enseguida.

Hubo un momentáneo revuelo de papeles mientras cada alumno sacaba de su mochila una hoja de papel. Hal había acabado su redacción justo antes de irse a la cama, casi se le había olvidado, pero había escrito algunas palabras a todo correr y con letra grande para que ocupase más. La señorita Simone les había pedido que escribieran una rápida redacción sobre «un chico o una chica que tiene poderes mágicos». Sí, ya. ¡Como si Hal fuera a descubrir el pastel y ser tan tonto como para escribir sobre ser un dragón en un momento como ese! Su sutil plan era tan transparente como el cristal de la ventana.

—Bueno —dijo la señorita Simone, permaneciendo en su asiento con las manos entrelazadas sobre la mesa—, hoy he decidido no hablar sobre el pasado. Ya sé que estáis deseosos de conocer el mundo del que vinieron vuestros padres y por qué ahora estáis todos en la isla. Pero si hablo sobre el pasado, podría dar pistas sobre el presente y el futuro, y no puedo hacer eso a menos que sepa con certeza que… —Hizo una pausa—. Bueno, veréis, vendrán cosas buenas para aquellos que me confíen sus secretos. Fenton, por ejemplo…

Se levantó y caminó sin hacer ruido, descalza igual que el día anterior. «¿No tiene ningún zapato esta mujer?», se preguntó Hal.

La señorita Simone se paró detrás del pupitre de Fenton y le puso las manos sobre los hombros. Él parecía incómodo por el contacto.

—Fenton, aquí presente, está experimentando algunos cambios notables. Sabéis todos que sus dientes se han alterado completamente ¿verdad? Pues bien, por insignificante que pueda parecer, sus dientes para mí son de la mayor importancia. Significan mucho más de lo que os podríais imaginar.

Hal sonrió para sus adentros. «Creo que me lo puedo imaginar bastante bien, gracias».

—Hoy será el último día que Fenton esté en la isla —continuó la

señorita Simone. Hubo unos cuantos gritos sofocados de sorpresa—. Veréis, Fenton se va a trasladar a un sitio mejor, donde brilla el sol y hay mucha, mucha gente que le dará la bienvenida a él y a sus padres.

A Hal le vino una imagen, otra vez los médicos de bata blanca. Se llevaban a los padres de Fenton a la fuerza, a escondidas, en plena noche para arrojarlos por el acantilado…

Hal se estremeció mientras la señorita Simone continuaba hablando inocentemente.

—Su familia está lista para empezar de nuevo en otro sitio, lejos de aquí. Y todo por sus dientes.

Hizo una pausa para crear un golpe de efecto. Hal pilló a Abigail mirándole y se preguntó qué pensaría ella de todo aquello. Tenía una mirada desafiante.

—Por favor, ¿señorita? —llamó Emily levantando la mano— ¿Quiere decir que Fenton se va a Ahí Fuera?

—Si quieres decir al continente, entonces no —contestó Simone—. Hay otro sitio. Es… —Se detuvo para pensar un segundo y encogió los hombros—. Simplemente es otra parte.

—Otra Parte —repitió Emily en voz baja.

La señorita Simone mostró su mejor sonrisa a toda la clase dejando ver sus dientes blancos y en ese momento pareció radiante, encantadora.

—Así que, como veis, chicos, es mejor que por vuestro interés, hummm… confiéis en mí. Cuanto antes nos vayamos de esta isla, mejor.

Se produjo un largo silencio. La señorita Simone miró a toda la clase detenidamente, posando su mirada primero en uno y luego en otro alumno. Pero nadie dijo una palabra. Reinó el silencio. Su amplia sonrisa empezó a desvanecerse un poco, hasta que desapareció por completo.

—¿Señorita? —llamó Abigail.

—Sí, ¿Abigail? —dijo la señorita Simone volviéndose ansiosamente.

—¿Y si no tenemos nada de qué informar? —preguntó Abigail con ese brillo travieso en la mirada una vez más—. Lo que quiero decir es que ninguno de nosotros tiene dientes como los de Fenton. Creo que todos somos perfectamente normales. —Miró a su alrededor—. ¿No?

Todos asintieron enérgicamente.

La señorita Simone no dijo nada. Permaneció en el mismo sitio con las manos aún en los hombros de Fenton. Empezó a ponerse colorada. Hal casi podía palpar que el ambiente se había vuelto más tenso y podría haber jurado que la sala se hizo más oscura. Aunque Fenton no podía ver la cara de ella, era obvio por el modo en que se estremeció, que él también detectó su cambio de humor. O tal vez los dedos de la

señorita Simone se le estaban clavando en los hombros.

—Chicos —dijo finalmente entre dientes—, ¿por qué me ponéis a prueba de este modo? Todo lo que he hecho aquí ha sido para beneficio vuestro, tanto como para el mío propio. El único motivo por el que estoy aquí es por vosotros. ¿Por qué no confiáis en mí?

Nadie dijo nada durante un buen rato. Pero entonces Hal se aclaró la garganta.

—Hummm… ¿señorita Simone? Tal vez si nos contara un poco más, estaríamos preparados para confiar en usted. En el caso de que estuviésemos, hummm… cambiando como Fenton quiero decir, bueno, ¿qué nos pasaría? ¿Qué es lo que le va a pasar a Fenton?

—Ya os lo he dicho, va a ir a un lugar mejor. —La señorita Simone parecía perpleja—. ¿Por qué no me creéis? Mirad, se suponía que solo tendríais que estar aquí durante ocho años. Ocho años es lo que tarda normalmente. Pero ya han pasado doce años y mi gente se está empezando a desesperar…

Se mordió el labio.

—Vosotros podríais ser nuestra última esperanza, ¿sabéis? —murmuró mirando hacia la ventana—. Las comunicaciones están fallando gravemente y, como resultado, hay gente que está muriendo…

Se apartó los rubios mechones con un repentino y enojado gesto, se giró y cogió una hoja de papel del pupitre de Dewey, su redacción, luego avanzó y cogió la de Abigail, después la de Robbie. Al pasar por el pupitre de Hal para coger la suya, a este le llegó el fuerte aroma del océano y por un segundo le vino la imagen de su salto por el acantilado cayendo hacia el mar.

—Poneos a trabajar —ordenó la señorita Simone. Se puso a pensar un segundo, luego se encogió de hombros—. Abrid los libros de Historia y copiad el texto de cualquier capítulo en una hoja de papel.

Hal no fue el único al que le pareció extraña tal petición. Miró a su alrededor y vio unas cuantas caras de perplejidad. Emily se atrevió a levantar la mano.

—Hummm… por favor, ¿señorita? Podría preguntar por qué…

—No, no podrías —respondió la señorita Simone de manera tajante. Estaba echando un vistazo a las redacciones y su cara se iba poniendo cada vez más colorada—. ¿Qué son estas tonterías? A Darcy le gustaría poder leer las mentes, a Hal le gustaría inventar una poción con la que podría hacerse más pequeño para «arrastrarse debajo de una roca y quedarse allí», y a Abigail… —La señorita Simone se rio sarcásticamente—, a Abigail le gustaría «tener el poder para que a Robbie le saliesen granos azules en la cara porque sería de lo más gracioso».

Se oyeron unas risas estrepitosas y hasta Robbie se giró hacia

Abigail para mostrarle una amplia sonrisa. Sin embargo, Hal se dio cuenta de que aquello era algo más que diversión. Había un sentido de camaradería entre todos ellos, una amistad que había sido menospreciada hasta hacía poco. Pero con la llegada de la señorita Simone, una extraña que no era de fiar, que amenazaba con llevárselos lejos de todo lo que les resultaba familiar, aquello resultaba un caso claro de «nosotros contra ella».

Las siguientes horas pasaron sin incidentes. La señorita Simone parecía desconcertada y frustrada porque la clase no diese un paso al frente y ofreciese historias de asombrosas transformaciones y durante toda la mañana intentó diferentes enfoques para hacerles hablar. Después de tirar las ridículas redacciones a la basura, se calmó, mostró su mejor sonrisa otra vez y fue por la clase, sentándose en la esquina de cada pupitre, intentando engatusar a uno y a otro para que le contasen sus secretos.

—Tú puedes contármelo —susurró acercándose tanto a Hal que los rubios mechones de ella se deslizaron por su cara.

Cuando eso no funcionó, intentó el chantaje emocional. Les hizo creer que todos los padres estaban muy preocupados y que tendrían que quedarse en la isla para siempre, incluso intentó convencerles de que algunos de sus padres habían informado de que tenían síntomas del virus.

—Está traspasando la niebla —dijo la señorita Simone poniendo una voz nerviosa y frunciendo el ceño con fuerza—. Si pudiésemos marcharnos de aquí… pero claro, Fenton es el único que puede marcharse, porque él es el único que está experimentando cambios físicos.

Abigail se pasó la mayor parte del tiempo intercambiando miradas con Hal y alzando los ojos al techo, y a él no le quedó más remedio que estar de acuerdo con que la señorita Simone se estaba poniendo en evidencia. ¿De verdad creía que sus mentirijillas eran convincentes? Claramente, no había pasado mucho tiempo con chicos de esa edad y había subestimado su inteligencia por completo.

Más tarde la señorita Simone lo intentó con un enfoque directo:

—Muy bien, pongamos las cartas sobre la mesa —dijo—. Yo os contaré algo de este sitio al que Fenton y sus padres van a ir y a cambio uno de vosotros se compromete a ser honesto.

Aquella parecía una proposición bastante interesante y la clase escuchó atentamente a la señorita Simone mientras explicaba que su mundo, al que Emily insistió en llamarlo Otra Parte, estaba lleno de verdes y ondulados campos, inmensos bosques con árboles que llegaban hasta el cielo, lagos y ríos de agua cristalina, y mucho sol. El cielo era azul, con pequeñas nubes de algodón blancas y un sol brillante, redondo y anaranjado por la mañana, que producía arcoíris

perfectos cuando llovía. También les habló de la vida animal: caballos, vacas, y ovejas como los de la isla, pero también muchas más criaturas, criaturas «fantásticas» que habían vagado por ambas tierras hacía miles de años.

—Muchas de estas criaturas a las que yo no les doy la menor importancia, están extintas en vuestra tierra —explicó la señorita Simone—. Los lazos que unieron ambos mundos se rompieron hace tiempo. Antes había agujeros que comunicaban ambos mundos, algo así como portales, pero ahora solo quedan unos pocos. Por eso se eligió esta isla; a lo largo de la costa este hay unos cuantos agujeros que permiten el acceso entre mi mundo y el vuestro.

Aquello resultó de enorme interés para toda la clase, en particular para Hal, Robbie y Abigail. Ellos habían visto a la señorita Simone saltar al mar desde el acantilado, que se encontraba justo en la costa este.

—¿Tiene usted un bote, señorita Simone? —preguntó Robbie—. ¿Para llegar hasta su tierra?

—No, no necesito ninguno —contestó ella—, soy una buena nadadora. Vengo a la isla a través de un agujero que hay en el océano y nado hasta la orilla. Pero este agujero está en la costa sureste, así que hay un buen paseo hasta la escuela por la mañana, ¡doy fe de ello! Luego vuelvo por otro sitio que es mucho más rápido. Lamentablemente eso implica, hummm… saltar al mar desde una altura considerable así que esa ruta es solo para volver. También hay otro agujero que yo sepa, pero no puedo usarlo.

Aquella era sin duda una información ¡muy útil! Hal intercambió miradas con Robbie y Abigail. Por fin, la señorita Simone estaba explicándolo todo. Y contando la verdad, al parecer.

Pero fue ahí cuando paró.

—Ahora os toca a vosotros. Alguien, cualquiera, por favor que sea honesto conmigo. ¿Hay alguien que haya experimentado algo extraño últimamente? No necesito explicaros lo que quiero decir con extraño. Si estuviera pasando algo, lo sabríais. La estructura de los dientes de Fenton cambió de la noche a la mañana, lo que es francamente imposible en la mayoría de los humanos. ¿Hay alguien más que haya sufrido algún cambio?

Hubo una larga pausa. Hal se preguntó por qué, justo delante de él, Lauren estaba moviendo los hombros y retorciéndose en su silla. Esperaba que no desvelara nada.

—¿Alguien? —presionó la señorita Simone—. Por favor, lo que es justo es justo. Yo os he contado algo de mi tierra. Ahora contadme algo a mí.

Lauren se retorció otra vez tratando de alcanzar la espalda para rascarse. La cara de la señorita Simone se estaba poniendo cada vez

más roja.

—Deja de moverte, Lauren —gritó. Miró a la clase con enfado—. ¡Que hable alguien ahora mismo!

Pero nadie dijo una palabra. Todos fueron muy convincentes a la hora de mostrarse desconcertados, aunque, para ser justos, seguramente Emily y Darcy lo estaban de verdad.

En ese momento Hal miró a Lauren por casualidad. Por fin había logrado alcanzar la parte de la espalda que le picaba, pero al hacerlo, pasó algo sorprendente que casi hizo que Hal gritara del susto. Rápidamente miró hacia otro lado por si acaso la señorita Simone le veía observándola. Si ella hubiese visto lo que Hal estaba viendo, entonces el secreto de Lauren se habría puesto al descubierto.

****

Llegaron al final de la clase sin que la irascible forastera hubiese conseguido sonsacarles nada. Hal apenas podía esperar a reunirse con Abigail y Robbie. Se los llevó afuera, lejos de la señorita Simone. Los condujo hasta el roble de ramas bajas y habló casi susurrando.

—¿Visteis el pulgar de Lauren? —Ambos Abigail y Robbie se le quedaron mirando, frunciendo el ceño perplejos—. ¡Cambió! —dijo Hal.

—¡Ah! —Abigail asintió, ya sabiendo de lo que hablaba.

—Creció —continuó Hal—, y le salió pelo en los nudillos. Estaba intentando rascarse y debió de suceder sin que se diera cuenta.

—¿Pelo? —repitió Robbie poniéndolo en duda.

—Y una uña larga y curvada. Era rara. Me pregunto en qué se estará transformando.

—Podría ser cualquier cosa —dijo Abigail pensativa—. Yo también lo he visto, pero un pulgar y una uña largos y un poco de pelo no es mucho con lo que poder especular.

—Pelo —murmuró Robbie.

—Robbie no puede asimilar la idea de que a su novia le esté saliendo pelo en los nudillos —dijo Abigail girándose hacia él, esbozando una amplia sonrisa.

—¡Cállate, Abi!

—Apuesto a que tiene razón —dijo Hal echándose a reír—. No es una imagen muy atractiva ¿no? Una chica con pelo en los nudillos. Pero a lo mejor ella es otro ogro. Entonces sería la pareja perfecta para ti.

Robbie resopló enojado, hizo un gesto de burla y se puso rojo.

La mayoría de los compañeros de clase habían venido andando a la escuela, porque estaba todo embarrado después de la tormenta de la noche anterior. Pero Fenton, Dewey y Lauren habían traído las bicis. Hubo un poco de desconcierto cuando Fenton, silencioso y cabizbajo, hizo un giro con su bici y la rueda delantera se enredó con los pedales de la de Dewey. Fenton tiró de su bici bruscamente y terminó arrancándole la suya a Dewey de las manos. La bici se cayó sobre la hierba y Dewey asustado dio un paso atrás cuando Fenton le miró furioso. Hal se temió que el grandullón quisiera pelea, pero Fenton no parecía el mismo. Miró a sus compañeros de clase como si no supiera qué decir.

—Bueno, pues parece que eso es todo —dijo ásperamente logrando por fin formular unas palabras.

—¿Es verdad que te marchas, Fenton? —preguntó Emily—. Quiero decir, que la señorita Simone dijo que te ibas, pero yo no lo creo.

—Yo no creo nada de lo que la señorita Simone dice —corroboró Abigail.

—Es verdad —dijo Fenton. Se metió uno de sus gordos dedos en la boca y se tocó los dientes—. Eso es lo que dijeron mis padres anoche. Hemos estado recogiendo nuestras cosas.

Se produjo un incómodo silencio. Parecía increíble que Fenton no fuera a estar allí al día siguiente. Ninguno de los chicos sabía qué decir puesto que nunca habían tenido que despedirse de nadie. La única práctica que habían tenido fue cuando Thomas, supuestamente, había muerto hacía años. Pero estar de pie frente a una piedra sepulcral murmurando palabras de recuerdo no tenía ni punto de comparación con aquello.

—Bueno —dijo Fenton dándole la vuelta a su bici—, nos vemos.

—Hummm… —dijo Darcy.

Fenton la miró, pero ella no dijo nada más. Nadie dijo nada. Era demasiado para digerirlo. ¿Cómo era posible que Fenton no estuviera allí como siempre, molestándoles a todos, acosándoles? En realidad, a nadie le gustaba Fenton, pero después de todo, él era uno de ellos.

Hal logró decir algo:

—¿Tienes… tienes ganas de marcharte?

—No.

Se produjo otro largo silencio.

—Bueno, nos vemos pronto —dijo Fenton por fin, y se fue en la bici antes de que nadie pudiese decir nada más.

Todos observaron cómo se marchaba.

«Quedamos siete», pensó Hal.

Pero ¿qué era lo que le esperaba a Fenton Bridges? ¿De verdad iba a ir a un sitio agradable… o a un laboratorio en alguna parte? ¿Estaba la señorita Simone mintiéndoles a todos, a los chavales y a sus padres?

O, lo que era peor, ¿estaban los padres *conchabados* con la señorita Simone y de hecho *sabían* que a los chicos les esperaba un destino espantoso una vez que empezasen a cambiar?

No se podía dar nada por sentado, la única certeza era que la señorita Simone no siempre decía la verdad.

—¿Creéis que merece la pena seguir a la señorita Simone otra vez? —preguntó Robbie—. Si es así, tenemos que hacerlo ahora mismo porque ha salido hace unos minutos.

—Bah, no —dijo Abigail—. Oye, Emily, ¿has organizado lo que te pedí ayer?

—Por supuesto —dijo Emily sonriendo. Sacó una libreta y empezó a pasar páginas.

Pero Abigail no le dio la oportunidad de hablar:

—Muy bien. Vale, vamos a idear un plan. Acercaos, cuadrilla.

—No puedo creerme que Fenton se vaya de verdad —dijo Darcy sin podérselo quitar de la cabeza—. Era un abusón, pero aun así… lo hemos conocido desde siempre. No puede irse.

—Darcy, presta atención —dijo Abigail.

Todos formaron un pequeño círculo en torno a Abigail; Hal, Robbie, el pequeño Dewey, con los ojos como platos, Lauren, que se rascaba distraídamente la espalda, Emily, con su libreta abierta y un lápiz en posición y Darcy, que no hacía más que mirar a escondidas para ver si podía distinguir a Fenton entre la niebla.

Abigail era la que daba las órdenes. Hasta Robbie estaba pendiente de sus palabras:

—Vale. Vamos a irnos a casa como siempre y luego vamos a robar algo de comida y a meterla en nuestras mochilas o donde sea.

—¿Robar comida? —interrumpió Emily.

—Sí, porque igual no volvemos para la hora de la cena y tendremos hambre. Lo que vamos a hacer probablemente nos tenga ocupados hasta tarde.

—Y ¿por qué no les decimos a nuestros padres que vamos a hacer un picnic y así no tendremos que robar nada? —discutió Emily—. Así no tendremos que preocuparnos de llegar tarde a cenar, porque nuestros padres no nos estarán esperando.

—Sí, sí —dijo Abigail impaciente—. Está bien, es una buena idea. Es una idea mejor. Vale, entonces decimos que nos vamos de picnic a algún sitio y luego nos encontramos en el faro. No le digáis a nadie que vamos a ir al faro o a ningún sitio de alrededor, ¿entendéis? Digamos que vamos a reunirnos en el campo que está al lado del molino viejo.

—Picnic. Faro. Molino viejo. Vale, bien —dijo Emily anotando en su libreta—. Abigail, ¿para eso querías que Darcy, Lauren y yo lleváramos mantas al faro?

—Y unas tenazas —dijo Emily.

—Y un hacha —recordó Lauren—. Tenemos todo lo que has pedido. Está todo allí, al lado de las verjas del faro, escondido en los arbustos.

—¿Y los prismáticos? —preguntó Abigail echando un vistazo a la libreta de Emily.

—Lo tenemos todo —contestó Emily pareciendo indignada—. No fue exactamente una tarea difícil de organizar, ¿sabes? Aunque sacarlo todo a hurtadillas fue un poco complicado.

Lauren y Darcy asintieron para mostrar que estaban de acuerdo.

—A mí me pillaron con el hacha cuando salía del cobertizo —dijo Lauren—. Lo que dije es que estaba ordenándolo un poco y…

—Oye, Lauren —dijo Hal de repente—, vi cómo te rascabas la espalda antes.

—Y ¿qué…? —dijo ella sacudiéndose el pelo hacia atrás, inclinó la cabeza hacia un lado.

—Hal vio cómo te creció el pulgar y le salió pelo —dijo Abigail señalando las manos de Lauren—. Yo también lo he visto otras veces.

Lauren se quedó un rato mirando a Abigail y después a Hal. Se le pusieron las mejillas coloradas. Se dio la vuelta con una risa embarazosa.

—Desde luego, cómo sois… —dijo ella.

—Hummm… no importa si, ya sabes… quiero decir, si estás cambiando y eso —dijo Robbie tras aclararse la garganta.

—De esto es de lo que tenemos que hablar entre nosotros —dijo Abigail mirándoles uno por uno—. Yo voto por que dejemos de guardar secretos entre nosotros y lo confesemos todo sin más. Por eso pensé que nos vendría bien reunirnos todos después de clase por nuestra cuenta, alejados de nuestros padres. Y entonces podremos hablar o incluso también *mostrar* lo que somos.

—Pero, Abi… la ropa… —dijo Hal sintiendo al instante una oleada de vergüenza.

—No te preocupes —dijo Abigail mirando a Hal con una sonrisa de suficiencia—, lo tengo todo planeado. Esa es una de las razones por las que pedí que trajeran mantas. Podemos taparnos con ellas, quitarnos la ropa y cambiar sin destrozarla.

—¿Quitarnos… quitarnos la ropa? —dijo Emily llevándose las manos a la cara—. ¿Estáis locos? Pero esto ¿qué es?

—No es lo que estás pensando —dijo Hal a toda prisa—. Tal vez esto sea un completo misterio para ti, Emily, ya que parece que Darcy y tú sois las únicas que no estáis experimentando nada extraño. Pero el resto de nosotros sí. Incluyendo tú, Lauren.

—Hablemos luego —resolvió Abigail—. ¿Estamos todos de acuerdo? Id a casa, coged algo de comida para el picnic y dirigíos al

faro. Nos vemos allí a las tres en punto. ¿Vale?

—Yo creo que Fenton también debería estar incluido en esto —dijo Darcy—. Uno de los chicos debería llamar a su puerta, a ver si conseguimos que venga también. Podríais decirles a sus padres que será algo así como una última comida con sus amigos.

—¡Yo no! —exclamó Dewey con voz aguda.

—Esa es una idea estupenda —dijo Abigail sonriendo—. De hecho, podríamos decirles lo mismo a nuestros padres. Así no nos harán preguntas.

Así que eso fue lo que se acordó y todos se fueron para casa. Hal, Robbie y Abigail caminaron juntos durante un trecho y los chicos aprovecharon la oportunidad para contarle a Abigail los acontecimientos de la tarde anterior. Ella apenas dijo una palabra mientras Hal relataba todo lo que le había contado su madre, pero asentía constantemente, como si estuviera confirmando sus propias teorías. Se paró en seco asombrada cuando Hal llegó a la parte donde habían visto un centauro en el fondo del jardín de Robbie siendo perseguido por la señorita Simone y lo que parecía una legión de personas bajitas y gordas.

—¿Un centauro? —repitió ella. Le brillaban los ojos—. Pero eso ¿qué significa? ¿Que este centauro es de donde sea que venga la señorita Simone? O… o ¿acaso este centauro es uno de nosotros?

Hal indicó que el centauro era macho.

—Al menos eso fue lo que me pareció —dijo él—, estaba muy oscuro.

—A mí también me lo pareció —corroboró Robbie.

—Lo que significa que… tiene que ser o Fenton o Dewey —sugirió Abigail.

—Fenton no es —dijo Hal recordando lo que había visto cerca del arroyo donde Fenton había estado escupiendo agua—. Él es algo completamente distinto. No, debió de ser Dewey. Ha estado bastante callado ¿no?

—Ya sabéis lo que dicen: «El buen caballo, de ladridos no hace caso» —dijo Abigail, y los chicos hicieron una elocuente mueca—. Bueno, yo me voy —dijo señalando el atajo hacia su casa—. Nos vemos en el faro. ¡Va a ser divertido!

«Divertido» no era la palabra que Hal hubiera elegido. Definitivamente no.

Él y Robbie decidieron visitar a Fenton juntos. Aquel era un acontecimiento tan raro, que se sintieron extremadamente incómodos pasando por el descuidado camino de acceso a la casa de Fenton. Hal llamó a la puerta y los chicos esperaron.

Por fin, la puerta se abrió y apareció la señora Bridges. Parecía sorprendida de verlos.

—Ah, hola. ¿Estáis buscando a Fenton? Me temo que está ocupado preparando las maletas. Nos marchamos hoy, como sabréis.

—Sí, ya lo sabemos —dijo Hal—. Hemos organizado un picnic, una especie de comida de despedida para nuestro amigo. ¿Puede venir?

—Oh —dijo la señora Bridges pareciendo contrariada—. Bueno, sois muy amables, pero en realidad, Fenton tiene cosas que hacer y luego tenemos que reunirnos con los demás para despedirnos. La verdad es que hoy no puedo dejarle a Fenton ir de picnic.

—Pero si no es hoy, no será nunca —argumentó Robbie—. Por favor, señora Bridges, ¿no podría prescindir de él durante una hora o así? Hemos quedado a las tres en punto en… bueno, en un sitio que hemos acordado.

—Bueno… tal vez pueda —dijo la señora Bridges mostrándose indecisa—. Si los otros padres están de acuerdo, entonces vale. Mientras vosotros hacéis el picnic nosotros, los adultos, podremos reunirnos y hablar en privado. Hummm… tal vez sea una buena idea. Pero solo durante un rato, ¿de acuerdo? Aseguraos de que Fenton esté de vuelta para las cuatro y media como muy tarde. ¿Dónde habéis quedado?

Ante esa pregunta, ambos Hal y Robbie quedaron desconcertados. No podían decir «el faro» porque se suponía que era un secreto. Pero si le decían «el viejo molino», como habían acordado, ¡Fenton iría al lugar que no era!

—Esto… —dijo Hal— ¿Podríamos hablar con él? ¿Para saber dónde le gustaría hacer su picnic de despedida?

Aquella táctica funcionó. La señora Bridges entró y, un momento más tarde, apareció Fenton.

—¿Qué pasa? —dijo pareciendo sospechar algo.

Hal explicó rápidamente el plan.

—Así que nos reuniremos en el faro —susurró—, pero dile a tu madre que hemos quedado en el campo grande cerca del molino viejo, al otro lado de la isla. A las tres en punto ¿vale?

Fenton todavía parecía desconfiado cuando los chicos se marcharon, Hal se preguntó si se molestaría en aparecer.

Capítulo 14
El faro

El contorno de la isla resultaba similar a la forma de una pera. Al sureste, en el extremo más estrecho, se alzaba el faro mirando hacia el océano. En tiempos pasados avisaba a los barcos del peligro de las traicioneras rocas que se hallaban a lo largo de la costa. Sólo había una ruta hacia el faro; cualquiera que llegara hasta allí por la carretera principal tenía sólo un destino en mente: La Punta.

El recorrido en bicicleta por la lisa y pavimentada carretera fue rápido y dejó a los chicos sin aliento. Cuando Hal llegó al faro le lloraban los ojos y tenía la nariz helada. Con él estaban Robbie, Abigail y Lauren, todos igualmente colorados y helados. Hal se había encontrado con Robbie y Abigail casi al principio, puesto que habían salido de casa más o menos a la misma hora, pero luego habían alcanzado a Lauren en el último tramo de la carretera. Ella había ido más despacio, con la mochila a rebosar. Al pasar los tres por su lado a toda velocidad, Lauren aceleró tras ellos.

Cuando los cuatro se aproximaron a las verjas de entrada pudieron ver el faro asomándose entre la niebla. Había un alto muro que circundaba el recinto y la única forma de entrar era a través de las verjas de hierro. Pero estas estaban sólidamente encadenadas y, además, sobre ellas y a lo largo de todo el muro, había una alambrada de espino que parecía bastante siniestra. Hal había considerado varias veces entrar en el recinto por el lado del mar, solo tenía que nadar una corta distancia, pasar por la valla que sobresalía al mar y nadar otra vez hasta la orilla de piedras que pertenecía al recinto del faro. Pero eso implicaba mojarse. Además, las piedras eran afiladas y el mar bravo, con que solo le alcanzase una ola fuerte, acabaría aplastado contra las rocas.

El faro se alzaba ante ellos con una blancura resplandeciente, era una torre redonda y lisa con una puerta de entrada en la base y unas cuantas ventanas pequeñas y oscuras a distintas alturas que subían por el costado. Por encima de la quinta ventana la estructura se desvanecía entre la espesa niebla. Por lo que sabía Hal, ninguno de ellos había visto nunca la parte más alta del faro dado que la niebla siempre era demasiado densa.

Hal se detuvo al lado de Abigail y miró a los demás. Robbie estaba jadeando, pero Lauren parecía bastante entera. Al ser el aire un poco más húmedo de lo normal, ella tenía el flequillo apelmazado sobre la frente y su largo pelo castaño estaba desaliñado. Abigail, como siempre, tenía el pelo atado en una coleta y no parecía afectado por el rápido paseo en bici, pero tenía las mejillas coloradas y debido a su respiración jadeante se podía ver el vaho delante de su cara.

Abigail se bajó de la bici y la escondió entre la alta hierba. Los otros siguieron su ejemplo y se aseguraron de que los manillares y las ruedas estuviesen bien camuflados en caso de que algún adulto se acercase. Era poco probable; el improvisado picnic de los chicos había coincidido afortunadamente con una reunión similar planeada por los adultos, así que mientras los chicos estaban juntos en el faro, sus padres estarían enfrascados hablando en casa de Fenton.

Abigail se acercó a las verjas de hierro y tanteó las pesadas y oxidadas cadenas que rodeaban los barrotes.

—Supongo que será mejor esperar a los demás. Pero entre tanto, Robbie, podríamos utilizar las tenazas para romper la cadena o…

—Quieres que yo me encargue de abrir el paso —dedujo Robbie.

—Veréis, yo podría volar por arriba sin problema —dijo Abigail—, pero estas verjas son bastante altas y ninguno de vosotros podrá atravesar esa alambrada. Sin embargo, Robbie podría romper esta cadena con facilidad. O, como he dicho, podríamos usar las tenazas.

A juzgar por el modo en el que, hablando entre dientes, sugirió las tenazas, estaba claro que Abigail no las quería en absoluto. Había encargado a Emily que las trajera antes de conocer la peculiar transformación de Robbie.

Sin entender muy bien la conversación, Lauren ya se estaba dirigiendo hacia un grupo de arbustos al lado de la carretera.

—Está todo aquí —indicó Lauren. Desapareció un segundo y volvió a aparecer con una herramienta de mangos largos que tenía unas pequeñas tenazas en el extremo. Se acercó otra vez a la verja de entrada y se las tendió a Abigail—. Aquí tienes.

—No, gracias —contestó ella—. Pero mira, vete a por las mantas y luego esperaremos a los demás.

Los chicos esperaron en la carretera, sentados sobre el montón de viejas mantas sin hacer nada. Tenían cuatro mantas, eran bastante gruesas y tenían los bordes deshilachados. Dobladas y bien colocadas en el asfalto proporcionaban un asiento bastante cómodo para descansar.

No tuvieron que esperar mucho. Emily y Darcy llegaron juntas resoplando y jadeando por la carretera. Dewey llegó un poco más tarde. Pero no había señales de Fenton.

—¿Creéis que deberíamos esperarle? —preguntó Emily.

—No, vamos a empezar —dijo Hal—, me estoy quedando helado aquí sentado sin hacer nada. —Miró su reloj. Casi nunca lo llevaba puesto, pero decidió que ese día sería sensato traerlo. Lo conservaba desde que tenía uso de razón y solo había cambiado las pequeñas pilas unas pocas veces—. Son las tres y cuarto. Si Fenton fuera a venir, ya habría llegado, ¿no?

Todos estuvieron de acuerdo y decidieron comenzar. Sintiéndose algo incómodo, Hal le tendió una manta a Robbie.

—Parece que te toca —le dijo—, ábrenos el paso por las verjas.

Robbie hizo una mueca y cogió la manta.

—¿A dónde va con eso? —dijo Emily pareciendo confusa—. Tenemos las tenazas, ahí mismo.

—Solo mira —dijo Abigail guiñándole un ojo—. Esto te va a conmocionar, Emily, y a ti también, Darcy; pero Robbie nos va a mostrar para qué estamos aquí.

Robbie desapareció detrás de un arbusto. Los otros se quedaron de pie esperando en silencio.

—Pues no lo entiendo —dijo Darcy suspirando impaciente después de un minuto.

—Dale tiempo —dijo Hal—. Todo esto es nuevo para nosotros, ¿sabes?

—¡Date prisa! —gritó Abigail—. ¿Te has quitado la ropa ya?

Robbie asomó la cabeza por encima del arbusto, tenía la cara roja como un tomate. Había enrollado la manta firmemente alrededor de su delgaducho cuerpo.

—Espera un poco, ¿vale? No sé cómo hacerlo al momento. Normalmente solo cambio cuando me enfado o algo me frustra.

Esperaron un poco más. Emily y Darcy intercambiaron una mirada de aburrimiento mientras Lauren observaba con interés. La cara de Dewey era inexpresiva. Robbie se asomó otra vez desde detrás del arbusto.

—Esto no funciona —dijo—, no estoy cambiando. ¿Qué se supone que tengo que hacer para cambiar cuando quiero? Igual es que realmente no soy…

—¿Quieres que me acerque y te lo explique? —preguntó Abigail con calma.

—¡No, quédate donde estás!

—Oh, Robbie, Robbie, estoy segura de que no tienes nada que ocultar. Mira a ver si necesita ayuda, Lauren.

Lauren incluso dio un paso hacia el arbusto antes de darse cuenta de lo que hacía. Pero Robbie la vio y se escondió dejando escapar un grito.

—Eso es Lauren —dijo Abigail guiñándoles el ojo a los demás—, vete a mirar alrededor del arbusto y quítale la manta.

En un instante, un enorme y voluminoso monstruo apareció tambaleándose donde Robbie se había escondido. Se despatarró sobre la hierba y miró al cielo parpadeando, era una enorme masa muscular cubierta de largo y grueso pelo negro.

Tanto los que se lo esperaban como los que no, gritaron del susto. Ver aparecer a aquella enorme bestia de la nada les causó una gran conmoción. El ogro consiguió ponerse de pie con dificultad, se quedó quieto un momento y se fue hacia ellos arrastrando los pies. Era enorme, tres veces el tamaño de Robbie. Tenía forma humana pero los brazos eran inusualmente largos, como los de un gorila, y le colgaban hasta la altura de las rodillas.

Pero la similitud con un gorila acababa ahí; Hal había visto fotos de simios en libros, pero nunca había visto uno con una cara tan alargada que la barbilla le llegase hasta el pecho. Tenía unos grandes ojos marrones hundidos, la nariz ancha y plana y la boca parecía lo bastante grande como para acomodar dos balones de fútbol a la vez. Cuando se pasó la lengua por los labios, Hal pudo ver unas muelas romas y desiguales.

El gigante se acercó a ellos con timidez dando unas fuertes pisadas. Chasqueó los labios y dejó la lengua colgando. Se paró delante de ellos y se inclinó hacia delante apoyando los nudillos en el suelo y doblando las rodillas ligeramente.

Hal miró a Lauren y se sorprendió de ver lo serena que estaba. Emily y Darcy, sin embargo, estaban agarrándose la una a la otra con los ojos desorbitados. Aunque movían la boca, no lograban emitir ningún sonido.

Dewey asentía pensativo, aparentemente impasible ante la transformación. Hal pensó en el centauro de nuevo, convencido de que era el pequeño Dewey al que había visto aquella noche.

Entonces llegaron los gritos. Al parecer Emily y Darcy por fin habían logrado recuperar la voz, se dieron la vuelta y echaron a correr temiendo por sus vidas. Abigail las llamó a gritos para que volviesen, pero ellas no la oyeron. Desaparecieron de la vista y sus gritos se fueron desvaneciendo a medida que ganaban distancia.

—¡Qué idiotas! —dijo Abigail—. Robbie, rompe la cadena mientras yo voy a buscarlas.

Abigail se quitó el abrigo e hizo aparecer sus alas en un simple y experto movimiento. Antes de que Lauren o Dewey pudiesen reaccionar, Abigail ya se había ido volando tras Darcy y Emily. Robbie se quedó con su gigantesca boca abierta. Era la primera vez que había visto volar a Abigail y su sorpresa era tan obvia que rozaba lo cómico.

—Cierra la boca —le dijo Hal—, antes de que te entren moscas.

—¿Robbie? —susurró Lauren girándose para observar al ogro.

—¿Eh? —dijo Robbie girando su enorme cabeza hacia ella y

mostrando una pequeña oreja, casi de tamaño humano.

—¿Puedes… puedes entendernos? —dijo Lauren.

Robbie hizo un gesto afirmativo y emitió un gruñido.

—Pues vamos a abrir estas verjas entonces —dijo Hal.

Robbie esbozó una amplia sonrisa y se abalanzó contra las verjas. Con un solo golpe se estrelló contra ellas justo donde se juntaban y se troncharon hacia dentro con un tremendo estruendo. Las cadenas se rompieron y salieron volando y el candado salió despedido justo por encima de la cabeza de Hal. Las verjas se tambalearon y retumbaron en una ligera nube de polvo y herrumbre, luego dejaron de moverse.

Hal echó un vistazo a las verjas torcidas y abolladas y se dio una palmada en la frente.

—Lo que quise decir era que abrieses la verja ¡con cuidado! —le gritó a Robbie—. ¿Cómo vamos a cerrarlas después para que parezca que no hemos estado aquí?

Los pequeños ojos de Robbie se dirigieron de un lado a otro por toda la verja hasta que al fin miró a Hal y se encogió de hombros.

Hal se giró hacia Lauren y vio que estaba agarrándose a Dewey. O tal vez Dewey estaba agarrándose a ella, de cualquier forma, se separaron y fueron a inspeccionar el daño.

En ese momento apareció Abigail, esta vez iba caminando, tenía a Emily y a Darcy firmemente agarradas de los codos y las traía otra vez hacia la carretera. Ambas parecían pálidas y asustadas y Emily estaba murmurando algo entre dientes. Abigail se paró en seco cuando vio las verjas de entrada.

—Pero ¡qué imbécil! —dijo en voz baja. Pasó al lado de Robbie—. Pero al menos ya estamos dentro. Si nos vamos a meter en líos por esto, prefiero que nos metamos en líos *después* de que hayamos visto lo que hemos venido a ver. Así que, entremos dentro. —Hizo una pausa y se dirigió a Emily—. Ah, y trae los prismáticos ¿vale?

Mientras Abigail caminaba hacia el faro, Hal lanzó una mirada a Lauren:

—¿Estás bien Lauren? Estás muy callada.

—Un poco sorprendida de que Robbie sea un enorme monstruo —dijo Lauren encogiendo los hombros—, y de que Abigail tenga alas, pero sí, aparte de eso estoy bien. —Se le empezó a dibujar una pequeña sonrisa—. Yo también tengo un secreto bastante guay, ¿sabes?

Abigail encabezó el camino, seguida de Hal, Lauren y Dewey, tras ellos iba el renqueante ogro con los puños arrastrando por el suelo. El grupo se dirigió a la puerta del faro. Más alejadas, guardando las distancias, Emily y Darcy caminaban cautelosamente.

El recinto del faro estaba situado en un afloramiento rocoso contra el que las olas se estrellaban y formaban espuma. La carretera

continuaba hacia arriba, hasta una planicie grande y circular en cuyo centro se erguía el propio faro que resultaba mucho más sucio visto de cerca de lo que parecía en la distancia. A su lado se alzaba un edificio de ladrillo medio derruido, no mucho más grande que un cobertizo. Tenía un tejado gris todo desvencijado, un viejo revestimiento pintado de blanco y unas ventanas tapiadas. Un corto tramo de escaleras deterioradas daba a una puerta cerrada con cadenas y candado. Esa era la vieja sala del generador. Según el padre de Hal, en tiempos pasados el continente suministraba la electricidad a la isla, pero el faro necesitaba autoabastecerse en caso de fallo eléctrico por lo que tenía su propio generador. Hal recordaba la explicación de su padre palabra por palabra, pero todavía le costaba un poco entender del todo cómo funcionaba la electricidad, los generadores e incluso las pilas.

El grupo pasó por delante del edificio del generador y llegó hasta la puerta del faro. Hal y Abigail se quedaron mirando las cadenas, estaban entrelazadas con la manilla de la puerta y enroscadas a unos aros de hierro incrustados en el marco de la vieja puerta de roble. Se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros y dieron un paso atrás.

—Robbie. Cadenas. Vamos —señaló Hal con la mano.

Lauren tuvo que apartarse de un salto cuando vio aparecer por su lado los enormes brazos de Robbie tratando de alcanzar las cadenas. Él las agarró, dio un tirón rápido y los eslabones saltaron en pedazos. Pero no solo eso, la manilla de la puerta por la que estaban enroscadas las cadenas también se soltó y los aros de hierro que estaban incrustados en el marco de la puerta se torcieron y rajaron la madera.

Sin pensarlo dos veces, Robbie empujó la puerta con su enorme y rolliza mano y la abrió… para el lado contrario. La puerta se astilló, se rajó y se cayó para dentro al soltarse de las bisagras.

—¡Uy! —dijo Robbie.

Hal le miró con sorpresa, pero se dio cuenta de que podría ser una palabra común entre ogros y humanos. Tal vez no había dicho exactamente «¡Uy!» sino algo similar. Pero el significado estaba claro y Robbie se llevó una mano a la boca como si hubiese hecho algo malo.

—No conoces tu propia fuerza —dijo Hal—. De todas formas, buen trabajo.

Hal trató de reprimir un escalofrío al pensar en la cantidad de desperfectos causados y también intentó ignorar la imagen de la cara de enfado de su padre. ¿Qué tipo de castigo recibirían por aquel tipo de vandalismo? Habían superado la barrera de *quedarse sin salir* con creces.

Abigail, Hal, Lauren y Dewey desfilaron por la entrada, hicieron una pausa y miraron hacia atrás. Robbie se había quedado observando

el interior desde fuera, sus hombros eran mucho más anchos que el dañado marco de la puerta.

—Oye, Robbie, ve a cambiarte y luego nos alcanzas —dijo Lauren con una risita.

Hal miró por alrededor de la sala con nerviosismo. Era cierto, estaban *dentro* del faro. No había ventanas a nivel del suelo, pero había una escalera circular de hierro forjado que subía en espiral por el interior de la torre y cuyo recorrido pasaba por varias aberturas estrechas decoradas con vidrio plomado. A primera vista la escalera parecía estar construida alrededor de un poste bastante grueso, pero al hacer un examen más detenido, el poste resultaba ser un efecto visual producido por los peldaños triangulares al apilarse uno encima de otro en espiral. Era un diseño simple pero efectivo, y Hal empezó a admirar el ingenio de los constructores.

Escondidas en un rincón, debajo de la escalera, había cuatro cajas de madera cubiertas de polvo, estaban todas juntas, colocadas una al lado de la otra.

—¡Uf!, huele a humedad —dijo Abigail—. Venga, vamos hasta arriba.

Avanzó hasta el pie de la escalera y subió con paso firme los peldaños de hierro. La escalera retumbó según iba subiendo. Hal la siguió de cerca con los nervios de punta. «¿Qué demonios estaban haciendo?». Pero ya era demasiado tarde para tener remordimientos. Las verjas estaban abolladas y la puerta destrozada. ¡Estaban metidos en un buen lío! Y, sin embargo, tenía el presentimiento de que estaban a punto de ver algo extraordinario.

Lauren echó un vistazo a la puerta como si estuviera esperando a Robbie, luego empezó a subir los peldaños.

—¡El que llegue el último es un gordo seboso! —gritó Abigail desde arriba riéndose.

Hal hubiera preferido que bajase la voz. Corrió escaleras arriba tras ella, dando vueltas y más vueltas. Puesto que no había ventanas a nivel del suelo, la primera se encontraba a la misma altura a la de una habitación en una casa de dos pisos. La segunda estaba a una altura a la que Hal jamás había estado antes y su entusiasmo se convirtió en leve ansiedad a medida que pasó por la tercera y la cuarta. Desde fuera el faro era solo visible hasta la quinta ventana, por lo que cuando pasó por la pequeña abertura y vio la niebla contra el cristal, Hal sabía que estaban entrando en el reino de lo desconocido.

La niebla vista desde la ventana de la sexta era tan lóbrega como desde la quinta. Pero incluso antes de llegar a ella, Hal pudo ver un cuadrado de luz brillante en la pared opuesta a la séptima y última ventana. ¡La luz del sol! Al subir los últimos peldaños y acercarse a esa ventana, tuvo que entrecerrar un poco los ojos por la claridad. Lo

único que se veía era un vacío de niebla blanca, pero era el vacío de niebla blanca más resplandeciente que había visto jamás.

Hal alcanzó a Abigail, estaba de pie en una plataforma de hierro forjado mirando hacia arriba, hacia lo que era la parte de debajo de un suelo de madera. Se habían acabado los peldaños. A esa altura, ocho pisos incluyendo la planta baja sin ventanas, el diámetro de la torre se había reducido a la mitad. La pequeña habitación circular daba sensación de pequeñez y claustrofobia, tenía tan solo dos metros o dos metros y medio de diámetro como mucho. Por encima de ellos unas gruesas vigas de roble formaban la parte inferior de otro piso. Había una escalera que conducía a una abertura cuadrada a través de la cual se podía ver un haz de luz resplandeciente.

Lauren y Dewey se unieron a ellos y se apiñaron todos juntos en la plataforma. Por abajo se oían los ecos de más pisadas subiendo las escaleras, eran Darcy y Emily, que subían corriendo. Hal se preguntó por un momento si Robbie estaba teniendo problemas para cambiar otra vez a su estado normal.

—Ciento sesenta y ocho peldaños —dijo Abigail sin aliento—, solo quedan unos pocos más. —Empezó a subir por la escalera y desapareció por la abertura. Segundos después dejó escapar un chillido—. ¡Tenéis que ver esto!

Hal trepó tras ella con el corazón en un puño. Lo primero que le vino a la mente fue: «¡Claridad! ¡Mucha claridad! ¡Una claridad cegadora!». Se protegió los ojos y miró a su alrededor tratando de asimilar los detalles de la sala parpadeando. Había ventanas por todo el perímetro, excepto donde había una estrecha puerta que daba hacia fuera. En medio de la sala había algo atornillado al suelo que parecía un enorme faro de bicicleta colocado en un decorativo pedestal de hierro. Había muy poco espacio a su alrededor y, sin dejar de parpadear, Hal rozó las ventanas con los hombros mientras daba la vuelta siguiendo a Abigail.

—¡Mira que vista! —dijo ella girándose. Le miró con los ojos entrecerrados, con una mano colocada a modo de visera para protegerse del resplandor.

—Lo estoy intentando —dijo Hal—, pero hay tanta luz que no puedo…

—¡Oh, dios mío, qué calor! —dijo Lauren apareciendo tras él.

Hacía *mucho* calor. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas y en la sala circular con paredes de cristal el calor era intenso. Juntos, Hal y Lauren, empezaron a abrir las viejas ventanas de marcos negros tratando de ver algo entre los dedos de sus manos. Todavía eran incapaces de abarcar todo el panorama, pero captaron algunos trazos azules. ¿Cómo es que a Abigail se le habían acostumbrado los ojos al resplandor tan rápido?

—Salgamos por esta puerta al balcón —dijo Abigail tirando del picaporte.

Le costó un poco, pero por fin la puerta cedió con un chirrido. Al salir ella fuera se notó una fuerte brisa por toda la sala.

—Es un mirador —dijo Dewey distraídamente al asomarse dentro.

Hal y Lauren intentaron salir por la puerta a la vez y ganó Lauren. Puso un pie fuera y dejó escapar un grito sofocado de sorpresa, luego apoyó la espalda contra una de las ventanas.

Hal la siguió fuera produciendo un ruido metálico con los pies al andar sobre el suelo de rejilla. Respiró hondo y se agarró a la barandilla de hierro negro. Se le tensaron los músculos de las piernas y se le quedaron los nudillos blancos de agarrarse tan fuerte mientras daba la vuelta al mirador. Dewey salió detrás de él.

Abigail estaba allí con los ojos entrecerrados utilizando la mano de visera. Estaba disfrutando del resplandeciente sol amarillo, su pelo castaño oscuro brillaba como no lo había hecho jamás.

—Ahí Fuera —dijo señalando con el dedo y girándose hacia Hal con una amplia sonrisa.

Los cuatro se quedaron mirando fijamente. La niebla se elevaba como lo hacía el vapor en una carretera mojada un día de calor, solo que era mil veces más densa, era una blancura impenetrable que asfixiaba su isla y ocultaba los campos, los bosques, las colinas y las casas. Mientras se quedaron quietos observando se filtró a través de la rejilla de hierro del suelo, humeando entre sus pies.

Costaba creerse que ellos habían pasado toda su vida abajo, andando a tientas por esa sofocante sustancia, respirándola, ajenos al brillante cielo azul con el resplandeciente sol amarillo de arriba. Se habían contentado con la tenebrosa niebla durante mucho tiempo, soñando siempre con un cielo azul, pero sin esperar verlo nunca. Y ahora estaban ahí, sintiendo su calor, respirando su aire fresco y limpio. ¿Cómo podrían contentarse de nuevo con los sombríos alrededores?

Tal vez se tratase de eso. Si hubiesen entendido lo que de verdad era Ahí Fuera, si hubiesen visto su belleza de primera mano, entonces ¿cómo habrían podido estar felices y satisfechos creciendo en un ambiente tan tenebroso y húmedo? Hal supuso que no hubieran estado satisfechos para nada. En ese instante entendió un aspecto del secretismo de los adultos: el porqué de que no hablasen nunca de Ahí Fuera. Los chavales no podían echar de menos lo que no habían tenido nunca

Más allá del leve perímetro de la niebla había una estrecha franja de agua clara y reluciente que los separaba de una masa de tierra que se extendía por el horizonte.

Ahí Fuera.

Las preocupaciones de Hal se disiparon al contemplar el profundo cielo azul, las verdes colinas ondulantes y la serenidad de la bahía. Era difícil preocuparse por cosas sin importancia, como su entrada al faro por la fuerza, frente a una belleza natural tan impresionante.

Hal se acordaba de cuando él y Robbie se habían adentrado en la niebla con la balsa. El miedo a perderse les había paralizado. Mirando ahora el despejado mar azul, deseó haber seguido remando y emerger de repente entre la niebla para descubrir el continente ante ellos. Pero claro, la serpiente de mar nunca se lo habría permitido.

Hal miró a Lauren de reojo. Su pelo se movía levemente con la brisa, y mientras la observaba, ella cerró los ojos y respiró hondo con una amplia sonrisa. Al otro lado, a Dewey parecía que alguien le había dado un sopapo, estaba aturdido y en silencio con la boca abierta.

En ese momento, Emily y Darcy salieron al balcón dejando escapar unos gritos sofocados de sorpresa sin parar de parpadear. Darcy murmuraba algo una y otra vez, mientras que la reacción de Emily era bastante más ruidosa. Ella gritaba, chillaba y daba saltos agarrándose al pasamanos. A Hal le hacía daño a los oídos, pero no podía parar de reírse.

Y por fin llegó Robbie, de vuelta a su estado normal y completamente vestido. Hal no pudo ver su reacción muy bien porque Dewey, Darcy y Emily estaban en medio, pero se imaginó que Robbie estaba tan entusiasmado y anonadado como los demás.

«Ojalá Fenton hubiese estado allí», pensó Hal. Tal vez algo así hubiera ablandado a Fenton de por vida. Era una pena que tuviera que perderse esa aventura.

Capítulo 15
Descubrimientos

—Pásame los catalejos, Emily —pidió Hal acordándose, de repente, de que ella los había traído.

Emily no dejó de mirar la espectacular vista mientras se quitaba los prismáticos del cuello y se los pasaba a Dewey, quien a su vez se los pasó a Lauren después de darle un empujón para llamar su atención. Cuando Lauren parpadeó y miró hacia abajo, pareció sorprendida de encontrarse con los catalejos en las manos. Hal se los cogió con delicadeza.

Fue como si a Lauren alguien le hubiese comido su última galleta. Hizo un puchero y miró los binoculares con ansia cuando Hal se los quitó de las manos:

—Después de ti, voy yo —dijo con firmeza.

Eran unos catalejos grandes y pesados, pero tenían una práctica correa de cuero. Hal tenía miedo de que se le cayeran, así que se pasó la correa por el cuello y se los acercó a los ojos. Tras ajustarlos un poco se encontró a sí mismo en una playa en el continente.

—¡Guau! —exclamó—. ¡Este aparato es alucinante!

Hal siguió lentamente por la arenosa playa tratando de identificar toda la basura que había desperdigada. Había restos de viejas fogatas, además de botellas rotas y latas vacías esparcidas por todas partes, una vieja bota de pescar y un par de barcas afianzadas con rocas y palos para formar una especie de refugio temporal, había hasta un viejo y oxidado coche hundido en la arena.

Explorando un poco más arriba, Hal encontró una carretera que recorría la playa. También estaba llena de basura. Había coches abandonados, muchos de ellos retorcidos y abollados como resultado de colisiones, algunos ennegrecidos por el fuego, pero todos con las ruedas pinchadas y los cristales rotos. Alrededor de los coches habían crecido hierbajos procedentes de las grietas del asfalto. Un coche tenía un pequeño árbol saliendo del capó.

Más allá de la carretera y extendiéndose por una suave pendiente hacia las colinas, había casas de todas las formas y tamaños que se alzaban silenciosas con las puertas abiertas de par en par o con las puertas colgando de las bisagras. Muchas de las ventanas estaban rotas

y las cortinas que colgaban, hechas jirones, revoloteaban con la brisa.

Aunque los jardines delanteros que aquellas casas tuvieron en su día eran muy pequeños, ahora estaban tan cubiertos de maleza que parecían auténticos bosques en miniatura separados por vallas bajas. Hal estaba acostumbrado a ver ese tipo de cosas en la isla con todas las casas vacías que había cerca del embarcadero, pero en el continente había literalmente *cientos* de casas, tal vez *miles*.

—¿Has acabado ya? —le preguntó alguien.

Hal estaba tan absorto que ni siquiera se había fijado en quién había hablado.

—Casi —dijo Hal—. Lo que está claro es que no hay nadie que viva Ahí Fuera, al menos que yo vea. Ese lugar fue abandonado hace mucho tiempo, como dijo la señorita Simone.

Más hacia el sur se hallaba el centro de la ciudad. Hal sabía lo que era porque había visto fotografías de ciudades con edificios de una altura imposible tocando el cielo. No necesitaba catalejos para ver los edificios, pero lo que los prismáticos le mostraron es que las carreteras de alrededor, en particular una enorme autopista elevada en curva, estaban tan tranquilas y silenciosas como la carretera de la costa.

Dejando escapar un suspiro Hal le pasó los binoculares a Lauren.

—Es un desastre —resumió Hal—, no puedo ver señales de vida por ningún sitio.

—Eso no significa que no haya ninguna —comentó Abigail—. Puede que la ciudad esté muerta, pero podría haber grandes grupos de gente viviendo en algún sitio. Tal vez no se hayan dispersado por toda la ciudad, sino que se hayan juntado en una pequeña comunidad, como nosotros aquí en la isla.

—Por otro lado, puede que no quede nadie vivo —dijo Lauren en voz baja. Le pasó los catalejos a Abigail—. Mira, echa un vistazo. Es bastante penoso.

—Acabo de pensar —dijo Robbie—, que puesto que estamos por encima de la niebla… ¿significa eso que estamos respirando aire contaminado?

Se produjo un largo silencio.

—Si es así, no parece que nos esté afectando —dijo Darcy siendo la primera en hablar.

—*Todavía* no —dijo Emily—, puede que tarde un rato.

—O tal vez no nos afecte en absoluto —dijo Abigail pasando los prismáticos al siguiente—. Nunca hemos estado enfermos. Mi madre siempre está diciendo que tenemos unos sistemas inmunitarios excelentes. Me pregunto si no tiene algo que ver con el modo en que podemos transformarnos en monstruos. Tal vez nuestros cuerpos puedan, de alguna forma, *repararse* a sí mismos cuando se ponen enfermos.

—O tal vez no haya ningún virus ya —reflexionó Hal—. Oye, y hablando de monstruos… Lauren, ¿cuándo vas a enseñarnos en lo que te puedes convertir?

De repente todos dirigieron la mirada hacia Lauren.

—Bueno, ahora mismo, si queréis —dijo Lauren poniéndose colorada—. Mientras no me miréis como si fuera un…

—¿Bicho raro? —preguntó Abigail. No, no eres un bicho raro. Ninguno lo somos. Solo somos especiales. —Hizo una mueca alzando la vista hacia arriba—. No sé lo que somos, pero creo que deberíamos averiguarlo por nosotros mismos antes de dejar que la señorita Simone nos ponga sus pegajosas manos encima. Tal vez juntos podamos controlar la situación en vez de estar muertos de miedo por lo que nos está pasando.

Hubo un murmullo de aprobación.

—Vale —dijo Lauren, esta vez más nerviosa—. Hummm… pero necesito que os vayáis todos. ¿Por qué no os vais todos abajo y esperáis fuera? Yo bajaré en un minuto. Necesito, hummm… desnudarme.

—Vamos, chicos —dijo Hal, comprendiendo la situación totalmente.

Todos echaron un último vistazo a Ahí Fuera y aligeraron el paso escaleras abajo dejando sola a Lauren. Con el traqueteo de seis pares de pies bajando a todo correr por la escalera de caracol, fue un milagro que la estructura no se desplomase.

Cuando salieron fuera, sintieron que la niebla era más fría y húmeda que nunca. Tan solo unos minutos al sol les habían bastado para saber lo que se estaban perdiendo. Ahora sí que Hal estaba decidido a cubrir el agujero de niebla del Bosque Negro. Estaba convencido de que juntos podrían vencer a la mantícora con facilidad. Juntos podrían vencer *cualquier* cosa.

Todos se quedaron esperando a Lauren, escuchando atentamente sus pisadas por la escalera. Pero no se produjo ningún sonido. ¿Estaba todavía en el mirador? ¿O en la sala del foco?

—¿Cuánto tiempo creéis que…? —empezó a decir Hal.

Pero en ese momento se oyó un grito y todos miraron hacia arriba justo a tiempo para ver una figura cayendo en picado de la niebla.

«¡Lauren se ha caído del mirador!», pensó Hal horrorizado. Se le paró el corazón al ver una figura desplomándose como una roca. Pero ¿era Lauren? Era algo borroso, blanco como la nieve, con unos brazos y piernas que se agitaban. Sin embargo, en el último segundo se abrieron unas enormes alas blancas y la figura logró, de alguna forma, salvar la caída y remontar el vuelo a escasos centímetros del suelo evitándolo a duras penas. Parecía un águila a punto de capturar a su presa y, por un instante, Hal tenía la certeza de que *él* era la presa

cuando vio a la figura precipitarse hacia él con unos ojos amarillos, una cara blanca y peluda y unas enormes y potentes alas como las de una lechuza blanca gigante.

La criatura se elevó sobre sus cabezas tan deprisa y a tan poca distancia de ellos que todos se agacharon al sentir una fuerte ráfaga de aire. Oyeron la familiar carcajada de Lauren. Hal se incorporó lentamente para observarla y vio cómo agitaba las grandes alas con delicadeza y las inclinaba para rodear el recinto a una velocidad descomunal. Ella dejó escapar un grito y originó otra corriente de aire al regresar volando por encima.

Cuando dio otra vuelta, esta vez más despacio, Hal y los demás pudieron verla mejor. Sus ojos eran de un amarillo intenso, los hombros eran esbeltos pero musculosos y los brazos delgados con largas manos y dedos al estilo de un pájaro. Un enmarañado y largo pelaje blanco le cubría la parte superior del cuerpo, los hombros, las caderas y los muslos, pero por debajo de los codos y las rodillas el pelo se hacía más fino y corto. En lugar de su brillante pelo castaño normal, le salían de la cabeza unos mechones blancos.

Lauren se acercó con rapidez, se elevó e hizo una grácil parada en el aire a unos seis metros del suelo con las alas extendidas antes de dejarse caer suavemente sobre sus pies de pájaro. Sus alas se plegaron a su espalda.

—Eso ha estado genial —dijo Abigail por fin—. De verdad, Lauren, eres…

—Pero, me di un buen susto —dijo Lauren hablando con su voz normal, aunque ligeramente ronca—. Aunque he volado antes, bajando en picado por aquí y por allá, nunca he conseguido volar muy alto. Es como si pesara demasiado y mis alas no pudieran sostenerme. Esta vez pensé que sería genial bajar volando desde el faro. Pero por un segundo mis alas no respondieron en absoluto y me precipité hacia el suelo como si fuera una roca.

—Ya lo vimos —dijo Hal—, casi me da un infarto.

—Yo pensé que te nos ibas —corroboró Robbie un poco pálido.

—Ay, Robbie —dijo Abigail dándole un empujoncito con el codo—, ¿pensaste que perderías a tu corazoncito?

—Cállate —respondió bruscamente, volviéndole el color a las mejillas.

—¿Y entonces qué eres? —preguntó Hal— ¿Una especie de chica-pájaro?

—No tengo ni idea —dijo Lauren encogiendo los hombros y haciendo que las mullidas plumas de sus alas se moviesen. Miró hacia el faro—. Uno de vosotros tendrá que subir a buscarme la ropa. Yo no creo que quepa por la puerta y por las escaleras con estas alas.

—Ya voy yo —dijo Robbie dando un paso hacia delante.

—De eso nada —dijo Emily airadamente—, voy a buscarla yo.

Robbie se quedó tan desconcertado que Abigail se echó a reír a carcajadas:

—Robbie, Robbie. Una chica debe mantener un cierto grado de pudor, ¿sabes? Y eso incluye mantener su ropa, y en particular su ropa interior, fuera del alcance de los chicos.

Lauren parecía estar pasándoselo bien. Su peluda cara blanca tenía estructura humana y su sonrisa era la misma de siempre, con hoyuelos y todo. Sus dientes eran un poco diferentes, tenía unos cuantos colmillos con aspecto bastante siniestro que no parecía que pegasen mucho en la boca de una chica tan dulce.

—¿Quién es el siguiente? —dijo Abigail mirando a su alrededor—. Todos habéis visto ya mis alas de hada, no tan espectaculares como las de Lauren desde luego. Robbie ya ha hecho su truco de ogro. Te toca Hal. A ver lo que puedes hacer tú.

Pero antes de que pudiese hacer nada, Emily les llamó desde la puerta del faro. Todavía no había subido ni las escaleras.

—¡Eh, mirad esto! Venid a ver.

Todos se fueron corriendo hasta la entrada. Emily estaba allí sosteniendo unas extrañas prendas de ropa verde.

—¿Os resulta familiar?

Tenía en la mano un vestido de una pieza, de un material fino y sedoso decorado con cientos de piedrecitas brillantes. El vestido era de manga corta y botones por delante y el dobladillo estaba elaborado con retazos de distintos colores verdes formando una compleja estructura de hojas. Era de naturaleza muy orgánica.

—Parece el vestido de la señorita Simone —dijo Darcy tocando el dobladillo—, se parece mucho. Es el mismo tipo de material. ¿Por qué creéis que está aquí? No puede ser de ella, es demasiado pequeño.

—Hay un montón de vestidos —dijo Emily señalando hacia atrás con el pulgar por encima de su hombro —. Esas cajas de madera están llenas de ropa como esta, y no solo hay vestidos, también hay ropa de chico. Y todo es ropa para niños, no para adultos.

Todos menos Lauren, fueron corriendo dentro y empezaron a sacar la ropa de las cajas. A primera vista todas las prendas parecían iguales, pero cada una era sutilmente distinta, un armario de ropa completo que hacía juego con la de la señorita Simone.

—Esto debe de ser para nosotros —dijo Emily con los ojos resplandecientes—. No me imagino por qué, pero es como si la señorita Simone hubiese traído ropa de Otra Parte para que nos la pongamos.

—Déjame ver —llamó Lauren desde la puerta. Emily le lanzó un vestido.

—¡Bonitos pantalones! —dijo Dewey sosteniéndolos en alto.

Tenían la misma mezcla de verdes que los vestidos, pero sin la brillantina. Hal estaba de acuerdo con Dewey, eran bastante guais. Examinó una de las cajas en busca de unos pantalones similares y una camisa a juego.

—Debe de haber cientos de prendas —dijo Emily, obviamente encantada con su hallazgo—. Hay de distintos tamaños, mirad —dijo sosteniendo dos vestidos, uno en cada mano, uno que parecía que podría valerle y otro que era varias tallas más pequeño—. Supongo que la señorita Simone tuvo que tener en cuenta que creceríamos. Lo que me pregunto es por qué nadie nos ha dado esta ropa ¡Es superbonita!

—Esto es muy raro —dijo Lauren desde fuera—, mirad esto.

Sus grandes alas blancas se apretaron contra el marco de la puerta mientras intentaba inclinarse hacia dentro para enseñárselo. Sostuvo el vestido en alto delante de ella y lo giró para un lado y para otro.

—¿Veis? Está intacto ¿verdad? Ahora fijaos.

Acercó el vestido a su cuerpo y de repente, de forma inexplicable, apareció una abertura en la parte trasera del vestido, una especie de desgarrón, en medio de la tela verde, que tomó una forma ovalada.

—¡Y he aquí, un agujero! —dijo, como si estuviese haciendo un truco de magia. Los brillantes ojos amarillos de Lauren resplandecieron acompañados de una amplia sonrisa—. Pero eso no es todo, mirad otra vez.

Separó lentamente el vestido de su cuerpo alargando el brazo y sujetándolo de la mano para que todos pudiesen ver la misteriosa abertura de la espalda. En cuanto alejó el vestido, el agujero se cerró solo.

—¿Qué? —exclamaron Hal y Robbie a la vez.

—No hay ni rastro del desgarro —dijo Abigail cogiendo el vestido de las manos de Lauren.

—Hazlo otra vez —dijo Dewey.

Lauren así lo hizo repetidamente, consiguiendo el mismo efecto una y otra vez. Cuando acercaba el vestido a su cuerpo aparecía un agujero en la espalda y cuando lo alejaba, se cerraba. Probó con varios vestidos y todos dieron el mismo resultado. Probó hasta con una camisa de chico y sucedió lo mismo.

Y el caso es que nadie más podía hacer ese truco.

Estuvieron bastante rato examinando la ropa y probando sin resultado y llegaron a la conclusión de que la misma Lauren era la causante de tal efecto. Siguiendo una corazonada, Abigail salió fuera e hizo crecer sus propias alas. Y entonces, sorprendentemente, el truco también le funcionó a ella.

Todos exclamaron al unísono cuando cayeron en la cuenta.

—¡Estas son prendas *inteligentes*! —dijo Hal—. De algún modo

saben cuándo cambiamos y se adaptan a nosotros.

—¡Sí! —chilló Emily aplaudiendo con entusiasmo—. ¡Eso es! Ambas, Lauren y Abigail, tienen alas, así que si llevaran puestos esos vestidos, aparecerían unos agujeros grandes para permitir que crecieran sus alas.

Lauren cogió un vestido y salió corriendo por detrás del edificio del generador.

—¡Vuelvo enseguida! —dijo gritando por encima del hombro.

Los demás regresaron donde estaban las cajas y eligieron lo que creyeron que les valdría. Momentos después Lauren volvió, humana de nuevo, llevando puesta su nueva prenda. Le estaba bien y parecía cómoda con el ligero vestido que le llegaba a la rodilla.

—¡Funciona! —dijo con entusiasmo—. Mirad.

Lauren arrugó la cara intentando concentrarse. En un abrir y cerrar de ojos, le empezó a salir una fina pelusa blanca en la piel, sus hombros se ancharon, sus brazos se alargaron y sus alas se desplegaron una vez más. Su vestido verde parecía inalterado… pero, curiosamente, su hechura debía de haber cambiado para adecuarse a los hombros de Lauren, ahora bastante más grandes, puesto que no parecía que le estuviera estrecho. El dobladillo también era distinto, ya no estaba elaborado en forma de hojas, sino que tenía un fino tejido de plumas, un cambio de diseño muy sutil que parecía no servir a ningún propósito. Pero el cambio más importante estaba en la espalda; cuando Lauren se dio la vuelta, ahí estaba el agujero otra vez, con un tamaño y forma perfectos para permitir que sus alas sobresaliesen sin problema.

Cuando Lauren cambió a su forma humana otra vez, el vestido se cerró por la espalda y se ciñó visiblemente a los hombros y alrededor de la cintura. El diseño de hojas apareció otra vez y los cientos de pequeñas piedrecitas resplandecieron.

—Eso es increíble —dijo Darcy con los ojos como platos.

—Esperad —dijo Emily, examinando una de las cajas.

Emily sacó una pequeña caja de madera y la abrió. Dentro había un grueso montón de láminas de plástico transparentes, cortadas más o menos con forma de pie.

—¿Es una plantilla de zapato? —dijo Darcy utilizando el índice y el pulgar para sacar una. Era flexible—. ¿Se ponen dentro de los zapatos?

—¿Y eso de qué serviría? —preguntó Emily pensativa.

Siguiendo un impulso, Emily dejó caer una de las plantillas al suelo y se quitó un zapato. Luego colocó su pie descalzo sobre la extraña lámina de plástico. La lámina cobró vida. Aunque el pie de Emily era considerablemente más grande, la plantilla se alargó para adaptarse y envolvió despacio su talón, el puente y los dedos del pie.

Emily chilló y empezó a saltar en círculos tratando de quitársela, pero estaba bien pegada a su pie.

—Ropa inteligente y zapatos inteligentes —dijo Hal echándose a reír.

Todos cogieron un par de plantillas y las miraron con curiosidad.

—Vamos todos a vestirnos —dijo Abigail con los ojos brillantes.

Pero Robbie estaba desconcertado. Se quedó mirando las prendas que él mismo había elegido, un par de pantalones verde y gris y una camisa grande que podía deslizar sobre la cabeza sin tener que preocuparse de atar botones.

—Me pregunto cómo me va a funcionar a mí —dijo—. Lo que quiero decir es que yo soy tres veces más grande cuando soy un ogro.

—Vete a probártelo —le urgió Abigail—, y así lo sabrás. Yo también voy a cambiarme, os veo en un minuto.

Todos se apresuraron a buscar sitios apropiados para esconderse, detrás de un arbusto o detrás del edificio del generador. Emily se quedó en el faro mientras que Dewey se escabulló por detrás.

Hal encontró un arbusto grande y se quitó la ropa con rapidez. ¿Debería dejarse los calzoncillos puestos? Lo pensó un momento y al final decidió quedárselos. La ropa tenía buena pinta, pero no parecía muy apropiada para la fría niebla.

Curiosamente, después de que se hubo vestido, se dio cuenta de que no tenía frío. A esas alturas debería estar congelado, con su delgada camisa, delgados pantalones y extraños zapatos transparentes que dejaban destapada la parte de arriba del pie, incluyendo los dedos… y aun así, parecía increíble; tenía tanto calor como cuando había estado al sol en lo alto del faro. Para su sorpresa descubrió que también tenía los pies calientes, era como si las suelas generaran calor. Y lo que era aún mejor, casi no sentía el escabroso suelo por debajo. Para asegurarse bien pisó una piedra, y se asombró al descubrir que no le hacía daño en absoluto, incluso cuando puso todo su peso sobre ella.

¿Qué pasaría con la nueva ropa si cambiase en dragón? Solo había una forma de averiguarlo.

Arrugó la cara para concentrarse, como lo había hecho Lauren. Ella lo había hecho parecer *tan* fácil. Abigail también, esa chica podía producir alas ¡a voluntad! «Entonces ¿cómo se hacía?». Se quedó mirando sus manos durante un rato, imaginando las grandes pezuñas de reptil que le habían salido en el bosque. Pero solo con quedarse mirando las manos no fue suficiente, no pasó nada en absoluto. ¿Dónde estaba ese picor familiar que le entraba cuando empezaba a cambiar? ¿O es que el picor venía asociado a los primeros cambios? Tal vez ahora que ya había experimentado una transformación completa en el Bosque Negro, no habría más irritantes sarpullidos

inesperados o destellos de fuego en su garganta. Tal vez ahora él tenía el control del dragón que llevaba dentro, en vez de al revés.

Fue inútil. No parecía que Hal pudiese cambiar por su propia voluntad. Dejó su ropa doblada en un montón y regresó al faro donde Emily estaba esperando fuera. Su vestido era muy similar al de Lauren, con tan solo unas diferencias mínimas de diseño y color. Y en ese momento apareció Dewey, que venía de la parte trasera del faro, vistiendo el mismo estilo de pantalones y camisa que Hal.

Dewey parecía muy contento consigo mismo, pero no quería decir el motivo.

—Esperad y lo veréis —dijo con una sonrisa.

Finalmente, Darcy regresó con Abigail, ambas descalzas. Abigail levantó el pulgar en señal de aprobación cuando vio a Hal y al instante hizo crecer sus alas y fue volando hacia donde él estaba. Su vestido parecía relucir un poco más mientras estaba volando y la tela verde tenía un brillo plateado. Ahora más que nunca parecía un hada de verdad.

—¡Funciona! —gritó—. ¡Se acabaron los vestidos rasgados!

Para demostrarlo aterrizó justo delante de Hal, se giró y replegó sus delicadas alas. Aún zumbaban mientras empezaban a desaparecer en su espalda descubierta y Hal pudo oír un curioso gemido agudo que sonó como un mosquito. Luego desaparecieron de la vista y en un instante la práctica abertura en la espalda del vestido de Abigail se cerró. Al mismo tiempo, el vestido perdió su efecto brillante, como si su energía se hubiese disipado.

Robbie regresó para unirse al grupo y todos se quedaron en círculo fuera del faro, todos vestidos de verde y gris y todos descalzos, excepto por las curiosas plantillas de plástico. Se miraron los unos a los otros en silencio.

—Vale, cuadrilla —dijo por fin Abigail con los ojos brillantes de emoción y hablando con tono de secretismo—, creo que podemos decir con total seguridad que estas ropas han sido diseñadas para nosotros. Están encantadas o algo así para que podamos cambiar una y otra vez, para que nuestras ropas normales no se rasguen y se hagan jirones. Lauren y yo ya lo hemos demostrado.

—Sí, para ti es fácil decir eso —dijo Robbie frunciendo el ceño—. A vosotras solo os crecen alas. ¿Qué pasará conmigo cuando crezca tres veces más? ¿O con Hal cuando se convierta en dragón?

—Pues, deja de hacer preguntas estúpidas y enséñanoslo —dijo Abigail rápidamente—. «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy».

—Sí, pero y si… —empezó a discutir Robbie.

—No te preocupes —dijo Dewey con seguridad, interrumpiendo por una vez. Todos se giraron hacia él sorprendidos—. Mira, te lo voy

a enseñar.

Dewey siempre había sido pequeñito, solo un poco más bajo que Hal, pero de constitución más delgada. Era un blanco fácil para Fenton, el acosador de la clase. Tal vez *demasiado* fácil, lo que explicaba por qué Fenton se metía con Robbie en vez de con él. Por lo menos Robbie le contestaba y le daba una razón para pegarle. Dewey, en cambio, era normalmente muy tímido.

Pero esa tarde no. Ahora parecía seguro de sí mismo, como si de forma sigilosa hubiese madurado unos cuantos años en el transcurso de unas cuantas horas. Seguía estando en el mismo cuerpo menudo de siempre, pero en cierta forma parecía mayor. Dewey también lo sabía. Tenía un peculiar brillo en los ojos y una sonrisa que delataba una confianza renovada. A Hal no le habría sorprendido en absoluto si, por una vez, Dewey se hubiese defendido y enfrentado a Fenton en caso de que este hubiera estado ahí para chincharle.

Entonces Dewey les enseñó a todos de dónde le venía esa confianza recién adquirida. Se echó hacia atrás arqueando la espalda y en un instante su tamaño y figura cambió a los de un caballo apoyado en las patas traseras. Tenía un corto pelo castaño por todo el cuerpo, unas patas largas y musculosas y una cola de color negro azabache. Por un breve instante se tambaleó y desequilibró, pero luego salieron de su torso unas piernas delanteras de caballo que patalearon el aire con ímpetu. Dewey cayó con fuerza al suelo a cuatro patas.

Pero Dewey no era un caballo. Tal y como Hal y Robbie habían supuesto, era un *centauro*, parte caballo y parte humano. Era en su mayoría de naturaleza equina excepto que, donde estarían la cabeza y el cuello de un caballo, había un torso humano con brazos, hombros, cuello y cabeza de hombre. Una espesa melena negra le caía suavemente por la espalda. El corto pelo castaño que cubría la parte de caballo del centauro se hacía un poco más fina por toda la piel de su parte humana. Incluso su cara tenía pelusilla y sus cejas estaban increíblemente pobladas.

La pequeña cara de Dewey se había aplanado, era más rígida y más ancha y tenía la nariz achatada con las fosas nasales ensanchadas. Los ojos no habían cambiado, pero las orejas sobresalían hacia arriba entre su espesa melena y eran curiosamente puntiagudas. Con la piel oscurecida, sus blancos dientes resaltaban más cuando sonreía.

—Bueno, aquí estoy —dijo todo orgulloso.

—Ahí estás —dijo Hal asombrado con voz ronca.

Hal se dio cuenta de que, al igual que los otros, él también había retrocedido varios pasos para darle a Dewey espacio suficiente para maniobrar. Dewey parecía incapaz de estarse quieto; no hacía más que dar vueltas, patalear y girar la cabeza para intentar ponerse frente a ellos. Hal tenía la extraña sensación de que estaba observando a un

chico montado en un caballo inquieto y tal vez eso mismo era lo que sentía Dewey en su nuevo cuerpo de centauro.

—¡Oh! ¡Mirad su ropa! —exclamó Darcy señalando con el dedo.

Costó un poco encontrarla, pero ahí estaba, los pantalones y la camisa se habían combinado y reformado en una capa gris verdosa, atada con una cinta. Cuando Dewey se giró, la capa ondeó en el aire de un lado a otro.

—O sea que la ropa se reforma alrededor del cuerpo —dijo Emily aplaudiendo—. ¡Es maravilloso! Pero creo que hoy ya no aguanto más cambios de cuerpo, chicos. Me va a dar un ataque.

—Estoy orgullosa de ti, Dewey —dijo Abigail sonriendo al centauro—. Eres… bueno, ¡magnífico! Es curioso, pero tienes la *forma* de un caballo adulto, sólido y musculoso, pero tú eres más bajito. Me pregunto si es porque todavía eres joven.

Hal se dio cuenta de que tenía razón. Los viejos caballos que usaban en las granjas para arar el campo y tirar de las carretas eran bastante más grandes. Dewey era impresionante, pero puesto al lado de un caballo de verdad, probablemente sería como medio metro más pequeño. ¿O tal vez debiera decir varios *palmos,* más pequeño? Hal creía recordar que su padre le había dicho que los caballos se medían en palmos.

—Bueno, ya solo quedas tú, Hal —dijo Abigail dándole una palmadita en el hombro—. Y entonces ya estaremos todos, excepto Emily y Darcy que dicen que a ellas no les pasa nada. Yo sé que a Emily le está pasando *algo*, lo he visto —dijo entrecerrando los ojos pensativamente—. Me pregunto si podríamos forzarla a cambiar de algún modo…

—Eso no me gusta cómo suena —dijo Emily pareciendo incómoda—, quiero decir que lo que está pasando aquí es maravilloso, pero también es aterrador. Yo no puedo imaginar en que puedo transformarme. Y desde luego no he notado nada extraño. Ni dientes afilados, ni picores, nada.

—Yo tampoco —coincidió con ella Darcy—, absolutamente nada.

—También está Fenton —dijo Robbie—. Todavía no sabemos lo que es. Ojalá hubiese venido. Es un gordo mantecoso y descerebrado, pero es uno de nosotros.

En ese momento, un fuerte torrente de agua cayó sobre la cabeza de Robbie desde una gran altura. Medio ahogándose, Robbie se dio la vuelta esperando ver a alguien detrás de él sosteniendo un cubo vacío. Pero no había nadie.

Todos se pusieron a mirar hacia arriba. Hal había visto caer el agua por entre la niebla, era un grueso y claro chorro dirigido a Robbie, justo cuando este acababa de insultar a Fenton. Al instante supo que después de todo el gran muchacho estaba allí. Pero ¿dónde?

Les costó un poco encontrarle, pero ahí estaba, aferrado al costado del faro, cuatro o cinco pisos más arriba, apenas visible por la densa niebla. Cualquiera sabía cómo demonios se había aferrado a la lisa y redondeada pared del faro. No había nada a lo que agarrarse.

Pero ahí estaba Fenton, pegado al lateral de la torre, una oscura y misteriosa figura colgada boca abajo con el estómago aplastado contra la pared y las piernas y los brazos abiertos. ¿Era una cola larga y delgada lo que se extendía alrededor de la pared del faro? Pero ¿qué era él?

Hal no pudo evitar pensar en las gárgolas, esas feas figuras de piedra construidas en los laterales de los edificios antiguos. Se suponía que lo que hacían era desalojar el agua de lluvia de los canalones del tejado por medio de un caño, de modo que parecía que las estatuas escupían. Encajaba con la descripción de Fenton perfectamente.

Mientras Hal pensaba en ello, se dio cuenta de que los ojos de la criatura brillaban entre la niebla con un fulgor rojo. Fenton, Hal estaba convencido de que era él, los miraba fijamente desde arriba, silencioso y amenazante.

Capítulo 16
Transformaciones

La criatura que estaba arriba, aferrada a la pared del faro, permanecía inmóvil en medio de la desapacible niebla, mirándolos fijamente con sus ojos rojos.

—Fenton, ¿eres tú? —dijo Hal con los pelos de punta.

No hubo respuesta, ni la menor indicación de que aquel ser le hubiera oído siquiera. Todos se quedaron en silencio, a excepción de Dewey, que no podía dejar de moverse girando en círculos como un caballo nervioso. El ruido de sus cascos resonó por todo el recinto del faro.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí todo el día sin hacer nada —dijo por fin Abigail molesta—. Fenton, si eres tú, baja y habla con nosotros.

—Igual es un gallina —dijo Robbie en voz alta secándose la cara—. Tío, este agua apesta.

Ni siquiera la provocación de Robbie surtió efecto alguno en la criatura. Era como una estatua que estuviese pegada al costado del faro. «Justo como una gárgola», pensó Hal de nuevo.

—¿Sabéis qué? —dijo Abigail—, al ver a Fenton ahí arriba me he acordado de que se nos va a hacer tarde. ¿Alguien lleva reloj?

—Son casi las cuatro y media —dijo Hal.

—¿Y qué? —dijo Darcy—. Estamos de picnic. Podemos tardar lo que queramos.

—Sí, pero se supone que Fenton tendría que estar a esta hora de vuelta en casa —le contestó Abigail—. ¡Baja aquí, idiota! —gritó llevándose una mano a la cara a modo de altavoz. Chasqueó la lengua con fastidio—. Tenía la esperanza de que pudiéramos tapar el agujero de niebla del Bosque Negro antes de que Fenton se marchase —murmuró.

—Y todavía podemos —dijo Robbie—, no parece que vaya a ir a ningún sitio.

—Hummm… ¿Sabéis qué? —consideró Abigail—, hemos estado en lo alto del faro respirando aire fresco. Parece que ahora el aire está limpio ¿no creéis? Así que, si tapamos el agujero de niebla, y toda la niebla desaparece, tendremos un cielo azul y sol radiante en

abundancia y no habrá razón alguna para que *ninguno* de nosotros tenga que marcharse de la isla, por mucho que se empeñe la señorita Simone.

—Tú te supones —empezó a decir Robbie— que nuestros padres *quieren* quedarse aquí, aunque el aire esté bien.

—Mira, sea lo que sea, lo que la señorita Simone tenga en mente para nosotros: experimentos, pruebas, lo que sea, creo que nuestros padres solo están de acuerdo con ella porque creen que no hay otra opción. Piensan que, si dejan que la señorita Simone nos lleve a su mundo, por fin podrán abandonar esta brumosa isla.

Se produjo un silencio.

—Eso no tiene sentido —discrepó Hal—. Cuando empezaron este proyecto, hace todos esos años, el aire estaba limpio. Todo estaba soleado y resplandeciente. Nuestros padres acordaron trabajar con la señorita Simone *antes* de que apareciera el virus, así que, incluso entonces, debieron de estar dispuestos a marcharse tarde o temprano al mundo de la señorita Simone, una vez que todos fuéramos lo suficientemente mayores y empezáramos a cambiar. Yo no veo cómo, por quitar la niebla, vayan ahora a cambiar de modo de pensar.

—A mí me duele la cabeza —dijo Emily.

—A mí también —coincidió Dewey. Trotó en círculo e hizo un gran esfuerzo por quedarse quieto—. Mirad, si la señorita Simone hizo un pacto con nuestros padres, entonces nuestros padres están moralmente obligados a cumplirlo.

Todos se le quedaron mirando sorprendidos.

—Es… hummm… es lo que los centauros harían —dijo Dewey un poco avergonzado.

—¿Hacer un pacto? —repitió Abigail— ¿moralmente obligados? Pero… ¿tú qué te has tomado?

Emily se puso las manos sobre la cabeza y cerró los ojos.

—No, en serio chicos, de verdad que me duele la cabeza —dijo en voz baja—. Últimamente he tenido muchos dolores y este es uno de los fuertes.

—¿Necesitas sentarte? —dijo Darcy rodeándola con el brazo y observando su cara—. Estás pálida.

—Mirad —dijo Abigail suspirando—, ¿por qué no vamos al Bosque Negro y hablamos por el camino? Podemos dejar las bicis aquí y así podremos cambiar y probar nuestros nuevos cuerpos, ¿vale?

Hal pudo ver que había una mezcla de sentimientos encontrados entre sus amigos. Sospechó que la idea de que la mantícora estuviera en el Bosque Negro era la principal causa de su indecisión. Por otro lado, aparte de la errónea lógica de Abigail, la idea de bloquear el agujero de niebla a él le seguía atrayendo.

—No sé por qué la gente de la señorita Simone sigue bombeando

esa niebla hacia aquí —dijo Hal—, pero estoy convencido de que el aire de la isla está limpio y no veo por qué no deberíamos cubrir el agujero.

Así que los siete volvieron a las desvencijadas verjas del faro. Ataviados con la *ropa inteligente*, como Hal la llamaba, todos estaban preparados y deseosos de probar sus identidades alternativas en su expedición por la isla. El Bosque Negro estaba a unos cuarenta y cinco minutos andando… solo que no todos irían andando.

Metieron su ropa normal, zapatos y todo, en sus mochilas y se organizaron. Abigail y Lauren irían volando, por supuesto, pero no creyeron que podrían cargar con pasajeros a tanta distancia. Dewey se ofreció a llevar un pasajero a su espalda, así que Emily, con el dolor de cabeza que tenía, aceptó el asiento, agradecida, tras recoger su mochila, la de Dewey y las cuatro mantas.

—Oh, Dewey, espero que no me tires —dijo Emily nada más montarse poniendo las manos en la cintura de Dewey tímidamente.

Hal supo lo que venía después. O él, o Robbie tendrían que transformarse y llevar a Darcy, si no, ella tendría que ir andando.

—Ni siquiera sé cómo cambiar —dijo Hal—, todavía no he conseguido entenderlo.

—Inténtalo —dijo Abigail apresuradamente. Recogió su mochila y echó a volar tomando la delantera—. ¡Vamos cuadrilla, hacia el Bosque Negro!

Haciendo el mismo ruido que el de un paraguas al abrirse, en un abrir y cerrar de ojos, Lauren cambió y desplegó sus alas. Luego se propulsó tras Abigail. Su método de despegue no era tan simple como el de Abigail; ella tenía que doblar las rodillas y saltar y parecía que le costaba un poco despegar. Pero una vez en el aire remontó el vuelo dejando atrás a Abigail sin ningún esfuerzo. No obstante, la niebla entorpecía su vuelo; podía librar los pequeños matorrales sin problema, sin embargo debía rodear los árboles más altos. Hal sospechó que, aunque el recorrido fuese más largo, tendría que acabar tomando unos cuantos desvíos por el camino al Bosque Negro si tenía que ir a campo abierto.

Lauren se había olvidado por completo de su mochila, incluyendo la ropa que habían ido a buscar a todo correr, así que Robbie se la cogió. La suya se había abierto al caerse y el contenido se había desparramado por todas partes, por lo que tuvo que volver a meterlo todo deprisa: el sándwich más grueso que Hal había visto jamás, unas cuantas galletas, una manzana y una botella de agua.

Dewey miró a Hal, Robbie y Darcy casi como disculpándose y luego se espoleó a sí mismo lanzándose al galope, atravesó unos matorrales y desapareció entre la niebla. Emily dejó escapar un chillido, pero era difícil distinguir si era un chillido de entusiasmo o

de terror.

—Bueno, creo que ya sé qué hacer para cambiar —dijo Robbie girándose hacia Hal—, Lauren me lo susurró antes al oído. Dijo que el truco está en intentar no pensar demasiado en cambiarte a otra cosa, sino más bien en imaginarte que *ya* eres otra cosa y actuar como que *lo sabes*. Dijo que si yo, por ejemplo, quiero echar una puerta abajo, debería golpearla sin más y entonces me encontraría con que ya sería un ogro.

—Parece fácil —dijo Hal teniendo sus dudas—. Muéstramelo.

Mientras Hal y Darcy le observaban con atención, Robbie se dirigió hacia las maltrechas verjas de entrada al faro y las miró fijamente. Cerró los ojos. Luego los abrió y, con un movimiento rápido, dio un puñetazo a una de las verjas con toda su fuerza. Acto seguido se puso a gritar sujetándose la mano, doblado por la cintura de dolor.

—Parece que no ha funcionado —dijo Darcy tratando de contener la risa.

Robbie, todo colorado y agarrándose la mano, la miró enojado. En un ataque de rabia le dio una patada a la verja y en un abrir y cerrar de ojos se había convertido en un ogro de casi cinco metros de altura y una masa de pelambrera y músculo. La verja salió volando desprendida de sus bisagras y se deslizó ruidosamente por el suelo llevándose consigo parte del muro de piedra.

—Vaya, parece que *algo* sí que ha funcionado —le dijo Hal a Darcy. Ella se echó a reír otra vez.

Robbie se giró hacia ellos y encogió sus enormes hombros. Incluso con los rasgos tan distintos que tenía su cara de ogro, Hal sabía que la ira de Robbie se había disipado tan deprisa como le había sobrevenido. El monstruo profirió una serie de gruñidos y se giró para marcharse.

—¡Oye! —gritó Hal—, no te olvides de tu bolsa. Y la de Lauren.

Robbie miró las dos mochilas sin comprender, luego las agarró de las correas. Se las metió en el cinto y entonces Hal tuvo que mirar dos veces. La ropa inteligente de Robbie se había transformado en un ancho cinto verde atado con un complicado nudo.

Finalmente, Robbie se marchó dando fuertes pisadas con las mochilas colgándole del cinto. Atravesó los matorrales cercanos, como había hecho Dewey, y cuando desapareció de su vista, Hal pudo escuchar cómo su amigo demolía todo a su paso. Los crujidos y chasquidos remitieron lentamente.

—Bueno, solo quedamos tú y yo —dijo Darcy intentando forzar una sonrisa—. Podemos ir andando si prefieres, ya sabes, si no puedes transformarte en un… un dragón.

Hal se sintió inútil. Recogió su mochila y pasó a Darcy la suya.

—Sí, mejor que vayamos andando un poco. Puede que consiga

cambiar por el camino, pero no tiene sentido esperar aquí mientras averiguo cómo hacerlo.

Así que empezaron a caminar siguiendo el rastro de Robbie. ¡Al menos el camino estaba despejado! Los arbustos se encontraban o arrancados y apartados hacia un lado, o completamente aplastados. Había incluso un pequeño árbol que Robbie ni siquiera se había molestado en franquear, lo había tirado a un lado sin más y ahora yacía tumbado con las raíces expuestas al aire y montones de tierra desperdigados por todas partes.

—¿O sea que de verdad no has notado ningún cambio físico? —preguntó Hal según iban andando.

—Nada —dijo ella encogiendo los hombros.

Darcy se puso a jugar con su rubio pelo, se lo recogió para hacer una coleta y se puso a buscar el coletero en el bolsillo, antes de darse cuenta de que su ropa estaba metida en la mochila. Se dejó el pelo suelto otra vez y caminaron en silencio otro rato.

—Nos hemos olvidado de Fenton. ¿Estaba todavía arriba en el faro cuando nos hemos ido? —preguntó Darcy.

—Pues no me he dado cuenta —dijo Hal intentando recordar.

—Bueno, espero que no se vuelva contra nosotros. Dijiste que Thomas intentó matarte ¿no? ¿Crees que fue porque es un animal agresivo y es parte de su instinto natural?

—No. Estoy convencido de que todos sabemos lo que somos después de cambiar. Yo al menos sí lo sé. Ninguno de nosotros intentaría matar a los demás. Thomas… bueno, él se ha pasado seis años siendo una mantícora, probablemente haya estado viviendo en algún bosque en el mundo de la señorita Simone. Puede que se haya, ya sabes… vuelto loco.

—Tal vez también le pase a Fenton —dijo Darcy en voz baja con la cara pálida.

Al cabo de un rato, Hal se paró, puso su mochila en el suelo y se fue a un lugar despejado alejado de Darcy.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

Hal cerró los ojos y despejó la mente. No era Hal, el chico humano bajito; era Hal el dragón. Sabía que cuando abriera los ojos, Darcy se quedaría mirándole sorprendida. «Este trayecto va a ser mucho más rápido siendo dragón —pensó—. Puedo sentir el viento circulando por mis alas mientras corro. ¿Lo ves? Soy un…».

Abrió los ojos de repente.

Decepcionado, dejó escapar un suspiro.

—Esto no es nada fácil —le dijo a Darcy—. ¿Por qué las chicas lo hacen parecer tan sencillo? Hasta Dewey lo hizo parecer simple.

—Creo que el problema es que tú realmente no te crees que has cambiado —dijo Darcy—. Tú te dices a ti mismo que sí, pero *fingir* que

crees no es lo mismo que creerlo *de verdad*. Pienso que con el tiempo te resultará más fácil, pero por el momento no estás convenciéndote a ti mismo.

Permanecieron en silencio durante un rato.

—Vale, igual tienes razón, pero ¿qué hago para creérmelo? —dijo Hal resoplando pensativo.

—Nada. No puedes *hacer* que te lo creas. Ese es el asunto. O te lo crees o no te lo crees. —Darcy se paró a pensar—. Por eso cambiaste cuando la mantícora estaba a punto de matarte. El instinto prevaleció. El instinto no tiene tiempo de cuestionar si crees algo o no, toma las riendas sin más y hace lo que tiene que hacer. Ahora mismo no te hace falta ningún instinto natural, por lo que la única manera de cambiar es *creer* de verdad que puedes cambiar. Igual que Robbie; en realidad él tampoco lo creía cuando dio un puñetazo a la verja, pero cuando se enfadó y fue a darle una patada, en su ataque de ira se imaginó la verja volando por los aires de verdad, sabía que podría arrancarla de las bisagras y así lo hizo.

Darcy hizo una pausa para tomar aliento, parecía casi sorprendida consigo misma.

—Eso tiene sentido —dijo él asintiendo lentamente. Se la quedó mirando con curiosidad—. ¿Cómo es que has llegado a esa conclusión cuando ni siquiera eres capaz de cambiar?

—No sé. Venga, sigamos andando —dijo ella tras encogerse de hombros.

El reloj de Hal indicó que habían caminado durante quince o veinte minutos más. Entonces Hal se dio cuenta de que, si hubiera logrado transformarse en dragón, se le habría roto la correa del reloj así que hizo una nota mental de quitárselo antes de intentarlo otra vez.

Hal y Darcy habían caminado formando una ligera curva, dirigiéndose hacia el interior durante un rato y atravesando algunos tramos de bosque y campo, pero ahora volvían fuera en dirección al mar. Se oía el sonido de las olas en la distancia y por fin llegaron a una parte del acantilado que a Hal le pareció familiar.

—Aquí es donde la señorita Simone se lanzó en picado —señaló Hal—. El Bosque Negro no está mucho más lejos.

Hal encontró una botella de plástico tirada en la hierba y se paró para recogerla. Tenía escrito el nombre de Robbie. Las botellas de plástico eran escasas en la isla y Robbie había sido bastante descuidado al dejarla caer, por no decir irresponsable.

—¡Qué guarro! —murmuró Hal mientras metía la botella en su mochila. Las severas voces de sus padres resonaron en su mente: «¿Quién va a recoger nuestra basura si no lo hacemos nosotros?».

Hal y Darcy decidieron comer y caminar al mismo tiempo y se

pusieron a masticar los sándwiches y manzanas que llevaban mientras se abrían paso entre la hierba. Seguramente los otros ya habrían llegado al Bosque Negro y estarían sentados disfrutando del picnic. Hal odiaba hacerles esperar, pero estaba convencido de que, si se presionaba demasiado a sí mismo para transformarse, sería peor.

Llegaron a un tramo de pendiente rocosa y se pararon. Era el mismo trecho de terreno arisco por el que Abigail había llevado a Hal volando tras su aventura en el bosque, pero en dirección opuesta. Se acordaba de que era casi imposible caminar descalzo por esas afiladas y siniestras piedras. Pero ahora tenían las plantillas inteligentes y ¡acolchadas!

—Bueno, pongamos a prueba los artilugios estos —dijo Hal poniendo el pie en una piedra—, pero ten cuidado.

Darcy ya estaba saltando y pisando con fuerza sobre las piedras.

—No pasa nada —dijo ella—, es como si llevaras zapatos. Puedo saltar y brincar y… ¡AYYY!

—Ya te lo dije —respondió Hal.

—¡Jolín, que daño! —exclamó Darcy. Se fue hacia él cojeando con gesto de dolor—. Me he raspado un dedo. Mira, estoy sangrando.

—Ven, siéntate un poco —dijo Hal.

Darcy se sentó, refunfuñó sobre la *estúpida* ropa mágica y se quitó la mochila del hombro. Abrió la cremallera y empezó a buscar sus zapatos de verdad.

Hal echó un vistazo a la herida de su pie. Estaba sangrando cerca del dedo gordo. Se quedó mirando la mancha roja y observó un hilillo de sangre goteando. Tuvo un repentino e inexplicable deseo de olisquearlo. El pensamiento lo repugnaba y lo intrigaba a la vez. La idea de oler la sangre era extraña y retorcida, pero otra parte de él sintió que era una cosa de lo más normal y natural…

Antes de que pudiera evitarlo, se arrodilló, apoyó las manos en el suelo, y se puso a cuatro patas para acercarse más aún, ansioso por absorber el olor a sangre fresca y caliente.

Y Darcy saltó hacia atrás gritando cuando Hal se le acercó con su enorme hocico verde. Por un momento él se quedó desconcertado, sorprendido por su reacción, pero luego se dio cuenta. ¡Lo había conseguido! ¡Se había transformado en dragón otra vez! Y lo único que había necesitado era ver sangre.

Por más horrorizado que estuviera con la idea de querer olisquear el pie de Darcy, no podía contener su alegría. ¡Por fin!

—¡Mira, Darcy! ¡Por fin!

Pero Darcy se puso a gritar otra vez. Hal se dio cuenta demasiado tarde de que sus palabras no resultaron ser más que unos rugidos roncos. Y la pobre Darcy se había puesto en pie sin mirar a dónde iba y estaba tambaleándose hacia atrás sobre el terreno rocoso. Si se

tropezaba y se caía, podría abrirse la cabeza.

Hal acudió de inmediato y colocó su enorme pezuña verde por detrás para protegerla. Ella se echó hacia atrás por instinto y cayó justo en su garra. Sintiéndose atrapada y con el hocico de Hal tan cerca de su cara, Darcy abrió los ojos incluso más todavía. Para evitar asustarla, «¿cómo *narices* puede parecer inofensivo un dragón?», retrocedió inmediatamente y se tumbó en el rocoso suelo tratando de quedarse quieto y en posición sumisa.

Hal la miró de reojo y se alegró de ver que estaba logrando controlarse. Darcy respiraba de forma entrecortada y tenía la cara pálida, pero por lo menos no estaba intentando escapar.

—Ya… ya sé qué eres Hal —dijo después de un rato—. ¡Qué boba soy!, pero es que me has dado un susto… Sabía que eras un dragón, pero… pero no sabía que eras un dragón de verdad, quiero decir uno real, tan grande y tan peligroso, con esas garras y esos dientes…

Darcy siguió con su cháchara en una especie de murmullo que Hal no pudo descifrar. Parecía que estaba comentándolo todo, su piel verde y escamosa, sus enormes pies con garras curvadas, sus gigantescas alas como el cuero, pero a él solo le llegaban palabras sueltas de sus comentarios. Hal estaba más interesado en su olor. No lo había notado antes, pero olía muy bien, tenía un aroma a rosas. Se supuso que sería de algún jabón o champú de chicas que harían todas las madres.

—Vale —dijo sonando más a la Darcy que conocía—, ya estoy preparada para continuar. ¿Puedo… puedo subirme a tu espalda?

Hal gruñó la versión en dragón de «sí» y esperó a que recogiera ambas mochilas y se subiera encima. Entonces él captó otro aroma, un tufillo a sangre. Olisqueó el aire, buscó por el suelo y vio unas leves huellas rojas por donde ella había caminado.

—Las correas de tu bolsa se rompieron cuando cambiaste —dijo Darcy con la bolsa colgando de la mano. La puso delante del ojo izquierdo de Hal para enseñársela.

Hal dejó escapar un quejido al acordarse de su reloj de pulsera. Por fin lo localizó todo pulverizado sobre las piedras con la correa rota. Había tenido ese reloj desde que tenía uso de razón y ahora estaba destrozado. Sus calzoncillos también estaban tirados a plena vista, desgarrados.

—¡Anda, mira! —dijo Darcy—. ¡Tu ropa!

Por un segundo, Hal se pensó que se estaba refiriendo a sus calzoncillos y se ruborizó de vergüenza. Pero no, ella se refería a su ropa *inteligente,* que pareció haberse transformado en un práctico conjunto de riendas, enroscado con cierta holgura, alrededor de su cuello. Él dudaba de que en realidad fueran *riendas*, pero desde luego resultaban prácticas. Sintió cómo Darcy las agarraba y tiraba de ellas.

Después Darcy apretó las piernas alrededor de su cuello. Estaba lista.

En cualquier otro momento Hal se habría entusiasmado con la idea de que Darcy, o cualquier otra chica dado el caso, hubiera querido agarrarse a él con tanta fuerza. Pero en su forma de dragón apenas podía notar nada, solo una ligera presencia y una mínima presión donde ella apretaba las piernas contra su escamosa piel.

Hal se puso de pie con cuidado y empezó a caminar hacia el Bosque Negro. Un día aprendería a volar. ¿Cómo habían podido Abigail y Lauren dominar todo aquello tan fácilmente? Seguro que él lo resolvería pronto, pero por ahora se conformaba con dar grandes pisadas. En cuanto al rocoso suelo, lo mismo podría haber sido de hierba, porque no habría notado la menor diferencia en su dura piel, así que caminó sin contratiempos hasta que llegó otra vez a los campos de hierba. Poco a poco fue siguiendo el rastro que Dewey y Robbie habían dejado, huellas de caballo y grandes cráteres en forma de pie que se habían imprimido en el blando suelo donde la hierba era demasiado escasa. También había un extraño olor animal que podría ser de cualquiera de sus dos amigos.

El Bosque Negro apareció a la vista cerniéndose entre la niebla como una muralla impenetrable. Al acercarse, la niebla se disipó un poco y la negrura del bosque se hizo más profunda.

—¡Ahí están! —dijo alguien.

El grupo de Abigail salió de entre la niebla, venían por la dirección del acantilado.

—¡Ey! —llamó Abigail—. Ya veo que por fin os habéis organizado. ¡Pensamos que no llegaríais nunca!

Los amigos se pararon a una corta distancia de ellos y Hal se sintió cohibido de repente cuando se le quedaron mirando boquiabiertos durante, lo que a él le pareció, una eternidad. Todos se hallaban en su forma humana, vistiendo la sencilla ropa verde grisácea y estaban descalzos. A Hal le parecieron una banda de tímidos duendecillos del bosque.

Uno a uno, se fueron acercando a él, Abigail y Robbie primero, después Dewey, Lauren y Emily.

—¿Por qué has tardado tanto? —dijo Abigail dándole una palmadita en el hombro, o al menos lo que ella pensó que sería el hombro.

—Le costó un poco cambiar —dijo Darcy desde donde estaba encaramada, detrás del cuello del dragón—. Primero tuve que hacerme una herida en el pie.

Darcy pasó a los otros la mochila de Hal desde arriba y luego les pasó la suya. Robbie fue a apilarlas encima de las otras que estaban en la alta hierba.

—¡Oh, Darcy! —dijo Emily acercándose—. ¡Tus pobres pies! Estás

sangrando.

—Ya lo sé, me duele mucho el dedo. Que os sirva de advertencia a todos, esta especie de zapatos de plástico protege las plantas de los pies, pero no la parte de arriba. Creo que me voy a quedar aquí encima si no te importa Hal.

Hal dio un gruñido afirmando con la cabeza. Lo que quería decir era: «Vale, acabemos con esto», pero sabía que acabaría rugiendo como el monstruo que era, así que simplemente dio otro gruñido y empezó a adentrarse en el bosque. Se detuvo una vez para ver si los demás le seguían y avanzó con decisión.

Hal aplastó los arbustos con toda facilidad. Sus densas escamas parecían inmunes a los arañazos de las zarzas. Recordaba aquel tramo del bosque de su última incursión y enseguida llegó al punto exacto donde él y Abigail se habían encontrado con la mantícora. Ahí estaban los restos de su ropa toda hecha jirones y sus zapatos aplastados y hundidos en el barro. A partir de ese punto, no estaba muy seguro del camino, pero siguió avanzando con la esperanza de acertar sabiendo que sus amigos le estaban siguiendo.

Entonces le llegó un hedor penetrante. Parecía haber desarrollado un fuerte olfato desde que se había convertido en dragón, pero aquel era un olor del que podía prescindir. Lo reconoció como el pestilente hedor de la boca de la mantícora. Hal se imaginó a todos esos rumiantes que Thomas debía de haber cazado para comer en los últimos días y toda esa carne atrapada entre las tres hileras de dientes afilados como agujas. Se estremeció por dentro. Pero el mal olor le era de gran utilidad; le permitía saber que la mantícora se hallaba cerca, un poco a su izquierda.

Hal no podía avisar verbalmente a sus amigos sin regresar a su forma humana, algo con lo que no quería perder el tiempo en ese momento. Necesitaba permanecer de dragón. Pero se le ocurrió una idea. Se estiró y agarró delicadamente con los dientes una rama que sobresalía. La arrancó con un rápido giro de cuello, la recolocó en la boca y la utilizó para escribir en la tierra. Escribió una simple y desfigurada palabra:

mantícora

Darcy miró hacia abajo desde su elevada posición y avisó a los demás:

—Hal, dice que la mantícora está cerca.

Al instante, detrás de Hal se produjo un frenesí de actividad y se giró para observar. Sus amigos habían estado caminando en fila india, algunos de ellos llevaban las mantas. Con la advertencia de Darcy, Dewey se transformó inmediatamente en un centauro y empezó a dar vueltas pataleando el suelo, mientras que Lauren, Emily y Abigail se agruparon. Robbie se puso tenso y frunció el ceño tratando de

concentrarse. Al igual que Hal, él parecía incapaz de dominar el arte de transformarse justo cuando quería, pero en aquel momento claramente quería ser un ogro.

Un ruido por delante alertó a Hal de cierta presencia. Giró la cabeza con rapidez y entrecerró los ojos tratando de localizar a Thomas. Su nariz le decía que la mantícora estaba cerca. Él no le tenía miedo, pero estaba profundamente preocupado por sus amigos, por las chicas en particular, que eran las más vulnerables. Emily no tenía nada en lo que transformarse que ella supiera y Darcy tampoco. Abigail por lo menos podía salir volando más rápido de lo que podía correr, eso si no le alcanzaba ninguna púa envenenada. Hasta Lauren, que podía volar como un pájaro a campo abierto, estaba en peligro ahí en la densidad del bosque.

Dependía de Hal y de Robbie, y tal vez de Dewey, protegerlas de la mantícora si se atrevía a atacar. Aunque seguro que no lo haría. Seguro que Thomas tendría la sensatez de mantenerse alejado cuando claramente ellos eran más que él.

El olor a mantícora se hizo más fuerte.

Capítulo 17
Ataque en el bosque

Con un aullido, la mantícora de cara roja saltó desde detrás de unos arbustos y se abalanzó sobre ellos. Hal pensó que estaba preparado, pero no calculó bien el modo en que la criatura atacaría. Se había supuesto que saltaría encima de uno de sus vulnerables amigos, que le clavaría las garras y los dientes y que dominaría a su presa con su fuerza muscular. Hal ya estaba preparado para eso, se había colocado de espaldas a sus amigos agitando su pesada cola en el aire, y llevándose por delante algún que otro arbolillo. Si la mantícora hubiese intentado ese tipo de ataque, Hal le habría dejado sin conocimiento en pleno vuelo.

También había considerado la posibilidad de que les atacase a distancia, lanzándoles cientos de púas por al aire. Él no podría bloquear todas las púas, pero podría utilizar sus alas coriáceas como escudo para atrapar la mayoría de ellas.

Sin embargo, la mantícora le pilló por sorpresa. Se lanzó desde los arbustos y fue a por su estómago. ¡Su estómago! En un abrir y cerrar de ojos, la mantícora se colocó debajo de él y se abrió paso como un conejo intentando meterse en un hueco demasiado pequeño. Al principio Hal intentó apartarse, pero la criatura se movió con él. Así que Hal saltó lo más alto que pudo con la esperanza de aplastarlo y atraparlo bajo sus torpes pezuñas, o bien estrujarlo bajo el peso de su cuerpo. Pero al descender sintió una punzada en el vientre.

Al encogerse por el intenso dolor, la mantícora salió disparada de debajo e hizo otro astuto movimiento, se lanzó a la garganta de Dewey. El centauro se alzó de inmediato y empezó a patalear agitando sus cascos. Se oyó un golpe seco tan fuerte que retumbó por todo el bosque y la mantícora salió despedida hacia un lado. Aterrizó mal, se tambaleó y dio vuelta. Meneó la cabeza de un lado a otro con rápidos movimientos y unas gotas de sangre se desprendieron de su boca.

Todo eso sucedió en un instante, mientras los amigos de Hal gritaban y chillaban. Cuando uno de los cascos de Dewey hizo contacto con la cara de la mantícora, Hal se giró y se lanzó al combate dispuesto a enterrar su hocico en la melena de la criatura para buscarle la garganta e hincarle los dientes. Después no habría sabido

qué hacer seguramente, pero de todas formas resultó que el cuerpo de Hal no respondió como tendría que haberlo hecho. En vez de llegar hasta la mantícora de un solo salto, le flojearon las piernas y se quedó corto, y acabó aterrizando en el barro con un *¡plof!*

El dolor que Hal sintió en su vientre fue abrasador y le sobrevino una oleada de náuseas y mareos al tiempo que se le nublaba la vista. Los gritos y chillidos continuaron y la mantícora se unió a ellos con su aguda risa aflautada. Hal intentó ponerse de pie en vano.

Vio vagamente aparecer una enorme figura de la nada, una gran masa de pelo castaño y músculos. Parpadeó para enfocar bien los ojos y observó con alivio cómo Robbie, en su cuerpo de ogro, le daba un puñetazo en la cara a la mantícora y la mandaba volando de espaldas a los arbustos.

La mantícora se puso de pie como un relámpago y entonces sacó a relucir su cola de escorpión. Con una brutal sacudida, las púas envenenadas salieron volando disparadas hacia Robbie, quien levantó los brazos y bajó la cabeza. A Hal se le nubló la vista otra vez, el dolor del estómago se le iba extendiendo rápidamente. Dominado por una ira y frustración repentina, Hal se puso a rugir a la mantícora y una gran llamarada amarilla y ardiente salió de su boca.

La mantícora chilló e intentó correr como una flecha para apartarse, pero Hal, con un continuado y fogoso rugido, giró su cabeza de un lado a otro como si estuviese soplando las velas de una tarta de cumpleaños. La criatura de cara roja no tuvo más remedio que retroceder y adentrarse en el bosque mientras los arbustos se prendían fuego a su alrededor. Cuando las ramas bajas de los árboles comenzaron a chamuscarse, la mantícora dio un gruñido de despedida y salió corriendo.

Pero no por mucho tiempo. En cuanto a Hal se le vaciaron los pulmones e intentó recuperar el aliento, la llamarada se apagó. Nada más suceder eso, la mantícora dejó de correr y volvió sobre sus pasos. Sus misteriosos ojos azules brillaron a través del oscuro bosque de niebla. Entonces la criatura se desvió hacia un lado, se agachó y se zambulló entre la maleza como un perro intentando cazar un conejo.

Poniendo todo su empeño en centrarse, como si se estuviese despertando de un sueño, Hal tomó plena consciencia del alboroto que había a su alrededor. Emily y Lauren estaban las dos arrodilladas en el suelo, agarradas la una a la otra chillando. Abigail revoloteaba a medio metro del suelo, una altura que no era suficiente para estar fuera del alcance de las púas de la mantícora o de su brutal aguijón, pero lo bastante alto como para ser su objetivo menos probable. Dewey estaba danzando en círculos, con las fosas nasales ensanchadas y los ojos bien abiertos, mientras esparcía montones de tierra por el aire con sus cascos.

Robbie, acribillado por todas partes con lo que parecían cientos de púas, estaba tambaleándose. Se venció hacia un lado y se cayó de rodillas. Por un horripilante momento Hal se preguntó dónde estaría Darcy. ¡Estaba desaparecida! Pero se acordó de que estaba encaramada a su espalda. O ¿no? Giró el cuello para intentar comprobarlo. Pero, o estaba agarrada fuertemente a la parte trasera de su cabeza y por tanto girando con él, o ya no estaba ahí.

—¿Darcy? —llamó él. Su voz sonó como un gruñido ronco.

Hal movió los dedos de los pies. Tenían algo de sensibilidad, pero no mucha. Le picaba el estómago. Se retorció haciendo una mueca, y consiguió colocar los pies debajo de él, luego se levantó del suelo. Pero, en cuanto alzó la cabeza, perdió el equilibrio y se desplomó otra vez.

¡Pues sí que iba a ser una gran ayuda! Había confiado en que, como dragón, podría enfrentarse a la mantícora más que de sobra. Él pesaba más que la criatura, tenía garras y dientes más grandes y tenía una poderosa cola, similar a un mazo, con la que podía incluso derribar un árbol pequeño. Sin embargo, la mantícora le había burlado con la facilidad de un hábil cazador.

Y eso era, sin lugar a duda, *exactamente* lo que Thomas era.

Hal dejó escapar un gemido, en parte debido al dolor, pero también al ser consciente de que sus amigos habían estado casi al borde de la muerte. Si Dewey no hubiera tenido la fortuna de darle una patada en la cara a la mantícora… y si Robbie no hubiese sido capaz de transformarse finalmente y pegarle a la criatura… y si Hal no hubiese utilizado su aliento de fuego en el último momento… bueno, quién sabe lo que habría podido pasar.

Y Thomas todavía seguía por ahí, merodeando por detrás de los arbustos, haciendo balance y esperando la oportunidad perfecta para atacar de nuevo.

Hal se sintió incapaz de ir caminando a ningún sitio tal y como estaba y se preguntó si no le vendría mejor volver a su estado humano para poder montarse a lomos de Dewey. No podían quedarse ahí, eso por descontado. Por lo que a él concernía, la misión de bloquear el agujero de niebla debía ser abandonada. Tenían que escapar de la malvada mantícora antes de que atacase de nuevo.

Hal giró el cuello. ¿Estaba Darcy todavía a su espalda? No podía verla, y de repente se convenció a sí mismo de que se había caído y de que la había aplastado con su peso.

Invadido por el pánico, empezó a girarse y a escudriñar el suelo temiendo encontrarla aplastada en la tierra. Pero no estaba ahí. Miró alrededor del oscuro bosque, buscando algún indicio de movimiento o una cara asustada mirándole desde debajo de un arbusto. Olisqueó intentando captar el aroma de su jabón de baño con olor a rosas.

—¡Darcy! Darcy, estás…

Hal parpadeó de sorpresa al oír su propia voz saliendo de su boca. Se dio cuenta de que era humano otra vez, estaba vestido con la misma ropa verde y gris de antes. Y mientras se quedaba boquiabierto, asombrado por la facilidad y la rapidez de su transformación, la oleada de náuseas y mareos desapareció. Se levantó la camisa verde esperando descubrir una quemadura ennegrecida con ampollas, pero el dolor abrasador de su vientre también estaba desapareciendo y no había nada que ver fuera de lo común.

—¡Darcy! —gritó mirando a su alrededor. ¿Dónde estaba?

El súbito ruido de alguien forcejeando le puso en alerta y se giró buscando a la mantícora. Ya no podía oler su apestoso aliento y eso le asustó. Ahora tenía que depender de sus ojos y sus oídos en vez de su nariz, y se sintió más vulnerable que nunca, especialmente sin sus garras y su aliento de fuego como protección. ¿Cómo podría acostumbrarse a ser un simple humano otra vez?

—Thomas está todavía por ahí —avisó a los otros—. ¿Alguien ha visto a dónde ha ido Darcy?

Emily y Lauren se pusieron de pie temblando con los ojos muy abiertos y la cara pálida. Dewey inmovilizó sus inquietos cascos y miró con furia hacia el bosque, mientras que Robbie se había sentado para sacarse las espinas envenenadas de la piel. Pero sus dedos eran demasiado gordos y al final Lauren se ofreció para ayudarle.

—No he podido ver lo que pasó con Darcy —dijo Abigail descendiendo al suelo con un zumbido—. Ha sido un visto y no visto. ¿No creerás que…?

—¿Que se la ha llevado Thomas? —sugirió Hal— No creo que se hubiese quedado por aquí. Se habría marchado con su presa.

—No digas eso —dijo Abigail tapándose la boca con la mano. Escudriñó el bosque—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Creí que podríamos cuidar de nosotros mismos. Pensé que Thomas no se atrevería a atacarnos estando tú cerca.

La mantícora emitió una carcajada estridente desde algún lugar de la tenebrosa niebla.

Hal se palpó el estómago una vez más.

—¿Sabéis qué? En cuanto he cambiado, ha desaparecido el dolor. Ahora estoy bien. —Se quedó mirando a Abigail pensando en el asombroso concepto que estaba tomando forma en su mente—. Esto significa que nadie nos puede hacer daño. Si al transformarnos nos curamos de alguna forma… bueno, no tenemos nada de qué preocuparnos.

—Excepto de morirnos —dijo Abigail bruscamente—. Dudo mucho de que podamos transformarnos si nos hemos muerto antes.

Lauren extrajo otra espina del enorme hombro de Robbie. Ella hizo

una mueca de dolor al sacarla, pero Robbie apenas parecía notarlas. Sin embargo, parecía mareado y se movía de un lado a otro. Hal rápidamente le explicó en voz baja, por si la mantícora estaba escuchando, que si se transformaba en humano haría que las púas se saliesen por sí solas.

—Eso es lo que me pasó a mí —dijo Hal recordando—, se cayeron sin más y después me encontré mejor. Pero date prisa. Darcy está desaparecida.

Fue en el momento exacto en el que Robbie se transformó en su delgado y pequeño cuerpo, cuando la mantícora atacó de nuevo. Hal se quedó traspuesto viendo cómo las púas envenenadas de Robbie se caían al suelo, pero se pegó un buen susto al oír el repentino movimiento de un animal por el bosque. El chasquido de las ramas y los fuertes jadeos le produjeron un escalofrío por todo el cuerpo.

Necesitaba ser un dragón otra vez. ¡Pero, ya!

Entonces Hal escuchó cómo los sonidos de la mantícora se habían detenido abruptamente con un débil gemido de angustia, frunció el ceño. Se oyeron más ruidos de forcejeos, algunos gruñidos insistentes y luego una especie de siseos siniestros que le produjeron otro escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Qué está pasando? —le susurró a Abigail.

Ella le agarró del brazo con tanta fuerza que le dejó las marcas de los dedos en la piel.

—No tengo ni idea —le respondió ella susurrando también.

Emily, Lauren, Dewey y Robbie se quedaron en silencio, observando y escuchando, mientras Hal tomaba aire y se adentraba en la espesa maleza. Rodeó algunos arbustos para poder ver lo que estaba pasando. Abigail, todavía agarrándole del brazo, tiró de él un poco para pararle, pero luego le dejó ir y le siguió. Juntos se abrieron camino a través de una maraña de helechos y enredaderas y de repente se pararon sorprendidos.

Allí estaba Thomas, panza abajo, con las patas extendidas en el suelo como si fuera una alfombra de pelo de color rojo oscuro. Su extraña cara humana parecía una máscara con gesto de asombro. Sobre él, a horcajadas, había una criatura de casi el doble de tamaño que él e incluso más espeluznante, era una figura parecida a una serpiente de color negro azabache con patas musculosas y un largo cuello. Su cabeza era alargada y puntiaguda, con una cresta como la de un dragón que se elevaba sobre su frente y le recorría el cuello y el resto del cuerpo. La figura se reía de forma frenética mostrando dos hileras de colmillos de un blanco uniforme y de su boca se deslizó una lengua negra que vibró antes de volverse a meter y que produjo un sonido parecido al de un lametón.

La criatura tenía sus garras hundidas en la piel de la mantícora,

pero su cola era la que hacía la mayoría del trabajo. Era la cola más larga y más delgada que Hal había visto jamás, era como si una brillante serpiente negra de tres metros hubiese mordido el trasero de la criatura y fuera incapaz de soltarla. La cola estaba enredada alrededor de la cintura de la mantícora dando tres vueltas de rosca y apretando tan fuerte que a Thomas le costaba respirar. La propia cola de Thomas, ese apéndice de escorpión tan peligroso flaqueaba débilmente.

—¿Darcy? —dijo Hal con voz ronca.

Mientras Hal y Abigail observaban atónitos, la serpiente negra abrió la boca y le empezó a salir agua a raudales empapando toda la cara de la mantícora. Thomas gimió, cerró los ojos con todas sus fuerzas e hizo una mueca cuando el agua le empezó a gotear dentro de la boca.

—No —Abigail le dijo a Hal al oído—, esa no es Darcy. Ese es Fenton.

La serpiente respiró hondo y siseó ruidosamente. Al hacer eso, el agua que apelmazaba el pelaje de la mantícora se espesó convirtiéndose en una sustancia pegajosa. La mantícora forcejeó, pero la serpiente le tenía atrapado. Fluyó más agua y luego se oyó otro siseo. En unos instantes los ojos de la mantícora se quedaron pegados y estaba teniendo dificultades para respirar por la nariz.

La serpiente parecía satisfecha con su trabajo y se desenroscó liberando así a la mantícora. La criatura de pelo rojo se puso en pie y empezó a sacudirse furiosamente. Se frotó la cara en la tierra gruñendo y lloriqueando, pero permaneció con los ojos pegados sin poder abrirlos. Al fin dejó escapar un aullido, se giró y se marchó tambaleándose, chocándose con los arbustos y tropezándose con los árboles por el camino.

Cuando reinó el silencio en el bosque, la serpiente negra se giró para examinar a Hal y a Abigail. Permaneció inmóvil como una estatua con sus fulgurantes ojos rojos. Luego inclinó su cabeza hacia un lado y se agachó, y entonces Hal supo que su viejo amigo de la escuela, el acosador de clase, Fenton, estaba ahí presente en cierta forma.

—¿Fenton? —dijo Hal—. Di que sí con la cabeza si puedes entenderme.

La criatura con forma de serpiente asintió levemente. Hal sintió un reconfortante alivio:

—¿Cómo hiciste eso? El agua que escupiste… se convirtió en pegamento cuando le echaste el aliento. Eso es…

—Esperad —dijo Abigail—. Mira, nos alegramos de verte, Fenton, pero hablemos de esto más tarde. Ahora mismo tenemos un problema: ¿Dónde está Darcy?

Capítulo 18
El agujero de niebla

Los chicos se pasaron los siguientes quince minutos llamando a voces a su desaparecida amiga. Con la mantícora fuera de juego, al menos durante un rato, todos menos Fenton se dispersaron y buscaron entre la maleza, preguntándose si Darcy no se habría golpeado y quedado inconsciente durante algún forcejeo sin que ellos se dieran cuenta. Fenton permaneció en su forma serpentina negra y brillante, se arrastraba casi en silencio, iba medio andando y medio reptando. Hubo un momento en el que pasó por al lado de Hal, a tan solo metro y medio de él y Hal casi ni se dio cuenta; los arbustos se movieron y sigilosamente se deslizó un sólido y negro cuerpo de reptil, tan grueso como el tronco de un árbol. Hal vio, con el rabillo del ojo, una escuálida pata trasera seguida de una larguísima cola que se iba haciendo cada vez más fina, hasta que la punta apenas alcanzó el grosor de un lápiz.

—¡Dar-CY! —gritó Emily cerca de Hal. Ella era la que más la había llamado—. ¡Jopé!, ¿dónde ESTÁS?

—No lo entiendo —dijo Robbie casi indignado—. ¿Cómo puede desaparecer sin más? Estaba ahí mismo, sentada a lomos de Hal y luego… *¡Zas!* Desaparece.

—¿Zas? —repitió Lauren—. ¿Desapareció haciendo *¡zas!*?

—Ya sabes lo que quiero decir.

Hal rebuscó debajo de algunos helechos esperando encontrarla en el suelo inconsciente por algún sitio. «Mejor inconsciente —pensó él—, que muerta».

Al empezar la búsqueda había tenido un mal presentimiento. El bosque estaba silencioso y era bastante improbable que Darcy hubiera ido corriendo tan lejos como para no poder oírla. Tal vez se había puesto a correr, se había dado un golpe con un árbol y estaba aturdida, desplomada en algún sitio. O tal vez estaba tan aterrorizada que se había hecho un ovillo y se negaba a emitir sonido alguno, ni siquiera para contestar. Cualquiera de los dos casos era mejor que el que seguía pasándosele a Hal por la cabeza. Él no quería decirlo en voz alta, pero la idea seguía acosándole, susurrándole, diciéndole que la mantícora también la había picado a ella y que se había ido dando

tumbos y se había muerto.

Hal se estremeció. A Darcy, no. No podía pasarle eso a *ninguno* de sus amigos.

Aunque, era extraño que nadie la hubiera encontrado. Ellos eran seis, siete si contaban a Fenton, si es que era cierto que él también la estaba buscando, y se habían asegurado de rastrear desde donde la habían visto por última vez, subida a lomos de Hal. Cautelosos por la presencia de la mantícora, miraron debajo de cada arbusto y encima de cada árbol, después retrocedieron sobre sus pasos y volvieron a buscar una y otra vez, sin alejarse demasiado los unos de los otros. Fenton pareció entender que Lauren era incapaz de volar a esa profundidad del bosque y que Emily no tenía nada en lo que transformarse, por lo que ambas eran vulnerables. Así que se quedó cerca de ellas como un siniestro perro guardián.

—¡Darcy! —gritó Hal con la garganta seca.

No se oyó nada más que el silencio del bosque por respuesta.

Finalmente se juntaron todos, cada cual más melancólico. Emily estaba llorando.

—Si se ha ido corriendo, ahora podría estar en cualquier sitio —dijo Dewey con su porte de centauro moviendo la cabeza lentamente—. Yo diría que hasta le ha dado tiempo a llegar a casa.

Hal sabía que eso era un poco exagerado, pero estaba de acuerdo con que a esas alturas podría estar demasiado lejos como para que ella oyera sus llamadas.

—Y entonces, ¿qué hacemos? ¿Seguir buscando? ¿Abandonar el bosque y buscar ayuda?

Se produjo un largo silencio.

—Yo voy a seguir buscando —dijo Emily secándose los ojos—, como si me tiro aquí todo el día y toda la noche. Fenton me protegerá, ¿verdad, Fenton?

Hal se dio un buen susto al percatarse de repente de la presencia de Fenton por primera vez desde que se habían reagrupado. Su negro cuerpo de serpiente colgaba de un árbol, por encima de sus cabezas. Tenía la cola enroscada alrededor de una rama y estaba suspendido boca abajo con sus pies de lagarto apoyados en el tronco del árbol.

Tras una breve discusión decidieron separarse.

—Id y haced lo que tengáis que hacer —les dijo Emily a Hal y a Robbie—. Cubrid ese agujero de niebla del que estabais hablando. Hacedlo rápido y después volved y ayudadnos a seguir buscando.

—Yo voy a ayudar a los chicos —dijo Abigail colocándose al lado de Hal—. Dewey, ¿por qué no ayudas tú a Emily y a Lauren? Tú puedes ayudar a Fenton a protegerlas en caso de que… ya sabes.

Todos apesadumbrados, Hal, Robbie y Abigail recogieron las mantas y se pusieron en marcha hacia el agujero de niebla. No dijeron

nada, pero Hal sabía lo que cada uno de ellos estaba pensando: ¿Dónde demonios podría estar Darcy? Tapar el agujero de niebla parecía irrelevante comparado con encontrar a Darcy, aun así, Hal sabía que tenían que hacerlo. Y ante la perspectiva de tener que volver al Bosque Negro en otra ocasión, él estaba decidido a hacerlo en ese momento en vez de otro día.

Unos minutos más tarde llegaron al agujero de niebla. Mientras emergía del hueco que había en el suelo, la columna de espesa y humeante niebla era completamente silenciosa. Parte de ella flotaba hacia un lado envolviendo a los chicos, pero el resto se retorcía y giraba hacia arriba por entre los árboles.

—Es increíble —dijo Abigail con los ojos abiertos de par en par—. ¡De verdad es aquí de donde sale la niebla!

—¡Manos a la obra! —dijo Hal rápidamente. Examinó las ramas que ya había encima del agujero. Eran las pocas que Robbie y él habían logrado colocar durante su primera visita. ¡Parecía que había pasado un siglo!—. Robbie, necesitamos tu fuerza de ogro.

A Robbie no se lo tuvieron que decir dos veces. Frunció el ceño, miró fijamente al suelo y de repente se hizo tres veces más alto. La transformación fue instantánea y silenciosa y Hal sintió un poco de envidia. Ahora todos, menos él, parecían ser capaces de cambiar por voluntad propia.

Robbie se dirigió hacia un árbol dando fuertes pisadas y alcanzó la rama más cercana. La rama era más gruesa que la pierna de Hal, pero el ogro la rompió sin más de un fuerte tirón. La arrastró hacia el agujero de niebla y Hal y Abigail se apartaron de un salto mientras el extremo de la rama que tocaba el suelo iba dejando una hilera de hojas y restos de un viejo nido de pájaro. Robbie levantó la rama sin ningún tipo de ceremonia y la lanzó sobre el agujero, y sin más tardanza volvió a buscar otra rama apropiada para arrancar.

Tras poner un par de ramas más sobre el agujero, Hal decidió que ya tenían la estructura suficiente para que soportase el peso de las mantas. Él y Abigail las desdoblaron y las colocaron sobre las ramas. Cuando las cuatro mantas estuvieron en posición, cubriendo el agujero por completo, las afianzaron bien poniendo unas piedras encima de los bordes. Por si acaso, en el supuesto de que hubiera alguna ráfaga de viento, Hal pidió a Robbie que lanzara un par de ramas más pequeñas y luego los tres amontonaron tierra y hojas húmedas por encima. Se alejaron un poco para contemplar su obra de arte.

¡Qué pronto habían acabado la tarea! Con la fuerza de Robbie, poner las ramas había sido muy fácil y las mantas remataban el trabajo a la perfección. Hal temía que las mantas se levantasen con la fuerza de la niebla al tratar de escapar, pero ni siquiera se movieron. Le habían cortado el paso a la niebla sin apenas esfuerzo.

Al instante el aire pareció más limpio donde ellos estaban. La niebla ya no humeaba por el agujero, ni los envolvía, ni se alzaba por entre los árboles. ¿Cuánto tardaría en desvanecerse de la isla? ¿Una hora? ¿Medio día? ¿Se dispersaría antes del anochecer, o tendrían que esperar hasta el día siguiente para ver un cielo azul?

—Bueno —dijo Abigail sacudiéndose las manos de tierra—, esto ya está hecho. Deberíamos volver y seguir buscando a Darcy.

—De acuerdo —dijo Hal—. Vamos Robbie, hemos acabado.

Robbie regresó a su forma humana y los tres se pusieron en marcha de vuelta por el bosque. Por el camino Hal se preguntó en voz alta de dónde vendría en realidad la niebla y qué sería lo que la producía:

—¿Creéis que el agujero de niebla podría ser uno de esos *agujeros* de los que hablaba la señorita Simone? ¿Creéis que lleva a Otra Parte?

La idea era intrigante y Abigail miró hacia atrás como si quisiera ir a investigar:

—Podríamos bajar por el agujero —dijo ella— y seguir por el túnel. Podríamos presentarnos en el mundo de la señorita Simone.

Pero la sugerencia se hizo un poco a la ligera. ¡A ninguno de ellos le entusiasmaba la idea de ir por un túnel lleno de niebla! Hal no estaba convencido de que tanta condensación de niebla no les causara problemas respiratorios, pero de lo que estaba seguro es de que sería un trayecto difícil, si no imposible, a través de un territorio desconocido.

—Ese túnel podría estrecharse hasta alcanzar el tamaño de una madriguera —dijo Hal—, o podría ser demasiado empinado para bajar. A lo mejor un día podemos echar un vistazo, pero ahora mismo tenemos que encontrar a Darcy.

Todos se reagruparon otra vez en el punto exacto donde Thomas les había atacado. «Ya no es Thomas —se corrigió Hal a sí mismo—. Es la mantícora. Thomas desapareció hace mucho tiempo».

Emily parecía desolada y estaba sentada con Lauren en un tronco con la mirada puesta en sus sucios pies. Dewey había revertido al final a su forma humana y parecía más pequeño que nunca. Estaba detrás de las dos chicas, moviendo los pies. Fenton, todavía en su cuerpo de serpiente, merodeaba por los arbustos. Su cabeza y su cuerpo estaban inmóviles, tenía los pies asentados en la tierra. Tan solo su cola daba señales de vida al moverse lentamente de un lado a otro.

—Está muerta —sentenció Emily desconsolada—. No puedo creérmelo. Está muerta de verdad.

—No seas boba —dijo Hal—. Eso no lo sabes. Está por aquí, ya verás. No justo aquí, eso es todo. La encontraremos. La cuestión es, ¿deberíamos ir a buscar ayuda o continuar buscándola nosotros solos?

—Debe estar haciéndose tarde —señaló Dewey nervioso—.

¿Alguien sabe qué hora es?

—Se me rompió el reloj —dijo Hal.

—Mirad cómo tengo los pies —murmuró Abigail—. Con tanto trajinar por el bosque sin unos zapatos decentes…

—Al menos tú puedes volar —dijo Emily mirando todavía sus propios pies—. Todos vosotros podéis cambiar menos Darcy y yo. Y ahora Darcy está muerta y yo…

Rompió a llorar y se llevó las manos a la cara. De repente se puso a llorar a lágrima viva y Lauren trató de reconfortarla poniendo un brazo alrededor de sus hombros.

Hal se negó a aceptar que Darcy estuviera muerta. Pero su desaparición no dejaba de ser un misterio. Se preguntaba si no debería cambiarse en dragón otra vez y rastrear a Darcy haciendo uso de su hocico, como haría un perro. Pensándolo mejor, tenía que haberlo hecho antes, al vivir toda su vida sin un sentido del olfato tan desarrollado, era fácil olvidarse de que lo tenía. Pero no era demasiado tarde.

—Eh, chicos, creo que voy a convertirme en dragón para ver si…

—¡Ay, mi cabeza! —exclamó Darcy incorporándose—. Tengo un chichón del tamaño de una piedra.

Mientras que todos se la quedaron mirando incrédulos, ella se hizo la raya del pelo, que lo tenía todo despeinado, y se palpó el bulto.

—¿Por qué me miráis todos así? —dijo frunciendo el ceño.

Todos estaban sin habla. Hal se frotó los ojos y la miró otra vez. Sí, realmente estaba ¡allí! Darcy O'Tanner estaba sentada en el suelo delante de ellos, pero parecía distinta. Aunque era humana, su piel tenía una extraña mezcla de colores que se combinaban tan bien con los arbustos de alrededor que costaba trabajo distinguirla.

Su rostro tenía un tono verde-marrón moteado, su pelo era casi similar, y la parte superior de su vestido parecía tener el color del tronco podrido que estaba detrás de ella. Sus manos, apoyadas en la tierra al inclinarse hacia atrás, tenían exactamente el mismo tono; un oscuro color marrón negruzco, que se extendía por los brazos hasta desvanecerse cerca de los hombros donde tomaba un tono verde pálido. En cuanto a sus piernas, al principio Hal pensó que las tenía cubiertas con tierra y hojas hasta la cintura, pues parecía que le faltaban. Pero cuando deslizó las rodillas hacia arriba Hal pudo ver el contorno de sus piernas, aunque eran casi transparentes.

Lo curioso era que el color de su piel y de su vestido cambiaba cuando se movía, mimetizándose constantemente con el paisaje de su alrededor. No, se corrigió Hal a sí mismo, no solo con el paisaje de su alrededor, sino también con el paisaje de fondo. Hal no estaba seguro de lo que los demás estaban viendo, pero desde su punto de vista, era como si pudiese ver a través de ella. Aquel tronco que estaba detrás de

ella, por ejemplo, parecía que estuviese pintado en su vestido y en parte de su brazo. En cierta forma Hal supo, sin tener que preguntarles, que los demás estaban viendo un efecto diferente, puesto que la estaban mirando desde ángulos distintos.

El camuflaje de Darcy era perfecto, tan perfecto que había estado ahí tumbada inconsciente todo ese tiempo y ninguno de ellos la había visto.

—¡Oh…! —exclamó Darcy sosteniendo las manos delante de los ojos. Luego se quedó mirando las piernas—. Yo… qué…

Ahora que Hal ya sabía que estaba ahí, podía verla perfectamente, aunque fuera transparente. Pero se dio cuenta de que era solo porque estaba despierta y se estaba moviendo. Cuando se quedaba quieta durante tan solo un segundo, el camuflaje era tan magnífico que se mezclaba de una manera perfecta con su alrededor y desaparecía de la vista sin más.

—¡Oh, Darcy, pensábamos que te habías muerto! —dijo Emily recuperando la voz por fin. Echó a correr hacia su amiga—. ¡Pensábamos que te había comido la mantícora! ¡Te hemos estado buscando durante siglos!

Mientras los demás se acercaban a su alrededor, Darcy se puso de pie con dificultad y se agarró a Emily para apoyarse.

—Me acuerdo de que la mantícora salió de entre los arbustos —dijo Darcy—. Yo estaba sentada en el lomo de Hal y él saltó y yo perdí el equilibrio. Me caí al suelo. Lo siguiente que vi… —Se estremeció y cerró los ojos, después intentó seguir—. Lo siguiente que vi fue a la mantícora justo delante de mí, y vi su grande y desagradable cara moviéndose de un lado a otro para mirarme.

—¿Y luego? —preguntó Robbie.

—Y luego… y luego deseé ser invisible —dijo Darcy frunciendo el ceño—, y funcionó. La mantícora se quedó ahí de pie durante uno o dos segundos mirando alrededor, a tan solo unos centímetros de mi cara y ¡no pudo verme! Se marchó dando un salto.

Darcy comenzó a mirarse las manos otra vez. Desde donde Hal estaba, él casi podía ver la cara de ella a través de sus manos. Hal parpadeó, incapaz de enfocar bien la vista en ella. «No es que fuera transparente, sino más bien translúcida», pensó él. Su cara y su pelo tenían un aspecto tridimensional normal y podía distinguir fácilmente sus rasgos característicos, pero al mismo tiempo, el árbol que estaba detrás de ella aparecía en la mitad de su cara, como si alguien hubiese dibujado una línea desde la frente hasta la barbilla y hubiese pintado la mitad del mismo color que el tronco. Era desconcertante. Hal no hacía más que parpadear. Cuando miró a su alrededor, advirtió que los demás también lo estaban haciendo.

—Luego —dijo Darcy palpándose otra vez el chichón— me fui a

incorporar y algo me golpeó con fuerza. Creo que fue la cola de Hal, pero no estoy segura. Me quedé frita. Eso es todo lo que recuerdo, hasta ahora mismo que me he despertado.

—O sea que has estado aquí tumbada todo este tiempo —dijo Abigail asombrada—. ¡Vaya mecanismo de defensa!

—¿Esto qué significa? —preguntó Dewey en voz baja. Ahora que había vuelto a su forma humana, parecía diminuto tanto en tamaño como en personalidad—. ¿Qué es Darcy exactamente?

Todos se la quedaron mirando. Ella también se miró a sí misma.

—Bueno —dijo Abigail, pensando—, podría ser una especie de ninfa del bosque.

—Una ninfa del bosque —repitió Hal sonándole de algo—. Son unas criaturas tímidas ¿no? Rondan por el bosque y no se relacionan con nadie.

—Muy tímidas —asintió Abigail con efusividad—. Por lo que yo he leído son casi imposibles de encontrar. Se integran tan bien en el bosque que la gente normal no puede verlas, aunque estén a unos pocos metros. Recuerdo haber leído que también son capaces de enmascarar su olor.

—Yo no huelo —protestó Darcy.

Un lejano crujido en el bosque les recordó a todos que la mantícora todavía andaba por ahí. Todos miraron alrededor con nerviosismo.

—Yo voto por que salgamos del bosque —dijo Hal—. Ya hemos hecho lo que vinimos a hacer. Ahora vayamos a casa y… y a ver qué pasa.

La incertidumbre de lo que estaba por venir era casi tan tangible como una invernal ráfaga de aire frío. ¿Qué era lo siguiente que deberían hacer? Todos menos Emily habían conseguido algún tipo de transformación, justo el tipo de transformación que andaba buscando la señorita Simone. ¡Una revelación de esa magnitud aseguraría que la de Fenton no sería la única familia en marcharse de la isla esa noche! Pero entonces, ¿qué pasaría con Emily? ¿Y si la señorita Simone no la dejaba ir con ellos hasta que manifestase algún cambio? Nadie quería dejarla atrás. Y para el caso, ¡nadie quería ir a ningún sitio hasta saber exactamente a dónde se suponía que tenían que ir!

Además, la niebla se estaba despejando. Después de toda una vida de niebla en la isla, Hal al menos quería despertarse con un cielo azul a la mañana siguiente.

Por otro lado, si no decían nada y mantenían el secreto de sus transformaciones un poco más tiempo Fenton y sus padres se marcharían esa noche, solos. Parecían tener un pequeño dilema: o le dejaban ir a Fenton, o la dejaban atrás a Emily.

—O podríamos oponer resistencia —propuso Abigail con

determinación mientras salían del bosque y marchaban a casa.

Los chicos habían recogido sus mochilas, pero habían decidido permanecer vestidos con sus ropas mágicas.

Por si acaso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dewey, que iba rezagado del grupo.

Dewey iba mirando con el rabillo del ojo a Fenton, quien iba reptando con su tripa por la alta hierba, impulsándose a sí mismo con sus delgadas y musculosas patas. Su negro cuerpo de reptil, aunque parecía frío, resbaladizo y húmedo, de hecho estaba seco y curiosamente templado, como Hal pudo comprobar cuando Fenton se había chocado con él en el bosque.

—Lo que quiero decir —explicó Abigail girándose y caminando de espaldas mientras hablaba—, es que deberíamos decirles a todos quiénes somos, *qué* somos, pero deberíamos decirle a la señorita Simone que no iremos a ningún sitio a menos que vayamos *todos* como grupo. Incluyendo a Fenton.

Fenton era el único que se había negado a volver a cambiar a su forma humana. Curiosamente, Darcy no había tenido ningún problema en transformarse de nuevo; solo había fruncido el ceño, había torcido la cabeza un poco y se había solidificado. Lo había hecho parecer muy simple, pensó Hal con una punzada de envidia. Pero claro, la transformación de ella era bastante más sencilla que la suya. Y puesto que el nuevo cuerpo de reptil de Fenton no era mucho más distinto que el suyo, entendió que Fenton podría estar teniendo alguna dificultad para volver a cambiar.

O tal vez prefería quedarse como estaba. Era difícil saber lo que pasaba por la mente de Fenton.

Darcy se quedó por detrás con Emily y Lauren mientras Robbie iba delante con Hal. Abigail, unos pocos pasos por delante, seguía caminando de espaldas, tropezándose de vez en cuando.

—Veréis —continuó Abigail—, antes había sugerido no decir nada acerca de lo que somos. Vale, pues ahora pienso que deberíamos contarles a nuestros padres ¡todo! Les contaremos lo que somos y se lo enseñaremos también. Luego les contaremos que hemos tapado el agujero de niebla y tal vez entiendan que ya no habrá ninguna razón por la que marcharse de la isla. O que, si tenemos que irnos, podemos irnos todos juntos. Incluyendo a Emily. Y si la señorita Simone no le deja ir a Emily, entonces le diremos que nosotros tampoco nos iremos.

—Tú lo haces parecer todo muy fácil —dijo Robbie alzando la vista al cielo.

—¡Lo es! —exclamó Abigail. Hizo crecer sus alas y empezó a volar—. ¡Míranos! En nuestra clase tenemos un dragón, un ogro, un hada, una ninfa del bosque, un centauro, una chica pájaro, una

especie de gárgola tipo lagarto y… bueno, en lo que sea que se convierta Emily. Si permanecemos unidos, ¿cómo pueden rechazar nuestras demandas?

—¡Demandas! —dijo Robbie burlándose—. Muy bien, así que hacemos frente a la señorita Simone. ¿Pero qué pasa con nuestros padres? ¿Qué pasa si están del lado de la señorita Simone? ¿Nos vamos a enfrentar a ellos también?

—Yo no veo que un día extra o dos en la isla le suponga mucho agravio a la señorita Simone —dijo Hal pensativo—. Estoy seguro de que nuestros padres estarán de acuerdo en esperar a que Emily cambie, puesto que es la única que queda. Es solo cuestión de tiempo.

—Sí —dijo Abigail— y yo he *visto* cambiar a Emily, al menos en parte, así que sé que lo lleva dentro.

—Yo no he cambiado en absoluto, Abigail —dijo Emily con un gesto negativo.

—¡Sí que lo has hecho! Yo vi cómo tu cuello se alargó en clase una vez.

Hal se quedó maravillado por el modo en que sus conversaciones habían evolucionado en los dos últimos días. Hacía tan solo una semana, hablar de cuellos que se alargaban hubiera producido burla. Pero en ese momento era un comentario que se podía hacer sobre un compañero de clase de lo más natural.

Discutieron el asunto por todo el camino a casa, argumentando razones a favor y en contra de la revelación completa de sus recién adquiridas habilidades. Al final Abigail ganó, como de costumbre, pensó Hal con una sonrisa irónica. Darcy y Lauren estaban a favor de la sugerencia de Abigail. Estaban seguras de que la señorita Simone no les haría marcharse sin Emily ni sus padres. Dewey y Robbie estaban en contra de la idea. Dewey prefería guardar silencio, mantenerlo todo en secreto y esperar que Fenton no tuviera que marcharse después de todo, aunque Hal sospechaba que a Dewey no le importaba demasiado si el muchachote acababa marchándose. Robbie, por otro lado, simplemente estaba por llevar la contraria. No podía soportar que Abigail tomara todas las decisiones.

Lo que pensaba Fenton, nadie lo supo. Tal vez ya no le importaba nada. En su melancólico y resbaladizo cuerpo, tenía el ademán de una criatura a la que no le importaba nadie ni nada mientras no se interpusiera en su camino.

Aunque sintió un remordimiento de culpa por votar en contra de Robbie, Hal estuvo de acuerdo con la sugerencia de Abigail. Estaba harto de tanto secretismo y tantas conjeturas para intentar adivinar cuál era el gran plan de la señorita Simone. Cuanto antes se pusiera todo al descubierto, mejor.

Y así fue como los compañeros de clase cruzaron los campos llenos

de niebla y se dirigieron a casa de Fenton, donde los adultos estaban ocupados con una sombría fiesta de despedida.

****

Los chicos no sabían qué hora era cuando por fin se agruparon frente a la casa de Fenton, pero ya se había hecho de noche y se quedaron fuera de la vista detrás de un descuidado seto. Los resplandores de las lámparas del interior de la casa resultaban gratamente acogedores.

—Me pregunto si ya nos habrán echado de menos —murmuró Hal.

—Para ser más precisos, yo me pregunto si habrán echado de menos a Fenton —dijo Abigail echando un vistazo a la criatura con forma de serpiente que merodeaba por la calle.

Fenton se había deslizado hasta lo alto de una farola que había dejado de funcionar hacía tiempo. Se hallaba boca abajo colgando de la cola con los cuatro pies agarrados al poste. Si antes parecía algo fuera de lugar andando por los prados de hierba alta, ahora en la calle donde estaban las casas parecía algo salido de una pesadilla.

—Vas a cambiar de una vez o ¿qué? —le dijo Robbie a Fenton mirando hacia arriba—. No puedes entrar con esa facha. Deberíamos advertirles a todos primero.

—No sé por qué —dijo Abigail dejando escapar una risita y mirando a Hal con un brillo en los ojos—. Oye, querían ver algunos cambios ¿no? ¿Por qué no se los enseñamos?

—Yo no quiero que a mi madre le dé un infarto —dijo Hal con firmeza—. ¿Y si entro primero yo para intentar explicarlo? Y luego podrían salir y… y ver a Fenton. Si les vamos a enseñar lo que somos, tendremos que hacerlo fuera de todas formas.

—Yo entraré contigo —dijo Robbie con determinación.

—Yo también —se unió Abigail.

Robbie al instante miró a Abigail con furia, pero no dijo nada.

—Dejad que hable yo entonces —dijo Hal dejando escapar un suspiro—. No soltéis las cosas de sopetón ¿vale?

Las otras tres chicas y Dewey parecían aliviados con la perspectiva de quedarse fuera, a pesar del frío que hacía. Se sentaron juntos en un muro bajo y se pusieron a esperar pacientemente. Cerca, Fenton permanecía inmóvil colgado de la farola.

Hal se acercó a la puerta de entrada y la encontró medio abierta. Empujó la puerta y se metió dentro. Le llegaron los sonidos de voces murmurando y reconoció los tonos graves de la voz de su padre, aunque no podía descifrar ninguna palabra. Luego oyó a la madre de

Fenton respondiéndole.

Hal hizo un gesto a Robbie y a Abigail para que le acompañaran, respiró hondo y caminó por el pasillo hasta la sala de estar. La habitación estaba abarrotada de adultos, algunos estaban sentados, pero la mayoría estaban de pie en círculo, de modo que cuando Hal entró, tuvo que detenerse detrás de la pared formada por hombres y mujeres.

—… mucho en sentarnos todos fuera a tomar el sol —decía una de las mujeres, por la voz era la madre de Darcy—. No os preocupéis por nosotros. Iremos pronto.

Hal notó algo frío y húmedo tocándole la mano y casi se pegó un susto de muerte. Pero solo era *Wrangler*, el perro de Emily; el señor y la señora Stanton lo habían traído también. Hal le acarició distraídamente mientras escuchaba la conversación.

—Aunque, yo sí me preocupo —dijo la señora Bridges—. Pero ya hemos hablado de esto. Ahora mismo estoy más preocupada por Fenton. Creo que deberíamos ir a buscarle.

—Bueno, tal vez —dijo su marido—. No es que sea tarde, pero le dijiste que volviera para las… ¿cuatro? ¿Cuatro y media? —Dejó escapar un suspiro—. Ahora son las seis pasadas. Lo siento, Simone. Los chicos habrán perdido la noción del tiempo.

—No importa. —Se oyó la voz de la señorita Simone de la que se podía detectar que sí que la importaba y mucho—. Pero cuanto más oscuro se haga, más difícil será encontrar el camino por la isla.

Alguien lanzó una súbita exclamación, y los dos hombres que estaban de pie delante de Hal se giraron para ponerse frente a él. De repente el muchacho se convirtió en el centro de atención cuando todos los adultos a la vez, incluyendo la señorita Simone, lo descubrieron ahí de pie. *Wrangler* pareció notar el cambio de atmósfera y se escabulló por una esquina.

—¡Hal! —dijo su madre— ¿Dónde está Fenton? Llega tarde.

—Fuera —dijo Hal. Robbie y Abigail aparecieron en su campo visual al acercarse—. Estamos todos aquí. Hummm… sentimos llegar tarde.

—Bueno, vosotros no habéis llegado tarde —dijo su padre—. Fenton es el que tendría que haber llegado antes. Nos estábamos empezando a preocupar. La señorita Simone necesita irse a casa y… —Dejó de hablar y frunció el ceño—. ¿Qué demonios llevas puesto?

—Han estado en el faro —dijo la señorita Simone con frialdad. Su sedosa capa verde le envolvía firmemente el cuello y el resto del cuerpo. Le llegaba hasta el suelo y le cubría los pies—. Han estado fisgoneando —dijo mirando a Hal con furia—. ¿Cómo habéis logrado entrar?

Hal casi se había olvidado de su extraña vestimenta. Sintiéndose

cohibido, cruzó los brazos y hasta encogió los dedos de los pies de forma inconsciente para intentar esconder sus pies descalzos.

—Encontramos un modo —dijo vagamente. Abigail le dio un codazo—. Veréis —dijo intentando ignorar a la señorita Simone y hablando a sus padres—, hemos venido para contaros que ahora las cosas son distintas.

Se produjo un silencio en la sala, interrumpido solo por el chasquido del fuego en la chimenea. Hal estaba tan intimidado que se sintió casi aplastado contra el suelo por el peso de todas las miradas de los adultos puestas sobre él. Consiguió sobreponerse y se giró hacia la forastera de pelo dorado procedente de Otra Parte.

—Señorita Simone, si se va a llevar a Fenton, entonces tendrá que llevarnos a todos —dijo enérgicamente—, o a ninguno de nosotros.

El silencio se prolongó, esta vez acompañado de un buen número de severas miradas.

—¿Disculpa? —dijo la señorita Simone entrecerrando los ojos.

—Nosotros… quiero decir, hummm… yo y mis amigos… —dijo Hal tragando saliva. Se temía que las cosas no estaban funcionando tan bien como las habían planeado.

—Mis amigos y yo —le corrigió la señora Hunter. La madre de Lauren siempre sería una profesora pasara lo que pasara.

—Mis amigos y yo —continuó Hal—, hemos decidido que, hummm… deberíamos quedarnos juntos y, hummm… bueno, no ir a ningún sitio a menos que vayamos *todos*. Y eso incluye a Fenton y a Emily.

—¿De qué diablos estás hablando, hijo? —dijo su padre frunciendo sus espesas cejas—. ¿De dónde habéis sacado esas ropas? ¿Habéis estado en el faro como ha dicho la señorita Simone? ¿Cómo habéis entrado?

—Esto no es ningún juego, chico —dijo la señorita Simone con severidad—. Esas ropas no son para jugar.

—¿Qué son esas ropas? —preguntó la señora O'Tanner mirando a Hal de arriba abajo antes de continuar con Abigail—. Son muy bonitas. Abigail parece una muñeca.

—Son ropas especiales —dijo la señorita Simone—. Eran para cuando los niños empezaran a cambiar. Traje de varias tallas porque no sabía cuándo… —Movió la cabeza contrariada—. Bueno, de todos modos, eso fue hace tiempo, el presente es lo que importa. Lo único que me interesa ahora es llevar a Fenton a mi mundo para que se ponga a trabajar. —Miró de reojo al señor y a la señora Bridges enrojeciendo levemente—. Y a ustedes dos también, por supuesto.

—Echamos la puerta abajo —soltó Robbie de repente.

De nuevo se produjo un horrible silencio. Esa vez hubo unas cuantas miradas sospechosas junto con unos pocos gritos ahogados de

preocupación.

Hal se giró a su vez hacia Robbie y le lanzó también una mirada. Su amigo parecía desafiante, pero nervioso a la vez. Era casi como si estuviera buscando bronca.

Abigail pareció considerar el anuncio de Robbie como una señal para poner en funcionamiento sus propias cuerdas vocales:

—Sí, es verdad —dijo ella dulcemente con un tono de regocijo en su voz—. Robbie separó las verjas de las bisagras. Luego dio un puñetazo a la puerta para entrar. Subimos hasta lo alto del faro y salimos a la plataforma.

—Mirador —murmuró Hal.

—Vimos el cielo azul por primera vez —continuó Abigail, a pesar de que todos tenían los ojos como platos—, y sentimos el calor del sol en nuestros rostros. Fue maravilloso. Y no pudimos evitar fijarnos en que también se podía ver Ahí Fuera, la ciudad al otro lado del agua, con unos edificios enormes y casas vacías. Estaba todo desierto, tal y como dijisteis que estaría. —La voz de Abigail se puso más tensa—. Pero pudimos respirar el aire limpio por encima de la niebla y sentir el calor del sol en nuestra piel, y fue *precioso*. Y no pudimos evitar preguntarnos: ¿por qué no nos habéis dejado subir nunca? ¿Por qué no nos habéis dejado nunca ver el cielo azul? ¿Por qué?

—Oh, Abigail —dijo su madre llevándose las manos a la cara.

La doctora Porter avanzó hacia su hija con los brazos extendidos, pero Abigail se echó para atrás.

—Solo queremos la verdad —demandó Abigail—. Ya es hora de que nos lo contéis todo. *Todo*.

Capítulo 19
La señorita Simone habla

Se produjo un clamor de susurros y protestas de enfado ante el arrebato de Abigail, una reacción variada procedente de un sorprendido círculo de adultos. La señorita Simone se apartó la capa hacia atrás, sobre los hombros, y avanzó hasta el centro de la sala levantando las manos para intentar calmarles a todos. Luego se dirigió a Abigail.

—Jovencita —dijo con firmeza—, tú no eres lo suficientemente mayor como para exigir nada a tus padres, ni mucho menos a mí. Ten la bondad de contarnos cómo Robbie fue capaz de echar abajo las verjas del faro. ¿Qué fue lo que quisiste decir?

Se quedó mirando a Abigail intensamente, al igual que los demás que estaban en la sala. Tras una pausa, Abigail tragó saliva y empezó a hablar sin alterarse.

—Hal quiere decir algo. Así que, por favor, escuchadle o podría enfadarse.

Hal reaccionó y se giró hacia ella. Abigail le dirigió un rápido gesto de ánimo y le guiñó el ojo.

«¿Que podría enfadarme?». ¿En qué demonios estaría pensando ahora? Hal se arrepintió de no haberles hecho a sus amigos quedarse fuera.

Puesto que otra vez era el centro de atención, Hal respiró hondo:

—Lo que Abigail quiere decir —comenzó—, es que estamos hartos de que nos oculten todo. Así que hemos… bueno, hemos estado reuniéndonos en secreto y descubriendo algunas cosas. —La señorita Simone levantó una ceja. Hal siguió adelante—. Y una de las cosas que hemos descubierto es que la niebla sale de un agujero en el suelo que hay en el bosque.

Esperó a ver la reacción de sus padres, de cualquiera de los padres que había en la sala. Pero solo se le quedaron mirando.

—Eso ya lo sabemos, hijo —dijo su padre suavemente.

—¡Oh! —dijo Hal titubeando. *Por supuesto* que lo sabían—. Bueno, nosotros lo descubrimos la semana pasada y pensamos que sería una buena idea taparlo.

—¿Qué? —exclamó la señorita Simone. Parecía horrorizada y a

punto de tambalearse, al igual que los demás adultos—. Que pensasteis *¿qué?*

—¡Oh, no! —gritó la señora Stanton llevándose las manos a la cara—. ¿Qué hicimos con los trajes de protección?

—Pero había una mantícora —continuó Hal apresuradamente, perdiendo el control de nuevo—, nos persiguió, así que no pudimos acabar de taparlo y luego se nos ocurrió hacer una balsa para marcharnos de la isla, pero había una serpiente de mar enorme, tal y como tú dijiste, papá, y nos trajo de vuelta, y se llevó nuestra balsa y luego Abigail me enseñó sus alas y me llamó friki y Robbie se transformó en un ogro y luego…

—Espera —dijo su padre levantando las manos—. Habla más despacio, Hal. No se te entiende nada.

Pero la señorita Simone, sorprendentemente, había empezado a esbozar una sonrisa que casi podría considerarse agradable.

—¡Ah!, de hecho, creo que por fin le estoy entendiendo —dijo ella activando su lado encantador—. Hal, ¿me estás diciendo que algunos de vosotros habéis experimentado cambios? ¿Es eso?

—Se podría decir eso —confirmó Hal—, así que no hay necesidad de que Fenton se tenga que ir esta noche. Puede quedarse uno o dos días más ¿no? Y así estaremos todos listos para irnos juntos. —Miró a su madre—. Si es que realmente tenemos que irnos.

Su madre parecía anonadada y le cogió al marido de la mano.

—Creo que ahora lo entiendo —afirmó la señorita Simone—. Hal, ¿qué tal si os doy a todos otro día? Volveré pasado mañana para llevarme a los que estéis listos. Pero me temo que el que no esté preparado, tendrá que quedarse hasta que lo esté. —Miró por la ventana, pero estaba demasiado oscuro para ver nada—. ¿Están todos fuera? —preguntó. Cuando Hal asintió, ella aplaudió—. Bien. Entonces salgamos a la calle y hablemos un poco más.

Puesto que Hal, Robbie y Abigail estaban bloqueando la salida al vestíbulo, se giraron y lideraron al grupo. Abigail le apretó la mano a Hal y sonrió. Sorprendido y satisfecho, Hal le devolvió la sonrisa. Pero en realidad se sentía un poco aturdido por la conversación que había tenido lugar en la sala. Lo había soltado todo de una forma un poco caótica y ni siquiera podía recordar exactamente lo que había dicho. Pero por lo menos la señorita Simone parecía dispuesta a esperar un día más.

El frío aire de fuera fue de agradecer después de haber estado en la agobiante sala. Hal no se había dado cuenta de lo sofocado que se había puesto. Encabezó el camino a la calle y casi se tropezó con *Wrangler* cuando este pasó corriendo delante de él. Hal encontró a Dewey, Emily, Lauren y Darcy todavía sentados en el pequeño muro. Emily permaneció sentada cuando *Wrangler* la encontró y la empezó a

lamer la cara efusivamente, pero los demás se levantaron de un salto y parecieron asustarse al oír el sonido de tantas pisadas de adultos por el sendero.

Hal se puso a buscar a Fenton. Todavía estaba allí, colgado de la farola, apenas visible en la oscuridad.

—Hola, mamá —dijo Emily saludando con la mano—, papá.

El señor y la señora Stanton no podían dejar de mirar a su hija sorprendidos, examinaron su curiosa ropa mientras los otros chicos saludaban a sus padres. Hal vio muestras de preocupación en muchos de los adultos, o ¿era recelo? Tal vez ni siquiera eso, ¿sería resentimiento? Hal no estaba del todo seguro *qué* era lo que estaba escrito en las caras de los adultos. Su madre estaba comiéndose las uñas y su padre estaba rascándose la barba. ¿Signos de preocupación? Pero preocupación ¿por qué? ¿Por la salud y el bienestar de Hal, o por algo más?

—Fenton no está —dijo la señorita Simone mirando alrededor.

—Esta por aquí —contestó Abigail apresuradamente.

Se produjo una larga y expectante pausa.

A Hal se le pusieron los brazos con piel de gallina. Su ropa mágica parecía mantenerle abrigado a pesar del frío y brumoso aire de la noche, y por extraño que pareciera, ni siquiera sentía frío en las partes del cuerpo que no tenía cubiertas. La carne de gallina de los brazos debía de tener algo que ver con la presente situación, pensó; algo que ver con el modo en que los adultos miraban intranquilos a sus hijos y la forma en que la señorita Simone los miraba, casi con ojos hambrientos.

—Señorita Simone —dijo Hal aclarándose la garganta—, cuéntenos por qué hemos estado atrapados aquí en esta isla durante toda nuestra vida. Sabemos lo de la niebla. Sabemos que *se supone* que es para protegernos del virus, si es que el virus está todavía Ahí Fuera. Pero ¿por qué no podíamos ir a su mundo desde el principio en vez de quedarnos aquí?

Abigail asintió con satisfacción. Evidentemente esa había sido una pregunta clave para ella también. La señorita Simone pareció, por un momento, que iba a ponerse a discutir, pero luego dejó escapar un suspiro.

—Está bien, Hal. La razón es que… bueno, el proyecto… —dijo intentando buscar las palabras adecuadas.

—Hal —interrumpió su madre en voz baja—, tú y tus amigos sois todos unos chicos muy especiales. Os queremos pase lo que pase. Pero estamos en deuda con la señorita Simone. Sin ella, vosotros no existiríais. Sin ella, no habríais nacido. Ninguno de nosotros podía tener niños, pero la señorita Simone lo hizo posible. Y la razón por la que nos dio este regalo tan maravilloso es porque la buena gente de su

mundo os *necesita*.

—Pero solo si podéis cambiar —dijo la señorita Simone. Luego miró a la madre de Hal—. Lo siento, señora Franklin, no quería decirlo así. Por supuesto que seréis todos bienvenidos en mi tierra al margen de que los chicos puedan cambiar de forma o no. —Se dirigió a Hal—. Pero solo se os *necesita* en mi tierra si sois unos *cambiaformas*. De lo contrario —dijo encogiendo los hombros—, no seréis más que un montón de niños corrientes.

—Pero sin intención de ofender, ¿verdad Simone? —dijo uno de los hombres tras aclararse la garganta.

—Ah, no, lo siento —dijo ella sonrojándose—. No tenía intención de ofender. No tengo mucha mano con los niños.

—Pero —dijo Abigail chasqueando la lengua—, todavía no nos ha explicado por qué teníamos que quedarnos *aquí* en la isla. ¿Por qué no podíamos haber crecido en su mundo?; ese sitio tan templado y soleado del que no hace más que hablar, en vez de esta aburrida, deprimente y brumosa isla.

—¡Ajá! —dijo la señorita Simone—. Eso es un asunto técnico. Veréis, durante miles de años nuestros doctores han estado trabajando con padres dispuestos a criar cambiaformas. Necesitamos a los cambiaformas en nuestra tierra, por eso sus padres son considerados y tratados como realeza, se les dan tierras y propiedades en el campo, un confortable estilo de vida para siempre… Creedme cuando os digo que vuestros padres se jubilarán pronto a todo lujo.

—¿Y nosotros qué? —preguntó Abigail, de nuevo con un incipiente desafío en la voz—. ¿Qué pasa con *nosotros* mientras nuestros padres viven una vida de lujo? Estaremos encerrados en algún laboratorio, supongo, con agujas clavadas y sometidos a todo tipo de pruebas.

Se oyeron varios gritos sofocados de horror.

—¡Oh, Abigail! —dijo la señora Porter con lágrimas en los ojos—. ¿De verdad piensas eso?

—Y ¿qué es lo que *deberíamos* pensar, madre? —estalló temblando de rabia.

—Déjales que se expliquen —susurró Hal cogiéndola tímidamente de la mano y sintiéndose un poco incómodo.

—¡Dios mío! —dijo la señorita Simone con los ojos abiertos de par en par—. Parece que les he dado una impresión equivocada. Nunca he tenido mano con los niños. Veréis, yo soy doctora y… —Miró a los compañeros de clase uno por uno—. Chicos, en mi mundo, los cambiaformas son héroes. Tenemos una diversidad de criaturas inteligentes, a cada cual más peligrosa. Vuestro mundo también tiene una población diversa, una maravillosa variedad de animales, pero ninguno de los animales es lo suficientemente inteligente o tenaz como para suponer una amenaza para los humanos. No se ve a los

elefantes confabulándose para apoderarse de un pueblo de la India, y reclamar la tierra porque sea un lugar bonito. No se ve a los cocodrilos cobrando peaje por usar las balsas en sus ríos, porque sea un buen modo de ganar dinero. En vuestro mundo los animales son humildes y generalmente no tienen necesidad de dominación o poder. Los humanos por otra parte creen que son los dueños del lugar y que pueden hacer todo lo que quieran y donde quieran y si los animales son expulsados de su hábitat natural en el proceso… pues, ¿qué más da?

Se produjo un silencio.

—Veréis —continuó ella—, en mi mundo hay posiblemente tantos animales indefensos como en el vuestro y estos no suponen ninguna amenaza. Pero a diferencia de vosotros, nosotros también tenemos una amplia variedad de especies *inteligentes*. En vuestro mundo, los humanos siempre han tenido la ventaja de ser los únicos animales listos del planeta, pero nosotros tenemos que compartir nuestro mundo con un número de criaturas que son tan inteligentes como nosotros o más.

Hizo una pausa y miró a su alrededor, tenía a la audiencia cautivada. A Hal le seguía irritando la piel de gallina en los brazos De repente se dio cuenta de que todavía tenía agarrada de la mano a Abigail y ella ni siquiera parecía haberse dado cuenta. Invadido por una súbita vergüenza dejó escapar la mano con suavidad.

—Compartir un mundo con todas estas criaturas inteligentes —explicó la señorita Simone—, es francamente muy difícil. Pero también nos da una lección de humildad. Nosotros, los seres humanos nos esforzamos por mantener la paz y no meternos con nadie. Nos esforzamos por no traspasar los límites o invadir tierras ocupadas por otros, aunque a veces el contacto es inevitable. Por ejemplo, tratamos de tener un entendimiento con nuestros vecinos, los centauros, porque tenemos que compartir los mismos recursos naturales, el agua potable del arroyo que viene de la montaña, la excelente tierra de cultivo, el refugio del valle contra los elementos atmosféricos…

»Pero a veces se producen malentendidos que acaban en discusiones. A muchos de los humanos no les gusta compartir con, las que ellos llaman, especies «inferiores», aunque los centauros sean mucho más inteligentes que nosotros en muchos aspectos. Sin embargo, a la hora de resolver problemas y hacer pactos, los centauros son notoriamente tercos y se niegan a negociar hasta el más pequeño detalle y entonces los ánimos se calientan muy deprisa y con bastante regularidad.

La señorita Simone dejó escapar un suspiro de obvia frustración y empezó a pasear en pequeños círculos delante de los chicos.

—Peores aún son nuestras disputas con los dragones y las arpías

que se niegan a dejarnos en paz. Una de las cosas que los humanos y los centauros tenemos en común es el miedo a los ataques de dragones, que suelen ser rápidos y despiadados y siempre acaban con uno o dos muertos. O una incursión de arpías en la que literalmente cientos de ellas aparecen por el cielo con sus chillidos ensordecedores. Cuando las arpías hacen una redada es un auténtico barullo, una aglomeración de plumas blancas, ojos amarillos y olores penetrantes, y cuando se acaba el caos y las arpías se han ido, nos encontramos con que la mayoría de nuestro ganado ha desaparecido, nos han arruinado la cosecha y nos han robado la ropa que estaba tendida.

«Arpías. Plumas blancas, ojos amarillos».

Hal pensó en Lauren y dirigió su mirada hacia ella. Claramente ella también había hecho la misma conexión porque se podía percibir la vergüenza escrita en su rostro. Pudor y vergüenza por lo que ella era, una arpía. Pero Hal, a pesar de ser un dragón, no sentía nada. ¡Él no participaría en ningún ataque a aldeas pasara lo que pasara! Y dudaba mucho que Lauren lo hiciera tampoco.

—En cuanto a las mantícoras —continuó la señorita Simone— son pura malicia. Son mucho más inteligentes que los dragones y las arpías. Son capaces de mantener una conversación profunda y coherente contigo si les apetece, pero al acabar son propensas a querer matarte. Aun así, intentamos razonar con estas criaturas. Hasta las mantícoras tienen cierto grado de respeto hacia los humanos que desean negociar algún trato. Pero no mucho. Prefieren comernos antes que hablar con nosotros.

A Hal le llegó la luz de repente. Dragones, arpías, mantícoras…, no era solo una simple coincidencia que la señorita Simone mencionara a esas criaturas en particular.

—¿Necesita nuestra ayuda para… para *hablar* con ellas?

La señorita Simone dejó de pasear y se quedó mirando fijamente a Hal primero y luego uno por uno a sus compañeros de clase.

—Sí. Necesito vuestra ayuda para negociar con estas criaturas, estas otras especies. Vosotros, amigos míos, sois los emisarios de la raza humana. No solo seréis capaces de hablar con ellas en su propio lenguaje, sino que además sentiréis *empatía* hacia ellas y eso será un gran paso para ayudarnos a *entenderlas* y, a su vez, les permitirá a estas especies confiar en nosotros un poco más. Durante miles de años hemos estado criando cambiaformas para ayudar a mantener el orden en nuestra tierra. Vosotros sois nuestra próxima generación.

Se produjo un largo silencio.

—Pero todavía no nos ha contado por qué estamos aquí en esta brumosa isla en vez de en su agradable y soleado mundo —dijo al fin Emily, su voz se pudo oír claramente en el frío aire de la noche.

—¡Ah! —dijo la señorita Simone—. Por desgracia no podemos criar

cambiaformas en nuestro mundo. En vuestro mundo el aire contiene más o menos el veintiuno por ciento de oxígeno, un poco menos que el nuestro. El índice más bajo de oxígeno en vuestro mundo ralentiza el desarrollo, que es esencial en la creación de los cambiaformas. Si hubierais crecido en mi mundo, habríais cambiado en dragones, ogros o arpías a los dos años y os habríais quedado en esa forma, os habríais convertido esencialmente en esas criaturas y habríais perdido vuestra identidad humana. El menor nivel de oxígeno en vuestro mundo cumple un excelente trabajo para ralentizar el proceso, permitiendo que vuestras mentes y vuestros cuerpos maduren antes de que la criatura que lleváis dentro se manifieste.

—¿Está diciendo que hemos estado atrapados en esta isla por una mínima diferencia en el nivel de oxígeno? —dijo Emily resoplando—. No la creo.

—De hecho —intervino Robbie—, yo he leído algo sobre esto en mis libros de insectos. Hace trescientos millones de años había libélulas de más de medio metro y la razón era que había más oxígeno en el aire entonces…

—Alrededor del treinta y cinco por ciento —interrumpió la señorita Simone para confirmarlo—. Científicos de ambos mundos han descubierto muchos, muchos fósiles de enormes insectos de esa época. Pero unos insectos tan grandes no son factibles en un mundo con solo el veintiuno por ciento de oxígeno, razón por la que los bichos hoy en día son tan pequeños.

—¿Podría ser ese el motivo por el que su mundo tiene especies más inteligentes que el nuestro? —preguntó Robbie frunciendo el ceño tras mostrar su acuerdo con la explicación.

—Ese es el consenso general —confirmó la señorita Simone—. El aumento de oxígeno posibilita un mejor y más rápido desarrollo de músculos y órganos. Hasta las pruebas más simples lo han demostrado. Si aplicáis esa lógica a millones de años de desarrollo evolutivo, podréis entender por qué, incluso una mínima variación en el nivel de oxígeno podría causar un cambio fundamental a la vida en el planeta. En vuestro caso, crecer aquí en vuestro mundo, en esta isla, ralentiza notablemente la manifestación de vuestras identidades alternativas, y os concede tiempo para que podáis crecer en vuestros cuerpos humanos.

Hizo una pausa para pensar. En ese momento Hal se percató de lo silenciosa que estaba la noche. Hasta los sapos habían dejado de croar.

Hal tuvo el presentimiento de que algo no estaba bien. Miró de reojo a Abigail, pero por una vez parecía satisfecha con lo que la señorita Simone estaba contando. *La verdad al fin.*

—Pero hay algo extraño —continuó la señorita Simone—. Hace tiempo descubrimos que un cambio repentino en los niveles de

oxígeno, en mitad del proceso, estropea el resultado. Hay muchos informes documentados sobre ello y yo tengo un buen amigo mío que es la prueba evidente. Él también es un cambiaforma, un hombre fornido de más de metro ochenta que puede transformarse en un caballo volador, solo que no puede volar. Cuando tenía ocho años y empezó a mostrar señales de cambio, los científicos se impacientaron por introducirle en mi mundo y estudiar cómo interactuaba con los esquivos caballos voladores. Debido a su urgencia, le trajeron demasiado pronto, antes de que hubiese aprendido a volar. Los científicos se figuraron que ya había experimentado una transformación completa, al tener alas y todo, y que lo único que le faltaba era aprender a volar. Sin embargo, nunca lo hizo.

—¿Por qué? —preguntó Emily.

—Nadie lo sabe. Es un misterio. Por supuesto que un solo caso no significa nada. Pero esto es algo que ha sucedido repetidamente a través de la historia. Casi todos los fallos de desarrollo similares pueden atribuirse a la prisa. —La señorita Simone les recorrió a todos con la mirada—. Podéis imaginaros mi horror cuando el virus atacó este mundo. Me dije a mí misma, ¿por qué ha tenido que pasar esto justo cuando yo estaba de guardia?

La señorita Simone respiró hondo y continuó:

—Bueno, elaboramos la niebla con bastante rapidez y empezamos a bombearla a vuestro mundo. Hace un trabajo excelente manteniendo el virus alejado. Todavía lo hace. Pero no sabíamos muy bien el efecto que tendría en vosotros, chicos, al cabo de los años. Temíamos que no os permitiera cambiar. Solo el tiempo tenía la respuesta. Para sorpresa nuestra, el joven Thomas cambió un poco más pronto de lo esperado, cuando tenía seis años. —Bajó la mirada al suelo—. No fue una de las transformaciones más exitosas, de hecho fue un desastre, como sabéis. Pero nos concedió la esperanza de que aún podríamos tener a un grupo de jóvenes cambiaformas en camino.

Hal pensó en Thomas cuando se cayó del acantilado, siendo arrastrado bajo el agua por unas manos invisibles y luego despertándose en un lugar extraño. ¿Tuvo algo que ver con esto la señorita Simone?

—Desde ese momento extremamos la vigilancia —continuó la señorita Simone—, pero no pasó nada con el resto de vosotros, y todos cumplisteis ocho años, y luego nueve sin ninguna señal de cambio, y luego pasaron más años y siguió sin pasar nada. Os podéis imaginar nuestra creciente frustración y angustia, ¡os habéis retrasado cuatro años!

—Pero no es culpa vuestra, chicos —exclamó la madre de Hal desde el círculo de adultos.

—No, no es culpa vuestra —corroboró Simone—. Pero mi pueblo

está muy preocupado. Hay gente que ha muerto debido a malentendidos con las comunidades vecinas. Hace poco la comunidad *naga* pensó que estábamos deliberadamente desviando el curso del río de su zona. De hecho, el desprendimiento de una roca es lo que lo bloqueó y estábamos procediendo a apartarla cuando los naga mandaron a alguien a investigar.

—¿Naga? —preguntó Emily mientras tenía a *Wrangler* tumbado a sus pies.

—Las serpientes humanas —dijo la señorita Simone— mitad serpientes, mitad humanos… En cualquier caso, se llevaron la impresión equivocada. De todas formas, son una especie bastante quisquillosa y aquello les enfureció. Así que mandaron un ejército de serpientes a nuestra aldea y…

No pudo seguir hablando y al final guardó silencio.

—Si se pudieran haber comunicado bien con ellos —dijo Abigail—, habrían podido explicarles la situación y haber evitado una escena desagradable ¿no es así?

—Una simple conversación —asintió la señorita Simone—, eso es todo lo que necesitábamos. Lo mismo sucede con los ogros. Son unas bestias agradables y dóciles, no tienen ni una pizca de malicia. Pero nos dan muchos problemas, y a otras especies también, porque andan sin ton ni son por la zona sin pararse a pensar. —Ahogó la risa—. Son lo suficientemente inteligentes como para poder hablar y razonar con ellos en su propia lengua, pero demasiado tontos como para representar una amenaza. Son como niños de cuatro años de tamaño descomunal. Les puedes alejar del peligro y de los problemas utilizando la persuasión, poniéndoles una zanahoria delante, pero si disgustas a uno, mejor que salgas corriendo.

Hal dio un codazo a Robbie y sonrió. Robbie le miró enfadado.

La señorita Simone frunció el ceño al advertir el intercambio privado, pero no dijo nada. En cambio, se dio la vuelta lentamente y pronunció una última frase escalofriante que hizo que a Hal se le pusiera la carne de gallina otra vez.

—Debido a este virus creado por el ser humano —dijo ella entre susurros—, que ha eliminado a la mayoría de la población de vuestro mundo de manera tan eficaz, temo por el futuro. Temo que vuestro mundo se pierda para siempre y por ese motivo temo que mi propio mundo esté encaminado al caos y a la guerra contra otras especies.

»Vosotros, chicos, puede que seáis nuestra última generación de cambiaformas.

Capítulo 20
Monstruos en la calle

Hal se convenció de que cada vez hacía más frío mientras permanecía en la calle, bajo la débil luz de la luna. A pesar de que todavía llevaba puesta la ropa mágica, o ropa *inteligente*, había empezado a tiritar. Ahora entendía por qué la señorita Simone llevaba una capa; esas prendas solo eran capaces de quitar el frío hasta cierto punto. El cálido resplandor de las lámparas, en el interior de la sala de estar de Fenton, otra vez le pareció de lo más acogedor.

Pero la señorita Simone no tenía ninguna intención de meterse dentro. A su alrededor estaban todos los padres, inquietos moviendo los pies y lanzando miradas de un lado a otro. Había un aire de expectación. Ya se había dicho bastante, era hora de hacer las demostraciones.

—¿Quieres ir tú primero? —preguntó Hal a Abigail mirándola a los ojos—. Ya que también tú fuiste la primera de nosotros en cambiar.

—Claro, ¿por qué no? —dijo ella tras hacer una mueca con los labios y encoger los hombros.

Abigail se separó de Hal y de Robbie y se fue hacia el centro de lo que de pronto pareció convertirse en un escenario callejero.

—¿Preparada? —dijo en voz baja mirando a su madre.

La doctora Porter se abrazó a sí misma y asintió firmemente con la cabeza.

Hal se preguntó qué estarían pensando sus propios padres. ¿Cómo llevarían ellos el saber que su hijo estaba a punto de convertirse en algún tipo de monstruo? ¿Cuántas veces se habrían preocupado de lo que iba a pasar esa noche? ¿Sabrían siquiera qué tipo de monstruo era él?

Mientras Hal debatía en su interior esa pregunta, Abigail hizo crecer sus alas. Aparecieron en un instante y la espalda de su vestido se separó solícitamente para darles cabida. Varios de los adultos sofocaron gritos de sorpresa y ella empezó a producir un zumbido y se elevó del suelo.

—¡Oh! —exclamó su madre llevándose las manos a la boca. Se le saltaron las lágrimas, pero sonreía de alegría.

Abigail se acercó un poco más y luego voló con rapidez dando una

vuelta entera por la calle, obviamente alardeando. Los otros padres empezaron a sonreír también y, para sorpresa de Hal, incluso empezaron a aplaudir. Animada por la tan positiva acogida, Abigail revoloteó por encima de ellos y se giró en el aire. Tenía una sonrisa resplandeciente. Por fin, se paró delante de la señorita Simone flotando en el aire arriba y abajo.

—Muy bien —dijo la señorita Simone con las manos en las caderas, hizo un gesto de aprobación—. Está muy, muy bien.

—Soy un hada, ¿verdad? —preguntó Abigail.

—Sí —afirmó la señorita Simone—, aunque en mi mundo todavía utilizan la palabra *feéricos.* La población *feérica,* o de hadas, está por todas partes y hay muchas especies, así que llamarte simplemente hada no es muy preciso. Es un caso parecido al de los gatos; hay muchos tipos de gatos que incluyen leones, tigres, pumas y demás.

«Y las mantícoras —pensó Hal—. ¿Se les consideran también gatos?».

—Pero bueno —dijo la señorita Simone—, nos quedaremos con hada de momento. —Alargó el brazo para alcanzar el pelo de Abigail y lo apartó a un lado—. Hummm… Tus orejas no son puntiagudas. Qué raro. Y eres demasiado grande para ser un hada real. ¿Puedes hacerte más pequeña?

—¿Qué? —Abigail aterrizó abruptamente, sus alas se quedaron quietas.

—Los que pertenecen a la población *feérica* son diminutos —explicó la señorita Simone tras aclararse la garganta—, más o menos como mi mano. —Levantó su mano con la palma hacia arriba y los dedos rectos en caso de que su observación no fuese clara—. Me pregunto si tal vez la tuya sea una transformación solamente parcial.

—Hummm… pues —dijo Abigail lanzando una mirada a Hal—, no lo sé. Esto es todo lo que sé hacer.

—Bueno, igual con el tiempo lo consigues. —La señorita Simone miró a su alrededor—. ¿Quién es el siguiente?

Algo desanimada, Abigail se colocó otra vez al lado de Hal. Él le dio un codazo y susurró que lo había hecho muy bien.

—Solo necesitas practicar lo del tamaño, nada más —remató él—. Y tus orejas no son lo bastante puntiagudas—. Rio ante el resoplido de Abigail.

—Vale, mi turno —dijo Robbie dando un paso al frente—. ¿Preparada, mamá? ¿Papá?

Ambos el señor y la señora Strickland parecían encantados. Obviamente para ellos era suficiente con saber que su hijo podía cambiar, sin importarles demasiado en qué podría convertirse.

La transformación de Robbie fue tan rápida como la de Abigail, solo que mucho más espectacular. Casi todos los que estaban en el

círculo dieron un paso atrás cuando el ogro hizo su aparición. Con Abigail las miradas habían sido de deleite; con Robbie eran de asombro, mezcladas con tonos de preocupación. *Wrangler*, que tan solo había parecido ligeramente sorprendido con la transformación de Abigail, se había puesto tenso con las orejas hacia atrás al encontrarse a Robbie cerniéndose sobre él.

Mientras una ola de aplausos hacía eco en medio de la noche y la señorita Simone estaba hablando, Hal miró a ver dónde estaba Fenton. Todavía estaba ahí, colgado de la farola observándolo todo, inmóvil. En medio de la oscuridad de la noche, no era más que una figura completamente negra, tan solo unos pequeños y fulgurantes ojos rojos le delataban, y solo porque Hal estaba mirando en esa dirección y sabía que estaba ahí.

—Maravilloso, maravilloso —dijo la señorita Simone llena de vivacidad y alegría. Su fría actitud había desaparecido; ahora era tan cálida y agradable como el sol del que habían disfrutado esa tarde en lo alto del faro—. ¡Puedo decir que es un magnífico ejemplar!

Robbie se apoyó en un pie y luego en el otro, pero parecía extrañamente confuso; como uno de sus insectos preguntándose cómo se habría quedado atrapado en un frasco. Después de un rato volvió a su estado flacucho normal e hizo una exagerada reverencia a la multitud, que para entonces estaba ya encantada.

—¿Dónde está Fenton? —preguntó la señora Bridges cuando finalizaron los aplausos.

Hal y sus compañeros de clase se giraron al unísono hacia Fenton. Se produjo un momento de silencio mientras los adultos escudriñaban la oscuridad, siguiendo la dirección de las miradas de los chicos, para intentar encontrar al muchacho perdido. Y entonces la madre de Dewey dio un grito sofocado y señaló con el dedo, y uno a uno, los adultos descubrieron a la negra criatura en forma de serpiente colgando de la farola.

—No sé si alguna vez me acostumbraré a esto —murmuró la señora Bridges.

—Intente solo no desmayarse como la primera vez que le vio —dijo la señorita Simone en voz baja con una sonrisa forzada—. Sigue siendo su hijo.

Hal escuchó el intercambio privado y se quedó asombrado. ¿O sea que el señor y la señora Bridges, al igual que la señorita Simone, habían visto ya la transformación completa? Hal se supuso que era lógico; después de todo, la señorita Simone ¡no habría organizado la salida de Fenton de la isla de otro modo! Pero aquello probaba que Fenton podía cambiar una y otra vez y que no estaba atrapado en su forma actual, así que el motivo por el que seguía así era un misterio.

—Venga, baja, Fenton —llamó Darcy—; enséñanos lo que puedes

hacer.

Por un momento pareció que Fenton no había oído; o eso, o que les estaba ignorando. Pero empezó a moverse despacio. Agarró el poste con más fuerza, se abrazó a él y se lo acercó más a su fibroso torso. Después desenroscó de forma pausada su increíblemente larga cola de la farola y su delgado cuerpo de reptil descendió por el poste.

Advirtiendo al parecer por primera vez a la criatura, *Wrangler* comenzó a ladrar frenéticamente. Emily lo abrazó y le susurró al oído para tratar de calmarle.

Fenton se deslizó por la superficie pavimentada impulsándose perezosamente con sus larguiruchas patas. A Hal le recordó el corto viaje en balsa que Robbie y él habían hecho días atrás, subidos a la plataforma cuando se pusieron a remar suavemente con las palas. Fenton se deslizaba por la carretera con la misma gracia que una balsa flotando en aguas calmadas.

Sus ojos rojos no mostraron la menor señal de reconocer a nadie, ni un ápice de humanidad. Hasta Hal, él mismo una criatura con características de lagarto, se estremeció al ver a la negra serpiente dirigirse hacia el centro de la audiencia. Pero el hecho mismo de que Fenton estuviera ahí, presentándose obedientemente para que le inspeccionasen, probaba que seguía siendo él mismo. Su mente humana estaba ahí, por muy misterioso y amenazador que pareciera su aspecto.

Emily consiguió por fin calmar a *Wrangler*, el *border collie* no parecía muy contento, se agachó, enseñó los dientes y emitió un largo y profundo gruñido.

Mientras tanto los adultos se mantuvieron en silencio. Tal vez en *demasiado* silencio. Hal estaba ansioso por que dijeran algo. Lo último que quería, era que Fenton se sintiera como un bicho raro. La idea de que el muchacho pudiera echar a correr avergonzado y acabar como Thomas le llenó de temor. ¡Una mantícora desquiciada era suficiente!

—Fenton, haz lo del agua —dijo Hal para romper el silencio.

Fenton giró la cabeza para mirarle. Luego se giró otra vez para mirar a los adultos. A Hal le pareció ver un movimiento repentino en alguna parte de su alargado cuerpo, como un espasmo muscular, y de pronto empezó a salir un perfecto chorro de agua de su boca y se formó un charco en el suelo justo delante de él. La audiencia se separó para dejar paso al agua que empezaba ya a extenderse. *Wrangler* no pudo evitar dejar escapar un agudo gemido.

Entonces Fenton alargó el cuello y con un siniestro sonido siseante, sopló sobre el charco. El agua se solidificó, se hizo más densa y se volvió de un gris mate traslúcido.

La señorita Simone sonrió y asintió, luego se agachó para tocar el charco solidificado, que cedió bajo su presión como si fuera masilla

blanda. Al apartar el dedo, la huella que había quedado impresa desapareció.

—Fenton es una especie muy rara —dijo ella en voz baja. Se arrodilló y le acarició la cabeza suavemente como si se tratara de una mascota—. En nuestro mundo solo hay otros dos ejemplares, que nosotros sepamos, ambos son diez veces más grandes que Fenton.

Hal dejó escapar un grito ahogado de asombro. ¡Diez veces más grande…!

—Fenton es tan raro que su especie ni siquiera tiene nombre —continuó la señorita Simone—. Es un cruce entre dragón y serpiente, un dragón de agua, o quizás un dragón serpiente. Los dragones viven normalmente en tierra, mientras que las serpientes viven en el agua. Fenton es un anfibio, como una rana o un renacuajo. Respira aire, pero puede pasar largos periodos de tiempo bajo el agua.

La larga lengua de Fenton asomó con un movimiento rápido.

—Lo más destacable de Fenton es que tiene un par de estómagos adicionales para almacenar agua. Muchos animales tienen cuatro estómagos, por ejemplo, las vacas y las jirafas; y los camellos tienen tres. Pero habitualmente son para almacenar y procesar la comida…

La señorita Simone parecía inmersa en un mundo de biología y la intensa mirada de su rostro resultaba un poco inquietante. Hal decidió que se ajustaba exactamente al tipo de científico que Abigail había descrito en numerosas ocasiones, el tipo que observaría con una fascinación mórbida a una pobre criatura enjaulada; le clavaría agujas y tomaría notas, aparentemente inconsciente o indiferente a los sentimientos del sujeto en cuestión. La única diferencia era que la señorita Simone llevaba puesta una capa verde, en vez de una bata blanca.

—Pero mientras que las vacas regurgitan la comida en la boca y después la siguen masticando —continuó la científica—, Fenton regurgita agua y la escupe. —Señaló el charco solidificado—. Es un mecanismo de defensa. El agua del estómago de Fenton contiene todo tipo de extrañas sustancias químicas, y se seca muy rápidamente tras ser escupida, convirtiéndose en un producto parecido al pegamento. Parece que al soplar sobre ella se acelera el proceso de secado. —La señorita Simone seguía hablando, casi embobada—. Este es un arma terrible contra los depredadores.

Su rostro se enrojeció por la emoción al incorporarse de nuevo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que su audiencia, formada por perplejos adultos y horrorizados muchachos, no estaba tan fascinada como ella.

—Yo pensé que era una gárgola —dijo Hal.

—No olvidéis —dijo ella— que las dos criaturas de mi mundo son diez veces mayores que Fenton. Una de ellas atacó una aldea hace

poco. Nadie sabe el motivo, apareció sin más y empezó a escupir agua a la gente y a soplarles encima. Os podéis imaginar lo horrible que fue.

—¡Eso es terrible! —exclamó Emily.

—Existe la leyenda —dijo la señorita Simone— de que una de esas criaturas cruzó a vuestro mundo y acabó en el río Sena, en Francia. La gente del lugar, por supuesto, se horrorizó al ver este monstruo, que al parecer inundó la región escupiendo agua maloliente de su boca sin parar. Estas historias siempre se exageran y se distorsionan, por supuesto, pero también hay algo de verdad en ellas.

»Veréis, el estómago de la criatura soporta una cantidad de agua limitada, y mientras esa agua reposa durante varias horas en su tripa, desarrolla unas características similares al pegamento. Cuando escupe esa agua y sopla sobre ella, el agua se solidifica. Una vez que se han vaciado los estómagos, el dragón serpiente puede beber más agua y escupirla otra vez, pero el agua que acaba de tragarse no se convertirá en pegamento al soplar sobre ella.

»Así que la criatura, desesperada por escaparse, acabó tragando y escupiendo agua normal, montones de agua. Eso es por lo que se la recordó en vuestros libros de historia, se la llamó la *Gargouille*, que suena parecido a gárgola y es el nombre que se les da a las estatuas que tienen caños de agua.

—¿Es cosa mía o es que la luna brilla más hoy? —preguntó alguien.

Era el señor Morgan, el padre de Dewey, un hombre corpulento con barba y acento extraño. Normalmente apenas hablaba, pero cuando lo hacía, su voz retumbaba. Si Hal no recordaba mal, él era galés, lo que quiera que *eso* significase.

Todos miraron primero al señor Morgan y luego hacia arriba, hacia el nocturno cielo. Hal tuvo que admitir que tenía razón. ¡Tal vez la niebla estaba por fin empezando a disiparse!

Y entonces fue cuando Hal tuvo la agobiante sensación de que había algo que no marchaba bien. Sí, es cierto que la niebla estaba aclarando, y mientras que ese acontecimiento era emocionante, al mismo tiempo Hal tenía el presentimiento de que él y sus amigos habían cometido un terrible error. En ese momento se dio cuenta de que debería mencionar el agujero de niebla a la señorita Simone. Debería decirle que lo habían tapado y que la niebla se estaba disipando. ¿Deberían preocuparse del virus? Seguro que no. Seguro que había desaparecido hacía tiempo.

«Pero ¿y si no había desaparecido?».

La señorita Simone ya se había trasladado al siguiente protagonista y le había dejado marcharse a Fenton. Aunque la transformación de Fenton había sido fascinante, nadie podía quitarse de encima el

siniestro aire de peligro que producía su presencia. Mientras se movía hacia las oscuras sombras del camino, hubo varias miradas que le siguieron con recelo, incluyendo la de *Wrangler*. Hasta los padres de Fenton, el señor y la señora Bridges se mostraron tensos y se limitaron a quedarse en silencio mientras vieron pasar a su hijo deslizándose por su lado.

Lauren fue la siguiente en demostrar su transformación. Su cambio fue impresionante y, al parecer, también bastante bien recibido después de la espeluznante presencia de Fenton. Se produjo una nueva ovación de aplausos cuando su pelaje blanco brotó de repente y sus impresionantes alas de pájaro aparecieron en su sitio. Lauren pareció aliviada ante la positiva reacción después de haber oído todas esas historias de ataques de arpías.

Intentando hacer alarde, Lauren dio unos cuantos saltos y se lanzó al aire batiendo las alas con fuerza. Todos tuvieron que agacharse cuando se elevó por encima. Se giró y volvió otra vez lanzándose en picado y produciendo un verdadero espectáculo para el círculo de encantados rostros. Hasta *Wrangler* parecía excitado moviendo ligeramente la cola. Tal vez su estado de ánimo tenía algo que ver con el de la audiencia. Parecía confuso, pero si todos estaban contentos, bueno, tal vez ese bicho con forma de pájaro no fuera tan malo.

La señora Hunter estaba sobrecogida de la emoción, lloraba de alegría. No hacía más que decir «mi niña» una y otra vez. Su marido tenía una amplia sonrisa y era el que más aplaudía de todos.

La cara de la señorita Simone tenía una curiosa mezcla de interés científico y aprobación por el éxito de su experimento, pero también desdeño personal hacia lo que ella consideraba una criatura detestable.

Entretanto Hal solo estaba viendo el espectáculo a medias. Estaba más preocupado por cómo la niebla se iba dispersando y cómo el aire se iba haciendo cada vez más frío. Empezó a pensar otra vez en el virus. Ni a él, ni a sus compañeros de clase les había afectado cuando habían estado en lo alto del faro, pero hacía ya tiempo que habían establecido que ellos tenían buenos sistemas inmunitarios. ¿Y si el aire sin filtrar era inofensivo para los chicos, pero seguía siendo mortal para sus padres?

—Sí, Lauren, eres una arpía —estaba diciendo la señorita Simone mientras Lauren aterrizaba grácilmente en el suelo—. Pero a las arpías no les gusta ese nombre. Se refieren a sí mismas como gente alada. Insisten en que son humanos, y se han sentido insultados a través de la historia cuando los humanos se negaban a aceptarlos como tales. Bueno, es un prejuicio que data de miles de años y el mal ya está hecho; la gente pájaro rechaza a los humanos y les gusta buscar pelea. La palabra «arpía» es ofensiva por definición y nunca debe usarse en

su compañía.

—¿Por qué no puedo volar más alto? —preguntó Lauren casi sin respiración—. No consigo superar la altura de los tejados.

—Eso es porque hay un agente químico en la niebla —explicó Simone—. Lo pusimos ahí precisamente por esa razón. Ese elemento es más ligero que la niebla, pero más pesado que el aire, por lo que se mantiene sobre la isla y amortigua el vuelo. Afecta a los pájaros también. —De repente hizo una pausa, miró hacia arriba y frunció el ceño.

«Díselo», Hal se instó a sí mismo.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó Lauren mientras cambiaba a su forma humana y dejaba que sus padres la abrazaran—. Dewey, te toca.

El cambio de Dewey fue recibido con un grito de reconocimiento.

—¡Un centauro! —exclamaron a la vez varias voces.

—¡Mi hermoso hijo! —gritó la señora Morgan.

—¡Oh!, debéis de estar muy orgullosos —dijo la señora Porter.

El murmullo de voces continuó mientras Dewey se paseaba con su habitual inquietud, girando en círculos y moviendo la cola.

La señorita Simone se unió al bullicio para explicar que Dewey tendría que atender algunos asuntos urgentes nada más llegar a su mundo; tendría que hablar con los centauros y persuadirles para que cambiasen en algunos puntos su terco modo de pensar.

—Así que eras tú al que vimos anoche —añadió la señorita Simone mientras Dewey cambiaba a su forma humana—. La tormenta es lo que provocó el cambio ¿verdad?

—Había algo en los relámpagos y los truenos que me asustó —confirmó Dewey mirando al suelo—. Nunca me habían asustado las tormentas y hasta me gusta observarlas, pero esta fue distinta.

—Esa tormenta no fue diferente a las otras —señaló la señorita Simone—, pero algo dentro de ti debió cambiar recientemente. Casi todos los centauros tienen un miedo irracional a las tormentas, y tenía la esperanza de que alguno de vosotros mostrara su verdadero yo anoche, una vez que los truenos y los relámpagos comenzasen. Esperé detrás de las casas con mis colegas por si acaso y así fue, apareció un asustadizo centauro.

—Ese era yo —dijo Dewey mostrándose ligeramente avergonzado.

—Te escapaste —continuó la señorita Simone—. No conseguimos alcanzarte. Fue muy frustrante. Sabía que tenía que ser uno de vosotros, chicos, pero no sabía cuál, Hal, Robbie o tú, Dewey.

Hal solo estaba escuchando a medias. Miró en torno suyo buscando la opinión de Robbie sobre el virus y el agujero de niebla. Pero su amigo estaba al lado de Lauren, donde había permanecido desde la impresionante actuación de ella. «Por supuesto», pensó Hal.

Así que se giró hacia Abigail, quien había estado aplaudiendo y animando junto con los demás, pero parecía absorta en algo.

—Oye —susurró Hal—, ¿has notado que la niebla se está levantando?

—Sí —respondió ella— y la señorita Simone también lo ha notado.

—Vale.

No dijeron nada más durante unos minutos. Pero luego Abigail se giró hacia él.

—¿Crees que hicimos bien en tapar el agujero de niebla? —le dijo Abigail susurrando.

—No lo sé —gimió Hal.

Oír aquello de Abigail fue como recibir un puñetazo en el estómago. Su propia sensación de desasosiego se había confirmado. Había algo en el ambiente que no estaba bien.

—Pero han pasado trece años desde que el virus atacó Ahí Fuera. Sin duda ya se habrá ido.

—Si eso fuera verdad —dijo Abigail haciendo un gesto dubitativo—, entonces ¿por qué la señorita Simone se ha molestado en seguir con la niebla durante todo este tiempo? —Dio un suspiro—. Me he dado cuenta de que estaba equivocada sobre ella. Todavía me sigue sin gustar, pero ahora creo que está diciendo la verdad.

—O sea que el virus todavía podría estar Ahí Fuera —dijo Hal. Le empezó a palpitar el corazón con fuerza y se le empezó a revolver el estómago.

—¿Quién es el siguiente? —dijo la señorita Simone mirando a su alrededor—. Hal, Emily y Darcy. ¿Quieres enseñarnos lo que puedes hacer, Emily?

—Hummm… —dijo Emily poniéndose colorada—, bueno… en realidad, todavía no he sido capaz de transformarme en nada.

Por un segundo sus padres parecieron horrorizados por la noticia, pero tras un instante la señora Stanton sonrió y le guiñó el ojo.

—Ya lo conseguirás, cariño.

—Solo es cuestión de tiempo —corroboró el señor Stanton.

Emily sonrió a su vez, pero Hal pudo ver que en el fondo estaba abochornada, tal vez incluso avergonzada de sí misma.

La señorita Simone no dijo nada, solo miró a Emily con los ojos entornados durante unos largos segundos. Luego se dirigió a Hal:

—¿Y tú que dices, Hal?

Hal notó cómo todas las miradas se posaban sobre él. Sus padres se agarraron el uno al otro, nerviosos pero expectantes. Se acordó de todas esas veces que había tenido que actuar en las obras de teatro de la escuela y recitar sus líneas cuidadosamente memorizadas a una silenciosa audiencia. No se le daba muy bien hablar en público, aunque conocía a cada una de las personas que lo formaban. Sus

padres sabían que a él no le gustaba hacerlo, por lo que siempre tenían esa mirada de nerviosismo y expectación. Hal sabía que por dentro estaban pensando: «Te queremos, pero no lo estropees, pero no te preocupes si lo haces… pero intenta no estropearlo de todas formas. Haz que nos sintamos orgullosos de ti».

En aquel momento Hal podía sentir de nuevo la presión del público. Y para empeorar las cosas, todavía no había dominado la habilidad de cambiar por voluntad propia. Todos los demás podían hacerlo, ¿por qué él no?

Hal tragó saliva, asintió y se quedó mirando fijamente a un punto de la carretera. Pensó con intensidad. Se imaginó a sí mismo siendo un dragón. Se imaginó a sí mismo escupiendo fuego. Hasta se imaginó a sí mismo, por un instante, volando por el aire batiendo sus enormes y coriáceas alas, pero eso no hizo más que hacerle pensar en el efecto amortiguador que la niebla tendría sobre él, y a su vez le hizo pensar en el agujero de niebla.

¿Por qué? ¿Por qué demonios lo habían tapado?

—¿Hal? —llamó la señorita Simone observándole con preocupación.

—Lo estoy intentando —murmuró Hal sintiendo cómo se sonrojaba.

Darcy sonrió y se acercó. Guiñó el ojo a Hal y se dirigió a la audiencia.

—Mientras Hal sigue intentándolo, yo también tengo un truco estupendo. ¿Preparados?

La atención de la audiencia se trasladó a Darcy y Hal casi pudo sentir el peso de las miradas elevándose y liberándole.

—Ahora me veis —dijo Darcy sonriendo, y de repente se había esfumado.

Hal parpadeó. No, todavía estaba ahí, pero era extremadamente difícil de ver. Darcy se movió y Hal concentró la vista en ella. Pero justo después se paró de nuevo, Hal parpadeó varias veces, sin duda estaba ahí, pero no podía enfocar bien los ojos. Era como mirar por una ventana y darse cuenta de que, a solo un par de centímetros de la cara, había una araña andando por el cristal. Ajustar la vista para enfocar a la araña haría que el mundo de fuera se volviera borroso.

A juzgar por la cantidad de gritos sofocados de asombro y de ojos parpadeantes, él no era el único que estaba teniendo problemas para mantener el contacto visual con Darcy.

Justo delante de Hal se produjo una especie de ráfaga, una ondulación en el aire como si estuviera mirando hacia una piscina transparente perturbada por un soplo de brisa. Luego notó un ligero roce en el hombro y una voz que le susurraba al oído: «Hazlo Hal. Cambia. No pienses en ello, simplemente *hazlo*».

Después, el roce desapareció y se encontró con que Abigail le estaba mirando algo confusa. Se estaba tocando el brazo donde Darcy probablemente la había rozado al pasar.

Mientras Darcy jugaba con la audiencia, moviéndose por aquí y por allá y tocándoles en los hombros, Hal se quedó mirando el suelo una vez más. «Cambia. Puedo hacerlo. ¡Cambia!».

Wrangler estaba ladrando de nuevo, moviendo la cola frenéticamente.

—¡Qué maravilla! —dijo la señorita Simone riendo—. Darcy es un ejemplo perfecto de lo difícil que es comunicarse con las dríadas. En los bosques es incluso más difícil. Darcy nos va a ser de gran ayuda.

Y entonces, cuando todos empezaron a girar la cabeza hacia Hal, a este le entró el pánico.

—¡Señorita Simone, hemos tapado el agujero de niebla! —soltó Hal a bocajarro.

Se produjo un largo silencio lleno de confusión. Darcy volvió a su propia existencia corporal al lado de Emily y Lauren. Robbie que estaba detrás de Lauren, frunció el ceño, como si estuviese molesto. Dewey tenía una expresión como si quisiera que se le tragase la tierra. Fenton estaba fuera de la vista. Todos los adultos parecían desconcertados, excepto la señorita Simone, cuyo rostro se había ensombrecido poco a poco.

Afortunadamente, Abigail se puso al lado de Hal. En realidad, se acercó a él para hacer frente al gentío, juntos. Tenía la barbilla en alto, en posición desafiante, como si estuviera exigiendo a la señorita Simone que dividiera su creciente furia entre los dos.

—Vosotros… habéis hecho ¿qué? —dijo la señorita Simone en voz baja abriendo y cerrando los puños—. Antes dijiste que no lo habíais tapado.

—Y no lo hicimos la primera vez —explicó Hal con el corazón latiéndole a cien por hora—. Pero volvimos esta tarde para acabar el trabajo.

Una oleada de preocupación se extendió por los padres. Empezaron a murmurar y a mirar a su alrededor con temor. La madre de Hal se tocó la cara y se miró las manos.

—Pero no importa ¿verdad? —dijo Hal alzando la voz por encima del murmullo—. El virus se habrá ido hace tiempo, sin duda. Y no nos afectó cuando subimos a lo alto del faro.

—No os afectó a *vosotros* —replicó la señorita Simone con brusquedad— porque ya no sois lo bastante humanos. Sois cambiaformas. Tenéis la habilidad de curaros. Los microorganismos de vuestros cuerpos están cambiando constantemente, evolucionando, luchando contra nuevas bacterias y virus. ¿Por qué pensáis que nunca habéis tenido un resfriado o un simple dolor de garganta?

—¿Y cómo quiere que lo sepamos? —gritó Hal de repente—. ¡Usted lo ha mantenido todo como si fuera un gran secreto! —Notó que le empezaba a hervir la sangre—. Nos contó lo suficiente para mantenernos callados, pero no lo *suficiente* como para evitar que hiciésemos conjeturas. No nos dijo nada sobre lo que nos pasaría, así que presumimos lo peor, que seríamos alguna especie de sucio y oscuro secreto, y que quería llevarnos con usted y encerrarnos en jaulas para experimentar con nosotros, donde habría un montón de doctores vestidos con batas blancas con sus carpetas para hacer anotaciones, asintiendo entre sí, susurrando y organizando pruebas y más pruebas…

—Hal, que demonios… —interrumpió la señorita Simone.

—Y no sabíamos nada acerca del sitio de donde había venido usted, señorita Simone —intervino Abigail—, hasta que se presentó aquí un buen día y empezó a soltar pistas sobre este otro sitio lleno de extrañas criaturas, y bosques, y colinas cubiertas de hierba… ah, y ¡la luz del sol! Por supuesto, ¿cómo podría olvidarlo? Este otro mundo suyo está lleno de sol y cielo azul, y nosotros atrapados aquí en esta brumosa y deprimente isla, convirtiéndonos poco a poco en extraños monstruos y preguntándonos qué es lo que usted nos va a hacer. —Miró con enfado a la señorita Simone—. ¿Y se pregunta por qué no *confiábamos* en usted?

—¡Abigail Porter! —exclamó su madre alterada.

La señorita Simone levantó una mano para indicar silencio, tenía los ojos fijos en Abigail. Trasladó su fría mirada a Hal y luego de vuelta a Abigail. Después miró una vez más al cielo.

Cada vez se veía la luna con más claridad, más brillante, más definida con cada minuto que pasaba. Y Hal se dio cuenta de que el cielo cada vez se estaba oscureciendo más. El brumoso resplandor que normalmente rodeaba a la luna estaba desvaneciéndose y… ¿qué era ese puntito luminoso de al lado? ¿Una estrella?

Hal no podía dejar de mirar. Había visto fotografías, claro, pero poder ver una, una estrella de verdad era completamente distinto.

—Si habéis bloqueado el conducto de ventilación —dijo la señorita Simone sin alterarse—, entonces tenemos que desbloquearlo inmediatamente. Y eso quiere decir *ahora* mismo, antes de que sea demasiado tarde.

Escudriñó la oscuridad del cielo y frunció el ceño.

—No, puede que ya sea demasiado tarde —dijo en voz baja—. Si el virus ha llegado a la isla…, si ya está en el aire… la niebla podría tardar días, tal vez una semana en sanear el aire y hacerlo inmune otra vez.

—¿Dónde están los trajes protectores? —preguntó la señora Stanton, como había hecho anteriormente.

—Todos no podéis llevar trajes protectores durante una semana —respondió la señorita Simone tajante—. La mejor solución es abandonar la isla de inmediato. Los chicos pueden quedarse, ellos están a salvo. Pero el resto de nosotros debe marcharse. Podemos regresar dentro de una semana, cuando la niebla se haya restaurado y el aire sea seguro. —Asintió, frotándose la barbilla y pensando con rapidez—. Sí, nos marcharemos de la isla a través del conducto de ventilación del Bosque Negro y lo desbloquearemos a nuestro paso.

—Pero la mantícora —alegó Hal—, está en el bosque. ¡Ya ha intentado matarnos dos veces! ¡No pueden ir por ahí a menos que nosotros vayamos también!

—Sí, nosotros les protegeremos —dijo Robbie—. Podemos convertirnos todos en monstruos.

—¡Pero no podemos utilizar ese túnel! —exclamó la señora O'Tanner horrorizada—. Ya hemos bajado antes por ahí, ¿os acordáis? Yo casi me rompí el tobillo. ¡Es peligroso! Está oscuro como la boca de un lobo, con esas rocas dentadas colgando y esa pendiente tan resbaladiza…

—Y no os olvidéis de la niebla —dijo la señora Franklin—, tanto si el túnel está bloqueado como si no, estará lleno de niebla. ¿No nos ahogaremos o algo?

Hal no sabía si estaba de acuerdo con eso o no, pero mantuvo la boca cerrada. En ese momento su padre se aclaró la garganta para hablar.

—Simone, tú siempre has dicho que el agujero que está cerca del faro es el más seguro para viajar. Dijiste que está justo debajo de la superficie del agua ¿verdad? Solo tienes que bajar y atravesarlo nadando ¿no? Por ahí es por donde ibas a llevar a Fenton y a sus padres esta noche, ¿no es cierto?

—Sí, sí —dijo la señorita Simone impaciente— pero solo tengo un bote pequeño, solo es lo bastante grande para cuatro. Tendremos que hacer varios viajes, lo cual llevará su tiempo.

—Entonces dejemos de perder el tiempo. ¡Vámonos ya! —urgió el señor Franklin—. Nos marchamos ahora, esta noche. Todos. Estoy harto de esta isla de todas formas.

—Pero… no podemos marcharnos todos —dijo la señorita Simone, empezando a sonar desesperada. Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos—. Escuchadme. Los chicos deben quedarse hasta que estemos seguros de que…

—Simone —dijo el padre de Dewey con su atronadora voz—, nos vamos. ¡Ahora! Llévanos al agujero que está cerca del faro.

Los labios de la señorita Simone se separaron y se volvieron a juntar, pero ninguna palabra salió de su boca. Al final, respiró hondo, levantó las manos y habló con una voz baja y calmada.

—A ver, que no cunda el pánico. Hemos aguantado durante doce años, así que podemos aguantar durante unos pocos días más. No nos precipitemos al llevarnos a los chicos antes de que estén preparados. Podemos ir a buscar los trajes de protección y eso nos dará tiempo para pensar, antes de que…

El señor Morgan se incorporó por completo imponiéndose con su gran altura. Se podía ver claramente su rostro enrojecido con la resplandeciente luz de la luna.

—Se acabó, Simone. Llévanos al agujero ¡AHORA!

Su repentino grito de furia sobresaltó a todos y hasta *Wrangler* dejó escapar un gemido. Durante el silencio que se produjo después, Hal contuvo la respiración y deseó una y otra vez que Robbie y él no hubiesen encontrado nunca el maldito agujero de la niebla.

—Está bien —dijo la señorita Simone con tirantez—, como vosotros queráis.

—Vamos a buscar algunas linternas y faroles —dijo el padre de Hal tomando el liderazgo de pronto—. Nos reuniremos aquí dentro de dos minutos.

Mientras los hombres se marcharon corriendo, la señorita Simone no hacía más que mover la cabeza, contrariada, y pasarse la mano por el pelo.

—Esto no es como yo había planeado las cosas —dijo a nadie en particular—. El señor y la señora Bridges ya están preparados para el viaje. Tengo un bote esperando. Pero es demasiado pequeño y no estoy segura de que tengamos tiempo de remar ida y vuelta, ¿cuántas, cinco o seis veces, antes de que nos alcance el virus? Algunos de nosotros tendremos que nadar.

«*Nadar*», pensó Hal considerando el agua helada.

Ante eso se produjo un clamor de voces.

—No podremos nadar en esa agua tan fría en plena noche con todas esas rocas alrededor —protestó la señora O'Tanner.

—Nos congelaremos —señaló la doctora Porter.

—O nos ahogaremos —dijo la madre de Emily.

—¿Y entonces qué sugerís que hagamos? —preguntó la señorita Simone fríamente—. Si no queréis utilizar el túnel porque está oscuro y es peligroso, y no queréis utilizar el agujero del faro porque no os gusta nadar cerca de las rocas, ¿qué es lo que proponéis? ¿Os gustaría intentar lanzaros en picado por el acantilado, como hago yo, y nadar hasta el tercer agujero? —preguntó la señorita Simone con una mirada implacable.

—¡Oh, dejad de discutir! —gritó la señora Morgan—. ¡Vámonos ya! Estoy empezando a notar un hormigueo en la piel.

Hal no supo distinguir si lo decía en serio o no. Sospechaba que se lo estaba imaginando. Pero fue algo que reactivó al grupo para

ponerlo en marcha otra vez. Cuando los hombres volvieron cargados con linternas y faroles, la señorita Simone cogió uno y empezó a liderar el camino por la carretera a un paso que, por momentos, se convirtió en un ligero trote. Los faroles oscilaban en la oscuridad y el ambiente se llenó de sonidos de pies que se arrastraban y apresuraban el paso sobre la superficie pavimentada.

—*¡Biscuit!* —exclamó Lauren de repente—. No puedo abandonar a *Biscuit*, necesito ir a buscarle.

—Olvídate de ese estúpido gato —dijo uno de los adultos con brusquedad—, si no hubieseis tapado ese agujero…

—Estará bien —dijo el padre de Lauren con un tono de voz más suave—. Organizaremos algo para que vengan a buscarlo más tarde. Tendremos que volver de todas formas para recoger las vacas y las ovejas y demás.

A Hal le vino de repente una ridícula imagen en la que los animales de la granja abordaban un pequeño bote, seguidos de un gato blanco con manchas marrón claro.

—*Biscuit* no se irá con nadie más que conmigo —se quejó Lauren— y solo tiene comida para un día.

—Estará bien —dijo su padre de nuevo.

El cielo nocturno estaba sin lugar a duda mucho más despejado ya. Pero, aunque la menguante niebla se había llevado consigo su habitual humedad fría, había dejado en su lugar un aire seco y glacial que era incluso más helador.

—¿Estamos todos? —llamó la señorita Simone desde delante— ¿Está Fenton con nosotros?

—Está detrás de nosotros —gritó Hal.

Él y Abigail estaban en la retaguardia, alejados de las miradas de reproche de los adultos. Tras ellos los ojos rojos de Fenton formaban unos pequeños puntos en las sombras.

La señorita Simone dio algunas instrucciones a la delantera del grupo, luego se hizo a un lado y esperó mientras los adultos y los chicos pasaban deprisa por su lado. Después se unió a Hal y a Abigail en la retaguardia. Hal nunca se había sentido más culpable en toda su vida que cuando la señorita Simone le fusiló con la mirada.

—Menuda la que habéis armado —le regañó—, más os vale que lleguemos al faro antes de que la niebla desaparezca del todo.

—¿De verdad cree que el virus está todavía Ahí Fuera? —preguntó Abigail.

—Sí —dijo la señorita Simone bruscamente—, pero eso no es lo que importa ahora. Abigail, tenemos que trabajar en tu transformación. Ya he explicado que vosotros tendríais que quedaros en vuestro mundo hasta que vuestras transformaciones fueran completas. Pues bien, la tuya no es completa y aun así aquí estamos, a

punto de cruzar a mi mundo. —Sonaba disgustada—. Debes completar tu transformación, de lo contrario puede que nunca jamás tengas otra oportunidad de hacerlo. ¿Lo entiendes?

Abigail asintió en silencio. De repente hizo crecer sus alas y empezó a revolotear antes de que se mencionara nada más sobre el asunto.

—Y ¿Hal? —dijo la señorita Simone suspirando— confío en que cuando dices que puedes cambiar, puedes hacerlo ¿de verdad?

—Por supuesto que puedo —dijo jadeando un poco mientras intentaba seguirle el paso—, solo que me cuesta un poco hacerlo. Y tampoco puedo volar todavía. No lo he intentado nunca.

—O sea que tú eres un dragón, ¿verdad? —dijo mirándole de reojo mientras caminaban.

—Entonces usted ¿ya lo sabe? —preguntó Hal tras confirmarlo.

—Por proceso de eliminación, solo podrías ser dos criaturas, y solo una de ellas tiene alas. Emily tiene que ser la otra.

—Me sorprende que usted no supiera de antemano quién de nosotros sería quién —murmuró Hal.

—*Debería* de haberlo sabido —gruñó la señorita Simone—. Pero, con el objetivo de ser imparciales, me pidieron que asignara las criaturas al azar, para que nadie pudiera elegir el dragón o el centauro por encima del ogro o la arpía. —Puso una mano sobre el hombro de Hal y se acercó a él mientras caminaban—. Pase lo que pase, Hal, *no debes* venir a mi mundo hasta que estés listo. Volar es esencial para los dragones. Si no puedes volar, los demás dragones nunca te respetarán. Te destrozarán.

—Tengo las alas —dijo Hal lánguidamente.

—Las alas solo están ahí de adorno hasta que las utilices de verdad —dijo la señorita Simone tajante—. Recuerda lo que os dije sobre mi amigo, el caballo volador que no puede volar.

Sin más se fue corriendo, con su capa ondeando al viento y su melena oscilando de un lado a otro. Alcanzó a Emily y empezó a hablar con ella seriamente.

Hal se quedó con sus pensamientos. Por delante, Robbie le dedicó una mirada y levantó las cejas para preguntar si estaba todo bien. Hal encogió los hombros y asintió.

Le preocupaba no poder volar. Ya era bastante complicado transformarse en dragón como para además tener que aprender a volar también. Decidió intentarlo a la primera ocasión que se le presentara. Si pudiera convertirse en dragón en ese mismo momento…

Pero entonces vio a Emily andando sola con *Wrangler*. La señorita Simone se había adelantado para alcanzar a los padres. Hal aceleró el paso.

—Oye —dijo él—, ¿qué te ha dicho?

—Ha dicho que, si no cambio en los próximos quince minutos, tendré que quedarme aquí —respondió Emily con la voz apagada, impasible.

—¿Quedarte aquí? —repitió Hal— ¿Cómo, sola? ¿Ha dicho eso?

—Sola —afirmó Emily—. Ninguno de nuestros padres puede quedarse aquí. Ni tampoco la señorita Simone. Así que, a menos que alguno de mis amigos se quede conmigo…

—No nos iremos sin ti, Emily —dijo Hal apretándole el brazo—. Estamos todos juntos en esto.

Capítulo 21
El virus ataca

El faro estaba oscuro, pero por una vez se podía ver su silueta recortada con la despejada luna de fondo. La vista formada por la negra torre contra el cielo estrellado y el mar iluminado por la luna, le quitó a Hal el aliento. No podía dejar de mirar, y hasta se olvidó por un momento de que los adultos seguían discutiendo por delante.

A su lado estaban Abigail, Robbie y todos sus demás amigos, igual de silenciosos e impresionados. Fenton se deslizó sigilosamente por el recinto pavimentado del faro para dirigirse a la torre, y en un santiamén escaló la pared para obtener mejores vistas.

La niebla se había ido despejando cada vez más deprisa mientras ellos habían realizado el extraño viaje por la isla con los vaivenes de luces y faroles columpiándose de un lado a otro. Ahí, en la costa, la noche estaba en calma, pero hacía un frío intenso. Las olas se mecían y chocaban perezosamente contra las rocas. Y la niebla se había ido.

No es que se hubiera ido parcialmente, se había ido por completo. Aún persistía por el interior, atrapada entre los árboles y perdida en los prados, pero ahí, en la costa, se había esfumado. Finalmente, tras trece años de servicio, se le había permitido consumirse hasta la nada.

A lo lejos, en el horizonte, la luna resplandecía en el mar y las siluetas negras de los edificios se alzaban con un cielo no tan oscuro de fondo. La luna era brillante, no estaba llena del todo, pero era más brillante y más nítida de lo que Hal se habría imaginado jamás. Vio las estrellas. Centelleaban como su madre siempre le había dicho que lo hacían. Él nunca lo había creído del todo, ya que no había visto más que fotografías durante toda su vida, pero ahí estaban, parpadeando, haciéndole guiños desde lejos.

El grupo había pasado por las vandalizadas verjas sin detenerse, pero Hal había visto unas cuantas miradas de asombro y alguna que otra mirada de enfado paternal. Cuando se aproximaron al faro los chicos aminoraron el paso hasta detenerse, mientras que los adultos continuaron hacia el afloramiento rocoso. Hal y sus amigos se quedaron admirando la escena nocturna. Sus padres se apelotonaron en un corto embarcadero donde había un pequeño bote atado a un poste, el bote que la señorita Simone había traído para el viaje de

Fenton. Entonces se desencadenó una discusión; los hombres querían asegurarse de que todas las mujeres se pusieran a salvo primero, pero las mujeres querían proceder a la evacuación familia por familia.

—Tiene más sentido si vamos primero una familia entera y luego otra —insistió una de las madres, cuya voz se alzaba por encima del ruido de las olas—, de lo contrario podríamos acabar con un montón de mujeres sanas y salvas en el mundo de Simone y un montón de maridos muertos aquí abandonados.

En ese momento una de las mujeres gritó.

Hal escudriñó la oscuridad. Los adultos eran poco más que una aglomeración de figuras negras en el pequeño muelle, pero los faroles oscilaban y lanzaban resplandores al azar alrededor del círculo de rostros. Pronto se hizo evidente que era la madre de Robbie la que había gritado. Se tambaleó y cayó al suelo de rodillas.

Hombres y mujeres se conglomeraron a su alrededor. Enseguida, la voz de la doctora Porter se alzó por encima del murmullo:

—¡Apartaos! ¡Quitaos de en medio! —Hubo un silencio, luego unos leves susurros mientras la doctora Porter examinaba a la señora Strickland—. Tiene el virus. Necesita ponerse a salvo *ya*.

Robbie se separó del grupo y corrió como un rayo hacia el muelle. Cuando llegó al círculo de adultos su padre le hizo retroceder.

—¿Qué le pasa? —gritó Robbie.

Su madre tenía la cara tapada con las manos y emitía un lastimero quejido mientras otros intentaban sostenerla. Uno de los hombres se había quitado la gorra, la había metido en el agua y le estaba salpicando la cara con el agua fría del mar. Mientras tanto la señorita Simone ya se había subido al bote, lo había desatado y estaba tratando de hacerse oír en medio de la conmoción.

—¡Subidla al bote! ¡Subidla al bote!

Hal corrió hacia las rocas. Le invadió el pánico por todo el cuerpo. «¡Es demasiado tarde! ¡El virus ya está aquí!».

Los adultos no dejaron que ninguno de los chicos se acercase a la señora Strickland. Incluso empujaron a Robbie hacia atrás a pesar de los gritos que dio para que le dejaran pasar. De repente, su enorme figura de ogro se les echó encima y todos se apartaron.

—Maaammaaa —tronó el ogro, se agachó.

Al llegar a ella se convirtió en sí mismo de nuevo, y por tanto fueron sus ojos humanos y su humana mente clara los que percibieron de cerca lo que el virus le estaba haciendo a su madre.

Robbie gritó angustiado.

Entonces la señora O'Tanner se cubrió la cara con las dos manos:

—¡Oh, no, no! —gritó —. ¡Me está pasando a mí también!

La señorita Simone había dejado de chillar y se estaba mirando los brazos con curiosidad. Los levantó a la luz de la luna y observó que le

habían empezado a salir unas grandes ampollas en la piel.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo ella en voz baja.

Hal se quedó petrificado. No se había sentido tan inútil en toda su vida. ¿Qué podía hacer para ayudar? Podría escupir fuego, pero eso era lo último que necesitaban. Incluso si pudiese volar, ¿de que serviría? No podría transportar más que a unos cuantos, y de todas formas no sabía dónde estaba el agujero a Otra Parte.

«Necesitaban un bote más grande».

O para ser exactos, ¡necesitaban no haber bloqueado el agujero de niebla!

Hal se maldijo a sí mismo y deseó poder deshacer lo que habían hecho. Podría mandar a Robbie a todo correr por la isla para destaparlo, pero ya era tarde, demasiado tarde para hacer nada. El virus ya estaba allí.

Pensó en su balsa. Estaría por alguna parte, pero aunque la tuvieran tampoco serviría de mucho. Además, a esas alturas estaría o flotando perdida mar adentro, o hundida bajo el agua por la serpiente de mar.

Y entonces a Hal se le ocurrió algo. Pasó por delante de Abigail, empujó a Darcy a un lado y se abrió camino por entre los padres que vagaban de acá para allá, para dirigirse al bote donde estaba la señorita Simone.

—¡Señorita Simone! ¡La serpiente! ¡La serpiente de mar! ¡Llámela para que venga a buscarnos!

La señorita Simone apenas le oyó. Parecía morbosamente fascinada por su burbujeante piel. Su cara también presentaba síntomas del virus y tenía los ojos hinchados y a punto de cerrarse.

—Una reacción alérgica masiva —dijo como si estuviera soñando—. Cualquier alergia latente que se tenga, este virus las activa todas, llegando a producir urticarias, edemas y choque anafiláctico… —Se llevó una temblorosa mano a la cara y cerró los ojos—. Hormigueos, piel sensible…, mareos…, dificultades respiratorias…, pronto se me contraerá la garganta y…

A uno de los hombres le dio un ataque de tos.

—¡Señorita Simone! —dijo Hal desesperado—. ¡Escúcheme! ¡Llame al monstruo del mar! Llámelo para que venga. Puede llevarlos a todos al agujero.

La señorita Simone giró la cabeza hacia él, pero sus ojos estaban ya casi cerrados. Intentó hablar con los labios hinchados.

—Yo no puedo llamarlo. Está por ahí, pero yo no hablo su lenguaje.

Dos hombres más empezaron a gemir. Tres de las chicas, Emily, Darcy y Lauren, estaban llorando y procurando, en vano, salpicar agua sobre las víctimas del virus para refrescar su piel enrojecida y llena de

ampollas.

Hal se desentendió del ruido y trató de concentrarse. ¿Cómo podría hacer que la serpiente de mar les ayudase? Sabía que era lista. Tenía órdenes estrictas para mantenerlos en la isla, pero podría ayudarles si Hal lograba hacerse entender.

¿Y Fenton? Él era una serpiente. Una serpiente dragón, de hecho, pero una serpiente al fin y al cabo.

Hal estaba a punto de ir a buscar al muchacho, cuando la señorita Simone se desmayó. Casi sin poder respirar, se cayó hacia atrás dentro del bote. Hal se subió para poder estar a su lado, haciendo grandes esfuerzos para mantener el equilibrio y que el bote no se volcase.

—Señorita Simone —dijo Hal inclinándose hacia ella—, señorita Simone, ¿puede Fenton hablar con el monstruo? ¿Puede hablar el lenguaje de la serpiente?

La señorita Simone tenía dificultades para respirar. Tenía la garganta increíblemente hinchada con unos grandes ronchones azules. Pero logró emitir una palabra:

—No.

Hal notó cómo la única esperanza que le quedaba acababa de estrellarse contra las rocas. Intentó ignorar los gritos sofocados, chillidos y gemidos a sus espaldas. Sabía que, si se giraba y veía a sus propios padres sucumbiendo al virus, perdería su capacidad de razonar coherentemente.

La señorita Simone le agarró fuerte de la muñeca. Sorprendido, Hal vio que sus dedos estaban unidos por membranas. Su piel todavía estaba llena de ampollas, pero de repente la hinchazón de su garganta había disminuido y tenía los ojos abiertos por completo. Su aspecto era distinto, en cierta forma más vibrante. Su rostro había tomado una luminiscencia extraña.

—Hal, tienes razón —dijo sonriendo—. La serpiente es la solución. Ve a buscarla.

—Pero usted ha dicho que Fenton no puede hablar su lenguaje…

—Fenton no puede —dijo la señorita Simone—. Pero Emily, sí.

Sin más, se dejó caer hacia atrás y cerró los ojos. Hal se dio cuenta en ese momento de que la señorita Simone había cambiado radicalmente. Sus piernas habían sido sustituidas por una cola de pez con aletas gigantescas que sobresalían por la borda del bote. Tenía unas escamas de pez que le llegaban hasta el estómago. Sus prendas mágicas se habían transformado en torno suyo y ahora solo cubrían la parte de arriba del cuerpo, el resto reposaba en el bote como si fueran algas. La capa seguía ahí, pero también parecía distinta, larga y fibrosa, casi como un amasijo de juncos, como si su ropa fuera una extensión de la mitad de su cuerpo de pez.

—Una sirena —balbuceó Hal.

Pero el significado de las palabras de la señorita Simone todavía resonaba en sus oídos: «Emily puede hablar con la serpiente de mar». Pero solo podía hacer eso si…

—¡Emily! ¡Ven aquí! —llamó Hal mientras trataba de salir del bote.

—Mi papá —gritó ella.

—La única forma que tenemos de salvarlos —dijo Hal con firmeza, agarrándola de los hombros—, es que cambies. Tú eres algún tipo de serpiente, Emily. Tú puedes hablar con la serpiente que está en el agua. Llámala para venga aquí y nos lleve al agujero.

Emily no entendía nada. Se le caían las lágrimas y movía la cabeza de acá para allá intentando mirar por encima del hombro a su madre que estaba retorciéndose en el muelle. Un rápido vistazo le fue suficiente a Hal para saber que solo quedaban unos pocos adultos en pie. Apretó los dientes y zarandeó a Emily.

—Tienes que hacer algo —dijo él—, Emily, por favor.

Pero ni siquiera él mismo podía convertirse en dragón por voluntad propia. ¡Cómo podía esperar que Emily se convirtiese en serpiente cuando ni siquiera era consciente de que podía hacerlo!

Hal se dejó llevar por un impulso y le susurro al oído:

—Lo siento, Emily. Busquemos a la serpiente.

Acto seguido la agarró de la cintura y se tiró hacia atrás con ella al agua. A Emily le dio tiempo a gritar antes de que el agua helada se los tragara a los dos. Después, ambos se hundieron sintiendo el rugido del océano en sus oídos.

De inmediato, a Hal se le metió el agua salada en la nariz, lo que le provocó un momento de pánico. Antes de darse cuenta, había soltado a Emily. Intentó abrir los ojos, pero le irritó la sal y empezó a parpadear frenéticamente.

Entonces notó cómo el peso de su cuerpo cambiaba y, de repente, se encontró con que los ojos ya no le irritaban. Los abrió de par en par, sorprendido y aliviado de poder ver tan claramente. Le costó un poco darse cuenta de que era un dragón.

«¿Dónde estaba Emily?». Giró la cabeza buscándola. Podía ver bajo el agua. Pero no le servía de mucho con la oscuridad de la noche, aunque la luna le alumbrara la superficie con su peculiar resplandor. Afortunadamente, ahí era donde estaba, agitando los brazos y las piernas entre la espuma del mar. Se encontraba ya a una distancia sorprendente de él, la marea la arrastraba y la empujaba hacia las rocas. Hal sacudió la cola, retorció el cuerpo y descubrió que le resultaba bastante fácil moverse por el agua. Solo tardó unos segundos en alcanzarla y aguantó la respiración con bastante facilidad.

Pero en vez de emerger a su lado en la superficie, Hal tiró con suavidad de uno de sus tobillos y la arrastró hacia abajo, hacia la

profundidad del agua. Se sintió mal por la pobre Emily, podía notar, por las sacudidas que daba, que estaba muerta de miedo. Ella pensaba que se estaba ahogando.

Y eso era precisamente con lo que Hal contaba. Cuando Emily fue quedándose sin aire y empezó a dar sacudidas, sucedió algo espectacular. No fue una transformación instantánea, pero fue lo bastante rápida como para sorprender incluso al mismo Hal, a pesar de haberlo estado esperando.

Empezó por los hombros de Emily. Sus brazos dejaron de agitarse y se juntaron cada vez más hasta que se quedaron pegados firmemente a los costados. Luego se produjo una extraña ondulación en la piel y sus brazos se fusionaron con el cuerpo. Su pálida piel rosada se estiró y le salieron hendiduras y escamas. Todo eso sucedió en menos de un segundo. La peculiar ondulación continuó por su torso hasta llegar a las piernas, que entonces dejaron de dar patadas y se juntaron. Los dedos de los pies se le pusieron de punta cuando la piel se estiró sobre ellos y se endureció. En un momento se quedó envuelta como si fuese el capullo de una oruga, solo se le veía la cabeza.

Anonadado, Hal observó cómo Emily iba descendiendo lentamente hacia el fondo. Al pasar por su lado se cruzaron las miradas. Ella tenía los ojos abiertos de par en par, igual que la boca que parecía querer emitir un grito. Su cara estaba blanca y como contraste, su pelo parecía estar hecho de una sustancia negra como el carbón, como tinta filtrándose despacio en el agua.

Pero la transformación de Emily no había acabado. Al mirar otra vez, Hal se dio cuenta de que se le estaba estirando el torso rápidamente. Y mientras se alargaba, empezó a hacer unos movimientos ondulantes, pareciéndose no tanto al grueso capullo de un gusano y más a una serpiente gigante.

Emily comenzó a elevarse y a nadar sacudiendo su cuerpo hacia atrás y hacia delante. Se miró a sí misma con una evidente conmoción y una mezcla de… ¿qué? ¿Alivio?

—Ve a buscar a la serpiente —trató de decir Hal, en cambio tan solo produjo un montón de burbujas.

Por suerte, Emily se percató de que Hal estaba intentando hablar. Se le ensancharon los orificios de la nariz y Emily abrió la boca. En ese momento emergió una gran burbuja que ascendió a la superficie. Obviamente desconcertada, Emily se quedó mirándola, casi con los ojos bizcos, mientras otra burbuja salía de su boca.

Entonces se puso a escudriñar la oscuridad del mar. Parecía estar olisqueando, o tal vez estaba utilizando algún otro sentido del que Hal no tenía conocimiento, para buscar a la gigante serpiente de mar.

Mientras la observaba, Hal intentó recordar algo. ¿Qué tipo de criatura tenía un cuerpo de serpiente y una cabeza humana? No tenía

brazos ni piernas y a primera vista parecía que una serpiente gigante había intentado tragársela de golpe empezando por los pies. Era una imagen de lo más extraña… y aun así Emily ya parecía estar adaptándose a su nuevo cuerpo. Es más, parecía que ya no pensaba en la perspectiva de poder ahogarse. Una de dos, o podía respirar bajo el agua, o podía aguantar la respiración durante más tiempo en su nuevo cuerpo.

De repente se acordó de una de las historias de la señorita Simone; la de la población serpiente y la roca que se había deslizado… ¡*Naga*! Emily era una de esas criaturas llamada naga; humanas y serpientes.

Hal nadó a la superficie temiendo que ya fuera demasiado tarde. ¿Durante cuánto tiempo se había ausentado? A él le parecieron siglos, pero no podía haber pasado más de un minuto. Al emerger, los sonidos se intensificaron de repente y escuchó sollozos y gritos. No quedaba ningún adulto en pie. Todos estaban sentados o tumbados en el muelle con las caras y los brazos abultados y los ojos cerrados por la hinchazón.

Hal se encaramó al muelle. Para cuando se puso de pie se dio cuenta de que ya era humano otra vez y estaba chorreando agua y tiritando.

—Envié a Emily a buscar a la serpiente —dijo jadeando y señalando hacia el agua—, pero mejor no esperar. Metamos a algunos en el bote. Que vaya primero la madre de Robbie.

Al ser la primera afectada por el virus, la madre de Robbie era la que peor estaba. Tenía un aspecto horroroso. Hal procuró no mirarla con mucho detenimiento mientras él y Robbie la colocaban en el bote junto a la señorita Simone, que estaba inconsciente y acaparaba casi todo el espacio con sus aletas de sirena.

—Se salvará —le dijo Hal a Robbie en voz baja mientras los dos trabajaban en ello.

Robbie no dijo nada y no era de sorprender, su madre estaba completamente inmóvil e inconsciente. ¿Estaba respirando siquiera? Hal no podía apreciarlo y no había manera de ver si tenía pulso porque tenía la garganta y las muñecas todas hinchadas. Su lengua sobresalía ligeramente y aquello le perturbó más que cualquier otra cosa.

«Es demasiado tarde», pensó desesperado.

—¡Ayudadnos! —urgió a los otros.

Abigail, Darcy y Lauren, que todavía estaban salpicando agua en las caras de sus padres con la vana esperanza de que eso ayudara, se pusieron de pie. Parecían cansadas, tenían los ojos rojos. Dewey estaba sentado con su madre y su padre, silencioso, susurrándoles algo. Ambos estaban inconscientes.

De Fenton no había ninguna señal.

Hal apenas se dio cuenta de que *Wrangler* estaba ladrando sin parar desde lo alto de unas rocas cercanas. A él no le gustaban las rocas, pero al menos estaba alejado del sitio donde golpeaba la marea. Y lo que no le gustaba en realidad, era el olor a terror que había en el ambiente.

Hal y Robbie trasladaron cuidadosamente al bote a la madre de Darcy y al padre de Fenton con la ayuda de las tres chicas. En realidad, ya no había espacio para nadie más, pero volvieron a por otro de todas formas.

—Tu padre tiene mala pinta —murmuró Robbie.

Se acercaron al señor Franklin que abrió los ojos de inmediato. Agarró a Hal del brazo y le habló en un ronco susurro.

—Pase lo que pase, hijo, estoy orgulloso de ti, y… —Pero no pudo seguir y se derrumbó con un ataque de tos. Luego se quedó en silencio, inconsciente de nuevo.

Hal y sus amigos le levantaron y le colocaron en el bote, cruzado sobre los otros. Iban cinco, incluyendo a la señorita Simone, y el bote ya estaba lleno. Once adultos más permanecían tumbados en el muelle.

«Sacad a los muertos», anunciaba una voz en la cabeza de Hal. ¿Dónde había oído eso? En una obra de teatro de la escuela en la que había actuado una vez. Estaba ambientada en la época medieval, con reyes y reinas. *La Peste Negra*. Eso era. En uno de los libros de Historia se contaba que los hombres se pasaban cada día por la aldea llamando para que sacasen a los muertos. Los apilaban en un carro y se los llevaban para quemarlos.

Apartando de su mente tan morbosos pensamientos, Hal desató el bote y se tiró al agua sosteniendo la cuerda entre los dientes.

—¿Qué haces? —preguntó Robbie—. Tú no sabes a dónde llevarlos.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —dijo Hal quitándose la cuerda de la boca durante un segundo—. Con un poco de suerte, Emily traerá pronto ayuda, pero si no, volveré en cuanto pueda.

Se zambulló y se encontró con que estaba cambiando a su forma de dragón con facilidad. Por fin *algo* le salía bien, ya podía cambiar por voluntad propia de una vez por todas.

Hal agarró bien la cuerda con los dientes y nadó lo más rápido que pudo, tiró del bote y buscó algo, cualquier cosa que pudiera parecerse a un pasadizo a otro mundo. ¿Sería alguna luz brillante? ¿Un agujero negro? No tenía ni idea, y en esa agua tan turbia tampoco era muy probable que viese nada. Era inútil, y lo supo en el instante en que empezó a nadar.

Pero Hal nadó con tenacidad. Ojalá se hubiesen dirigido al agujero de niebla del bosque. Al menos allí todos sabían dónde estaba el

agujero. Thomas, la mantícora, le pareció una vana amenaza en comparación con la presente situación en la que se encontraban.

«Mis padres están muertos y todo es culpa mía».

Hal parpadeó tratando de despejar sus lágrimas, negándose a dejarse llevar por aquel sentimiento. Si seguía obsesionándose con la posibilidad de que estuvieran muertos, acabaría hundiéndose en el fondo del mar, desesperado.

Nadó durante quizás diez minutos, dando vueltas y más vueltas, perdiendo toda esperanza. Hubo un momento en que le pareció ver algo; un inusitado parche oscuro en medio del agua turbia iluminada por la luna. Pero tan solo era un gran pez gordo que se fue nadando cuando él se acercó. Después vio algo brillante y colorido y se imaginó que sería otro pez, pero resultó ser una pelota de plástico verde del tamaño humano de su mano que estaba flotando en la superficie, perdida del mundo.

Hal se sintió completamente solo. Sabía que no podría hacer frente a sus amigos si no le quedaba más remedio que volver a empujar el bote de nuevo hacia las rocas y admitir que su misión había sido un fracaso. Sacó la cabeza fuera del agua y miró a su alrededor. Estaba ya a una distancia considerable de la isla, apenas podía distinguirla con la escasa luz. El faro se alzaba en lo alto, un liso mástil blanco que reflejaba la luz de la luna.

En la base distinguió vagamente a sus amigos y al resto de los padres, un pequeño grupo, todos apiñados juntos y en silencio.

«Están esperando a que vuelva y los salve», pensó Hal.

Se dirigió al costado del bote y al alcanzarlo se volvió a transformar en su forma humana y se inclinó hacia adentro. La señorita Simone parecía dormir plácidamente rodeada de un resplandor extraño. Los demás no se encontraban en un estado tan plácido, Hal podía oír cómo les costaba respirar.

«Al menos están respirando».

Cogió la mano sin vida de la señorita Simone y la agitó con fuerza:

—¡Despiértese! Dígame dónde está el agujero hacia su mundo.

Pero por mucho que intentó sacudirla y empujarla, no logró despertar a la señorita Simone. Hal miró una vez más hacia la isla, luego alrededor de la fría y brava mar tratando de encontrar alguna pista que le señalase el camino hacia el agujero. ¿Cómo se las arreglaba la señorita Simone para encontrarlo? Aunque lo había atravesado en numerosas ocasiones, ¿cómo lograba ubicarse cuando no había nada más que agua alrededor? No había ningún letrero de señalización flotando en la superficie, nada.

«Letreros de señalización…».

Frunció el ceño. Siguiendo una corazonada agarró la cuerda entre los dientes y se zambulló. Se convirtió al instante en un dragón y

utilizó la cola y las enormes pezuñas para avanzar por el agua. Nadó por alrededor escudriñando la superficie alumbrada por la luna. Después de un rato encontró lo que estaba buscando, la pelota de plástico verde que flotaba en la superficie. Era fácil de ver y nadó más cerca para examinarla mejor. Parecía una pelota normal y corriente, pero se preguntaba de dónde habría salido. Era dudoso que alguien del continente la hubiera tirado al agua si el virus todavía estaba presente en el aire. ¿Tal vez un superviviente? ¿La pelota de un niño perdida en el mar? O tal vez era algo más. Hal había estado buscando letreros de señalización, y esto era lo más parecido a uno que podía encontrar.

Dejándose llevar por un impulso, se metió la pelota suavemente en la boca, luego la escupió lanzándola hacia arriba. La pelota verde hizo una curva en el aire y empezó a caer, pero sucedió lo imposible, cayó en el mismo sitio de donde había salido, dándole a Hal en todo el morro.

Sorprendido, lo intentó otra vez. Esta vez lo hizo con un ángulo más bajo para que volara más lejos por encima del agua. Pero cambió de rumbo y regresó, golpeándole una vez más en el hocico antes de caer al agua y seguir flotando.

Entusiasmado, Hal se dio cuenta de que aquello era una señal que había dejado la señorita Simone para encontrar el camino de vuelta al agujero. Pero esa pelota estaba a bastante distancia de la isla, por lo que tendría que haber más, quizás una fila de ellas desde las rocas. Se posicionó con cuidado, colocándose a espaldas del rocoso recinto del faro y de la pelota verde que tenía justo delante, de forma que se quedó mirando hacia mar abierto. Luego agarró la cuerda del bote una vez más, se zambulló y nadó en línea recta alejándose de la isla mientras mantenía los ojos fijos en la superficie.

Al cabo de un minuto encontró otra pelota y se dio a sí mismo una palmada mental en el hombro. ¡Era eso! Había encontrado el rastro y se dirigía directamente al agujero.

Poco después encontró otra pelota y después otra. Flotaban en lo que parecía una perfecta línea recta desde la isla. ¿Cuántas más habría? Se imaginó a la señorita Simone saliendo por el agujero por primera vez y observando la isla a lo lejos. Debió de dejar los marcadores a medida que fue nadando hasta la costa, y habían estado ahí desde entonces, esas extrañas e inexplicables pelotas que flotaban en la superficie negándose a partir.

Después del quinto marcador encontró el agujero. Al acercarse se le abrieron los ojos de par en par. No había ninguna duda de que era aquello lo que andaba buscando. Era una sustancia humeante de color negro mate, como si alguien acabara de dejar caer un gigantesco puñado de tierra en el agua y se estuviera esparciendo. La nube tenía

al menos tres metros de diámetro, no tenía bordes definidos y estaba flotando a poco más de un metro por debajo de la superficie, estaba casi perdida en medio de la oscuridad. La señorita Simone había dicho que tendrían que nadar hacia abajo para meterse dentro. En ese momento a Hal se le presentó otro problema que debía resolver: ¿cómo acarrear un bote lleno de personas inconscientes a través de un agujero sumergido bajo el agua y esperar que aguantasen la respiración?

Bueno, tendría que intentarlo. Quizás si era lo suficientemente rápido…

Accedió al bote y con sus torpes pezuñas de dragón extrajo a uno de los adultos. La señora O'Tanner se quejó al principio, pero luego no volvió a protestar más, ni siquiera cuando las garras de Hal rasgaron accidentalmente la manga de su blusa y le raspó el brazo. A Hal se le resbaló de las manos y se cayó al agua. Ella se despertó, le costaba respirar, estaba boca arriba… pero antes de que tuviera ocasión de forcejear, Hal la agarró por la cintura, se zambulló en el agua y se dirigió hacia la nubosa sustancia, a más de un metro de profundidad.

Hal buceó a través del agujero sin esfuerzo y emergió de inmediato al otro lado. Consternado, se giró preguntándose si lo habría pasado de largo. ¿Había algún truco para pasar por un agujero hacia otro mundo? Pensando en la madre de Darcy, salió a la superficie para que pudiera respirar.

El bote había desaparecido.

La isla, también. En su lugar había una masa de tierra tan enorme que le rodeaba por todas partes, lisas llanuras de hierba por todo alrededor, colinas onduladas, una vasta extensión de bosque y montañas elevadas en la distancia, todo bajo un cielo negro y estrellado. Ya no estaba en el bravo mar salado, sino en un tranquilo lago de agua dulce cuya superficie clara y serena reflejaba la deslumbrante luz de la luna.

Estaba en Otra Parte, el mundo de la señorita Simone. ¡Lo había conseguido!

Conmocionado, sin apenas ser capaz de asimilar el cambio de paisaje a su alrededor, se acercó a la orilla de hierba más cercana tratando, con cierta torpeza, de mantener la cabeza de la señora O'Tanner por encima del agua. Sin tiempo de andarse con ceremonias, depositó a la madre de Darcy sobre la hierba, se giró y se zambulló otra vez. La sustancia humeante estaba justo delante de él. Se lanzó a través de ella, sin notar nada, sin ver ningún cambio, pero siendo consciente de un repentino sabor salado en la boca al dirigirse otra vez hacia arriba. Vio el bote incluso antes de salir a la superficie y supo que había vuelto.

Con la adrenalina corriéndole por las venas, casi temblando de

emoción y alivio, se aproximó a por el siguiente adulto, su padre, y repitió el viaje a Otra Parte, colocándole con cuidado junto a la señora O'Tanner antes de regresar a través del agujero hasta el bote. Al volver de su tercer viaje percibió vagamente unos gritos y ladridos provenientes de la costa de la isla, pero continuó con su trabajo sin descanso hasta que los cinco adultos, incluyendo la señorita Simone, se encontraron a salvo en la orilla del lago.

Con el bote vacío, se dirigió de vuelta a la isla. Fue entonces cuando advirtió algo que nunca olvidaría: la monstruosa cabeza de la serpiente de mar cerniéndose sobre él con sus imperturbables y siniestros ojos amarillos.

Montados sobre ella se encontraban sus amigos y el grupo restante de padres. Algunos de los adultos estaban erguidos, ciegos por la hinchazón de sus caras y tambaleándose de un lado a otro, pero sujetándose con férrea determinación. La mayoría de ellos, sin embargo, estaban tumbados boca abajo, inconscientes, con los brazos y las piernas colgando a ambos lados del enorme cuerpo de serpiente. Era una escena de lo más peculiar. Por delante estaba la doctora Porter, tumbada e inmóvil, y Abigail aferrada a ella con todas sus fuerzas; luego estaba Dewey, sentado entre sus padres, su padre apenas despierto detrás de él y su madre desmoronada en una incómoda posición por delante; luego estaba Lauren tratando desesperadamente de evitar que su padre se resbalara por un lado, mientras su madre luchaba por mantenerse a bordo por el otro… y después, por detrás, estaba Fenton, todavía en su forma de serpiente cabalgando sin esfuerzo con su larga cola negra enroscada firmemente alrededor de la serpiente de mar.

Entonces Hal vio a Emily. Estaba en el mar nadando *delante* de la serpiente con el pelo pegado a la cara. Se deslizaba por el agua con facilidad, su cuerpo de serpiente ondulaba bajo la superficie del agua haciéndola avanzar.

—¡Por aquí! —gritó Hal.

Pero en vez de palabras, Hal rugió y eructó una bola de fuego. Durante un momento la noche se iluminó de color naranja y luego se oscureció otra vez. Pero la bola de fuego sirvió a su propósito, por si había alguna duda de dónde encontrar a Hal en la oscuridad de la noche, ya no quedaba ninguna.

Mientras la extraña procesión se acercaba, Hal se zambulló bajo el agua y esperó al lado del agujero a Otra Parte. Emily también se zambulló, sus ojos se agrandaron al aproximarse. Hal la instó para que siguiera, haciendo gestos con sus pezuñas de dragón para que se dirigiera a la extraña nube negra y continuara a través de ella.

Emily se lanzó directa a ella y cerró los ojos justo antes de meterse. Hal que estaba flotando a un lado se quedó asombrado al ver cómo

desaparecía, primero su cabeza y luego su largo y delgado cuerpo de serpiente, todo en un instante. Se había metido en la nube por un lado, pero no había salido por el otro.

Antes de que Hal tuviera tiempo de maravillarse, la serpiente de mar se zambulló y se dirigió hacia él. Hal se echó para atrás sobresaltado por el gigante. Se preguntó qué les pasaría a sus pobres amigos y a todos los adultos, y en ese instante el monstruo pasó por su lado como un trueno con su infinita masa corporal cubierta de blancas escamas brillantes. Vio a sus amigos con los ojos cerrados y las mejillas infladas levantándose de sus asientos. Vio a unos cuantos adultos desfallecidos cayéndose de sus posiciones. Vio burbujas saliendo de sus bocas, ojos llenos de terror. Incluso vio a *Wrangler* saltar y comenzar a nadar para ponerse a salvo.

Pero la serpiente se movió tan deprisa que antes de que los cuerpos se separaran demasiado de ella, el impulso ya los estaba empujando por el agua hacia la nube negra. La mayoría pasaron con la serpiente sin orden ni concierto.

Otros se fueron flotando demasiado lejos y se quedaron completamente fuera de la nube.

Hal fue a buscarlos de inmediato. Recuperó a la madre de Fenton y la empujó a través de la nube con su hocico. Utilizó su cola para recoger al señor Morgan y empujarle al agujero. Agarró con delicadeza la hinchada mano de su propia madre entre sus mandíbulas y tiró de ella nadando de espaldas y arrastrándola consigo. La arrojó con cuidado por el agujero, esperando y rezando para que hubiera alguien al otro lado preparado para atraparla.

El mar quedó despejado de repente, a excepción de miles de burbujas… y cuatro delgadas patas nadando en la superficie. Hal no tuvo tiempo de andarse con miramientos con el pobre *Wrangler*. Se alzó tras él, le agarró con la boca de la parte trasera del cuello, probablemente le dio un buen pellizco también, y se zambulló hacia el agujero.

Experimentó un momento de oscuridad al atravesarlo y luego subió a la superficie donde se encontró con numerosas piernas pataleando. Dejó suelto a *Wrangler* y volvió a por el padre de Dewey que estaba forcejeando justo por debajo del agua. Con un delicado empujón, Hal le guio hacia la orilla donde el arenoso fondo del lago se alzaba en escalón.

Cuando Hal por fin emergió del agua, le llegó el sonido del pandemonio; chapoteos y gritos de los padres, ahora completamente despiertos, que tosían y escupían, se hundían y volvían a la superficie otra vez, tratando de recuperar el control desde el estado de aturdimiento y semiinconsciencia en el que se encontraban. Robbie, en su forma de ogro, levantaba sin ningún tipo de ceremonia a un par

de adultos cada vez, uno debajo de cada brazo, y los dejaba en la hierba de la orilla antes de volver al agua con sus fuertes pisadas para recoger a otro par más. Hal vio a su propia madre siendo arrojada en la hierba e hizo una mueca de dolor.

Dewey chapoteaba estrepitosamente intentando salir del lago con su madre aferrada, no se sabe muy bien cómo, a sus amplios lomos de centauro. Entretanto, Abigail se las veía y se las deseaba para sacar a la doctora Porter del agua. Sus alas revoloteaban ruidosamente, pero parecía incapaz de alzarse por encima de la superficie y no hacía más que hundirse una y otra vez hasta la cintura, consiguiendo apenas mantener a su madre a flote. Hal sabía que no iba a poder llegar a tierra con una carga tan pesada y mojada, así que se metió en el agua una vez más, nadó por debajo y emergió con la doctora tendida sobre su cuello. Abigail, casi sin aliento, se hundió en al agua agradecida y nadó hasta la orilla.

Hal tan solo se tomó un respiro cuando posó los pies en la orilla y depositó con delicadeza la carga que llevaba. Echó un vistazo alrededor del lago. Hacía medio minuto el agua estaba llena de adultos intentando respirar, chicos gritando, un perro, un ogro, un centauro, un par de siniestros reptiles oscuros y probablemente otras pocas criaturas que Hal había estado demasiado ocupado para fijarse en lo que eran, sin mencionar a la mismísima serpiente de mar, que seguramente estaría por ahí cerca, en la profundidad del lago.

Ahora, sin embargo, el agua estaba en calma. La única evidencia de una reciente perturbación eran unas cuantas ondulaciones fragmentadas y la camisa abandonada de alguien.

Capítulo 22
Otra Parte

Todos estaban tumbados en la hierba, exhaustos. El repentino chapuzón en el agua fría había hecho revivir a muchos de los adultos y estaban dando vueltas, quejándose y refunfuñando. Hal examinó a cada uno de ellos por separado, se quedó horrorizado al ver sus caras hinchadas y su piel enrojecida, pero alentado al mismo tiempo por las señales de vida que manifestaban. Solo había unos pocos que estaban todavía inconscientes, incluyendo a la señorita Simone, pero Hal y sus amigos ya se habían apresurado a comprobar su estado y sabían que iban a estar todos bien. Abigail demostró ser tan resuelta como su madre a la hora de tomar el pulso y escuchar los latidos de los pacientes; la doctora Porter había enseñado a su hija cómo hacerlo hacía bastante tiempo. Por tanto, con suspiros de alivio, los muchachos se habían tumbado en la hierba dando gracias al cielo de que la situación no había sido mucho, pero que mucho peor.

«Quizá todo vaya a ir bien», pensó Hal.

Otra vez en su estado humano, se incorporó apoyándose en un codo y olfateó el aire. Era dulce, más fresco en cierta forma de lo que había experimentado jamás, limpio y seco. No pudo evitar respirar hondo. Casi se sintió mareado.

Una suave brisa revolvió su pelo húmedo y meció la alta hierba. Las estrellas relucían en el cielo, brillantes y perfectas en un espectacular conjunto de figuras. Hal observó la luna, se quedó maravillado de la forma en que resplandecía, tan grande y redonda. ¿Era eso una cara mirándole desde arriba? Hal había oído lo de la cara de la luna, y había visto fotografías, pero nunca se había imaginado verla con sus propios ojos. Su padre le había dicho que la luna siempre miraba hacia la Tierra, sin volverse nunca, como un cordial guardián, siempre vigilante.

¿Sería ese el mismo guardián que los miraba desde arriba en su propio mundo? ¿Compartirían ambos mundos la misma luna, o serían dos lunas distintas que se parecían?

Hal oyó un chapoteo y por un instante vio a la gigante serpiente de mar alzándose en el lago con su brillante cuerpo blanco deslizándose fácilmente por el agua. El lago era grande, pero Hal se supuso que la

serpiente no estaría tan a gusto como en el mar abierto cerca de la isla. Seguramente estaría inquieta. Se preguntó si aquel lago no sería su hogar de origen antes de que la enviaran a través del agujero para vigilar la isla.

La señorita Simone se empezó a mover. Se incorporó poco a poco y se tocó la cara, desconcertada. Su larga cola llena de escamas se desenroscó y unas aletas enormes se abrieron y empezaron a crisparse. Después de examinar sus muñecas hinchadas durante un momento, miró por fin a todos los demás pacientes de su alrededor. Se quedó con la boca abierta.

—Estamos todos vivos —susurró. Esbozó una amplia sonrisa y se apartó su empapado pelo hacia atrás mientras miraba a su alrededor—. Y estamos en casa —acabó de decir, asintiendo con satisfacción.

—Emily encontró a la serpiente de mar y la pidió que nos ayudase —dijo Darcy.

—¿Lo hizo ella? —preguntó la señorita Simone levantando las cejas, sorprendida. Buscó a Emily que estaba tumbada cerca—. ¿De verdad? ¿Te transformaste antes de atravesar el agujero? Eso es maravilloso.

Emily se incorporó sintiéndose orgullosa de sí misma. Ya no estaba en su cuerpo de serpiente, levantó las piernas y se quedó mirándolas como si se estuviese preguntando cómo habían conseguido volver a su estado normal después de una transformación tan drástica. Posó su mirada brevemente en la cola de pez de la señorita Simone.

—Pero fue Hal el que me hizo cambiar —respondió con humildad—. Nunca podría haberlo hecho si Hal no me hubiese empujado al agua y luego hubiese intentado ahogarme.

—¿Hal intentó ahogarte? —preguntó su madre con voz débil mostrándose contrariada mientras se unía a la conversación. Dejó escapar un gemido y se tocó los hinchados párpados—. No puedo ver nada. Tengo los ojos completamente hinchados.

—Creo que se le pasará, señora Stanton —dijo la señorita Simone pareciendo maravillada—. Esto es nuevo. Cuando el virus atacó por primera vez hace tantos años, la reacción fue mucho más severa y la gente se murió por insuficiencia cardíaca, o porque no podían respirar o entraron en estado de *shock* y fallecieron. Nosotros hemos tenido suerte, el virus ha debido de debilitarse con los años. Este ha sido un caso bastante leve, al fin y al cabo.

—¡Bastante leve! —gritó el señor Morgan lleno de indignación—. ¿Ha *visto* a mi mujer últimamente? Su cara parece un saco de patatas.

—¡Vaya piropo! —murmuró Abigail.

—Pero estamos *vivos* —dijo la señorita Simone con tono calmado—. Puesto que no estamos muertos, tal vez lo peor haya

pasado ya. La hinchazón bajará y nos recuperaremos. ¿Están todos conscientes?

De repente su gran cola de sirena empezó a separarse justo por el medio, las escamas empezaron a desaparecer y se fusionaron con la piel. Se ajustó rápidamente el vestido, que sufrió también una notable transformación, y se puso de pie con algún esfuerzo. Tenía el vestido verde empapado y su sedosa capa reposaba pegada a su espalda, pero según fue andando por la hierba para atender a los adultos, su capa empezó a ondear al aire y de repente, para sorpresa de Hal, se secó de manera inexplicable. La señorita Simone se pasó las manos por su rubio pelo y en un abrir y cerrar de ojos, este se secó también y, en vez de permanecer pegado a su cara, empezó a ondear sobre sus hombros.

«Buen truco», pensó Hal.

—Tú nos salvaste —dijo Abigail en voz baja acercándose a Hal y tocándole la mano—. Tú actuaste cuando los demás nos quedamos paralizados por el pánico.

—Yo no hice nada —dijo Hal—. Fue idea de la señorita Simone que Emily hablara con la serpiente.

—Pero tú conseguiste que lo hiciera —insistió Abigail—. Y mientras ella lo hacía, tú cogiste el bote y encontraste el agujero, y nos enseñaste dónde estaba justo cuando lo necesitábamos. De no haber sido por ti, todavía estaríamos sentados en las rocas del faro.

Hal no dijo nada. Tal vez tenía razón… pero aun así no se sentía ningún héroe. Se dio cuenta de que era porque le invadía la culpa.

—Nunca debimos bloquear el agujero de niebla —murmuró.

—Bueno, el caso es que lo hicimos y ahora estamos aquí. Así que al final todo ha salido bien.

—¿Tú crees? —Hal suspiró y echó un vistazo a su alrededor otra vez—. ¿Y ahora qué? ¿Qué pasará con las vacas y los caballos y las ovejas de la isla? No pueden sobrevivir por sí solos. ¿Qué se supone que debemos hacer, obligarles a que naden hasta aquí?

Le sobresaltó el sonido de una carcajada. Era la señorita Simone; estaba atendiendo a la madre de Robbie, una de los pocos que permanecía inconsciente. Robbie y su padre estaban sentados cerca y parecían tranquilos. Al principio Hal se preguntó de qué se estaba riendo hasta que se giró y le miró.

—No te preocupes, no haremos que naden hasta aquí —dijo—. Pero así todo, tendrán un viaje bastante peliagudo. Los traeremos a través del conducto de ventilación, o agujero de niebla como lo llamáis.

—*¡Biscuit!* —exclamó Lauren—. Espero que esté bien. ¿Está segura de que el virus no le afectará señorita Simone?

—¿Quién? ¡Ah, tu gato! —exclamó la señorita Simone, tras

permanecer confundida durante unos segundos—. Estoy segura de que estará bien. Podrás recogerlo pronto, te lo prometo. —De repente entornó los ojos como si estuviese recordando algo y se quedó mirando a Hal con curiosidad—. Hal… —Pero dejó de hablar distraída por algo.

Cuando Hal siguió la dirección de su mirada, vio tres puntitos de luz parpadeantes que emergían de un bosque cercano. Hal forzó los ojos, pero solo pudo distinguir una vaga figura que se acercaba hacia ellos.

La señorita Simone murmuró algo al padre de Robbie y dio unas palmadas para llamar la atención de todos. Primero se dirigió a los adultos:

—Muy bien, escuchadme, por favor. Ya sé que os encontráis todos fatal, pero estoy segura de que os vais a poner bien una vez que baje la hinchazón. Aun así, quiero que nuestros doctores os examinen, que os suministren medicamentos para aliviar la piel y todo eso. Viene ayuda de camino. —Hizo un gesto señalando las parpadeantes luces—. Justo por ahí hay un pequeño poblado, una especie de puesto de vigilancia escondido entre los árboles. Esperaban que esta noche solo trajera conmigo a la familia Bridges a través del agujero, por lo que me imagino que estarán bastante sorprendidos de ver a tantos de vosotros aquí.

Después se giró hacia los muchachos y los miró de uno en uno:

—Mi gente se encargará a partir de ahora. Ellos organizarán el transporte, la medicación, la comida, el alojamiento, todo lo que necesiten vuestros padres para que se recuperen pronto. Estoy segura de que estarán bien para mañana.

Las oscuras siluetas que se iban acercando empezaron a tomar forma. Hal entrecerró los ojos y pudo distinguir a un grupo de rechonchas figuras moviéndose por la alta y frondosa hierba. Al instante se acordó de las personas bajitas y achaparradas que había visto durante la tormenta en casa de Robbie. ¿Era esa la gente de la señorita Simone?

—Chicos, si no os importa, venid conmigo —dijo la señorita Simone—. Os enseñaré un par de cosas mientras hablamos de futuros planes. Además —dijo con los ojos entornados—, tenemos un trabajo entre manos.

Hal fue a comprobar cómo estaban sus padres:

—¿Estás bien, mamá? —preguntó, contento de ver que por fin se había despertado.

—He estado mejor —respondió con voz ronca. Tenía los ojos cerrados por completo y todas las partes de la cara que podían hincharse, las tenía hinchadas. Continuó respirando de manera entrecortada.

—Descansa —dijo el padre de Hal.

Él no tenía mucho mejor aspecto, pero parecía bastante estable, respiraba sin dificultad. Estaba frotándose los brazos y de vez en cuando se rascaba la enrojecida piel. Por un segundo, Hal se le quedó mirando, preguntándose si se transformaría en un monstruo en cualquier momento. Un extraño sarpullido en el brazo… ¿no era así como había empezado todo?

—¿Vais a estar bien si me voy con la señorita Simone? —preguntó Hal con preocupación.

—Estaremos bien —dijo su padre—. Oye, hijo… —Intentó alcanzarle a ciegas con la mano, le agarró del hombro y lo apretó con firmeza—, lo hiciste bien, Hal. No me acuerdo de mucho, pero recuerdo que todos estaban retorciéndose en el suelo gimiendo y todos los chicos estaban llorando. Excepto tú. Tú te ocupaste de *hacer* algo, Hal.

—Pero, yo estaba asustado —contestó balbuceando después de tragar saliva. De repente se sintió profundamente avergonzado—. Y estaba demasiado asustado para ir a ver si estabais bien. Tenía miedo de que estuvierais…

—Lo hiciste bien, Hal —repitió su padre en voz baja. Le alcanzó con su fuerte y tranquilizadora mano y le revolvió el pelo, después se lo aplastó otra vez con cuidado—. Todos vamos a ponernos bien. El viaje hasta aquí fue un poco difícil, pero estamos aquí.

—Mañana nos despertaremos con el sol en la cara —dijo la madre de Hal con voz débil. Sonrió intentando encontrar a tientas la mano de Hal—. Tendremos que buscar crema solar para proteger nuestra pálida piel. Y tendrás que acordarte de beber bastante agua. Aquí hace calor y… —Tuvo que dejar de hablar al faltarle el aire.

—Descansa —dijo Hal sintiéndose fatal por ella.

Algunos minutos más tarde Hal se reagrupó de nuevo con sus amigos, o al menos la mayoría de ellos. Fenton otra vez estaba desaparecido. Hal sabía que el muchacho había cruzado por el agujero; su siniestra figura de lagarto no había pasado desapercibida, ni siquiera en esos frenéticos momentos bajo el agua. Pero Hal no podía recordar si lo había visto desde entonces. ¿Por dónde estaba?

—Hace tiempo que no lo he visto —contestó Darcy cuando Hal preguntó por él.

—Yo le vi escabulléndose —dijo Robbie—. Es un raro.

Todos esperaron ansiosamente mientras la gente de la señorita Simone llegaba del bosque. No eran humanos. Hal contó hasta siete de ellos, los tres de delante portaban unas potentes antorchas. Eran más bajitos que Hal, pero sus extremidades y sus cuerpos eran probablemente el doble de gruesos que los de él. Parecían lo bastante fuertes como para atravesar puertas sin necesidad de abrirlas primero.

Eran como versiones en miniatura de Robbie como ogro, capaces de arrojar rocas y partir ramas sin pestañear siquiera. Por un instante Hal se imaginó a sí mismo cargando con todas sus fuerzas contra una de aquellas criaturas… y saliendo rebotado.

Pero no eran ogros. Aquellas personas parecían malhumoradas y taciturnas, sus caras se asemejaban a las de los cerdos y tenían unos ojos pequeños y oscuros. Unos grandes e irregulares dientes les sobresalían de la boca en todas direcciones, tenían unas fosas nasales dilatadas y unas orejas puntiagudas y crispadas. Cada uno de ellos llevaba ropa burda y sucia, botas de cuero deslustradas y una variedad de cinturones, cuerdas y cadenas alrededor de la cintura. En la cabeza llevaban unos cascos viejos, hechos de un metal sencillo, sin brillo y con unas cuantas abolladuras, su forma se ajustaba alrededor de las orejas. Algunos de ellos tenían en los hombros una armadura de un metal similar, mientras que un par de ellos llevaban unos chalecos hechos de cadenas finas. Todos llevaban unas pequeñas bolsas o zurrones colgados de los hombros.

«Soldados», pensó Hal, acordándose de las fotos que había visto en los libros de Historia de batallas medievales con espadas y caballos.

—Chicos —dijo la señorita Simone, saludando con la cabeza al soldado de delante según marchaba la patrulla—, estos son mis amigos. Los *goblins* y los humanos nos llevamos muy bien; es probable que seamos los aliados más cercanos de nuestra tierra. Los goblins trabajan sumamente duro, son leales y se puede confiar en ellos por completo, aunque a veces tienen bastante malhumor.

Uno de los soldados se giró y gruñó mostrando los dientes. Pero la señorita Simone se rio como si se tratara de una broma privada.

—No os preocupéis —continuó ella—, Gristletooth cuidará bien de vuestros padres. Él y sus hombres de confianza tienen todo tipo de medicamentos en sus bolsas. Dejémosles trabajar.

La señorita Simone se encaminó por el sendero de hierba aplastada hacia el bosque y los muchachos la siguieron en silencio a cierta distancia para poder hablar entre ellos en voz baja. Al principio, Hal se preguntó cómo habían conseguido los goblins dejar un sendero tan ancho y tan bien definido, pero luego pensó en abofetearse por tonto; obviamente el sendero era antiguo y bastante frecuentado. Después de todo, el lago albergaba uno de los pocos portales que quedaban hacia otro mundo.

—Así que, aquí es de donde viene la señorita Simone —dijo Abigail mientras caminaba al lado de Hal—. Imagínatela teniendo que saltar al lago cada mañana, nadar bajo el agua, atravesar el agujero y dirigirse a la isla…

—Y —añadió Robbie—, teniendo que regresar a través de un agujero diferente. ¿Os acordáis cuando saltó en picado desde el

acantilado? Me pregunto a qué profundidad bajo el agua estará ese agujero y a dónde irá a parar a este lado.

La señorita Simone empezó a ir más despacio para dejar que los chicos la alcanzasen.

—Estoy segura de que tenéis un montón de preguntas —dijo—. Preguntadme lo que queráis.

Hal inmediatamente pensó en algo:

—¿Es usted humana? Está venga decir que es humana, como cuando mencionó antes que los humanos y los goblins son aliados, pero, hummm…

—Usted es una sirena —finalizó Abigail por él.

La señorita Simone asintió.

—Y si usted es humana y puede transformarse en sirena —continuó Hal—, ¿significa eso que… bueno, significa que es usted como nosotros? ¿Una cambiaforma? Y si es así, ¿por qué le afectó el virus?

—Yo soy una cambiaforma —confirmó la señorita Simone—, como vosotros. Mis padres vivieron en vuestro mundo, como los vuestros. Y al igual que vosotros, yo nací y me crie en un área remota, alejada de los niños normales. Yo era una de doce y fuimos a una pequeña escuela privada situada en medio de miles de hectáreas de tierra, también de propiedad privada, a kilómetros de cualquier otra ciudad o pueblo. Mis padres aprendieron a ser autosuficientes, como los vuestros. Poco a poco nuestra pequeña comunidad rompió todo contacto con el mundo exterior. De hecho, fue un sitio agradable donde crecer. Pero claro —añadió—, teníamos sol y no había amenaza de virus.

—Y usted cambió en sirena —dijo Lauren, cautivada con lo que estaba contando.

—A los ocho años, siguiendo lo previsto. Mis amigos también cambiaron, uno tras otro. Y cuando estuvimos listos, nos trajeron a esta tierra.

Empezaron a vislumbrar el bosque. Hal vio en lo más recóndito del interior unos diminutos puntitos de luz. ¿Fuegos de campamento? ¿O serían chimeneas dentro de las casas?

—Pero usted no es inmune al virus —señaló Abigail.

—Supongo que yo soy parcialmente inmune —dijo tras hacer un gesto negativo—. Me sentí mejor cuando me transformé en sirena. Al transformarte las células y los microorganismos se rejuvenecen. Es como si empezaran otra vez desde cero. Así que las heridas tienden a curarse de inmediato. Recordad eso, chicos, si os hacéis daño en un accidente, simplemente cambiad y eso os ayudará a recuperaros con más rapidez.

Hal se acordó de cuando Thomas le había hincado las púas. Se

había sentido mareado y con náuseas hasta que se transformó en dragón y entonces se sintió mucho mejor.

—Pero —dijo la señorita Simone dejando escapar un suspiro—, nuestros cuerpos se fatigan con el paso del tiempo. Chicos, a medida que os vayáis haciendo mayores, os daréis cuenta de que cada vez os costará más libraros de las enfermedades y curaros de rasguños y moratones. Solo es el modo que tiene la naturaleza de restaurar la normalidad a lo que ella probablemente considera abominaciones biológicas. —Se giró y guiñó el ojo—. De lo contrario viviríamos para siempre, ¿verdad?

Se produjo un silencio mientras los chicos digerían aquello. Después la señorita Simone se colocó a la altura de Hal y le puso la mano en el hombro.

—Hay algo que necesito saber, Hal, pero… casi me da miedo preguntarte.

—Preguntarme ¿qué? —dijo Hal sorprendido, parándose de repente.

Todos pararon. La señorita Simone respiró hondo, se inclinó hacia delante circunspecta y preguntó:

—¿Conseguiste volar antes de pasar por el agujero?

—No, lo siento —dijo Hal negando despacio.

La decepción en el rostro de la señorita Simone fue bastante evidente. Dejó caer su mano y se enderezó. Sin decir nada, se giró y continuó la marcha por el sendero.

Los chicos esperaron un minuto antes de decir algo mientras observaban cómo la señorita Simone se marchaba.

—¿Cuál es su problema? Estoy segura de que aprenderás a volar pronto, Hal —murmuró Darcy.

—Ella no cree que lo consiga —dijo Hal en voz baja—, ahora que hemos atravesado el agujero.

—No veo por qué no —replicó Emily—. ¿Qué diferencia hay en dónde estemos? Yo creo que está equivocada en esto. Hal, tú sabes cómo convertirte en dragón y tienes alas, ¿verdad? Así que, no es que no puedas transformarte. Tú *puedes* transformarte. Tan solo necesitas aprender a mover tus alas de cierta manera y lanzarte al aire.

Se produjo un murmullo de aprobación y todos se pusieron otra vez a seguir a la señorita Simone, que para entonces ya estaba a cierta distancia. Hal se quedó rezagado, inmerso en sus pensamientos y Abigail le dio un empujoncito.

—Un dragón que no puede volar —dijo en plan broma—, ¿para qué vas a servir?

—Para lo mismo que un hada de tamaño descomunal —dijo Hal— Una cosa es que seamos unos frikis, pero es que ¡ni siquiera podemos hacerlo bien!

—Si la señorita Simone tiene razón en esto —dijo Abigail tras sonreír con una mueca irónica—, y no hay forma de que podamos completar nuestras transformaciones y hacer las cosas que se supone que deberíamos hacer… pues mira, ¿qué más da? Al fin y al cabo, estamos aquí, Hal. ¡Se acabó la niebla! Es una vida nueva en un sitio nuevo. Olvídate de la señorita Simone, es una amargada.

Por fin llegaron al bosque. Hal divisó unas pequeñas casas rurales por entre los árboles, tenían las paredes iluminadas por faroles que colgaban de unos ganchos, o bien estaban enganchados en lo alto de unos postes. Había un par de chisporroteantes hogueras en los espacios entre casa y casa donde los goblins estaban asando algo en unas pequeñas cazuelas.

—Son castañas —dijo la señorita Simone, como si le estuviese leyendo el pensamiento.

—Ah —dijo Hal—, pues yo pensé que eran rubias.

Abigail dejó escapar una risita y Robbie soltó una carcajada, pero la señorita Simone pareció confundida por un instante. Entonces Emily le explicó el chiste y la señorita Simone sonrió por cortesía.

En vez de dirigirse a la pequeña aldea, la rodearon pasando justo por al lado. Hal miró a sus amigos, ellos también parecían sorprendidos y un poco decepcionados. Era un pueblo tranquilo, aparentemente cordial, con tal vez diez o quince casas rurales, apenas el tamaño de un pueblo. Pero como Hal había crecido en una isla, con incluso menos casas ocupadas, para él era el tamaño perfecto. ¿Cómo había llamado la señorita Simone al lugar? ¿Un asentamiento? ¿Un puesto de vigilancia de algún tipo?

—¿No vamos a parar? —le preguntó Hal.

—Ahora no. Tenemos algo que hacer. Pero volveremos luego.

Así que dejaron atrás el olor a castañas asadas y se metieron de lleno en la oscuridad del bosque. Enseguida se encontraron con un serpenteante camino iluminado por unos faroles que estaban colgados. El sendero estaba muy trillado y estaba cubierto por una capa de finas hojas de pino que amortiguaba sus pasos. Hal seguía con los pies casi descalzos, tan solo llevaba puestas las curiosas plantillas adhesivas, por lo que notó una agradable sensación de hormigueo y cosquilleo al caminar.

—Mirad estas mariposas nocturnas —susurró Robbie asombrado por su tamaño al verlas revolotear alrededor de los faroles. Vio una del tamaño de su mano—. Y allí atrás vi también una araña enorme, su telaraña se extendía por todo…

—Robbie, para ya —le ordenó Emily desde detrás.

Transcurridos cinco minutos de silencioso paseo en fila india por el estrecho sendero, agachándose de vez en cuando para no chocar con los faroles, llegaron por fin al término del camino. Curiosamente allí

había niebla y podían oír el sonido de resuellos y soplidos acompañado de un ruido constante de chasquidos y traqueteos, chasquidos y traqueteos. Era un curioso sonido rítmico, algún tipo de máquina sin lugar a duda.

Rodearon un arbusto alto y de repente se encontraron con una extraña visión. Un muro de roca se alzaba ante ellos, medio oculto por la bruma del cielo nocturno. Parecía completamente fuera de lugar en el corazón del bosque, pero Hal se dio cuenta al mirar a su alrededor, que de hecho el bosque se extendía hasta el pie de una de las montañas.

Pero lo extraño no era el muro de roca, ni la boca de la cueva que bostezaba con toda su amplitud y oscuridad. Lo extraño era lo que se hallaba justo delante de la cueva: un artilugio complicado, destartalado, hecho de vigas de madera y varillas de metal, que medía cuatro veces la altura de Hal y otro tanto de anchura, con engranajes y ruedas tambaleantes y poleas grasientas que giraban continuamente, tirando de cadenas que se entrecruzaban aquí y allá. Aquello era de donde venían los traqueteos y chasquidos. Los resoplidos los causaba un conjunto gigantesco de fuelles que se abrían lentamente y luego se plegaban por completo para volver a abrirse otra vez… como si estuvieran respirando. Además de esos sonidos había otro; el zumbido de un motor que silbaba y siseaba echando vapor. Los muchachos se quedaron cautivados.

—Es como si fuera música —dijo Emily entusiasmada—. Escuchad… *¡pff!, ¡clic!, ¡grr!, ¡clac!, ¡chsss!, ¡pop!* Es como…

—No hace *¡pop!* —dijo Darcy riéndose—. Suena más bien como *¡clac!, ¡chsss!, ¡grr!, ¡pff!, ¡pum!*

—Pero ¿para qué sirve? —preguntó Lauren.

—Yo lo sé —respondió Robbie de repente. Le brillaban los ojos mientras miraba a su alrededor—. Hemos estado andando durante ¿cuánto? ¿Cuarenta y cinco minutos o más? Ese es el tiempo que se tarda en ir desde el faro al Bosque Negro. No sé si este bosque es como si fuera una versión alternativa del Bosque Negro, pero el asunto es que, si estuviéramos en la isla, estaríamos en el agujero de niebla a esta distancia.

«El agujero de niebla».

Hal parpadeó y se quedó con la boca abierta. ¡Pues claro! Se acercó un poco más, pidiéndole antes permiso a la señorita Simone. Ella simplemente asintió, se hizo a un lado y le instó a pasar con la mano. Hal se deslizó hacia la máquina mientras sus amigos se apelotonaban para alcanzarle.

Al otro extremo de la máquina, de cara al muro de piedra y apuntando hacia la boca de la cueva, salía la niebla exprimida de los enormes fuelles. La densa y silenciosa sustancia salía despedida hacia

la oscuridad y desaparecía mientras la máquina traqueteaba, resoplaba y silbaba. Pero la niebla no solo se confinaba en la cueva, también se alzaba hacia arriba ondeando y dispersándose por todo el costado de la montaña.

La máquina produjo un alarmante sonido chirriante. Hal se giró y se encontró con un grasiento y sudoroso goblin que enfurecido golpeó algo con una pesada llave inglesa. El chirrido cesó al instante y el goblin farfulló algo inteligible que se perdió por completo con el ruido del motor. No parecía haberse dado cuenta de que tenía visita.

—Ha estado funcionando durante trece años —dijo la señorita Simone desde detrás—. A veces se estropea y los ingenieros tienen que andar como locos para intentar arreglarlo lo más rápido posible. A veces realizan importantes trabajos de mantenimiento y traen una versión más pequeña de la máquina para que la niebla continúe mientras esta bestia está parada durante una temporada. Pero ha estado funcionando durante la mayor parte del tiempo sin parar, desde antes de que nacierais.

Señaló varias bolsas de cuero que colgaban a cada lado, cada una de ellas tenía un tubo que salía de la parte inferior y que obviamente suministraba algún tipo de líquido al funcionamiento interno de la máquina.

—Esa bolsa grande de ahí —continuó explicando—, contiene una fórmula especial que filtra el aire y lo hace inmune. Tiene un lento efecto acumulativo, por eso dije que se tardaría una semana en proteger la isla de nuevo. Esta otra bolsa, que es más pequeña, es para crear espacios de vacío en el aire. Eso es lo que amortigua vuestro vuelo. —Miró a Hal enarcando una ceja—. Para los que podáis volar, claro.

—¿Para qué es esa palanca? —preguntó Hal señalando con el dedo, decidiendo ignorar su comentario.

—Eso es para controlar la velocidad. Acelera la máquina. Cuando hay una tormenta en la isla, la niebla se disipa y tenemos que acelerar la máquina para que bombee más cantidad. Más vale prevenir que curar.

La señorita Simone se fue al otro lado de la máquina e hizo señas al ingeniero, que estaba inclinado sobre el motor con cara de enfado, estaba absorto mirando una cadena grasienta que giraba sin problemas alrededor de unos engranajes. El goblin no se dio cuenta de que la señorita Simone estaba ahí, así que ella le dio una palmada en el hombro. Él se sobresaltó, se enderezó y la saludó con la cabeza. Entonces vio a los muchachos y se les quedó mirando, primero con los ojos medio cerrados como sospechando algo y luego con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Se le cayó la llave inglesa de la mano.

—Los chicos están aquí ahora —dijo ella sonriéndole y haciéndose oír por encima del ruido—. Puedes pararla.

—¿Pararla? —repitió con una voz grave y ronca observándola perplejo.

—Sí, párala.

El retorcido rostro del goblin siguió mirándola con cara de asombro. Luego encogió los hombros con un aspaviento y se giró hacia el ruidoso motor. Tras un momento de vacilación alargó el brazo, pulsó tres interruptores y tiró de una palanca hacia abajo con fuerza. Sonaron unas pequeñas explosiones y el motor se paró. La máquina siguió funcionando casi como si no se hubiese dado cuenta de que había sido apagada, pero al no tener potencia empezó a ralentizarse. Sus tambaleantes ruedas y cadenas chirriaron y traquetearon hasta que cesaron gradualmente y sus fuelles resoplaron cada vez más despacio hasta que por fin pararon. Algo se soltó y se cayó al suelo de golpe.

Entonces la máquina se quedó quieta.

Uno por uno, los chicos volvieron a la entrada de la cueva. La niebla ya había dejado de salir y el aire se quedó en calma a su alrededor mientras la niebla se levantaba lentamente.

El goblin se secó la frente y se sentó en una pequeña silla de la que colgaba un farol:

—No me lo *pueo* creer —gruñó mirando la silenciosa máquina—, nunca pensé que llegaría el día…

—¿Has notado algo inusual últimamente? —le preguntó la señorita Simone.

—La niebla se vuelve *pá* atrás —afirmó el goblin frunciendo el ceño—, como si hubiera una *ostrusión*, ¿sabe? ¿*Sá cuerda* del derrumbamiento de techo del año pasado? ¿Cómo la niebla se volvía *pá* atrás?

—Lo recuerdo —asintió la señorita Simone—. Bueno, el conducto de ventilación está obstruido otra vez, eso seguro. Lo hicieron los chicos.

—Eso lo explica *tó* —dijo el goblin tras escupir en el suelo. Se quejó señalando la niebla que se dispersaba—. ¡Críos!

—No le hagáis caso —susurró la señorita Simone a los chicos sonriendo.

—También hubo un incidente hace unos días —dijo el goblin en voz baja pareciendo avergonzado—. Quizás hace una semana, no *má cuerdo*. El caso es que alguien me golpeó por detrás. —Se frotó la parte trasera de la cabeza—. Cuando me desperté, no noté *ná* raro *eseto* las huellas de pisadas.

—¿Huellas de pisadas? —preguntó la señorita Simone frunciendo el ceño.

—Arpías —murmuró el goblin y escupió de asco.

—¿Y? —dijo la señorita Simone perpleja.

—Y *ná*. No se llevaron *ná*, no rompieron *ná*. Solo había huellas de pisadas, eso es *tó*.

—No habrían venido hasta aquí para golpearte en la cabeza sin motivo —dijo la señorita Simone con seriedad—. ¿Por qué no me lo contaste?

—No había *ná* que contar —dijo el goblin esta vez un poco enfurruñado—. Esta vez no rompieron la máquina. Tampoco intentaron rellenar la cueva. No hicieron *ná*.

—¡Thomas! —dijo Hal chasqueando los dedos—. ¿No os dais cuenta? La primera vez que Abigail y yo nos encontramos con Thomas, nos dijo que se había despertado en el Bosque Negro y no sabía cómo había llegado hasta ahí. Estaba perdido.

—¡Le raptaron! —dijo la señorita Simone—. Sí, las arpías sabrían de su existencia; siempre están cotilleando y espiándonos. Por supuesto saben todo acerca del proyecto de los cambiaformas. Todos los de la región lo saben. Supongo que pensaron que sería divertido dejar a la mantícora en la isla y ver si eliminaba a alguno de los otros.

La señorita Simone golpeó uno de los soportes de la máquina con los ojos centelleantes de furia. El goblin dio un paso atrás mirándola con cautela y no fue la primera vez que Hal se preguntó de qué sería capaz la señorita Simone cuando se enfadase de verdad.

—Me pregunto si sabrían que era al mismo Thomas al que habían raptado —dijo ella después de calmarse un poco.

—No hay muchas mantícoras por aquí —dijo el goblin resoplando—. Igual fue la única que encontraron cerca. No hay *ná* más desagradable que una mantícora, *eseto* un dragón, y nadie se va a meter con esos. Los ogros son demasiado grandes *pá* que quepan en el túnel. —Asintió pensativo—. Tiene sentido.

—Bueno, chicos —dijo la señorita Simone todavía enfadada—, parece que ahora tenemos algo importante que hacer. Veréis, este túnel es la mejor ruta a la isla y todavía no hemos acabado allí. Necesitamos despejar el túnel y hacerlo seguro para que podamos pasar y traer a los animales y las pertenencias que vuestros padres quieran quedarse. Pero eso será una vez que pongamos en funcionamiento otra vez la máquina de niebla mañana. Una isla con niebla es una isla segura.

—¿Quiere decir que todavía no hemos *terminao* con la máquina? —gruñó el goblin.

—No, pero la dejaremos apagada esta noche hasta que eliminemos la obstrucción. Mañana la pondremos en marcha de nuevo. Luego esperaremos una semana para que la isla se llene de niebla otra vez antes de aventurarnos a volver. —Hizo una pausa—. Pero entretanto

esta noche necesitamos que algunos de vosotros, jóvenes inmunes, atraveséis el túnel y eliminéis toda obstrucción, y de paso atrapéis al joven Thomas.

—¿*Atrapar* a Thomas? —exclamó Robbie.

—¿Cómo, con redes para cazar mariposas? —espetó Abigail.

—Algo así —dijo la señorita Simone— ¿Algún voluntario?

Capítulo 23
Un último viaje

Hal no estaba muy seguro de cómo le habían encajado a él la tarea de capturar a Thomas, la mantícora. Sin saber muy bien cómo, se encontró delante de la boca de la cueva y de sus amigos, que le estaban mirando como si se hubiera ofrecido voluntario que, por cierto, no lo había hecho. Simplemente había sido el último en negarse.

—¿Dónde está Fenton? —preguntó Hal, irritado de repente con el muchacho—. Justo cuando me vendría bien su ayuda, no está.

—Debo admitir que estoy un poco preocupada por él —dijo la señorita Simone.

Su cara estaba medio oculta por la oscuridad. Los altos árboles tapaban la luz de la luna y la única iluminación existente procedía de unos cuantos faroles colgados contra los que unas enormes mariposas nocturnas chocaban de manera continua.

—Parece estar atrapado en su nuevo cuerpo —continuó la señorita Simone—. O es que le gusta tanto que no quiere volverse a cambiar. Aunque, para ser franca, estoy más preocupada por Thomas —dijo señalando con la cabeza hacia el túnel—. Él ha estado atrapado en ese cuerpo de mantícora desde que tenía seis años y temo que la parte humana de su mente se haya doblegado hace tiempo a la presencia predominante de la mantícora. No obstante, siempre existe la posibilidad de *intentar* razonar con él.

—¿Por qué no lo ha intentado antes? —preguntó Abigail caminando hacia el túnel. Echó una ojeada dentro, estaba oscuro como la boca de un lobo.

—Lo hemos intentado, Abigail —dijo la señorita Simone dejando escapar un suspiro—. Cuando se cayó por el precipicio hace todos esos años, fue porque cambió de manera inesperada. No fueron unos pequeños cambios aquí y allá, como un sarpullido o una extraña mata de pelo. No, Thomas cambió por completo en un instante.

Hal se alejó de la cueva, agradeciendo el retraso. Se apoyó contra la pesada máquina de niebla y no perdió detalle de lo que contó la señorita Simone. En su mente percibió el desarrollo del terrible acontecimiento…

La señora Patten estaba justo allí mismo cuando sucedió, explicó la señorita Simone. Thomas estaba jugando en el jardín trasero cuando se encontró una marmota. Esta se puso a olisquear por allí, sin meterse con nadie, sin darse cuenta de que un niño pelirrojo la estaba observando. Thomas se entusiasmó tanto que se puso a correr tras ella, quería jugar con ella, puede que querría atraparla y llevársela a casa. Pero la marmota se escapó corriendo entre los arbustos. Thomas la siguió, decepcionado al principio, pero luego se fue enfadando cada vez más cuando se le enganchó la ropa en los arbustos y se arañó los brazos con las zarzas.

La señora Patten fue tras él, le llamó para que volviera al jardín. Pero él la ignoró y ella se empezó a preocupar más y más mientras intentaba atravesar el bosque. Entonces oyó un lamento que le puso los pelos de punta. Siguió el sonido de los gemidos y se encontró con la ropa de su hijo hecha jirones y pisoteada en el barro. Y de pie, encima de la ropa, estaba la mantícora. Tenía unos sinuosos músculos, garras, pelaje rojo, ojos azules, unas hileras de dientes puntiagudos y una aterradora cola segmentada en cuyo extremo había una bola de púas de la que sobresalía una brillante punta negra de apariencia maligna.

La mantícora, *su niñito*, la miró asustado y horrorizado y tan solo una palabra escapó de sus delgados labios negros: «¿Mamá?».

La señora Patten nunca se perdonará lo que hizo después. Gritó.

Los ojos de la mantícora se abrieron de par en par y se llenaron de lágrimas. Retrocedió. Se giró, echó a correr abalanzándose entre los arbustos y desapareció de nuevo.

Inmediatamente después, la señora Patten se dio cuenta de su error y se fue otra vez en busca de su hijo, llorando del remordimiento, llamándole por su nombre, intentando calmarle. Pero luego oyó otro lamento, esta vez de puro pánico… y después, silencio.

La señora Patten salió del bosque por el borde del acantilado y casi le dio un infarto cuando se dio cuenta de lo que había pasado. Se desplomó en el suelo, anduvo a gatas hasta el inestable borde y se asomó, pero para entonces Thomas ya había desaparecido.

La señorita Simone dejó que sus palabras flotasen en el aire fresco de la noche. Al ver que Emily estaba intentando no llorar, apretó el hombro de la muchacha y sonrió tristemente:

—Ahora ya sabéis que Thomas no se golpeó contra las rocas al caerse, a pesar de lo que os contaron hace años. Tampoco se ahogó. Veréis, por pura casualidad, llamadlo suerte si queréis, yo justo había salido del agujero que estaba cerca, bajo el agua, y estaba nadando junto al acantilado donde Thomas se cayó. Oí los gritos y gemidos de arriba y fui a investigar. Imaginaos mi sorpresa cuando vi a una gran bestia peluda y rojiza tambalearse por el borde y caerse llevando

consigo matas de arbustos y trozos de tierra.

—Pero ¿qué le pasó? —preguntó Hal recordando lo que Thomas le dijo acerca de ser arrastrado hacia abajo. Sin duda la señorita Simone no habría intentado ahogarle…

—Pues, se cayó al agua y se hundió —continuó—. Yo le seguí bajo el agua y ahí estaba él, una enorme, impresionante, pero extremadamente peligrosa, criatura pataleando y tragando agua con unas enormes burbujas subiendo hacia arriba.

—¿No intentó salvarle? —preguntó Lauren.

—Pensad en ello, chicos —dijo la señorita Simone dejando escapar un suspiro—. Imaginaos una mantícora que se está ahogando; sacudiendo las patas frenéticamente, agitando las zarpas, lanzando púas con la cola a diestro y siniestro y atacando con el aguijón.

—¡Oh! —exclamó Hal.

—Sí —corroboró la señorita Simone—. Si me hubiese acercado a él, me habría matado. Él hubiera ascendido a la superficie de un modo u otro, pero se había caído desde tanta altura que se hallaba a bastante profundidad bajo el agua y aunque hubiese conseguido salir a la superficie, dudé de que pudiera nadar. Y además no había nada hacia lo que nadar, tan solo un escarpado muro de roca. Así que tomé una decisión, una que salvó su vida pero que causó mucha angustia a sus familiares y amigos.

—Le agarró de una pata y le arrastró hacia el fondo del mar —acabó Hal, sabiendo que eso era verdad, pero perplejo al no entender cómo ayudó eso a resolver el problema.

—¿Cómo demonios sabes…? —dijo la señorita Simone sorprendida—. Pues, sí, eso es cierto. Como no podía acercarme a Thomas para rodearle con mis brazos y llevarle hasta la superficie, le agarré de una pata y le arrastré hacia abajo. Thomas empezó a patalear inmediatamente y a mí se me hincaron unas cuantas púas. Me empecé a marear. Pero no necesité arrastrarle muy lejos, solo unos treinta metros o así.

«¡Unos treinta metros!». Hal no era capaz de imaginarse ir nadando tanta distancia por la superficie del agua, ni que decir buceando hacia el fondo.

—Ahí es donde estaba el agujero —explicó la señorita Simone al verles las caras de confusión—. Dejé a Thomas en el agujero y le seguí por él.

Miró al goblin, que estaba sentado escuchando atentamente. Este se sobresaltó cuando ella fijó sus ojos en él, luego se relajó cuando le hizo una simple pregunta.

—¿Tenemos alguna red grande por aquí?

—Hummm… —dijo el goblin rascándose la cabeza—, aquí no. Pero, hay una grande en el cobertizo. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—No, iré yo misma y de paso organizaré unas cuantas cosas. Quiero enseñarles algo a los chicos de todas formas.

Para alivio de Hal, la señorita Simone les condujo lejos de la entrada de la cueva y de vuelta al sendero. Mientras iban en fila india otra vez por el serpenteante camino, agachándose para evitar los faroles, Hal se preguntó qué hora sería. Le parecía que era tarde, bien pasada la hora de acostarse, pero aun así los goblins andaban pululando por ahí, como si la noche acabara de empezar. Se supuso que serían sobre las diez o las once. No era de extrañar que estuviera exhausto.

—No lo entiendo —dijo Robbie en voz alta desde detrás—. Señorita Simone, usted dijo que el agujero estaba justo ahí, al pie del acantilado, donde Thomas se cayó. Pero un día la seguimos a usted, después de clase, y la vimos saltar desde el acantilado a kilómetros del Bosque Negro, vamos, a un buen paseo de donde Thomas se cayó.

—Pues claro —dijo la señorita Simone—. ¿Crees que soy tan tonta como para lanzarme desde el precipicio donde Thomas se cayó? Esas rocas son mortales. Fue un milagro que Thomas las esquivase todas. No, yo elegí un lugar mucho más seguro para regresar a casa desde donde pudiera tirarme y luego nadar por la costa hasta el agujero. Mucho más fácil que abrirme camino por el bosque y arriesgarme a romperme la crisma contra las rocas de abajo, ¿no crees?

Robbie gruñó algo y se calló.

Los chicos siguieron a la señorita Simone de vuelta a las casas rurales del bosque. Les guio entre los edificios, saludando a varios goblins según pasaban. Hacía un frío insoportable y las chisporroteantes hogueras les parecieron de lo más acogedoras, sobre todo con el olor a castañas asadas flotando en el aire.

La señorita Simone no desperdició el tiempo. Les condujo hasta una zona bien iluminada en el centro del pueblo, una parcela circular cercada por una valla de hierro forjado. Tenía cinco entradas, cada una delimitada con gruesos postes, pero sin puertas de por sí. Parecía que todos los caminos iban a dar a ese sitio y aun así no había nada que ver excepto la hierba bien cortada y un gran charco turbio. Todos se quedaron mirando perplejos.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Hal por fin—. ¿Un parque en miniatura?

—Este es el tercer agujero —explicó la señorita Simone—. Este es bastante curioso. La primera vez que lo atravesé para ir a vuestro mundo fue fácil; simplemente salté dentro y acabé en el mar cerca de vuestra isla. Al ser una sirena para mí no fue problema. —Frunció el ceño mientras intentaba buscar las palabras para explicarse—. Pero cuando intenté volver por él, no funcionó. Lo abordé desde arriba, ¿sabéis? nadando hacia abajo, y cuando lo atravesé, casi me

descerebré contra el suelo, contra el fondo de este charco, ¿veis? Parecía como que no podía atravesarlo. Después de un tiempo conseguí resolver el enigma; debía nadar hacia *arriba* y abordarlo desde abajo. Entonces funcionó; saqué la cabeza del charco y ya estaba en casa. Al parecer ciertos agujeros poseen ciertas, hummm… «normas» dependiendo del lugar o la posición donde estén.

Hal miró dentro del charco y vio una extraña oscuridad en el interior; una masa turbulenta que parecía tener vida propia.

—Cuando arrastré a Thomas bajo el agua, debajo del acantilado, me aseguré de arrastrarle por debajo del nivel del agujero. Luego le solté, se fue flotando a través de él y resurgió por este charco tosiendo, medio ahogado. Por supuesto, fue una gran conmoción para los goblins cuando vieron salir a una mantícora del charco. Hubo un pánico instantáneo, lo que probablemente no ayudó mucho tampoco; Thomas se fue corriendo hacia los árboles antes de que alguien pudiera hacer nada. Yo salí momentos más tarde, mareada por las púas envenenadas. Organizamos grupos de búsqueda, pero a esas alturas Thomas ya estaba muy lejos. Me llegaron noticias de que le habían visto a la mañana siguiente merodeando cerca de un río que discurre por el bosque, después desapareció y no se le vio más durante meses.

La señorita Simone se puso a andar de repente y los chicos se apresuraron a alcanzarla. Los condujo hasta una de las hogueras y varios goblins se giraron hacia ella al verla acercarse. Uno de ellos inclinó su casco respetuosamente e hizo un gesto hacia una cazuela abollada y ennegrecida con cientos de agujeros perforados en el fondo. En la cacerola había una sola capa de castañas, cada una con cortes en forma de equis en la cáscara. Olían deliciosamente y estaban empezando a echar humo. Pero la señorita Simone las rechazó y lo que hizo en cambio fue pedir a uno de los goblins que le trajera una red.

—Una grande —dijo—, llévala donde está la máquina de niebla, si no te importa, y consígueme algo más de ayuda. Tenemos que atrapar a una mantícora.

A Hal le dio un vuelco el estómago al recordarlo. Caminó en silencio mientras la señorita Simone les guiaba una vez más por el serpenteante camino del bosque. Esta vez Robbie se dio un coscorrón con un farol y se quejó a voz en grito.

—Tienes que darte cuenta de que los goblins son muy bajitos —dijo la señorita Simone riéndose— y tienen que encender estos chismes todas las noches y apagarlos también antes de acostarse.

Cuando ya se aproximaban a la entrada de la cueva, Hal preguntó a la señorita Simone acerca del señor y la señora Patten, quienes habían llorado por la pérdida de su hijo y habían desaparecido poco

después.

—Al principio se pensaron que había muerto de verdad —confirmó la señorita Simone—, entiendo que fue una suposición lógica. Además, la noticia se difundió rápidamente. Para cuando volví para contarles que Thomas estaba vivo, todos los de la isla estaban llorando. Pero al final resultó ser para bien; explicó la desaparición de Thomas sin revelar que se había transformado en un monstruo. Por supuesto, yo me llevé a los Patten aparte, les conté la verdad y les traje a mi mundo por el agujero.

—¡Pero todos pensamos que se había muerto! —dijo Abigail furiosa de repente— ¿Cómo pudo ser eso para bien?

—Él *está* muerto —dijo la señorita Simone—, o de todas formas es como si lo estuviera. Su mente ya no le pertenece. Él es una mantícora con unos pocos recuerdos humanos. Quizás si le hubiéramos encontrado antes, podríamos haberle ayudado, pero desapareció por completo. Y creedme, si hay algo que no querríais ir a cazar, es una mantícora. ¿Y si os encontraseis con la que no es? ¿Y si os encontraseis con toda una familia de ellas? —Se estremeció—. Pero tal vez haya esperanzas todavía. *Siempre* queda la esperanza. Por eso necesitamos encontrar a Thomas mientras todavía tenemos la oportunidad y traerlo de vuelta con nosotros. Necesitamos hablar con él, razonar con él, ver si hay alguna esperanza de salvarle.

Un sonido de pisadas se filtró a través del bosque y medio minuto más tarde se pudo ver a un grupo de goblins marchando, cuatro de ellos portaban una gran y pesada red y un par de sólidos postes. Lo dejaron caer todo a los pies de la señorita Simone y procedieron a desembrollarlo.

La señorita Simone dirigió su mirada a Hal y le hizo una señal. A Hal otra vez le dio un vuelco el estómago. «¡Esto no es justo! ¿Por qué no puede mandar a su ejército de goblins a capturar la mantícora?».

—¿También afecta el virus a los goblins? —preguntó de una forma un tanto hosca.

—No —admitió ella—, pero Hal, tú eres un dragón. No temo por ti. Las púas envenenadas podrían debilitarte, pero puedes deshacerte de los efectos con facilidad. Solo podría herirte el aguijón, así que ten cuidado.

La señorita Simone miró la red que estaba en el suelo. Los goblins la habían colocado en forma de un gran cuadrado y en ese momento estaban entrelazando una cuerda por ella.

—Además —continuó la señorita Simone—, no quiero que te *enfrentes* a la mantícora. Solo que la provoques. Tráela por el agujero, nosotros la capturaremos a este lado.

Todo apesadumbrado, Hal respiró hondo y dio un paso hacia la entrada de la cueva. Oyó pasos detrás de él y alguien le agarró del

codo. Era Abigail.

—Voy contigo —dijo.

—Yo también —dijo Robbie acercándose y aclarándose la garganta—, te vendrá bien la fuerza de un ogro.

Hal se sintió mejor, pero al quedarse mirando a Abigail, que todavía llevaba puesto su extraño vestido verde, llegó a la conclusión de que no quería que fuese con él. Era demasiado peligroso. Con unas pocas púas caería al suelo redonda, se quedaría inconsciente e incapaz de defenderse o de escapar. Y Hal tendría demasiado de lo que ocuparse además de tratar de protegerla.

Robbie también podría, sin querer, poner las cosas más difíciles. Claro que era un ogro, pero hasta los ogros tenían la piel blanda. Y era tan grande que no cabría por el túnel como ogro, por lo que tendría que revertir a su delgado cuerpo humano.

Hal posó una mano sobre el hombro de Abigail con un gesto negativo:

—Lo siento, este es *mi* trabajo, pero gracias.

Abigail se quedó con la boca abierta. Parecía que iba a decir algo, pero tras un instante volvió a cerrarla y le examinó pensativamente.

—Vamos pues —dijo Robbie.

—No, tú tampoco —dijo Hal—, creo que la señorita Simone necesitará tu ayuda a este lado.

—Sí, es cierto —dijo la señorita Simone— de hecho, cuento contigo Robbie.

Así que, después de dar las gracias a sus amigos, Hal agarró un farol y se dirigió hacia la oscuridad de la cueva. Oyó unas cuantas voces apagadas de aliento: «buena suerte» y «ten cuidado», y luego empezó a subir por una suave pendiente al fondo de la cueva sosteniendo el farol en alto. La luz que lo alumbraba era de un color naranja poco intenso que parpadeaba demasiado. Su sombra bailaba.

En la cueva hacía frío, incluso más frío que fuera. El aire era casi glacial y los brazos y las piernas se le quedaron con piel de gallina. Los delgados pantalones que llevaba puestos, su fina camisa y sus casi desnudos pies le parecieron ridículos en el oscuro, frío y húmedo túnel; necesitaba un abrigo grueso y unas robustas botas.

El aire olía a humedad, parecido a un día de llovizna en la isla. Pero no había señal de la niebla. Si el agujero estaba obstruido, ¿a dónde había ido a parar?

Tras varios minutos andando por un túnel bastante ancho, se encontró con una sección estrecha que continuó durante unos diez metros. Las paredes se cerraron más incluso cuando empezó a ascender por una empinada cuesta. El suelo era de roca pura, desigual pero llano, resbaladizo en algunos sitios donde había crecido el musgo. Por las paredes goteaba agua fría como el hielo. La respiración

de Hal se oía con claridad en el estrecho espacio cerrado y cuando se tropezó y golpeó el farol contra la inclinada pared, el sonido hizo eco por todas partes. Oyó el batir de pequeñas alas sobre su cabeza e instintivamente se agachó. ¡Murciélagos!

Aceleró el paso con el corazón latiéndole a toda prisa. El túnel hizo unas curvas y se torció, bajó unos metros, subió otra vez, se ensanchó y luego se estrechó otra vez. «Un ogro nunca hubiera pasado por aquí», pensó de repente y se dio una palmada mental en el hombro por rechazar la ayuda de Robbie.

«Pero, claro, tampoco cabría un dragón».

Al aproximarse a lo que le pareció un punto negro en la distancia, pensó que la vista le estaba jugando una mala pasada. A medida que se iba acercando, se suponía que la luz del farol tendría que haberlo iluminado, pero en vez de eso, el punto continuó totalmente negro hasta que se aproximó justo a su lado. A su alrededor, el resplandor de la parpadeante luz del farol rebotó en las rocosas paredes. Pero por delante, extendiéndose por toda la altura y anchura del túnel, una nube de humo negra respiraba hacia dentro y hacia fuera girando y envolviéndose a sí misma a medida que se expandía y se contraía.

Hal se quedó contemplándola durante un minuto. Alargó el brazo y puso la mano dentro. No tuvo ningún tipo de sensación.

Respiró hondo y dio un paso dentro de la nube manteniendo los ojos abiertos. Durante un momento hubo una oscuridad completa, luego una especie de destello, ¿estrellas en un cielo nocturno?, y acto seguido lo había atravesado dando un paso sobre un duro suelo que estaba medio metro más abajo de lo que se esperaba. De nuevo estaba en un túnel, pero este era diferente. Era grande y estaba lleno de niebla.

Hal volvió a mirar el agujero tomando una nota mental del lugar donde se hallaba. En aquel cavernoso túnel, el agujero flotaba sobre el suelo y era posible andar a su alrededor. ¿Cómo demonios iba a encontrarlo otra vez, en la oscuridad, con una mantícora persiguiéndole y con niebla por todas partes?

Dejó escapar un suspiro. Aquello era una locura. Aun así, continuó, se sumergió en la niebla y tanteó el camino. El farol no le servía para nada; la luz le reflejaba en la cara. De repente se le ocurrió algo, volvió al agujero y colocó el farol en el rocoso suelo, justo debajo. Ya tenía una señal que le ayudaría a guiarse en el viaje de vuelta.

Caminando con cuidado, tanteó el trayecto por el túnel en completa oscuridad. No podía ver la niebla, pero podía olerla. El olor a humedad que, sin embargo, era en cierta forma agradable, le invadió las fosas nasales. Había vivido con niebla toda su vida y le resultaba extrañamente reconfortante volver a ella.

Hal no sabía durante cuánto tiempo o cuánta distancia había

caminado, pero parecía que aquello no se acababa nunca. Por fin vio unos tenues puntitos de luz delante de él. Había algunos espacios en la obstrucción del agujero, pequeñas rajas donde las mantas se habían movido. Alcanzó una de esas rajas y la ensanchó lo suficiente para asomarse. ¡Por fin aire fresco! Y a pesar de hallarse en medio del Bosque Negro de noche, la luz de la luna iluminaba el pequeño descampado. Arriba en lo alto, las estrellas brillaban en el despejado cielo negro.

Hal se transformó en dragón y al instante se sintió más seguro mientras salía del agujero entre una explosión de mantas, ramas, hojas y tierra. Despejó el camino con sus enormes pezuñas y observó cómo la niebla salía una vez más al aire. Se supuso que continuaría saliendo durante un poco más de tiempo, hasta que se evaporara de la cavernosa cámara y del túnel.

Hal miró a su alrededor. Aunque todo estaba iluminado por la luz de la luna, era de noche, con lo cual no podía distinguir demasiado. No le entusiasmaba la idea de aventurarse en el interior del bosque, así que se transformó de nuevo en su cuerpo humano y se quedó de pie en el centro del descampado, sintiéndose extremadamente vulnerable.

—¡Thomas! —gritó—. ¡Thomas! Quiero hablar contigo.

Su voz hizo eco, pero lo único que oyó como contestación fue el ruido de un sapo.

—¡Thomas! —gritó otra vez.

Entonces sintió unas cuantas agujas afiladas y punzantes golpeándole en el cuello y los hombros. Se sobresaltó y se agachó, pero ya era demasiado tarde. Detrás de él, la mantícora le observaba con recelo, tenía el cuerpo contra el suelo y la cola erizada con púas, elevada por encima de su cabeza.

Se sintió mareado en cuestión de segundos y se cayó de costado. No sintió nada cuando se golpeó contra el suelo, pero vio las hojas de los árboles volando a su alrededor. El bosque le empezó a dar vueltas. Vagamente se dio cuenta de que el tiempo se detenía, luego pasaba, y se detenía otra vez, como si su vida estuviera transcurriendo a trompicones antes de pararse por completo. Un momento la mantícora estaba a siete metros poniéndose de pie, y al siguiente, estaba encima de él.

Hal trató de mantener los ojos abiertos, pero se le seguían cerrando. Sus extremidades estaban dormidas, era imposible moverlas. Oyó un sonido acelerado.

«Cambia», se dijo a sí mismo.

Hal se enfadó consigo mismo por encontrarse exactamente en la misma posición ahora que la primera vez que conoció a Thomas. Entonces, al igual que ahora, le había hincado púas. Entonces, al igual

que ahora, la mantícora había levantado su aguijón para atacar. Y, una vez más, Hal notó que estaba cambiando mientras estaba tendido en el suelo.

Al ocurrir el cambio, se forzó a sí mismo a incorporarse y le pegó un puñetazo a la mantícora. Y de nuevo, igual que la vez anterior, le propinó a la criatura un golpe oblicuo en toda la cara. Thomas se tambaleó hacia atrás y Hal se puso de pie sintiendo que ya se le pasaban los efectos del veneno. Se irguió por completo y extendió sus alas. Después rugió con enfado y una gran llamarada de fuego irrumpió de su garganta. Prendió los árboles y chamuscó los bigotes de la mantícora.

—No es justo —refunfuñó Thomas retrocediendo con los ojos entrecerrados—, he derrotado a dragones otras veces. ¿Qué tienes tú de especial? ¿Cómo consigues levantarte una y otra vez?

Hal no tenía ganas de charla. Se giró dándole la espalda y disfrutó del breve momento en que Thomas pensaría que el dragón se daba la vuelta para echar a correr. A la mantícora se le dibujó una gran sonrisa, pero entonces Hal le dio un garrotazo tan fuerte en la cabeza con la cola que Thomas voló por los aires y acabó desplomado en el suelo.

Con la respiración entrecortada, Hal miró fijamente a la mantícora. Estaba quieta, Hal podía ver su pecho moviéndose arriba y abajo y asintió con satisfacción. «Inconsciente está mucho mejor».

Hal apretó las mandíbulas alrededor de la larga y gruesa cola de la mantícora, con cuidado de no tocar el aguijón negro que estaba casi escondido por los pinchos con puntas envenenadas. Luego, se fue caminando de espaldas hacia el agujero de niebla arrastrando a la mantícora. No estaba de humor para compadecerse de los golpes o rasguños que Thomas pudiera sufrir en el viaje a Otra Parte. Hal simplemente retrocedió hacia el agujero y tiró de Thomas con fuerza cada vez que se quedaba atascado con algo.

Una vez dentro del túnel, pudo deslizar a Thomas con facilidad por el húmedo y rocoso suelo. Caminar de espaldas siendo un dragón no era tarea fácil así que Hal abandonó la idea y para variar decidió empujar a la flácida criatura, enganchó su gran hocico por debajo del cuerpo de la mantícora y fue dándole un fuerte empujón cada pocos pasos. Aquello le resultó bastante más fácil, al menos por el momento. Pero ¿qué iba a hacer cuando el túnel se estrechara demasiado y tuviera que volver a su cuerpo humano?

Llegó sin incidentes hasta la señal dejada con su farol. Por encima de él, en la niebla cada vez más dispersa, la nube negra respiraba sin parar a unos treinta centímetros del rocoso suelo.

Y entonces Thomas se despertó.

Al principio estaba confuso, pero cuando miró a su alrededor se

puso de pie, se tambaleó y se dio la vuelta para ponerse frente a Hal. Parecía enfadado, pero también asustado.

—¿Dónde estamos? —dijo con una voz nasal y aguda.

Hal no contestó. No tenía sentido, puesto que no podía producir palabras humanas. Pero se le ocurrió una idea. Puso lo que él pensó que sería su gesto más amenazador, se agachó, abrió las piernas y dejó escapar un fuerte rugido.

La mantícora se echó para atrás y golpeó el farol, que al caerse se apagó.

En la repentina oscuridad, Hal oyó un gemido de miedo. Aprovechando la oportunidad, rugió otra vez, pero esta vez eructó una gran llamarada de fuego, continua y abrasante. Con el parpadeante resplandor anaranjado, Thomas se giró para correr y desapareció dentro de la nube negra. Hal lanzó otra larga llamarada de fuego dentro de la nube de propina.

Esperó unos minutos antes de cambiar a su cuerpo humano y meterse en el agujero. El farol no le servía de nada, por lo que se hallaba en una oscuridad total. Si Thomas le estaba esperando al otro lado del túnel, no podría hacer gran cosa. Empezó a caminar tanteando el estrecho túnel hacia Otra Parte esperando que Thomas hubiese seguido corriendo.

****

Cuando Hal salió por fin de la entrada de la cueva, se produjo una ovación. Eran sus amigos, se apelotonaron a su alrededor, le dieron palmaditas en la espalda y le revolvieron el pelo cariñosamente. La señorita Simone esbozó una gran sonrisa mientras asentía con la cabeza. Y los goblins, que se encontraban en los alrededores, parecían casi contentos.

Pero lo mejor de todo es que allí estaba Thomas, atrapado en la red sin escapatoria y parecía bastante enfadado.

—Robbie se abalanzó sobre él —explicó Lauren dándole un empujoncito a Robbie en el brazo—. Thomas salió a toda velocidad del túnel, se paró cuando nos vio a todos aquí y se giró para volver a entrar al túnel. Pero Robbie estaba preparado. Estaba esperándole con la red extendida, saltó sobre la mantícora y le envolvió con la red. Luego los goblins se amontonaron y hubo un poco de forcejeo, pero al final Thomas se dio por vencido.

Hal se estremeció. Si hubieran dejado que la mantícora entrase en el túnel otra vez, tarde o temprano se habría encontrado con un pobre

e indefenso muchacho en un túnel completamente oscuro.

—Bien hecho, Robbie —dijo Hal—, me has salvado el cuello.

Robbie parecía orgulloso de sí mismo. Pero aparte de eso, le agradaba que Lauren le prestara atención.

—Vámonos, ¡oh, gran valiente! —exclamó Abigail cogiendo a Hal del brazo—. Mientras te has ausentado, uno de los goblins vino para decirnos que nuestros padres se encuentran mucho mejor. Han organizado fuegos de campamento y esas cosas cerca del lago. Por lo que dicen hay comida.

—¿Y castañas asadas? —preguntó Hal. Le rugió el estómago al instante.

—Eso siempre —asintió la señorita Simone.

Se llevaron a Thomas para encerrarlo en algún sitio. Enredado en la malla todavía, colgaba entre los dos postes que los goblins llevaban sobre los hombros. Cansados pero contentos, Hal y sus amigos siguieron a la señorita Simone hasta el lago, donde un círculo de pequeñas hogueras calentaba el aire y proyectaba un acogedor resplandor sobre la orilla. Hal encontró a sus padres envueltos en unas cuantas mantas, tomando sopa de un enorme caldero y masticando una hogaza de pan caliente.

El ambiente era alegre. Cualquiera que fuese esa medicación que los goblins les habían dado a las víctimas del virus, parecía estar funcionando. La hinchazón había bajado, la sensación de resquemor se les había aliviado con una crema de un olor bastante peculiar y todos estaban disfrutando de la cena bajo un cielo estrellado pero glacial.

La señorita Simone siguió hablando incluso después de que Hal y sus amigos se hubieran acomodado bajo la calidez de las mantas cerca del fuego:

—Y mañana os trasladaremos a vuestras nuevas casas, os presentaremos a todos y os mostraremos los alrededores. Vosotros chicos tenéis un montón de trabajo importante por delante, pero también os divertiréis explorando este sitio.

A Hal le pesaban ya los párpados. Echó un vistazo a Abigail. Ella ya estaba dormida. Y también lo estaban Lauren, Darcy y Dewey. Robbie estaba mirando al cielo. Solo Emily estaba prestando atención a la señorita Simone.

—Con el tiempo, chicos, os uniréis a mí y a otros en nuestra investigación. La niebla de la isla hace que el aire sea seguro y estamos trabajando para expandir esa idea, para crear el modo de limpiar *todo* el aire de vuestro mundo y restaurar la vida. Hasta ahora no hemos tenido éxito, pero tal vez con el tiempo encontremos el modo.

Hal cerró los ojos. En ese momento lo único que le importaba era dormir.

—Necesitamos que el joven Dewey se reúna con los centauros pronto —continuó la señorita Simone—. Emily, necesitamos tranquilizar a la población naga. Y en cuanto a las arpías…

Hal notó que se iba quedando dormido, pero entonces tuvo la extraña sensación de que alguien le estaba observando y se forzó a mirar a su alrededor. En la oscuridad, cerca del lago, encontró dos brillantes ojos rojos que le estaban mirando.

—Fenton —susurró Hal quedándose dormido otra vez.

Hal soñó con máquinas de niebla y mantícoras, con goblins y sirenas. En un momento dado, sus visiones se ensombrecieron y vio cómo las caras de sus padres se hinchaban y se llenaban de ampollas y sarpullidos. Luego se encontró a sí mismo siendo perseguido por un grupo de dragones voladores, todos se reían de él, se burlaban mientras él corría por los prados desesperado. Intentaba volar, pero por mucho que moviera sus alas, no había manera de que pudiera ascender.

Se incorporó sobresaltado, con la respiración entrecortada, y miró a su alrededor asustado, estaba con sus amigos y su familia, a salvo en la orilla del lago, bajo la resplandeciente luna y el despejado cielo estrellado. Se relajó y se volvió a tumbar en la hierba, se le cerraron los ojos otra vez.

Se despertó varias horas más tarde al notar una especie de calor extendiéndose por su rostro y algo que brillaba radiante y anaranjado a través de sus párpados.

Abrió los ojos, pestañeando. Era por la mañana.

Y el cielo era azul.

Próximamente…

El Laberinto de Fuego (libro 2 de la serie La Isla de Niebla)

Hal Franklin y sus amigos han llegado sanos y salvos al mundo de la señorita Simone. Algunos están deseando encontrarse con los de su especie correspondiente de cambiaforma. Pero a otros les aterra la idea de tener que relacionarse con ellos.

Dewey enseguida comprobará la presión de lo que implica ser un centauro, mientras que Lauren y Hal se sentirán angustiados ante las misiones que deben llevar a cabo. Los jóvenes tendrán que viajar a un pueblo del norte que está sometido al constante ataque de arpías y dragones. Deberán convencer a las siniestras arpías para que no sigan saqueándolo y lo que es más importante, deberán disuadir a los dragones de su empeño en ¡comer carne humana! El problema es que ni las arpías ni los dragones están interesados en negociar.

Esta misión obligará a los chicos a cuestionarse los límites de sus habilidades como cambiaformas… lo que los llevará a un impactante descubrimiento que probablemente provocará el inicio de una guerra.

¿Te gustó este libro?

No olvides dejar una reseña con tu opinión. ¡Gracias!

Visita el sitio web del autor:
unearthlytales.com